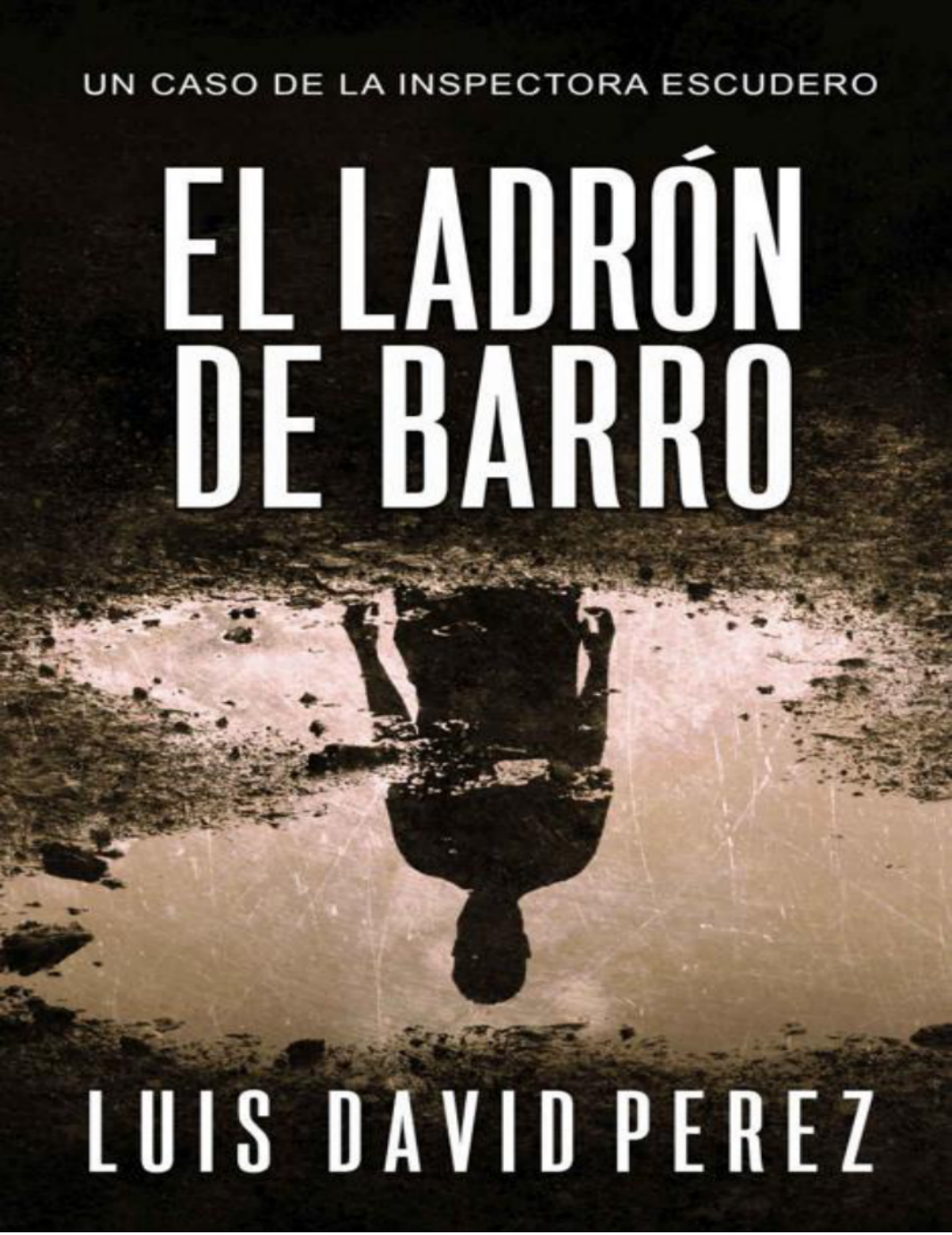
UN CASO DE LA INSPECTORA ESCUDERO

EL LADRÓN DE BARRO



LUIS DAVID PEREZ

El ladrón de barro

De los textos;
© 2023, Luis David Pérez
ISNI: 0000 0004 7424 8930

www.luisdavidperez.com/elladrondebarro

El ladrón de barro es una obra de ficción. Los acontecimientos y personajes referidos en esta novela son imaginarios, y cualquier parecido con situaciones o personas reales es casual e inintencionado. Asimismo, las instituciones o lugares reales mencionados en la novela están destinados a ambientar la ficción.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Disfruta una mayor experiencia compartiendo tus impresiones con otros lectores.
Únete al grupo de lectores de Luis David Pérez en Facebook

¿Quieres formar parte de mi Club de lectores VIP? Apúntate a la lista de correo y no te pierdas novedades y promociones.
Ser miembro del Club

En arca de avariento, el diablo yace dentro.

Dicho popular

30 de abril de 2015

1

18:12. Finca de la familia Ramos. Alicante.

Un alarido desgarrador resuena al otro lado de la finca. Desde la acera, Juan y Laura detienen el paseo vespertino y orientan el rostro hacia el chalet de los Ramos, una familia muy conocida en el exclusivo barrio de Vistahermosa.

Detrás de los cipreses, vuelve a sonar el grito histérico de un niño que la pareja conoce muy bien. El llanto se sucede a lo lejos y Juan corre hasta la entrada para accionar el timbre. La cámara de seguridad apunta hacia él mientras se oye el ladrido estruendoso de un perro. Hace tres años que los dueños reformaron el cercado y no escatimaron en medidas de disuasión. Juan vuelve a oprimir el pulsador y busca una rendija entre la puerta por donde examinar el interior.

—Alberto, ¿me oyes? ¡Gloria! —dice al aire sin obtener respuesta e insiste una vez más con el timbre, esta vez hundiendo el dedo durante varios segundos.

Suboficial del cuerpo de bomberos, Juan Casares tiene experiencia suficiente para saber que algo no marcha bien en el chalet vecino. Desesperado, golpea la infranqueable puerta de acero mientras el niño continúa desgañitándose en el interior.

Laura ha recorrido el perímetro de la parcela.

—¿No contestan? —pregunta ella.

—No entiendo nada. El que grita es el pequeño Berto.

—Acabo de revisar el muro y no hay un solo rincón desde donde se pueda ver el interior. Tenemos que entrar, cariño. A ver si les ha pasado algo.

Mantén la calma, mantén la calma, repite Juan en su mente mientras recuerda una de sus últimas intervenciones en la que rescataron a una familia de entre las llamas. Retrocede unos pasos y busca el mejor lugar para trepar y superar el muro de hormigón cuya parte alta está poblada de cipreses.

—No me queda otra que saltar la puerta.

—¡Estás loco! ¿Has visto las cuchillas? Parecen puntas de lanza. Puedes matarte.

—Entonces, ¿qué hago? ¿No escuchas al niño gritar? ¡Joder! —se lamenta mirando a ambos lados del muro hasta ver un furgón de reparto deteniéndose un par de parcelas más allá. Corre en busca de ayuda.

A los pocos segundos, el repartidor desplaza el vehículo hasta la

puerta de entrada. Juan escala desde el capó y gatea por el techo. Con un salto aterriza en el suelo vecino. Sufre el impacto de la caída, pero el llanto incesante del niño aleja a Juan del dolor y se dirige hacia él tan rápido como su cojera le permite.

Unos metros más adelante, se encuentra con el perro cuyo ladrido potente y prolongado parece no tener fin. El fibroso cuello del pastor alemán tensa la cadena al darse cuenta de que un extraño ha invadido su hogar.

Juan conoce la finca, en varias ocasiones jugó al pádel con su vecino. Siempre ha pensado que lo mejor de aquella propiedad no es la vivienda de dos alturas con estilo mediterráneo, ni la zona deportiva con pista de pádel y gimnasio, ni incluso la enorme piscina en forma de guitarra con jacuzzi para ocho personas. Lo más impactante es el jardín y el buen gusto con el que está cuidado.

Mientras corre en dirección a la piscina, el lugar del que provienen los chillidos, observa los dos Audi y la moto BMW. En teoría, los padres de Berto deberían estar en la casa. Se aproxima a dos árboles que se entrecruzan formando un arco decorativo: desde allí avista la piscina y acelera el ritmo, siente cerca el llanto del niño.

Al fin llega a la estatua que delimita la zona de baño. Es una mujer de hormigón y piedra a tamaño real que mantiene una cesta sobre la cabeza desde donde nace un hilo de agua que en otra situación transmitiría calma.

Juan dirige la mirada al lateral. Allí, el niño permanece de rodillas con las manos que estiran de los carrillos y el rostro bañado en lágrimas. Grita asustado con la cabeza orientada al frente, hacia tres palmeras que brindan sombra a la terraza.

Las piernas de Juan reducen el ritmo cuando comprueba que Berto, de tan solo dos años, contempla los cuerpos desnudos y desfigurados de sus padres y la empleada del hogar.

11 de mayo de 2015

2

16:07. Aeropuerto de Alicante-Elche.

Silvia Llamazares ha dedicado la mañana a redactar las diligencias de un caso que la mantuvo ocupada todo el fin de semana. Recupera el aliento frente al monitor, que confirma la llegada puntual del vuelo de Asturias. El teléfono vuelve a sonar por cuarta vez en los últimos diez minutos: lo ignora y se lamenta por haber visitado un apartamento en venta. No esperaba que el comercial fuera tan insistente.

Un río de viajeros deambula por la zona de llegadas, en su mayoría pensionistas ilusionados con pasar las próximas semanas en las playas y terrazas de Benidorm. Entre ellos, como una turista más, Marta Escudero carga con dos maletas enormes. Silvia sale a su encuentro.

—¿Cómo estás?

—Bien. He estado caminando un buen rato. No imaginaba que este aeropuerto fuera tan grande.

—Vamos a darnos prisa, que he aparcado el coche de mala manera.

Emprenden el camino hacia la puerta giratoria para abandonar la terminal y enseguida llegan a la zona de taxis y transporte público. Silvia ha estacionado su Renault Clio en un espacio para autobuses.

—¿Aparcáis así de mal en Alicante?

—Díselo al vigilante de allí. Cuando llegué, me miró con una cara… Menos mal que la placa policial a veces abre puertas.

Hace un año que las amigas no se ven, desde que Silvia viajara por sorpresa a Asturias. Sus tres días de estancia coincidieron con una investigación que mantuvo a Marta absorbida en todo momento. Comparten la afición por el cine de acción y hablan con frecuencia. Hace unos días, Silvia mencionó que en la comisaría de Alicante buscaban alguien de su perfil para capitanear una división de homicidios. No se trataba de una sección convencional, sino de un equipo especializado en casos delicados y de compleja resolución. El primero que le espera es el misterioso asesinato de «Las tres palmeras», que se encuentra en un callejón sin salida.

Marta observa a Silvia. Las llaves del coche han caído al suelo y ahora no atina a pulsar el contacto de apertura de puertas.

—Te veo alterada, ¿hay mucho lío en comisaría?

—Uf, ni te lo imaginas, este fin de semana hemos tenido movida con una niñera que maltrataba a un bebé de siete meses. ¡Increíble!

La noticia golpea a Marta como el directo de un púgil de boxeo. Siente escalofríos al imaginar la escena. Entra en el coche y toma aire.

—No te haces una idea de cómo se puso la madre al ver las imágenes de la cámara oculta en el mueble del salón. Según los testigos, se le salían los ojos de las órbitas. Cogió el coche y fue a buscar a la niñera para matarla. Menos mal que el marido llamó al 091 y llegamos a tiempo…

—¿Trabajáis violencia de género en la unidad? —pregunta Marta, para no escuchar más detalles del abuso.

—Nos encargamos de otro tipo de casos, pero a veces hay que arrimar el hombro y colaborar con el equipo de homicidios en rastreo informático y en todo lo relacionado con la investigación tecnológica. Aparte de lo rutinario, este año estamos en racha con las bandas y el tráfico de droga… No veas cómo se las gastan los colombianos, esos no se andan con tonterías. En tres semanas han caído cinco víctimas, todos gitanos.

El coche abandona el aeropuerto y un sol cegador deslumbra a Marta, que desplaza la mirada hacia el salpicadero, donde el termómetro indica treinta y cuatro grados.

—Ya irás poniéndome al día. Por cierto, ¿siempre hace tanto calor aquí?

—Tus paisanos asturianos adoran este clima. ¿No me digas que lo llevas mal?

—La verdad es que estaba cansada de la niebla y la lluvia, pero hace mucho tiempo que mis ojos no conviven con tanta claridad.

La melodía del teléfono interrumpe la conversación. Silvia observa la pantalla y deja el aparato en el cajón del salpicadero, bocabajo y silenciado.

—¿Te llaman del trabajo? —pregunta Marta al ver de reojo el gesto desesperado de su amiga.

—No, qué va. Hace unos días fui a ver un apartamento en la playa de San Juan. No sé por qué lo hice, fue un puntazo. Resulta que el tío de la inmobiliaria es argentino… El típico guapetón y charlatán que te seduce con el acento cantarín y a la vez insiste en que aproveche la ocasión.

—Así que ahora te gustan los argentinos.

—La pena es que es un poco mayor para mí. Fuera de bromas, el apartamento es muy coqueto y el precio es una ganga, pero ahora mismo no me apetece hipotecarme. Estoy muy bien rodeada de jóvenes.

—Oh, es verdad, que compartes piso con estudiantes.

—Sí. —Emite varias carcajadas—. Aunque me llamen «mami», nos llevamos muy bien. Pago cuatro duros por el alquiler. Además, apenas paso tiempo allí. Entre el trabajo y el baile…

—Eso me dijiste…

—Voy a clase de bachata y también pertenezco a una asociación de

cubanos. Quedamos varias veces a la semana a mover las caderas. Un día de estos te llevaré.

Marta ladea la cabeza.

—Calla, déjalo. No me va el baile, soy más de quemar calorías corriendo.

Viajan en paralelo al mar, a la altura del parque del Palmeral y a escasos metros del puerto de mercancías. Al fondo vislumbran el castillo de Santa Bárbara con la ciudad a sus pies. Marta ha bajado la ventanilla e inspira la brisa que conforma el aroma a mar típico del clima mediterráneo. La mirada ahora se pierde en el horizonte, en unos barcos que retornan después de una jornada de navegación, y también en la isla de Tabarca, de la que también ha escuchado hablar.

—¿Has comido? —pregunta Silvia.

—La verdad es que no tengo mucho apetito, ando un poco revuelta y agotada. Los aviones no son santo de mi devoción.

—¿Acaso estás nerviosa? Yo en tu lugar… Quiero decir… Que hay que tener narices para venir a ocuparte de este caso. No veas la presión que sufrimos, pero bueno… Ya hablaremos de eso. Mira, si no te importa, vamos a pegar un bocado, que me rugen las tripas, y luego dejamos las maletas en el hotel.

—Ah, no te he dado las gracias por encargarte de la reserva.

—No quisiste venir a mi apartamento.

—Anda, calla, no quiero que unos universitarios me llamen «mami».

Ambas sonríen mientras Silvia aparca.

—A estas horas lo único que podemos comer son unos bocatas. Vamos ahí enfrente, que seguro estaremos solas.

La pareja tiene suerte y el dueño les prepara dos platos combinados mientras reviven viejos recuerdos en los meses que compartieron formación en la academia de policías en Ávila.

—Parece que no, pero ha llovido de eso —comenta Silvia.

—Sí, ocho años.

—Oye, cuéntame qué tal por Asturias. ¿Y tu hermana?

A Marta no le gusta hablar de su vida privada. Sobre todo, después de que seis años atrás su hermana entrara en prisión. El desasosiego abordó a Marta de repente y se refugió en el trabajo para olvidar los problemas y prosperar en su profesión. Se esmeró tanto, que en poco tiempo aprobó la plaza de inspectora.

—Saldrá en unos meses.

—¿En serio? Qué buena noticia.

—Sí, pero si te parece, háblame del comisario. ¿Qué tal es?

—Arturo Albízar es un superior diferente. Cómo decirte… Es campechano. En privado nos llama de tú. Es exigente, pero no el típico que está encima y te obliga a hacer las cosas a su manera.

Vamos, que nos deja trabajar. Recuerda que hemos quedado con él mañana a las ocho.

—¿Y qué tal está el inspector al que le ha dado la enfermedad?

—Se llama Esteban Soriano. Notamos cosas extrañas en él durante las últimas semanas, pero es muy reservado con su vida personal. Aunque es un cascarrabias, nos llevamos bien. No quiere hablar de la enfermedad.

Las interrumpe un vendedor ambulante de gafas de sol y artículos para combatir el calor. Ambas ríen a carcajadas cuando él activa el interruptor y la visera se convierte en un ventilador que rocía agua en sus rostros.

Después de un rato de risas y de invitar al hombre a un refresco, Marta sale del bar luciendo nuevas gafas de sol.

Continúan charlando hasta llegar al hotel.

—Gracias por todo. De verdad, eres un sol —dice Marta, sonriente.

—No hay de qué, mujer. Bueno, relájate, y mañana pasaré a buscarte a las siete y media, ¿te parece?

—Claro. Voy a dejar las maletas y saldré a correr un rato. He pensado en ir hasta la playa de San Juan.

—¡Vaya! Ahora que lo dices, silencié el teléfono para que no nos molestara el de la inmobiliaria. ¡Mierda! Tengo seis llamadas perdidas —se lamenta Silvia—. Bueno, te dejo que, por lo que veo, hay lío en la oficina. Nos vemos mañana.

12 de mayo de 2015

3

Diario *Información* de Alicante.

Tras doce días de investigación, el asesinato en Vistahermosa sigue sin detenidos.

Aún está fresco en la memoria el terrible suceso ocurrido en Alicante: el empresario alicantino Alberto Ramos, su esposa G.E. y la empleada doméstica A.R. fueron encontrados sin vida en el jardín de su lujosa finca, atados a unas palmeras, desnudos y con claros signos de violencia. No podemos olvidar al benjamín de la familia, de apenas dos años, quien fue hallado llorando junto a los cuerpos sin vida de sus padres y sufre importantes secuelas traumáticas.

Días después se reveló que las víctimas tenían varios signos dibujados con sangre en el pecho. Este macabro gesto abrió la hipótesis de un ajuste de cuentas y de la posible relación con la candidatura de Ramos en las próximas elecciones municipales. En el partido también están conmocionados y no encuentran respuestas al macabro suceso.

La investigación se centró en el círculo más cercano de la víctima. Fue complicado destinar los recursos necesarios debido a la extensa red de contactos del empresario, que abarcaba desde negocios de bebidas hasta importación de género de Marruecos y Sudamérica.

El caso se encuentra en un punto muerto. La sensación de inseguridad se ha extendido en la población, cansada de presenciar el creciente número de robos, así como los ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes y crímenes sanguinarios que parecen sacados de una obra de ficción.

Los despachos de los gobernantes están desbordados, como se evidencia en la reunión de emergencia convocada esta mañana por el subdelegado del Gobierno con altos cargos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Con la llegada de los meses de verano, los nervios han aparecido en la industria turística, que ve peligrar la campaña estival.

Hemos visitado el barrio de Vistahermosa, donde los vecinos afirman que aún no son capaces de conciliar el sueño. L.G. vive a escasos metros de la lujosa residencia donde ocurrieron los hechos y relata que los gritos del hijo de Alberto Ramos todavía resuenan en sus oídos. Los escuchó desde la calle y no puede evitar estremecerse al recordar aquel momento. También comenta la buena relación que la

familia tenía con el vecindario, de trato generoso y accesible.

Nadie en la zona logra comprender lo ocurrido, mucho menos la inactividad de la Policía, que parece estar en el limbo ante un caso tan macabro.

Informa: Fran Vallejo.

4

6:10. Hotel Rambla. Alicante.

Al otro lado de la ventana, la avenida Méndez Núñez permanece silenciosa y solitaria. Solo se escucha la radio de un taxista que fuma mientras consulta el teléfono, apoyado en el capó del coche. Más abajo, tras la explanada, los yates del puerto esperan bajo el sol perezoso. Al lado opuesto, la luna se desvanece detrás de los edificios que pronto retomarán la actividad.

La serenidad del momento contrasta con el bullicio de horas antes, cuando un grupo de extranjeros terminó su particular guateque colonizando la plaza Portal de Elche. La juerga concluyó después de que la Policía Local tuviera que despegar a dos personas que abrazaban los árboles centenarios, mientras los amigos fotografiaban la escena entre cánticos.

Marta disfruta de la brisa del viento de poniente que enfría el amanecer. Lleva despierta desde las cuatro y media de la madrugada, cuando la pareja de la habitación contigua tuvo un momento apasionado, olvidando que al otro lado del tabique alguien intentaba dormir. No culpa a los vecinos, ya que sufre insomnio desde hace varios años y pasa sus noches en vela.

Siguiendo su rutina diaria, se pone las deportivas y baja a recibir el día mientras elimina toxinas. Las zancadas la llevan junto a la playa del Postiguet, donde las tranquilas aguas reflejan los primeros rayos de sol. Corre acompañada de música electrónica con ritmos frenéticos que la animan a hacer lo propio con su cadencia.

De regreso, Marta sintoniza una emisora local. Las señales horarias marcan las siete y el locutor da los buenos días y un resumen de noticias. Marta presta atención al periodista que comienza citando el número de víctimas en accidentes de tráfico durante el fin de semana. Luego menciona la detención de un chófer de autobús que triplicaba la tasa de alcohol y transportaba a trece escolares y dos monitores. Marta ladea la cabeza, los niños son su punto débil y su carácter se transforma al escuchar noticias como esa.

Mientras se acerca al hotel, el titular de una noticia la obliga a detenerse: «La Policía Nacional arresta al autor de once robos en casas de campo». El locutor agrega que el individuo, de cuarenta y nueve años, incluso llegaba a cocinar en algunas de las viviendas que robaba. Una nunca deja de sorprenderse y por eso Marta siempre está atenta a los detalles. Como aficionada a las películas de James Bond,

mantenerse alerta la tranquiliza. Consume los días y las energías luchando contra el miedo, pero se ha acostumbrado a ese estilo de vida.

La comisaría provincial de la Policía Nacional está ubicada en el barrio de Benalúa. Fue inaugurada en 2009 y cuenta con un diseño atractivo y funcional que incluye tres plantas, dos sótanos, calabozos y un patio central que proporciona luz natural a todas las dependencias. En su primer día, Marta se presenta con un aspecto informal, vistiendo vaqueros, una blusa lisa de color rojo con botones en el escote y el pelo recogido en coleta. A su lado, Silvia la acompaña con el uniforme oficial de manga corta y gorra.

Faltan cinco minutos para las ocho de la mañana y ambas se dirigen a la oficina que ocupa la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Fue creada hace un año por el comisario Arturo Albízar, poco después de asumir el mando de la Jefatura Provincial.

La reunión informativa matinal da el pistoletazo de salida. Los pasillos se llenan de agentes y Silvia sube las escaleras hasta el tercer piso. Llega a la primera oficina, ubicada frente a los aseos, y abre la puerta. Encuentra a Teo Serralba, ante cuatro monitores repletos de imágenes.

—¿Ya has identificado al ladrón? —pregunta Silvia, mientras cede el paso a Marta.

Teo atiende el teléfono y gira su silla hacia la entrada. Observa a las chicas y extiende la mano en señal de saludo. Silvia retoma la palabra:

—Bienvenida a nuestro garito. Está hecho un desastre, y eso que solo somos dos… Él es Teo, un genio de la informática y especialista en ciberdelincuencia. Es tan bueno que todas las unidades le piden ayuda. Ahora está un poco desconcentrado porque ha sido padre, pero aun así, es un as. Ya lo conocerás.

La estancia está ocupada por una mesa en forma de «u». Además del ordenador de Teo, que parece sacado de la NASA, hay otras dos computadoras y varios teléfonos distribuidos por las esquinas. Otra mesa, destinada a reuniones, se encuentra abarrotada de carpetas y documentos apilados en torres. Marta examina el espacio y siente que le falta el aire. No es partidaria de acumular ni coleccionar cosas, y mucho menos documentos. Le resulta incomprensible que, en plena era digital, todavía se utilice papel.

Silvia explica que hay un microondas, una impresora y un destructor de documentos. En ese momento, Teo finaliza la llamada y se acerca para recibir a la recién llegada. Marta se fija en su cabeza calva y sus cejas espesas. Parecería más mayor de lo que es si no fuera por la sonrisa que le levanta los carrillos y le ofrece un aspecto

simpático.

—Hola, soy Teo Serralba.

—Encantada, Marta Escudero.

—No te asustes por el caos. Pensarás que en esta comisaría reina la anarquía —bromea Teo.

Marta reprime la opinión bajo una falsa sonrisa en los labios. Silvia la toma del brazo.

—Los carpinteros están reformando el cuarto de archivos y han traído aquí una parte de los documentos. Es algo temporal. Solemos tener el chiringuito más limpio que una patena.

El rostro de Marta cambia y suspira internamente. No tiene tiempo para intervenir, ya que golpean la puerta a sus espaldas.

El hombre que asoma viste el uniforme oficial de la Policía Nacional, con camisa blanca y corbata negra. Es peludo, tan peludo que el vello de sus hombros asoma por el cuello de la camisa. Desprende olor a tabaco y perfume Varón Dandy. Después de observar el rostro afeitado y el peinado liso y entrecano del individuo, Marta desvía la mirada hacia la colección de insignias que exhibe a la altura del pecho. En ese momento deduce que está frente al comisario y duda si realizar el saludo protocolario o conformarse con un escueto «hola».

Silvia está rápida de reflejos y le brinda apoyo.

—Comisario, te presento a Marta Escudero.

Albízar extiende la mano hacia Marta con firmeza y le pregunta:

—¿Puedes acompañarme un momento al despacho?

Marta asiente con una mueca, mostrándose distante. La experiencia le aconseja conocer a las personas antes de depositarles su confianza. Mientras camina por el pasillo, piensa que el hecho de que la trate de tú es un gesto de cercanía, tal como Silvia le había informado el día anterior.

El comisario le cede el paso a Marta.

—Siéntate, por favor.

El despacho huele a tabaco. Las ventanas abiertas de par en par apenas logran renovar el aire. A pesar de ese detalle, el lugar tiene un estilo sobrio, sin adornos, tan solo destaca la fotografía del rey en la pared junto a la bandera española.

El comisario deja el teléfono sobre la mesa, a los pies del retrato familiar en el que posa sonriente y desinhibido, con su hija y sus dos nietas. Niega con la cabeza al comprobar la hora.

—Bueno, así que vienes de Asturias —comenta, apoyando los codos en los brazos del sillón—. ¿Cómo se te ocurre marcharte de un lugar tan bonito? Porque déjame decirte que, aparte de bonito, es tranquilo.

El último destino de Marta fue Oviedo, aunque antes había estado en Albacete y Logroño. Ella evita hablar de su vida personal, ya que el tema la incomoda, por lo que piensa cuidadosamente la respuesta.

—Supongo que una busca nuevos desafíos.

El comisario asiente pensativo, mientras estudia la mirada de Marta.

—Bien, Escudero, ¿te importa que te llame así?

—Perfecto.

—Me espera una reunión con el subdelegado del Gobierno. En fin… Si te parece, nos vemos más tarde y te pongo al día. Aquí tienes mi tarjeta con mi número de teléfono. Llámame sobre las dos, iremos a comer, ¿de acuerdo?

Marta afirma con la cabeza mientras toma la tarjeta.

—En teoría, debería acompañarte la agente Llamazares, pero estará ocupada con un asunto de otra unidad. He pensado que deberías conocer al inspector Olmedo. Dirige la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta. Tiene que acudir a una vivienda por un asunto delicado y te está esperando en el vestíbulo. Es un buen compañero.

—Muy bien —dice Marta—. Si no desea nada más, me retiro.

El comisario abre las manos concediéndole permiso, pero antes de que abandone el despacho, la llama.

—Inspectora Escudero. —Con el pomo de la puerta en la mano, ella se da media vuelta—. Entre tú y yo: reserva los formalismos para situaciones que lo requieran. Mientras tanto, aquí tienes un compañero. Bienvenida y mucha suerte.

5

8:50. Camino de Benimagrell. Alicante.

El vaso de café está a punto de volcar. Es la segunda vez que Marta lo caza al vuelo desde el asiento del copiloto. Olmedo es de Jaén y su acento andaluz aún se hace evidente a pesar de haber pasado los últimos veintiún años en varias comisarías de la Comunidad Valenciana. Confiesa que su mujer le fue infiel con un vecino, y nunca habría imaginado que se lo iba a poner tan fácil después de treinta y cinco años de matrimonio mal avenido. Había sufrido tanto durante esa relación que jura haber borrado la palabra «compromiso» de su diccionario. Se santigua ante la Virgen de la Cabeza de Andújar, que cuelga del espejo retrovisor. A raíz del divorcio se aficionó a ver al Elche y el fútbol se ha convertido en su principal motivación.

Marta no necesita preguntar, Olmedo toma la iniciativa y en poco más de quince minutos la pone al día de su vida. Con cincuenta y cinco años y tres hijos independizados, está enganchado a beber café. Basta con mirar al salpicadero y los compartimentos de las puertas para confirmarlo.

A primera vista, es una persona fácil de tratar y no aparenta maldad, aunque a Marta le parece carente de carácter para pertenecer a la U.D.E.V. (Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta).

—Estamos cerca —anuncia mientras se desvía por un camino estrecho—. Esta zona es ideal para comprar una casa. Es tranquila, apartada, a un paso del club de tenis y lo mejor de todo: si te distraes viendo el partido en la tele y dejas la sartén caliente, los bomberos vienen en un plis plas. —Señala la torre del parque de bomberos.

Marta comprueba el plácido semblante de su compañero. Le ha caído bien, aunque le molesta que sea tan parlanchín. Hace tiempo, un agente experimentado le advirtió que aquellos que hablan mucho, no revelan todo. También afirmaba que los charlatanes se sienten incómodos con personas silenciosas.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta antes de que Olmedo continúe con su monólogo.

Él reprime una sonrisa y carraspea.

—Ah, sí, ¿el comisario no te lo ha dicho?

Ella niega con la cabeza.

—Venimos a una reunión informal, si se puede llamar así. Se trata de un robo.

—Escuché en la radio que habían arrestado a un ladrón que se freía

unos huevos antes de largarse con el botín.

—Sí, ayer lo detuvimos. Menuda joya. Pero ese no se acerca ni a la suela de los zapatos a los que ahora buscamos. Porque déjame decirte que no creo que sea uno solo.

—¿Son tan profesionales?

—Enseguida lo comprobarás. Han robado en la finca de una familia adinerada, por decirlo de una manera rápida, y ellos no lo quieren denunciar.

Olmedo observa a Marta enarcar las cejas.

—Es extraño, ¿verdad? Vamos a visitar a Noel Carreño y su mujer Estíbaliz. El comisario me dijo que no eras de aquí, así que supongo que no los conoces. Carreño es el presidente del Real Club de Regatas de Alicante, además de ser el gerente de una importante empresa constructora. Su esposa trabajó durante varios años en la Diputación y ahora es consejera delegada de una compañía turística que administra hoteles y restaurantes. Imagínate los lugares que frecuenta esa familia.

—¿Qué les han robado?

—El asunto es tabú. —Olmedo se muerde los labios durante unos segundos, reflexiona—. Como comprenderás, esta gente se codea con las altas esferas, y Carreño llamó al subdelegado del Gobierno para tratar el tema con discreción.

—Entonces, ¿por qué te han enviado a ti? —pregunta Marta.

—Fíjate por dónde, yo también me pregunto por qué el comisario te ha enviado conmigo. Quiero dejar claro que no tengo nada en tu contra. He oído que te asignarán el caso de «Las tres palmeras». Hay que tener un par de huevos para aceptarlo. Solo por eso, ya mereces mi admiración. Cuentan que eres buena y que has resuelto varios casos importantes en Asturias.

Marta observa a Olmedo con mirada inquisitiva. Prefiere guardar las palabras para no ganarse un enemigo en la comisaría. No le parece apropiada la opinión de su compañero, mucho menos cuando ni siquiera la conoce.

—Seguro que te ha enviado por eso, porque eres muy buena. Verás… Hablar me ayuda a canalizar los nervios, espero que no me lo tengas en cuenta. Mi hijo mayor se está separando y lo llevo fatal. Su mujer, o exmujer, ya no sé cómo llamarla, está embarazada, así que imagina el disgusto. Tomo pastillas… Menos mal que existe el fútbol. Allí puedo gritar todo lo que me dé la gana y desahogarme, que si no… Y también los sudokus. La psicóloga dice que son buenos para centrar la atención y dejar de dar vueltas a los problemas, al menos por un rato. Pues fíjate por dónde, me he enganchado. Estamos llegando, es esa finca de ahí, la de la esquina. Si quieres, después nos tomamos una cerveza y me cuentas un poco de ti, ¿qué te parece?

Marta gira la cabeza hacia la ventanilla y suelta un suspiro

ahogado. Inspira y exhala varias veces antes de volver a mirar hacia la finca de los Carreño, tal como la presenta el inspector.

—Vas a alucinar —avanza Olmedo con un ligero tono de excitación—. Esta quizá sea una de las propiedades más caras de la provincia. Solo le falta un helipuerto.

—¿Has estado dentro alguna vez?

En ese preciso instante, el inspector abre la puerta del coche y evade la respuesta.

Cuando el enorme portón se desliza hacia el lado, un oasis de vegetación se revela frente a ellos. A medida que avanzan, el camino de piedra y césped recortado se desvanece ante un pasillo de palmeras que finaliza en un patio majestuoso y contemporáneo, donde el agua brota de una pared de pizarra natural que la cubre por completo.

La joven inspectora reacciona al darse cuenta de que tiene la boca abierta, como un niño en la cabalgata de los Reyes Magos. Nunca había estado en un sitio tan lujoso y elegante a la vez. Aunque ella es ferviente defensora y practicante del minimalismo, la decoración de aquel lugar lo eleva a un nivel que alguien de clase obrera, como ella, solo puede disfrutar en las revistas de decoración. Está tan abrumada por la belleza del entorno, donde la vegetación contrasta con el bambú y la madera que recubre el aparcamiento, que no se ha percatado de la presencia de un hombre vestido de traje que los observa desde una esquina mientras habla por teléfono.

—Dios, cómo me gusta esta casa. No pierdas detalle, es una pasada —dice Olmedo.

—Pensaba que veníamos a trabajar —opina Marta, recordando que están de servicio.

—Sí, pero no rechazaré una invitación a bañarme en la piscina. —Le guiña un ojo a su compañera y extrae la llave del contacto—. Vamos a ver qué nos cuenta ese ricachón.

El individuo de traje muestra la palma de la mano, como el portero de discoteca que se ha fijado en tus zapatillas desgastadas. Su apariencia dista mucho de la de un guarda de seguridad común de un centro comercial o incluso de un banco importante. Impone respeto con su aspecto fornido, hombros anchos, piernas separadas y una mirada que en ese momento escanea a los inspectores.

No muy lejos de allí, un hombre, en tono acalorado, recrimina a alguien que los jazmineros desprenden demasiada flor y ensucian la piscina. Aumenta el volumen de su voz para quejarse de que también molestan a su mujer cuando está tomando el sol.

A juzgar por la forma de hablar, Marta se hace una idea del tipo de persona que van a conocer y aprieta la mandíbula. Olmedo da unos pasos hacia la esquina de la vivienda y a pocos metros, bajo el porche principal, ve a Noel Carreño con los puños cerrados en un momento

de enfado. Amenaza a un hombre de mediana edad que, por las herramientas que sostiene entre las manos y la gorra verde, supone que se trata del jardinero. Un poco más allá, una mujer asoma con un caminar presumido, rozando lo arrogante, y luce un vestido blanco paloma de corte playero, sombrero de paja con ala ancha y unas gafas de sol Gucci de pasta negra.

—Acompañadme —les dice el guarda de seguridad con voz ronca e imponente.

Los invita a seguirlo a través de una puerta que da acceso a las escaleras que conducen a la azotea del chalet. Una vez allí, se abre una terraza que sería la envidia de cualquier afamado chillout de Ibiza. Hay camas balinesas, barras y un jacuzzi. No falta ni el más mínimo detalle. Incluso hay una hilera de antorchas para iluminar el acogedor espacio.

Olmedo advierte la expresión de escepticismo en el rostro de Marta.

—Chiringuitos como este no tenéis en Asturias, ¿verdad? —comenta su compañero, interrumpiendo sus fantasías de descanso en la hamaca colgante.

Marta considera responderle que en realidad nació en La Roda, cerca de Albacete, pero se concentra en los movimientos del guarda de seguridad, y cuenta las cámaras que cubren el área. Observa que hay un sistema de alarma perimetral para detectar a cualquier intruso que intente acceder a través de las dos puertas que conducen a las escaleras interiores de la vivienda.

6

9:05. Finca de la familia Carreño. Alicante.

Marta simula que no encuentra cobertura en su teléfono móvil, aunque en realidad está grabando un vídeo de la situación. Lo detiene cuando el anfitrión, Noel Carreño, aparece vestido con pantalones chinos azules y una camisa blanca de lino con las letras «PdH» estampadas en el pecho. Es el hombre que vieron dando una reprimenda al jardinero. Los ojos de Marta pestañean bajo las gafas de sol; el rostro de Noel Carreño le es familiar. No es hasta que él extiende los labios y les dedica una sonrisa, que Marta cae en la cuenta de que es un calco genético de Flavio Briatore, el empresario italiano que dirigió el equipo Renault de Fórmula 1. Noel luce el mismo cabello canoso alborotado, la piel bronceada artificialmente, una sonrisa estudiada y gafas con cristales rojizos.

—Olmedo, amigo, hace tiempo que no le veía.

Noel habla con acento forzado, como si el español no fuera su lengua materna. Por la forma de pronunciar la letra «t», Marta deduce que se ha criado en un entorno de habla inglesa.

Ambos hombres estrechan las manos con un apretón fuerte, mientras Marta observa la camaradería entre ellos. Está desubicada.

—Ya sabe que el fútbol me importa poco, yo solo voy por la gente del palco. *Money, money* —dice Noel entre risas mientras frota los dedos índice y pulgar de su mano derecha—. Y esta chica tan guapa, ¿quién es? —Señala a Marta.

—Oh, sí, ella es mi compañera, la inspectora Escudero, de homicidios.

—Uy, uy, lo de «homicidios» suena un poco mal, sobre todo en un lugar como este que huele a fiesta. Encantado. —Noel estrecha la mano de Marta, pero ella no muestra ninguna emoción—. Vengan conmigo, vamos a sentarnos allí. Dan lluvias para mañana, es una lástima, tenía planeada una pequeña reunión. Mayo es un mes jodido para las fiestas al aire libre.

Marta se sumerge en su imaginación y visualiza cómo sería aquella terraza por la noche, con los maceteros iluminados, las antorchas decorativas creando un ambiente suave, y los tonos de los adoquines de hormigón y las tejas de madera. A pesar del predominio del blanco, la combinación de árboles frutales, el metal brillante de las mesas y sillas, y el cristal impoluto de las barandillas produce un fascinante espectáculo visual.

Toman asiento en el rincón que brinda vistas a la piscina, al circuito de minigolf y al jardín recién regado.

—A estas horas de la mañana, no les voy a ofrecer una copa —dice Noel con una risa estridente que incomoda a Marta, quien no aprecia a las personas que llaman la atención alzando la voz y mostrando una sonrisa exagerada—. Tal vez un café o un zumo.

—Gracias, pero preferimos ir al grano —sugiere Olmedo.

Noel ofrece tabaco y Olmedo acepta.

—Hace más o menos un mes, mi mujer y yo salimos a navegar, y al regresar descubrí que nos habían robado. —La expresión risueña de Noel desaparece. Inhala el humo del cigarrillo mientras se mentaliza a compartir los detalles con la Policía—. Entré a la habitación para cambiarme de ropa y me sorprendí al ver una pintada en la pared, justo encima de la cama. ¿Quieren verla?

Olmedo asiente y Marta también presta atención. Ambos dirigen la mirada al teléfono de Noel, donde se muestra una fotografía con el símbolo del euro plasmado sobre el cabecero de la cama. Amplían la imagen para examinarla más de cerca y confirman que ha sido dibujada a mano con una sustancia oscura.

—Barro —señala Noel—. ¡La pintaron con barro! —Su risa amarga llena el ambiente.

—¿No había nadie en casa esa mañana? —pregunta Olmedo.

—Los domingos descansa el servicio. Es increíble que pudieran entrar en la casa, ¡increíble!

Marta le devuelve el teléfono y decide unirse a la conversación.

—Hemos visto personal de seguridad.

—Solo vienen cuando hay algún evento, más que nada para mantener el control si alguien se pasa de la raya. Y bueno… A raíz del robo, están aquí las veinticuatro horas porque mi mujer tiene miedo. No quiere entrar a nuestro dormitorio y me insiste en que nos mudemos.

—Pero tienen cámaras y un sistema de alarma…

—¡Cuarenta mil euros! —responde veloz, como si la cifra rondara por su mente día y noche—. Cuarenta mil euros invertidos en cámaras, videograbadores, sensores de proximidad, sistema de huellas… ¡La madre que los parió!

—¿No funcionaron?

Noel niega con la cabeza, incrédulo.

—¿Han visto alguna vez a un ilusionista? Esos tipos que hacen cosas increíbles, como encerrarse en una caja y luego aparecer burlándose del público por detrás. Pues lo que aquí ocurrió es digno de salir en el programa de misterios de Iker Jiménez. La alarma no saltó y los grabadores tampoco registraron ningún movimiento extraño.

A Marta no le encaja la versión de Noel. Para ella, solo la empresa de seguridad sería capaz de sabotear el sistema.

—Coño, he llegado a pensar en la posibilidad de que mi mujer lo dibujara antes de irnos, pero es imposible porque ella se quitaría la vida antes que tocar el barro, es muy aprensiva.

—Ya veo —interviene Olmedo—. Dejemos las medidas de seguridad para más tarde. ¿Se puede saber qué robaron?

Noel se incorpora, convertido en una criatura vulnerable.

—Un momento, voy a por un trago.

Se dirige a la barra donde el guarda de seguridad vigila sin despegarse del teléfono. Marta aprovecha su ausencia para observar sin disimulo la explanada ajardinada que se extiende frente a la casa. A los pies de la piscina y bajo una sombrilla, la mujer de blanco con sombrero de paja desayuna, cruzando las piernas y desplazando el dedo sobre una tableta electrónica. Cerca de ella, el hombre del mono blanco y gorra verde barre las flores del jazminero que tanto la molestan. La mirada de Marta se detiene en el riego automático que humedece un laberinto de setos de perfectos ángulos rectos. En el centro, hay un banco de piedra que invita a la lectura, y más allá, cerca de la cancha deportiva, un cobertizo protege un quad y una motocicleta de gran cilindrada.

—Es todo un poco raro, ¿no crees? —pregunta Olmedo en voz baja —. Lo del símbolo del euro acojona.

Marta se limita a sonreír. En el fondo, se alegra de que la víctima sea alguien acostumbrado a vivir en la opulencia. Está cansada de ver siempre a las mismas personas de calle denunciando robos en las comisarías.

El sonido del hielo chocando contra la copa se aproxima por sus espaldas. A su paso, Noel golpea de manera amigable el hombro de Olmedo, un detalle que no escapa al radar de Marta, preocupada por la relación que puedan tener. No sería la primera vez que descubre a un compañero colaborando con gente de bolsillo holgado a cambio de una generosa suma económica.

—En el armario de mi dormitorio hay una caja fuerte. Allí guardo dinero y las joyas de más valor. —Noel da un sorbo a su bebida anaranjada, necesita aclararse la voz—. El dinero desapareció.

—¿Y las joyas? —pregunta Olmedo.

—Están intactas. Los cabrones no se llevaron ni una. Joder, es el colmo, ¿verdad? Me está quitando el sueño, parece que estuvieran riéndose de mí. El dinero que había es una propina comparado con el valor de las joyas.

—¿De cuánto hablamos?

Noel clava la mirada en Olmedo y ladea la cabeza, avergonzado por lo que está a punto de revelar. Pasan unos segundos antes de que

consiga articular palabra.

—Setenta mil euros.

La cifra cae como una bomba en la conversación.

Olmedo resopla y desvía la mirada hacia Marta, quien se acaricia el mentón mientras reflexiona. Según Noel, esa cifra es una propina. Entonces, ¿cuánto valor tendrán las joyas que los ladrones decidieron no robar? Su mente es ágil, siempre va un paso por delante, aunque en ocasiones le cuesta controlarla, como en estos momentos.

—¿Tiene grabaciones de aquel día? —pregunta Marta.

—Sí, por supuesto, pero no saldrán de aquí —advierte Noel, con determinación.

—Antes mencionó que el robo ocurrió hace un mes, ¿por qué no ha denunciado hasta ahora?

Marta presiona a Noel, que suspira y se recuesta en su asiento.

—Porque mi nombre sería la comidilla en todas las tertulias, aparecería en los medios y, lo peor de todo, tendría que justificar la procedencia del dinero. Y créame, inspectora, que a estas alturas de mi vida no quiero complicarme acudiendo a los juzgados, y mucho menos declarar públicamente que mi hogar ha sido profanado. No, no pienso pasar por eso. Me relaciono con mucha gente, y en ciertos círculos la imagen es muy importante, hay que mantener las apariencias.

Marta interpreta que Noel jamás denunciará el robo y se plantea si es necesario profundizar más en la herida. Una serie de preguntas se agolpan en su mente, pero decide guardarlas por el momento. Después de todo, Olmedo es el encargado de la visita y le cede la palabra.

—Dadas las circunstancias y la falta de una denuncia formal, dígame, ¿en qué podemos ayudarle?

Noel muestra una lucha interna evidente, sus labios tiemblan mientras intenta controlar los nervios encendiendo un cigarrillo. Exhala el humo con violencia. En la esquina opuesta de la terraza, el hombre de seguridad emite un silbido y Noel abandona la reunión de manera abrupta.

Marta y Olmedo observan la figura que se aleja, perplejos ante su actitud repentina.

7

9:40. Finca de la familia Carreño. Alicante.

La mujer de Noel Carreño ya no está en la mesa de la piscina, regresó a la casa al mismo tiempo que su marido, así que los inspectores aprovechan la intimidad para repasar la visita.

—¿Qué te parece el tipo? —pregunta Olmedo.

—¿A mí me lo preguntas? —responde Marta—. Es tu amigo, así que prefiero no juzgarlo.

—¿Amigo? No te creas. En mis años en el cuerpo, he aprendido que hay que llevarse bien incluso con el diablo. A este lo conocí en el palco del Elche. Es egocéntrico y… Cómo decirlo con suavidad… Vamos, que es un gilipollas. Ahí lo tienes, ya lo he dicho.

Marta suelta varias risas silenciosas. No imaginaba a Olmedo hablando así y se ve confiada para opinar.

—Hay algo en el ambiente que no termina de encajar. Entiendo que son una familia de pijos acostumbrada a que todo el mundo les siga el juego, incluidos los políticos y, por supuesto, la Policía. ¿Acaso nos habrían enviado a hablar con el empleado de un supermercado al que le han robado la alianza de boda de la mesita de noche? No, para nada. Y encima, el ricachón va y dice con toda su jeta que no piensa denunciar. Estamos perdiendo demasiado tiempo aquí.

—Tienes razón, pero déjame darte un consejo: aunque te den ganas de escupirle en sus mocasines de seiscientos euros, aprovecha la visita y haz que recuerde tu nombre. Ponle buena cara, nunca se sabe cuándo podrías necesitar su ayuda. Y ya que estamos aquí, me gustaría ver las grabaciones. Además, ¿tenemos algo mejor que hacer esta mañana?

—Silencio —pide Marta al escuchar una voz.

Ambos se aproximan a la barandilla. Noel está debajo.

—Habla en inglés —susurra Olmedo.

—Sí, por teléfono. Déjame escuchar.

Marta siempre quiso tomar clases particulares de idiomas, pero su padre solo tenía ojos y presupuesto para su hermana mayor, quien pudo estudiar en el extranjero. Así que se conformó con ver películas en versión original y practicar con unas estudiantes holandesas que se alojaban en una casa vecina. Las extranjeras disfrutaban de una beca Erasmus y enseñaban inglés a Marta a cambio de que ella las acompañara a las discotecas y las fiestas de los pueblos.

—Está discutiendo. Dice que va a hablar, pero sin mencionar

nombres y que no se preocupen por el anonimato. También dice que tomarse la justicia por su cuenta no es una buena elección —informa Marta.

Noel alza la mirada hacia la barandilla de la terraza. Los inspectores retroceden y desvían la atención a la piscina, donde el jardinero permanece aspirando hojas.

—Escudero, ¿te ha hablado el comisario del crimen de Vistahermosa?

—No, todavía no me ha dado detalles. Sé lo que ocurrió, más o menos.

Olmedo recuerda la fotografía que se filtró en la comisaría, donde tres personas aparecían atadas a las palmeras y torturadas.

—Fue una jodida carnicería —comenta emocionado.

—¿Estuviste allí?

—No, qué va, pero no se hablaba de otra cosa. Todo eran especulaciones. Esteban Soriano llevaba la investigación, el compañero al que vas a reemplazar. Joder, Soriano es un tipo reservado, solitario, ambicioso y en ciertos aspectos un tanto egoísta. En los quince años que trabajamos juntos en Alicante, nunca nos hemos sentado a tomar una cerveza. Dicho esto, es un gran profesional, y eso que odia las tecnologías. No le hables de pinchar un teléfono o investigar las cuentas corrientes, qué va, el tío tiene un don para resolver crímenes. La pena es que quizá no vuelva…

—¿Está enfermo? —pregunta Marta.

—Según dicen, porque ya te digo que él es una tumba, todo comenzó con un tic en el ojo y ahora le tiembla la mano. Lo ocultó hasta que el comisario notó que Soriano no sacaba la mano del bolsillo. De momento está de baja y creo que echando humo.

—Quizás debería visitarlo para ponerme al día…

—¡Ni se te ocurra! Solo se lleva bien con su compañera, una pelirroja simpática que se apellida como aquel político de Izquierda Unida…

—Llamazares.

—Exacto. ¿La conoces?

—Es amiga mía. Podría decirse que estoy aquí gracias a su recomendación.

—Entonces tal vez tengas una oportunidad con Soriano, pero solo si tu amiga te acompaña.

El silbido del guarda de seguridad los interrumpe.

Ven al hombre indicándoles que se acerquen. Los guía por la acera exterior hasta una puerta blindada, a espaldas de la casa, que da acceso a un despacho. Noel los espera sentado frente a una enorme pantalla de ordenador.

—Tomen asiento. Tuve que ausentarme, les pido disculpas. Debía

atender una llamada importante que precisamente tiene que ver con el asunto del robo.

—Usted dirá —dice Olmedo en tono confidencial.

—Lo que voy a contarles me gustaría que fuera tratado con mucha discreción, así se lo he prometido a las personas implicadas.

—Somos inspectores de Policía, no andamos por ahí divulgando los problemas de la gente —advierte Olmedo.

—Siento si le he ofendido, pero pronto entenderá por qué se lo he dicho.

Noel pulsa el teclado y en la pantalla de cuarenta pulgadas aparece la misma fotografía que habían visto en la terraza minutos antes: el símbolo del euro dibujado en barro sobre la pared del dormitorio de Noel.

—Ya les conté lo que sucedió en mi casa, ¿verdad? Pues resulta que varios colegas también sufrieron el mismo robo: les sabotearon los sistemas de seguridad sin dejar huellas, se llevaron únicamente el dinero y pasaron de las joyas y los objetos de valor. Uno de ellos tiene dos Picassos que valen casi dos millones de euros… ¡Y ni siquiera los tocaron!

Noel intercambia la mirada con los inspectores.

Olmedo cruza las manos sobre su abultado estómago. Piensa en la ira de esos ricos y, ante todo, en el miedo que sienten sus familias. Reconoce que el motivo es lo suficientemente grave para que hayan recurrido al mismísimo subdelegado del Gobierno.

Marta se mantiene alerta en todo momento. Ha comprobado con sus propios ojos que, en muchas ocasiones, esas fortunas son fruto de prácticas ilegales. En lo profesional, nuevas preguntas se suman a la lista, pero recuerda que este no es su caso y que solo está allí para apoyar a su compañero.

El único sonido que rompe el silencio es el golpeteo intermitente del pie de Noel sobre el suelo.

Marta echa un vistazo al despacho de paredes blancas. Observa una puerta entreabierta que revela archivadores de contabilidad. Está convencida de que serían una tentación para cualquier inspector de Hacienda. La luz indirecta ilumina el techo, mientras un proyector led enfoca un retrato de Noel Carreño al timón de un velero.

Él observa a Marta de forma descarada, exigiéndole con la mirada que deje de comprobar si la habitación está ordenada y se involucre en resolver su problema.

Marta reflexiona sobre lo exigentes que pueden ser algunos ricos, creyéndose con el derecho de dar órdenes a la Policía solo porque pagan más impuestos que los demás. Se esfuerza por contener la tentación de hacer preguntas y busca los ojos de Olmedo, quien parece bloqueado y parpadea con demasiada frecuencia. Ese titubeo la anima

a intervenir.

—¿Esas personas tampoco tienen intención de denunciar? —se aventura a preguntar.

Ambos hombres la miran como si hubiera proferido un insulto en medio de un funeral.

Noel responde con un no rotundo, lo cual lleva a Marta a asentir con la cabeza.

—Al menos usted nos ha explicado cuándo y cómo ocurrió, podemos ver las imágenes y conocemos la cantidad robada. Supongo que Olmedo estará de acuerdo en que es posible iniciar una investigación, pero ¿qué hacemos con los demás?

—Hasta ahora, que sepamos, hay cinco personas que han sufrido robos. Tengo fotografías de las pintadas en las paredes, todas son similares —informa Noel.

Olmedo aproxima su silla a la mesa y se inclina hacia delante para tomar la iniciativa.

—¿Podemos verlas?

—Sí, aquí están.

Noel proyecta una tras otra. Tal como adelantó, todas son idénticas.

—Señor Carreño —interviene Marta—, hay algo que ha estado rondando mi mente desde hace un rato.

—Dígame —responde Noel con una nota de esperanza en su voz.

—Hablemos claro. A usted y a sus amigos, el dinero que les han robado les hace cosquillas, ¿estoy en lo cierto?

De forma disimulada, Olmedo golpea el pie contra la pantorrilla de Marta, advirtiéndole que no es la mejor forma de tratar a Noel.

—No nos queda otra que lamernos las heridas —responde Noel con una risa histérica que se prolonga durante varios segundos. Sus ojos fulgurantes acompañan su sonora risa, y no auguran un final tranquilo para la reunión.

—¿Y por qué han decidido presentar esta especie de denuncia?

El pecho de Olmedo retumba como un tambor. La intervención de Marta ha disparado su tensión y anhela un café y una pastilla para los nervios. Nunca se sabe cómo puede reaccionar un millonario enfadado.

—Inspectora Escudero, ¿usted conoce el miedo? El miedo es el motor de la vida y, aunque no lo crea, la peor tortura para un rico no es perder su riqueza, la peor tortura es que esa riqueza no logre eliminar el miedo. Tenemos los sistemas de seguridad más sofisticados y, todavía así, han penetrado en lo más sagrado que una persona puede tener: su dormitorio. Y no solo se han llevado parte de nuestros ahorros, sino que también se han burlado de nosotros despreciando nuestras joyas.

—Y si les hubieran robado las joyas y los Picassos, ¿habrían

denunciado? —cuestiona Marta.

—Las joyas, los relojes y los cuadros son objetos que nos recuerdan hasta dónde hemos llegado. Algunos tienen un valor sentimental incalculable. Saber que podíamos haberlos perdido, que somos vulnerables, nos llena de miedo, un miedo profundo. Puede estar segura de que habríamos declarado la guerra.

Marta le dirige una mirada larga y penetrante.

—¿Contra quién?

—No lo sé —responde Noel. Su voz comienza a temblar—. Seguramente contrataríamos investigadores privados, gente que hace las cosas de manera diferente a la Policía.

Olmedo desea concluir la entrevista, aunque algo en su interior le aconseja ceder el timón a Marta; la joven inspectora está demostrando tener carácter.

—¿Ya han acudido a los investigadores privados?

—Para empezar, han comprobado que ahora tengo seguridad personal…

—Eso está muy bien, pero después de admitir que no tienen inconveniente en actuar al margen de la ley, estoy convencida de que no me ha respondido con sinceridad a una pregunta: ¿por qué han decidido poner esta supuesta denuncia?

Las manos de Noel buscan a la desesperada el paquete de tabaco. No puede ocultar su nerviosismo, que se vuelve aún más evidente cuando enciende un cigarrillo. Luego se lleva la mano a la frente, vacila, tiembla cada vez más, como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

—¡Maldita sea! —Da un golpe en la mesa—. Nos enteramos de que los asesinos del chalet de Vistahermosa, esos que se cargaron a Alberto Ramos y a su mujer, también pintaron el signo del euro en la pared del dormitorio con barro.

8

11:05. Subdelegación del Gobierno. Alicante.

Las personalidades citadas han acudido puntuales a la sala de reuniones. El último en tomar asiento es Ricardo Aguirre, el subdelegado del Gobierno de Alicante, quien preside la mesa con una expresión de preocupación. Lo rodean altos cargos de los cuerpos de seguridad del Estado: desde el general de brigada del cuartel militar de Rabasa, encargado del Grupo de Operaciones Especiales, hasta la concejala de Seguridad en funciones, acompañada por el coordinador de Protección Civil de la ciudad.

En la silla, junto al subdelegado, el comisario Arturo Albízar observa a sus homólogos de la Guardia Civil y de la Policía Local. Todos permanecen en silencio, expectantes ante la urgencia de la convocatoria.

Ricardo Aguirre revisa unas notas. Apoya sus gafas sobre la mesa y, tras humedecerse los labios, da inicio a la reunión.

—Gracias por la puntualidad y lamento haber interrumpido sus agendas, pero el motivo lo justifica.

Observa a cada uno de ellos, cerciorándose de haber captado su atención.

—Dentro de doce días serán las elecciones locales y en poco más de un mes, la celebración de las Hogueras dará el pistoletazo a la campaña de verano. Nada nuevo que no conozcan. Se avecinan meses difíciles, con el añadido de las elecciones y todo lo que eso implica. Aunque este no sea nuestro tema central, les pido que no lo olviden y mucho menos lo pasen por alto. En un par de días, les proporcionaré detalles sobre los dispositivos de seguridad que hemos estudiado para la semana de elecciones. —Abre un botellín de agua y da un sorbo—. Pero hoy les he convocado porque nuestra ciudad tiene múltiples frentes abiertos que se resisten a cerrarse.

Hay caras largas entre los asistentes, conscientes de los problemas a los que el político se refiere.

—Debemos frenar la oleada de robos. En la radio he escuchado que hay jóvenes robando bolsos a plena luz del día a lo largo del paseo de la Explanada. Me han llamado de la televisión para hacer un reportaje sobre el aumento de la delincuencia en la costa este de España. ¿Alguien me puede explicar qué está sucediendo?

La voz enfadada de Ricardo Aguirre resuena en las paredes, y el eco se prolonga en el tiempo. La expresión facial del responsable de la

Policía Local no pasa desapercibida para el subdelegado.

—¿Le parece gracioso?

Las miradas de ambos se encuentran, comunicándose antes de que el intendente general de la Policía Local se anime a responder.

—Aunque coloquemos un agente en cada esquina, los hurtos seguirán existiendo. Ya hemos discutido esto en otras ocasiones. Esos chavales se han profesionalizado y acumulan denuncias sin que sufran consecuencias. Además de la escasez de recursos, mi personal está agotado. Los quinquis se burlan en sus caras, los insultan e incluso les escupen. Estamos atrapados en la resignación.

—No me jodas. Asignamos un grupo de agentes para este asunto.

—Pero no sirve de nada si no logramos que esos chicos dejen de robar. Hemos llegado a detener al mismo individuo hasta cuatro veces en un solo día, ¿no lo ve?

Nervioso, Ricardo Aguirre abre las manos.

—Como no paremos esto, los turistas se irán a otro lugar. ¿Y qué pasa con los robos en las casas?

—Estamos desbordados —indica el comisario Albízar—. Hay una gran afluencia de inmigrantes, sin oportunidades laborales y que buscan una forma de sobrevivir.

—Debemos ponerle fin. No hay un solo día en el que no me despierte con la noticia de algún altercado relacionado con las drogas. ¿Qué demonios está ocurriendo con los colombianos?

—Es complicado —interviene el subdirector general de la comandancia de la Guardia Civil de Alicante—. Están bien organizados y se mueven con rapidez. Vamos muy por detrás de ellos.

—No es por meter más leña al fuego —toma la palabra el concejal de Seguridad en funciones—, pero estoy convencido de que esto nos pasará factura en las elecciones. Los partidos de la oposición están aprovechando la inseguridad ciudadana para desacreditarnos.

Ricardo Aguirre se encuentra en un callejón sin salida. Termina su botellín de agua y fija la mirada en el representante del ejército, que se mantiene atento a la conversación.

—Me gustaría conocer su opinión —le pide el subdelegado.

—Los militares tenemos pocas opciones. De hecho, mis superiores en Valencia no entienden por qué nos han convocado. Pero, ya que estoy aquí y lo que diga no nos comprometerá de ninguna manera, creo que la solución es complicada, al menos a corto plazo como usted pretende. Si llegara el caso de que se nos ordenara patrullar las calles de la ciudad, es muy probable que la alarma social se dispare y estoy seguro de que no disuadiría a los ladrones de los que han hablado. Usted es político. Piense en las carencias de esos chavales. ¿Cómo podemos alejarlos de la vida delictiva? Lo que está ocurriendo en la provincia es un imán, y si no se frena, puede estar seguro de que el

efecto llamada continuará, y quién sabe en qué se convertirá la zona.

La reunión se prolonga durante más de una hora sin encontrar una forma de responder al aumento de los delitos. El subdelegado propone reunirse de nuevo después de las elecciones. Hasta entonces, hará gestiones en Valencia para obtener refuerzos de cara a la temporada de verano.

Una vez finalizado el encuentro, Ricardo toma del brazo al comisario Albízar con la intención de quedarse a solas con él.

—¿Cómo va la investigación de «Las tres palmeras»? —pregunta una vez la puerta se cierra—. ¿Hay avances?

—Ayer se incorporó una inspectora a la que he asignado el caso.

—¿Una novata?

—Viene de Asturias. Es joven pero experimentada y con una nueva perspectiva más moderna, más tecnológica. Hoy mismo se ha puesto a trabajar y confío en que pronto obtengamos avances.

—Más nos vale. Tengo a la prensa pegada al culo. No paran de presionar. Miedo me da que comiencen a inventar cosas, entonces sí que estaremos jodidos. Dijisteis que la hija de Alberto Ramos parecía sospechosa.

—Sí, pero no hemos encontrado pruebas.

—Y ahora, ¿crees que las encontraréis?

—Vamos a darle tiempo al equipo, seguro que lograrán algo.

Ricardo Aguirre extrae una cajetilla de tabaco del bolsillo. Sabe que el comisario anhela encender un cigarrillo tanto como encontrar a los asesinos del chalet de Vistahermosa.

—¿Qué me dices del robo en la casa de Noel Carreño?

—Precisamente he enviado a la nueva inspectora con uno de mis hombres para que visiten la casa. Luego me informarán.

—Es una puta locura. Según tengo entendido, han robado en cinco casas. Nadie quiere denunciar porque se verían en apuros. Tenemos que acabar con esto o al final vendrán a grabar una película en Alicante.

—Tranquilo, ya estamos trabajando en ello.

—¿Te imaginas que ponen a un actor interpretando mi papel? Joder, ¿qué diría mi madre?

9

12:15. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La excursión con Olmedo se extiende hasta el mediodía. Después de entrevistar a Noel Carreño y revisar las grabaciones del día del robo, los inspectores hacen una parada en un bar frecuentado por los aficionados del Hércules de Alicante antes de los partidos de fútbol. A pesar de que todos saben que Olmedo es del Elche, nadie se mete con él. Su placa de Policía impone respeto y se ha ganado el cariño de la gente.

Toman café mientras analizan la visita a la mansión de los Carreño. Olmedo no entiende por qué los ladrones no se llevaron las joyas. Estaban tan accesibles que la tentación habría sido suficiente para hacerles actuar. No es difícil vender joyas en el mercado negro. Entonces, ¿por qué llevar a cabo robos en varias viviendas en lugar de centrarse en una sola y obtener el mismo botín sin asumir mayores riesgos?

Marta está convencida de que los robos tienen un trasfondo personal. No solo se llevan dinero en efectivo, sino que dejan la misma marca en todos los lugares. ¿Por qué el símbolo del euro? Y ¿por qué está dibujado en barro? Además, la preocupa descubrir cómo lograron burlar los sistemas de seguridad.

La pareja ha salido de la casa con muchas incógnitas, así como con una copia del dibujo del euro sobre el cabezal de la cama y el nombre de la empresa que instaló y mantiene el complejo sistema de seguridad: RS Protección.

Marta recibe la llamada del comisario, quien desea que hable con Teo Serralba antes de encontrarse para comer a las dos de la tarde en un restaurante cercano a la comisaría.

De regreso, Olmedo le pide a Marta que le cuente un poco sobre sí misma y le asegura que guardará silencio durante los diez minutos que les llevará llegar a la central. Ella le dice que sufrió una época complicada, con la pérdida de sus padres, y que tiene una hermana con la que no mantiene una buena relación y que saldrá de prisión en unos meses. Desde que se unió al cuerpo de Policía, ha sido destinada en Albacete, Logroño y, en los últimos tres años, estuvo en Oviedo. Siempre ha trabajado en casos de homicidio y, hasta hace unos días, estaba centrada en investigar la muerte de una pareja de ancianos en un asilo, en circunstancias extrañas. Concluye su breve biografía revelando que tuvo una relación complicada con un compañero de

trabajo, y en parte, esa es la razón por la que aceptó venir a Alicante.

Se sorprende a sí misma sincerándose con Olmedo. Hace semanas que no habla con la psicóloga que la ha estado ayudando a superar un episodio traumático. Se encontró con dos niños sin vida, mientras sus padres deliraban en el salón bajo los efectos de las drogas. Desde entonces, siente un fuerte dolor estomacal cada vez que un menor está en peligro o sufre una injusticia. Además, desde hace un tiempo, le ronda por la cabeza la idea de ser madre, aunque no lo ha hablado con nadie, ni siquiera con la terapeuta. Desconoce por qué siente esa llamada, ya que no tiene ningún referente cercano ni una pareja estable. Lo más preocupante es que su dedicación al trabajo es incompatible con cualquier responsabilidad y carga personal.

Olmedo deja a Marta en comisaría. Allí, ella saluda a los oficiales que custodian el acceso y que la observan con miradas curiosas. Marta se detiene frente al mural que muestra la distribución del edificio y rápidamente toma una foto con el teléfono para examinarlo más tarde. Antes de entrar en la oficina de la unidad, siente la necesidad de refrescarse en el baño. Ha sido una mañana agitada y no ha tenido ni un solo minuto de descanso. Recuerda que todavía no ha llamado a su tía Maite, su único familiar cercano. La mujer vive en Guardamar y Marta decide llamarla para informarle que la visitará pronto.

Teo Serralba sigue en el mismo lugar de antes, con los ojos pegados a las pantallas. Atiende una llamada a través de unos auriculares enormes, similares a los que llevan los pilotos de helicóptero. Marta aprovecha para llamar a Silvia, que ha ido a los juzgados a presentar unos informes y le pide que la acompañe por la tarde a la playa de San Juan. El comercial de la inmobiliaria insiste en que no debe dejar escapar la oportunidad y menciona que también han puesto a la venta un ático en el mismo edificio. A Silvia le gustaría ir acompañada para tomar una decisión sobre la compra del apartamento o mandar al argentino al diablo de una vez por todas. Quedan en encontrarse a las cinco. Marta espera haber terminado su reunión con el comisario Albízar para esa hora.

Finalmente, Teo se libera de sus tareas y Marta se acerca a él.

—Bienvenida de nuevo.

—Gracias. Silvia me contó que eres papá. Enhorabuena.

—Oh, sí. Es más fácil examinar una fotografía borrosa en el archivo policial que descubrir por qué la niña llora desconsoladamente.

Ambos ríen y Marta se sienta junto a él en la única silla roja que hay en la oficina.

—Dicen que los niños no vienen con manual —comenta Marta.

—¡Ni posibilidad de cambio o devolución! —añade Teo mientras busca una fotografía de su bebé para mostrársela a Marta.

Ella observa la foto con el rostro iluminado, aunque en su interior siente un pinchazo en el estómago. Ha leído en Internet que esa reacción es común en las mujeres que desean ser madres y encuentran obstáculos en su camino. Teo le cuenta la difícil noche que ha tenido debido a los cólicos de la niña y el estrés postparto que sufre su esposa. Esos son los motivos detrás de sus ojeras.

—El comisario me pidió que viniera a verte —comenta Marta.

—Sí, tengo todo listo. Te lo explico en un minuto, déjame cerrar esto. Silvia me dijo que eres de los míos, que te gusta la tecnología y odias el papel.

—Solo pienso que los humanos ya han talado demasiados árboles —responde Marta.

Teo muestra un lápiz de memoria y lo inserta en la ranura del ordenador. Señala la carpeta que acaba de abrir.

—Aquí tienes todo lo relacionado con el caso de «Las tres palmeras». Informes, testimonios, imágenes, vídeos, declaraciones, recortes de prensa…

—¿Recortes de prensa? —pregunta Marta sorprendida.

—Sí… Bueno… Es cosa mía. Me gusta guardar todo lo que está relacionado con un suceso. También tengo estos dos archivos, que si los abres, podrás ver los comentarios que los usuarios de redes sociales han hecho sobre el crimen.

—¿Cómo lo has conseguido?

Teo se jacta de sus habilidades y, con gesto infantil, se señala a sí mismo.

—Jefa, soy programador informático.

—¿Y tienes tiempo para hacer esos programas?

—Estoy asignado en exclusiva a esta unidad. El inspector Soriano no creía en estas cosas. De hecho, decía que sería mejor que me dedicara a administrar informes y completar trámites burocráticos. Pero yo, por mi cuenta, voy recopilando todo lo que cae en mis manos.

Marta asiente con fascinación. Está encantada de tener un compañero tan comprometido.

—Te felicito y lamento decirte que conmigo tendrás mucho trabajo —dice Marta.

—No sabes cuánto me alegro. Aquí me han estado pidiendo ayuda con temas de robos y hasta con asuntos de manifestaciones y festividades. Estoy un poco cansado. Lo mío es la ciberdelincuencia, bueno, combatirla. Hablando de eso, escribe aquí un código, combínalo como quieras.

El rostro de Marta refleja desconcierto ante su nuevo compañero.

—Encriptamos los datos del lápiz de memoria. Solo se abren si el código coincide. Es una medida de seguridad. Imagina que algún friki

encuentra las fotos de las víctimas y las cuelga en su Instagram. Deberás reescribir el código cada treinta minutos, son las reglas.

—Según veo, parece que tengo mucho trabajo por delante.

—Solo para ponerte al día, calculo que tomará un par de días.

—¿En serio? —reacciona Marta, sacudiendo la cabeza con sorpresa.

—A menos que también trabajes de noche…

—La verdad es que tengo el sueño ligero.

—Créeme, cuando comiences, dejarás de dormir del todo.

El teléfono de Marta suena. En la pantalla aparece el nombre del comisario. Ella consulta la hora y comprueba que todavía falta un rato para las dos de la tarde.

—Escudero, estoy aparcado en la puerta. He terminado antes de tiempo, ¿puedes bajar?

—Voy enseguida.

—Llevo un Nissan Qashqai negro.

Marta permanece unos segundos mirando el teléfono, pensativa. A Teo le es familiar la situación.

—¿El jefe te invita a comer? —pregunta él.

Ella se confunde un poco más, como si se estuviera perdiendo algo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso es costumbre comer con el comisario el primer día de trabajo?

—No sé si llamarlo tradición, pero hizo lo mismo conmigo. Es muy cercano y le gusta conocer a su gente. Ya me contarás cómo te va con él. Por cierto, mañana no vendré, tenemos que vacunar a la niña y aprovecharemos para hacer varias gestiones. En esta tarjeta tienes mi teléfono y una dirección de correo electrónico que te he creado. Sigue las instrucciones y cambia la contraseña.

—Oye, ¿a qué viene tanto cariño? —pregunta Marta con tono burlón mientras se levanta—. Que quede claro que no soporto a los pelotas.

La conexión con Teo ha sido buena y él la llama antes de que se vaya.

—Y si necesitas algo, no dudes en llamarme.

—Eso, eso, tú dame más cera.

10

13:50. Finca de la familia Durá. Alicante.

Los martes, la familia Durá no comparte la comida en casa. Adrián ha partido a Valencia para asistir a la reunión semanal de la empresa, donde ocupa un cargo ejecutivo. Después de la junta, tendrá una cita con su amante en un hotel céntrico y a última hora de la tarde regresará a casa impregnado de fragancia femenina y whisky de primera calidad. Patricia, su esposa, aprovecha el día de soltería para quedar con unas amigas. Por la mañana ha visitado un centro de belleza en Elche y ahora disfruta de un almuerzo vegetariano que se prolongará hasta la hora de recoger a sus hijos de las actividades extraescolares.

La casa está vacía. Setecientos metros cuadrados de parcela en una de las zonas más exclusivas de la ciudad, con acceso privado a una discreta playa rocosa en la cala Cantalar. Apenas ha hecho falta teclear un código para abrir la puerta automática. Unos minutos atrás, las cámaras se quedaron con las imágenes congeladas. Los sistemas de seguridad no son infalibles y siempre dejan algún resquicio para ser saboteados.

El cielo se va nublando, pero no impide que la piscina brille con su apacible agua, mientras una pelota de playa y un flotador con forma de cisne recorren en círculos de un lado a otro. A pocos metros, en el alféizar de la ventana de la cocina, se encuentra un cenicero con forma de pez que oculta la llave de la puerta de servicio en su base. Es el acceso menos glamuroso a la vivienda, pero también el más vulnerable. Solo Adrián y Patricia conocen la existencia de esa llave, y la esconden en ese lugar por temor a que alguno de sus hijos quede encerrado en la casa mientras ellos disfrutan de un baño en la piscina.

El terreno está húmedo. Unas manos enfundadas en guantes remueven el césped y depositan puñados de tierra en un cubo. En pocos segundos, la masa se compacta y está lista para ser utilizada.

El sonido de unas campanillas indica que la puerta ha sido abierta. El eco resuena unos segundos, aunque no hay nadie presente para escucharlo. El teclado de alarma tiene el indicador verde encendido, lleva desactivado varios minutos.

Enseguida aparece el salón, con una pantalla gigante rodeada de figuras importadas de Egipto. La familia Durá ha viajado por todo el mundo y le gusta exponer sus recuerdos. En la pared, tras la mesa del comedor, se pueden apreciar papiros auténticos obtenidos de manera

ilegal. Adrián tiene una fascinación por la cultura azteca y durante uno de sus últimos viajes a México adquirió una figura robada. Cerca del pasillo central, sobre un pedestal de mármol, se exhibe la escultura de una diosa tallada en roca volcánica, cuyo valor en el mercado negro supera los cien mil euros.

Pero el verdadero botín está al fondo del pasillo. La tenue luz que se filtra por la ventana del baño es suficiente para avanzar hacia el despacho. No es necesario usar el lector de huellas, porque también ha sido saboteado. Los sensores de movimiento son meros adornos en una amplia habitación cuya mesa de roble se encuentra indefensa ante unas manos que agitan los dedos.

Son necesarias dos llaves para abrir el cajón de seguridad que hay camuflado debajo del tablero de la mesa. Una de las llaves está escondida dentro de un diccionario de alemán en la estantería. La otra se encuentra en el interior del recipiente que alberga una pluma estilográfica de la exclusiva marca Tibaldi, un objeto cuyo precio en tiendas supera los diez mil euros.

Un par de intentos, y las cerraduras emiten un chasquido que a oídos de un ladrón suena como una máquina tragaperras entregando el premio gordo.

Siempre resulta sorprendente descubrir los objetos que los ricos guardan en sus cajas de seguridad. Es evidente que Adrián Durá tiene un gran afecto por una mujer que viste ropa interior de encaje. Junto al retrato hay varias piezas de lencería que parecen coincidir con las que ella luce en la fotografía. También hay carpetas con documentos, una bolsa con varias joyas y en el interior de una caja de terciopelo, unos pendientes de oro blanco en forma de flor con dos diamantes en el centro. Al lado, hay una bolsa que contiene una sustancia blanca que definitivamente no parece ser harina.

Al revolver en el fondo del cajón, aparecen cuatro paquetes de tamaño cuartilla, con el mismo grosor que el hueco del cajón. Con solo abrir uno, es evidente el alcance del botín: cien mil euros en billetes de cien.

Con el objetivo cumplido, es hora de dejar un mensaje a la familia Durá. Es una lástima descolgar el retrato dibujado al óleo en el que Adrián posa con elegancia en ese mismo despacho. Será reemplazado por otro dibujo, esta vez utilizando otra técnica artística. El símbolo del euro toma forma en barro mientras el reloj advierte que el tiempo se está agotando.

En tan solo quince minutos, la finca de los Durá es saqueada. Los propietarios descubrirán la factura un poco más tarde, después de una jornada de risas y excesos.

11

14:20. Restaurante Mexicano. Playa de San Juan de Alicante.

El comisario Albízar respeta los límites de velocidad y usa los intermitentes como un aspirante que busca aprobar el examen de conducir. Marta predice que su superior nunca sufrirá un ataque de ansiedad. Apenas suelta las manos del volante para cambiar de marcha y dar una calada al tercer cigarrillo que fuma desde que abandonaron la comisaría hace quince minutos.

Marta le explica la visita al chalet de Noel Carreño y trata de ganarse su confianza al adelantarle su hipótesis sobre lo ocurrido.

—¿Un ladrón honrado? ¿De dónde diantres has sacado ese concepto? Creo que me he quedado obsoleto —se cuestiona el comisario en tono burlón.

—No, para nada. Según tú, ¿cómo catalogarías a un ladrón que entra en mansiones de ricachones y, teniendo en sus manos joyas de gran valor, solo se lleva el dinero?

—Hostias, Escudero, acabas de llegar y ya me estás haciendo pensar.

Marta obliga al comisario a poner sus neuronas en marcha. Pasan varios segundos, enciende un nuevo cigarrillo y pregunta:

—¿Y qué me dices del símbolo del euro?

—Creo que el ladrón aprovecha el robo para darles una lección. Les golpea donde más les duele y espera que reflexionen. Por eso lo defino como honrado.

—¿Dónde dices que has estudiado? —pregunta Albízar, sorprendido por la explicación de la inspectora.

—Habría que conocer las fechas de los otros robos, las relaciones entre las víctimas, las cantidades que se robaron, los sistemas de seguridad…

—¡Alto, alto! Veo que estás motivada. Dejaremos el tema de los robos en manos de Olmedo. Por ahora, quiero que te centres en la finca de los Ramos.

El coche se detiene frente a un restaurante mexicano en la playa de San Juan de Alicante. Marta recuerda que más tarde ha quedado con Silvia cerca de allí.

A esa hora, dos parejas regresan de la playa en ropa de baño llevando sillas y sombrillas. Les siguen tres adolescentes sin camiseta, que lucen un bronceado natural y cuerpos trabajados en el gimnasio. Marta siente las miradas de deseo de los jóvenes y les sonríe, avivando

aún más sus hormonas de veinteañeros.

—Me gusta venir a este restaurante —dice Albízar—. Será porque mi hija vive justo enfrente. Luego iré a visitar a mis nietas… Me vuelven loco.

Marta presta atención a su superior, pero no pierde detalle de lo que sucede en las inmediaciones. En poco más de un minuto, ha visto a dos motoristas conduciendo sin casco, a una mujer de mediana edad trapicheando con drogas en una esquina y a un vendedor ambulante ofreciendo ropa falsificada. Reconoce que es un defecto profesional que no puede evitar. En más de una ocasión ha pensado que si tuviera autoridad para emitir multas, los juzgados no darían abasto para gestionar la cantidad de delitos que presencia a diario.

Una vez en el restaurante, los colores chillones y la decoración excesiva la abruman. Tarda unos segundos en acostumbrarse a tantos elementos decorativos. La incomodan los entornos sobrecargados de distracciones. Toma asiento frente al comisario, dándole la espalda al resto del comedor para poder concentrarse mejor.

El comisario se quita la chaqueta y la corbata, suspira y desabrocha un par de botones de la camisa. Acalorado, pregunta a Marta:

—¿Una cerveza?

—Prefiero agua.

—Últimamente me he aficionado a la cerveza sin alcohol. Sé que no es lo mismo, pero me resisto a comer con agua.

Los decibelios de la música de fondo se disparan con el ritmo de una famosa ranchera, y un comensal a lo lejos se anima a cantarla. Sin embargo, el comisario y la inspectora están concentrados en sus asuntos, ajenos al alboroto.

—En fin… Si te parece, voy a ponerte al día. Este es un caso peliagudo. Las víctimas eran conocidas en la ciudad. Ella era una figura destacada en las galas locales y él aspiraba a un puesto importante en la alcaldía. Yo lo conocía. Alberto Ramos era un tipo carismático, se vendía muy bien, pero parece que su vida privada era diferente.

—Olmedo me dijo que Ramos tenía una hija.

—Vive en Pamplona con su novio y estudia economía en una Escuela de Negocios. Estaba allí cuando ocurrió todo.

El comisario Albízar da un sorbo a su cerveza, y Marta aprovecha el momento para saciar su curiosidad.

—¿La entrevistasteis?

—Sí, vino aquí tan pronto como se enteró de lo sucedido. Es la hija de Alberto Ramos y su difunta esposa, que falleció hace cinco años. La chica se llama Yaiza y tiene veintidós años. Ella y el hijo de Ramos, fruto de su actual relación, son los herederos.

—¿Cómo se lo tomó?

—Lo verás en las grabaciones. Yaiza no perdonaba que su padre se hubiera juntado con una mujer y mucho menos que hubiera tenido otro hijo. Lo típico, no pudo aceptar que él rehiciera su vida con otra pareja. La acompañamos a la casa y se derrumbó al ver los charcos de sangre en el jardín.

—¿Sospechasteis de ella?

—Desde el principio, la investigación no fue en buena dirección. El inspector Soriano se obsesionó con Yaiza y rápidamente la señaló como sospechosa. Descartó otras líneas de investigación. No me di cuenta a tiempo de que estaba enfermo y no reunía las condiciones para liderar un caso tan complejo como este.

El comisario saborea unos nachos cubiertos de queso. Marta, atenta, aprovecha los momentos de silencio para abordar un tema que la preocupa.

—Hablando de Soriano, me pregunto cómo queda la unidad con su ausencia.

—Ya lo discutimos por teléfono, pero si quieres repasarlo de nuevo, lo hacemos. La Unidad Central de Inteligencia Criminal la conformáis tú, como inspectora jefa, la subinspectora Silvia Llamazares, que te acompañará siempre que la necesites y estará bajo tus órdenes, y el oficial Teo Serralba, quien se coordinará con vosotras para brindar apoyo mediante procedimientos informáticos. Estoy seguro de que formaréis un buen equipo. Los tres habéis demostrado ser competentes.

—¿Y qué pasa con Soriano? —insiste Marta, deseando dejar el tema zanjado.

—Está fuera de la unidad. Le diagnosticaron una enfermedad degenerativa y dudo que regrese al servicio. No te preocupes por él. Tú estás al mando de la unidad y a partir de ahora tomarás las decisiones. Todos tendremos que adaptarnos, pero confío en que no sea un problema.

El alto volumen de la música resulta incómodo, pero ambos están concentrados en la reunión. Para ser el segundo contacto con el comisario, Marta agradece su cercanía, ya que conoce lo que es trabajar bajo un superior dictatorial que la vigilaba hasta en el baño.

Albízar prepara un taco de pollo y ternera, mientras Marta evita el sofrito grasiento y se recrea sumergiendo los nachos en guacamole.

—¿Dónde tienes pensado vivir?

Ella no esperaba esa pregunta y reacciona con una sonrisa que le hace toser.

—Para ser sincera, no tengo ni idea. Por ahora estoy en un hotel, pero tal vez busque un lugar para alquilar. Esta zona no está mal.

—No sé si lo has escuchado, pero el empleo está repuntando y parece que va a subir el precio de la vivienda. Así que es un buen

momento para comprar. Este barrio es maravilloso, a un paso del mar y de la ciudad.

—Precisamente esta tarde he quedado con Silvia para ver un apartamento, creo que cerca de aquí.

—Haces bien. Mi hija vive ahí enfrente y está encantada.

El comisario señala hacia la ventana y se sorprende al ver a alguien acercándose a su mesa.

—Hombre, Albízar, ¿qué haces por aquí? —pregunta un hombre de casi cincuenta años, delgado, con el pelo corto y rizado. Viste bermudas y una camisa veraniega, y sonríe como los directores de banco.

—Pues, ya ves, disfrutando un poco de la comida picante con la nueva inspectora de homicidios. Marta Escudero, te presento a Luis Villacreces, es médico forense en el Instituto de Medicina Legal de Alicante.

12

16:00. Urbanización Marina Sol. Playa de San Juan de Alicante.

La comida se prolonga hasta las cuatro de la tarde. Marta ha tenido la oportunidad de cruzar unas palabras con Villacreces, que es precisamente quien realizó las autopsias de los Ramos y la empleada del hogar. El forense ha demostrado tener buen sentido del humor, bromeando sobre la causa de la muerte del pollo que había en sus platos. Después de contar un chiste sobre los policías de homicidios, ha mostrado disposición para colaborar con Marta en todo lo que necesite. Ella le ha prometido que lo visitará tan pronto como se ponga al día con el caso.

Silvia acaba de llamar por teléfono. Las amigas se reunirán en unos minutos en la cafetería Paraíso, ubicada en la urbanización donde han quedado con el argentino de la inmobiliaria.

—¿Qué le ponemos a la chica guapa? A estas horas apetece algo fresquito, ¿verdad? —pregunta el camarero con acento murciano.

El hombre maneja con destreza el mecanismo que extiende el toldo para proporcionar sombra en la zona donde Marta se ha sentado.

—Una tónica, por favor.

Ella sigue con la mirada a una perrita que hace sus necesidades unos metros más allá, junto a la farola de la esquina. No puede evitar que la situación la incomode. Está dispuesta a llamar la atención a la dueña del animal si se atreve a marcharse sin recoger los excrementos.

Marta es consciente del sufrimiento que le provoca vivir con esa actitud, pero se siente abrumada por ello. La psicóloga le recomendó llevar consigo una pelota de goma para canalizar la tensión. Son pocas las veces que ha sufrido ataques de ansiedad y nadie en su entorno personal lo sabe. Por lo general, trata de combatirlos en el baño, inhalando aire y exhalándolo con fuerza. Normalmente, la calma regresa en menos de un minuto.

—Aquí tienes la tónica y una copita con hielo.

—Gracias.

—Me llamo Joaquín. Voy a estar allí detrás fregando unos platos. Pégame un grito, si me necesitas.

Marta respira aliviada cuando la dueña de la perra cumple con su obligación. En ese momento, un hombre con chaleco y gafas de sol oscuras se acerca y le ofrece un número de lotería.

—*Vols un numeret? Tinc les mamelles* —anuncia el lotero en valenciano, la lengua regional.

El hombre, de aspecto risueño, muestra una serie de boletos que terminan en ochenta y ocho. Marta está a punto de preguntar qué le ha dicho cuando su amiga y compañera Silvia aparece por allí.

—Venga, danos dos —dice Silvia, entusiasmada—, porque si tocan «los ciegos», esta y yo nos compramos un par de apartamentos.

—*Dues mamelles per a la pèl-roja d'ulls clars i la xicona de la tònica*.

Marta observa la escena sin ocultar la sonrisa. Desconcertada, no duda en preguntar a su amiga qué son *les mamelles*.

—Son las tetas, dicho vulgarmente. Aquí es común llamar a las terminaciones de la lotería por apodos, es algo tradicional. Ya te irás acostumbrando. Mi favorito es el quince, «la niña bonita», y el peor es el doble cero, «la muerte». Guárdate un cupón, a ver si nos trae suerte. —Silvia se sienta y busca al camarero para pedir la cuenta—. Vamos a resolver rápido lo del apartamento, porque he quedado a las cinco con el abogado de los Ramos. El tío me ha pedido que seamos puntuales, así que termínate esa tónica. Supongo que el argentino estará esperándonos. Voy a llamarlo.

Óscar, así se llama el agente de la inmobiliaria, percibe que Marta presta atención a cada detalle. Le pregunta si alguno de los dos apartamentos le interesa. Ella no oculta que le fascina la urbanización y las vistas al mar que ofrecen las viviendas. Óscar insiste en que se centre en el ático de la decimoséptima planta. Destaca que, aunque es un poco más pequeño que el apartamento del sexto, ofrece más posibilidades y una mayor tranquilidad, además de una rápida revalorización.

A Marta le atrae la idea de comprar una vivienda, pero apenas lleva veinticuatro horas en la ciudad y lo considera precipitado. Aun así, deja escapar sus pensamientos y comenta que el ático necesita reformas, mientras que el sexto está listo para habitar. Además, le ha enamorado la enorme cristalera con vistas al exterior. Desde allí se divisa el mar, y Marta experimenta buenas sensaciones al asomarse y dejar vagar la mirada. La luminosidad, la sensación de amplitud y los tonos azulados del agua y el cielo la hipnotizan por unos instantes.

Silvia se aproxima y le susurra:

—Tenemos que irnos. Veo que te ha gustado. ¿Por qué no te animas y lo compras?

—La verdad es que es impresionante, mira qué vistas.

—El paseo marítimo llega hasta Campello. Si no recuerdo mal, hay ocho kilómetros de ida y otros ocho de vuelta. Tú que disfrutas corriendo, tendrías un circuito de lujo. Además, hay una parada de tranvía en la calle de detrás. Y has escuchado al argentino, ¿verdad? Dice que la mayoría de los vecinos son jubilados que viven aquí todo el año. Hay tranquilidad y, como guinda del pastel, tres piscinas y

varias pistas de tenis por si quieres invitarme a jugar un partido.

—¿Tenis? ¿Estás de broma? Como mucho, me apunto como recogepelotas —responde Marta con humor.

—Dile que te lo vas a pensar y nos largamos pitando, que son las cinco menos diez y vamos a llegar tarde.

La visita apenas dura cuarenta minutos.

Por ahora, Silvia tiene claro que no va a comprar ninguna vivienda y seguirá compartiendo alquiler con los universitarios. Marta no descarta apalabrar el apartamento del sexto, pero no quiere precipitarse. En este momento, el caso de «Las tres palmeras» requiere toda su atención y enseguida cambian de tema para hablar del abogado de Alberto Ramos.

—Es un tipo frío. A mí no me inspira confianza. Ha estado atento a toda la investigación, sobre todo cuando tomamos declaración a la hija de Alberto.

—Por curiosidad —interviene Marta, observando a su amiga conducir el Renault Clio como si estuvieran en un rally—, ¿la familia tenía testamento?

—Alberto y Gloria sí, aunque eran testamentos por separado. Se comportaban como un matrimonio, pero no estaban casados. Ella ha dejado su dinero y un apartamento a su hijo de dos años, el único heredero. El problema es quién administrará ese patrimonio. En teoría, debería ser su hermana Yaiza, que recibirá la mitad de la herencia de su padre.

—Espera, espera… ¿Dices que el niño de dos años es el más beneficiado económicamente?

—Así es.

—Y la hermana, que no quería tener nada que ver con su madrastra, ¿ahora tiene que hacerse cargo de su hermano y además proteger su herencia?

—Flipa —dice Silvia, saltándose un semáforo.

—¿Cuántos años tiene ella?

—Veintidós, pero es una niñata hija de papá…

—Que va a heredar varios negocios —añade Marta.

—Es una impresión personal, pero creo que él también sospecha de la chica.

—¿Como el inspector Soriano?

—Tal cual.

—Y tú, ¿qué piensas? —pregunta Marta con curiosidad.

—A menos que contratara a unos especialistas en boicotear sistemas de seguridad, es imposible que ella fuera la ejecutora. Además, ahora comprobarás el despliegue tecnológico de la finca, vas a flipar. Es ahí delante, donde está el Audi negro.

—En este barrio se ve poderío.

—Hay colegios privados, centros comerciales y clínicas de todo tipo. Digamos que es una de las mejores zonas de Alicante. Si tienes un rato, busca en Internet fotografías hechas por satélite.

La puerta de la calle está entreabierta. Silvia golpea y una cabeza asoma desde detrás de una furgoneta blanca.

—Hemos quedado con Miquel Grau —dice Silvia al hombre de la gorra que carga algo alargado envuelto en plástico.

—¡Ya voy!

La voz procede de una ventana del primer piso que se cierra rápidamente. Silvia entra y Marta la sigue. Esperan frente al aparcamiento, donde hay dos coches envueltos en fundas de plástico para protegerlos de las inclemencias meteorológicas. Miquel Grau camina con premura por la acera de baldosas. Marta lo examina como un hombre de unos sesenta años, con panza, que se hace el importante con la barbilla en alto. El cabello engominado probablemente esté enriquecido con implantes capilares. Sin decir una palabra, saca una mano del bolsillo y la ofrece a Silvia, quien a su vez presenta a Marta como la nueva líder de la investigación.

—Muy bien, ¿por dónde desean comenzar?

—Quiero subir a esa terraza. —Marta señala una esquina del edificio, mientras Silvia y el abogado la miran sorprendidos.

13

17:03. Finca de la familia Ramos. Alicante.

Miquel Grau es socio fundador del Bufete Morales & Grau, uno de los despachos de abogados más respetados del Levante. Desde hace un año, también tiene sucursales en Madrid, Barcelona y Sevilla. Miquel era íntimo amigo de Alberto Ramos, el propietario de aquel complejo. Hace ocho meses, cuando Alberto decidió presentarse como candidato en las elecciones municipales de Alicante, Miquel traspasó los poderes de dos de sus empresas radicadas en las Bahamas a su bufete.

El bufete de Miquel asesora y gestiona el patrimonio y las carteras de los habitantes más afortunados de la Comunidad Valenciana. Él mismo se ha involucrado en todo momento, en lugar de enviar a cualquiera de los ciento veinte empleados que trabajan en sus despachos. La razón es porque existen numerosos intereses personales y económicos en las empresas y propiedades de Alberto Ramos. La Policía es consciente de ello y Marta tiene todos los detalles almacenados en el lápiz de memoria USB que Teo Serralba le proporcionó.

Miquel se ajusta las gafas de cerca y resopla mientras busca las llaves de las dos cerraduras de la puerta que da acceso a la terraza. Marta se acuerda de las vistas que ha disfrutado esa misma mañana en la casa de Noel Carreño, del chillout y las risas que se ha echado con el inspector Olmedo criticando a los pijos.

Con gotas de sudor descendiendo por su frente, el abogado finalmente logra liberar la última cerradura y abre la puerta de forma brusca, con un empujón que golpea contra la estructura de aluminio que sostiene varias placas solares.

—¿Podría decirme por qué ha querido subir hasta aquí?

Marta deja al abogado con la pregunta en el aire mientras desvía la mirada a la izquierda, detrás de la maquinaria de aire acondicionado. Camina hacia allí como si un sonido la atrajera hasta el rincón donde se alza un mástil de telecomunicaciones. Silvia la sigue a ciegas, como lo haría una becaria.

Las pisadas se suceden por el suelo de gravilla hasta que la inspectora detiene su paso para observar con curiosidad una antena con forma de bocina y la inscripción «RS Protección».

Miquel Grau se desespera. Acostumbrado a llevar el control, la actitud de la inspectora lo incomoda.

—¿Ocurre algo? —pregunta el abogado, desconcertado.

Marta fotografía el dispositivo y luego se vuelve hacia el abogado.

—¿Cuándo instalaron el sistema de seguridad?

—La finca fue restaurada hace tres años, antes de que naciera el hijo de Alberto. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Los equipos de alarma también son de esa fecha?

—Ahora mismo me coge en fuera de juego. Puedo consultarlo en las facturas.

—Hágalo, por favor.

—Perdone que se lo diga, pero me está poniendo nervioso. ¿A qué se debe este asunto de la empresa de alarmas? —eleva la voz el abogado.

Silvia ha coincidido con él en varias ocasiones, conoce su temperamento y está a punto de intervenir, pero Marta se le anticipa.

—Como mi compañera le ha comentado, ahora soy yo quien dirige la investigación y pienso revisar todo lo que pueda ayudarnos a elaborar hipótesis. Por ejemplo, ¿sabe usted que es muy probable que este emisor sea vulnerable ante un inhibidor de frecuencia?

El semblante de Miquel cambia cuando la inspectora le deja claro que sabe más sobre antenas que él. Marta continúa.

—Es evidente que alguien saboteó el sistema de videovigilancia para llevar a cabo lo que hizo y luego desaparecer sin dejar rastro de las grabaciones de las cámaras.

—Faltan cuarenta minutos de vídeo, como si el sistema se hubiera pausado ese tiempo —puntualiza Silvia.

—El sistema está activo las veinticuatro horas del día y cuenta con control remoto desde una oficina en un polígono de Elche —informa Miquel.

Marta señala el repetidor de telecomunicaciones y comenta:

—Tengo pendiente una visita a la empresa de seguridad.

—¿Cree que esto podría ser obra de un hacker informático?

—Todo puede ser. Nuestra labor es averiguarlo. Llévenos al lugar donde están los aparatos de seguridad.

Descienden por la escalera hasta la primera planta y se encuentran un pasillo que divide la planta en dos partes. Marta le pide al abogado que describa las habitaciones por las que pasarán.

—En el lado izquierdo, que da a la fachada principal y tiene más luz, hay tres dormitorios, todos ellos con baño completo. El primero está lleno de cosas del niño, el siguiente es de Yaiza, la hija mayor, y el del final pertenecía al matrimonio. Este último cuenta con un vestidor, un baño más grande que los anteriores y un balcón que da a la zona de la piscina. En el otro lado tenemos una habitación para invitados que rara vez se usa, luego sigue la sala de instalaciones con la maquinaria de calefacción, electricidad, inversores de las placas solares, decodificadores de telecomunicaciones, módems y un armario

con varios servidores donde se centraliza el cableado de seguridad, cámaras, sensores, bocinas y otros equipos.

—¿Quién tenía llave de la cerradura? —pregunta Marta.

—Pues… No sabría responderle con certeza, aunque estoy seguro de que Alberto la tendría bien custodiada.

—Y ¿qué me dice de la empleada doméstica?

—Ahora que lo pienso, es muy probable que ella también tuviera acceso. ¿Quiere entrar?

La inspectora observa al abogado y considera las opciones.

—¿Tenemos grabaciones de todas las estancias? —pregunta a Silvia.

—Solo hay vídeo de la zona de jardín donde se encontraron los cuerpos, del salón y también del dormitorio principal.

—¿Podrías grabar con tu móvil cada una de las habitaciones? Siempre y cuando el señor Grau dé su consentimiento —solicita Marta.

—Miquel, por favor, llámeme Miquel.

—No quisiera molestarle más veces, pero entenderá que durante la investigación pueden surgir dudas y hoy en día con la tecnología…

—No tiene que dar explicaciones, adelante con sus grabaciones.

—Si no pone objeción, las adjuntaremos al expediente —aclara Silvia.

—Todo sea por encontrar pistas.

—Hablando de pistas —retoma la palabra Marta—, me gustaría ver la habitación del matrimonio. ¿Todavía conservan el dibujo en barro?

—Es aquí mismo, tras esta puerta —responde Miquel.

En el dormitorio se puede celebrar una comunión. La cama de dos metros de ancho parece un adorno en comparación con todo el espacio libre que la rodea. A su lado hay otra cama, protegida con barandillas para el pequeño de la casa que aún dormía junto a sus padres. Un poco más allá, en la esquina, hay una puerta que conduce a un baño de lujo.

Marta contempla el símbolo dibujado sobre la cama principal. A simple vista, es más grande que el dibujo del dormitorio de Noel Carreño. Después de divagar durante unos segundos, deduce que esa representación fue creada por alguien acostumbrado a trabajar con arcilla o materiales arenosos y, además, experto en ciberseguridad y telecomunicaciones.

Se sorprende a sí misma al valorar que el homicidio haya sido perpetrado por una única persona. Aunque reconoce que esta idea puede parecer remota y descabellada, sabe que existe la posibilidad de que alguien domine todas esas disciplinas y además pertenezca al círculo cercano de la familia.

—¿Puedo pasar? —pregunta Silvia con el teléfono apuntando hacia

el suelo.

—Sí, salimos ahora mismo —responde Marta—. Miquel, quiero ver la habitación de Yaiza, la hija mayor.

Marta cree haber entrado en el dormitorio de invitados. La decoración es similar, incluso las cortinas y las colchas de la cama son idénticas. Pero hay un detalle que no escapa a su atención: sobre la mesita de noche hay un retrato en el que Yaiza aparece abrazando a su madre un año antes de su fallecimiento. La mujer sonríe mientras sostiene a su hija en sus brazos, irradiando felicidad. El pañuelo que cubre su cabeza amplifica la sensación de cariño que transmite la instantánea. En aquel entonces, la enfermedad de Rocío estaba en una etapa avanzada y, según se intuye, su hija era un gran apoyo para ella.

A la inspectora no le sorprende que Alberto no aparezca en el retrato. Silvia le ha avanzado que Yaiza no aprobaba la nueva relación de su padre. Marta se aventura a echar un vistazo en los cajones y no encuentra nada fuera de lo normal, excepto un cuaderno con partituras.

—Por lo que veo, a Yaiza le gusta la música —comenta al abogado, quien se muestra nervioso consultando la hora.

—Recibió clases de piano desde los cinco años. Era toda una promesa hasta que, a los diecisiete, su madre murió. Fue muy duro para ella. Pronto conoció a un chico y cambió las partituras de Bach y Beethoven por cantar con pantalones holgados y gorra de colores en un grupo de hip hop. Creo que fue un acto de rebeldía.

Marta se sorprende por la metamorfosis musical de la adolescente.

—Deduzco que la noticia no fue bien recibida por su padre.

—A esas edades los jóvenes son un hervidero, ya me entiende. Alberto consideró que lo mejor era apartarla de ese ambiente y la envió a Pamplona para estudiar Economía en la mejor escuela de negocios de España. Le hacía ilusión que algún día ella gestionara los negocios familiares.

El siguiente lugar a visitar es la sala de instalaciones.

—Está cerrada. La llave no está en los llaveros que tengo.

Marta señala hacia la última habitación, una sala que Alberto utilizaba para sus cosas y servía como oficina y biblioteca. Hallan un par de estanterías repletas de libros, una mesa y una silla de despacho sobre la que descansa un bolso negro acolchado que debería contener un ordenador.

—¿Puedo? —pregunta Marta, señalando al bolso.

El abogado le da permiso y ella lo coloca sobre la mesa. Del bolsillo más grande extrae un ordenador y el cargador. En el interior del bolso hay un compartimento para bolígrafos y allí encuentra tres lápices de memoria. En la parte frontal, dentro de otro cierre, aparece un juego de llaves que también coloca sobre la mesa.

—¿Sabe de dónde pueden ser?

—No tengo ni idea. Conozco mucho a Alberto, pero ese detalle…

—Déjeme probar un momento.

Marta toma el llavero y se dirige hacia el cuarto de instalaciones. Allí prueba cada una de las seis llaves en la cerradura. Las tres personas dan un pequeño salto cuando, en uno de los intentos, la cerradura emite un sonido.

—Bueno, ahora sabemos dónde guardaba la llave el señor Ramos —comenta Marta.

Encuentran varios dispositivos con luces indicadoras de colores, organizados en dos armarios con puertas transparentes y cerrados con llave.

—Silvia, por favor, graba también esto. —Marta muestra el llavero —. Esta llave parece ser de una caja fuerte.

—Síganme —dice Miquel Grau, y se dirige hacia el dormitorio de matrimonio.

El abogado se detiene junto a la puerta del baño y acciona un interruptor. De repente, un tramo de pared comienza a desplazarse hacia la cama del niño, como si estuviera guiado por rieles invisibles. En realidad, no hay nada en el suelo ni en el techo que lo sostenga. Un sistema de ruedas motorizadas y silenciosas se encarga de revelar el sueño de cualquier persona aficionada a tener su ropa y calzado ordenados y exhibidos como en una boutique. El espectacular vestidor de quince metros cuadrados deja a Silvia y Marta impresionadas, observando aquella maravilla de carpintería iluminada por tiras de luz en el techo, que resalta las prendas con una luminosidad cautivadora.

Mientras tanto, Miquel extrae algunas camisas para dejar a la vista una pequeña caja fuerte empotrada en el fondo del armario.

—Aquí está —anuncia.

La llave corresponde con la cerradura de la caja fuerte.

Marta piensa que ese vestidor es casi tan grande como el apartamento que ha visitado esa misma tarde y que desde hoy odia un poco más a la gente adinerada y sus deseos cumplidos. Aunque en su interior sabe que es un sentimiento de envidia, su mente se pone a calcular el valor monetario de aquel espacio. Resopla y acepta que cada individuo tiene derecho a gastar su fortuna como desee. Además, se permite imaginar un pequeño rincón en su futura casa donde guardar sus vestidos y zapatos.

—Aquel día, ¿robaron algo? —pregunta Marta, insistiendo en el tema.

—No lo sé.

—¿Nadie ha intentado abrir la caja fuerte?

—No tengo ni idea de cómo abrirla, ni qué contiene, así que desconozco si robaron algo.

La inspectora dedica unos segundos a replantear la situación. Desearía conectar al abogado a una máquina de la verdad para lanzarle preguntas hasta dejarlo agotado. Sin embargo, al notar el último suspiro de él, sus brazos encogidos y sus puños cerrados con fuerza, Marta valora cambiar el enfoque de la visita. Observa a Silvia a su lado, que la acompaña teléfono en alto, cuando un estruendo los sorprende a través del balcón.

14

17:20. Finca de la familia Ramos. Alicante.

El balcón del dormitorio brinda vistas a los jardines, la piscina en forma de guitarra y las pistas deportivas. El eco de la detonación aún se percibe cuando Miquel Grau se asoma y verifica que el ruido proviene de la zona de aparcamiento.

Marta, Silvia y el abogado se apresuran por las escaleras sin intercambiar una sola palabra. Llegan al lugar donde minutos antes se habían encontrado. Detrás del furgón, una voz gruñe con rudeza. El hombre de la gorra yace en el suelo, atrapado por varios paneles de fibra.

—¿Estás bien? —pregunta el abogado, angustiado y sin saber qué hacer.

Marta y Silvia se coordinan para levantar el primer panel de los seis que han volcado sobre el hombre. Son planchas decorativas de tres metros de largo por dos de alto, con un peso aproximado de veinte kilogramos cada una. Apoyan las piezas contra la pared y se aseguran de que no vuelvan a caer. Enseguida rescatan a la víctima, que se retuerce de dolor y se lleva una mano al abdomen y la otra a la nuca.

Vestido con vaqueros y una camiseta con el logotipo de una tienda de bricolaje impreso en el pecho, el hombre se incorpora y es conducido al interior de la vivienda, donde se recuesta en un sofá. Suda y jadea como un atleta tras el sprint final. Después de mojarse la cabeza y tomar aire, logra articular unas palabras.

—Ha sido un descuido. No pasa nada, estoy bien.

Aunque aparenta estar recuperado, su rostro dice lo contrario. Presenta unas ojeras pronunciadas, clara evidencia de fatiga. Moreno, desaliñado y con barba de varios días, se incorpora apoyándose en el brazo del sofá ante las miradas preocupadas de los presentes.

—Voy a llamar a una ambulancia —decide Silvia, sosteniendo el teléfono—. No pretenderás conducir en ese estado…

—No se molesten. Cargaré las piezas, las llevaré al almacén y después iré a Urgencias. Son solo magulladuras, nada importante.

—Pero ¿te has visto? —insiste Silvia.

—Al menos, deja que te ayudemos con los paneles —agrega Marta.

En pocos minutos, el furgón está cargado. Marta y Silvia respiran al verlo marchar, mientras el abogado, que se ha mantenido a la sombra de la puerta de entrada, consulta su reloj y suspira.

La inspectora se acomoda la horquilla del cabello y pregunta al

abogado:

—¿Conoce a ese hombre?

—Acaba de desmontar el decorado que los Ramos habían alquilado para la boda.

Marta desconoce ese detalle, nadie le ha mencionado nada acerca de una boda. Dirige la mirada a Silvia, que asiente con la cabeza.

—Alberto y Gloria no estaban casados, pero a ella le hacía ilusión celebrar una fiesta, ya saben… Fotos, postureo y esas tonterías. Era muy así, le gustaba presumir.

—Por cómo habla, no parece que la mujer fuera de su agrado.

Miquel clava sus ojos lascivos en Marta.

—¿Acaso está mal tener una opinión? Por ejemplo, ¿por qué debería callar que usted es una mujer atractiva? Es lo que pienso, ¿sabe?

Marta está acostumbrada a recibir piropos, pero no en medio de una investigación criminal. Respira hondo y cuenta hasta tres en silencio para olvidar lo que acaba de escuchar.

—Acompáñenos al lugar de los hechos —ordena con voz conciliadora.

Miquel sonríe de una manera que incomoda a la inspectora y se adentra en la vivienda, donde parece imposible que apenas unos días antes se haya cometido un crimen.

Marta toma nota mental de la información proporcionada por el abogado mientras recorren la luminosa sala de estar, que combina tonos negros y crema sobre una elegante base de mármol. Desvía la mirada hacia el techo alto y la estilosa lámpara dorada que se extiende en ramas. Los pasos de Miquel se detienen junto al rincón donde descansa un piano, al lado de una butaca de lectura y una lámpara de pie negra.

—Este es el rincón de juegos donde Berto pasaba las horas. Justo enfrente está la cocina. La familia apenas la usaba; era el territorio de Antonia, la empleada doméstica. Trabajaba de lunes a sábado de diez de la mañana a ocho de la tarde y llevaba con ellos seis o siete años. Era como parte de la familia.

Marta solo ve objetos decorativos que acumulan polvo. La estancia carece de personalidad, no hay fotografías, juguetes, libros, un bolso o unas gafas olvidadas. Ni tan siquiera encuentra un corriente mando a distancia en el sofá. Siente que pasea por un escenario de revista, un lugar preparado para ser expuesto o quizás vendido.

—Alberto pasaba mucho tiempo en aquella mesa de cristal, cerca de la cafetera. Gloria solía jugar con el pequeño mientras hablaba con sus amigas, y nunca se separaba del teléfono móvil. Joder, ahora que lo recuerdo, estaba muy enganchada. Publicaba fotos en redes sociales… ¡Y eso que acababa de convertirse en madre! Alberto

discutía con ella, no le gustaba que su mujer expusiera su imagen como una adolescente ingenua.

—¿Y Yaiza? —pregunta Marta.

—Ah, sí. Venía un fin de semana al mes y apenas paraba por casa durante alguna comida familiar. Buscaba excusas y compromisos para evitar coincidir con su madrastra.

—Entonces, ¿no tenía relación con su hermano?

—No. Jamás aprobó la nueva pareja de su padre, ni el nuevo título de hermana mayor. Ya les dije que todo cambió con la muerte de su madre.

—¿Encontraron aquí dentro algún indicio de violencia? —pregunta Marta a Silvia.

—Nada. Ni una gota de sangre.

—¿Salimos fuera?

Al pisar la zona del jardín, una sensación de relajación y descanso envuelve el ambiente. Hamacas, una barbacoa y un televisor gigante conviven en armonía junto a un porche que ofrece sombra a una elegante mesa de madera de teca. A pocos pasos, se despliega un vergel, un espacio decorado y cuidado con exquisitez.

—Ahí está el rincón. —Silvia señala hacia las palmeras donde aparecieron los cuerpos.

Es la primera vez que Marta contempla el lugar del crimen. Las preguntas brotan en su mente, pero necesita priorizarlas para mantener un orden.

—Aquel día, un vecino alertó a la Policía. Conocía a la familia. Daba un paseo con su mujer y al escuchar al niño llorar…

—¿Tenemos su testimonio? —interrumpe Marta, mirando a Silvia, quien asiente con la cabeza.

Los ojos de Marta se desplazan como un radar y se detienen al descubrir una cámara de seguridad apuntando hacia ellos. Luego, se acerca a las palmeras y revisa meticulosamente cada losa del suelo.

Miquel silencia una llamada de su teléfono y, mientras golpea de manera intermitente una junta del suelo, vuelve a comprobar la hora.

—Ya no quedan restos. El rincón estaba empapado de sangre. Después de que la Policía científica se marchara, contratamos a una empresa de limpieza. No íbamos a permitir que los escarabajos y las ratas colonizaran el jardín.

Silvia recibe con disgusto la irónica sonrisa del abogado y le desafía con la mirada.

El balanceo de las ramas alerta del inminente cambio meteorológico. Los informativos llevan varios días advirtiendo la llegada de gota fría para la tarde del martes. El cielo se oscurece por momentos mientras la inspectora observa las palmeras e imagina los cuerpos atados a ellas.

Cuando da la zona por examinada, levanta la vista hacia Miquel Grau.

—Así que usted estuvo aquí el día de los hechos.

—Fui a comer con mi socio y antes de regresar a la oficina, pasé a dejarle unos documentos a Alberto.

—¿Qué documentos?

Marta Escudero desconcierta al abogado, que no espera una pregunta tan directa.

—¿Es importante?

—Usted dirá.

La tensión se intensifica mientras trascurre el incómodo silencio.

—¿No estará sospechando de mí? —pregunta el letrado con sarcasmo.

—Deme razones para no hacerlo.

Después de unos segundos en los que Miquel observa incrédulo, humedece los labios y se apoya en la mesa con su trasero.

—Estábamos cerrando un acuerdo con una distribuidora de cerveza y le llevé el precontrato. Teníamos que tomar una decisión. Los alemanes no son como nosotros; cuando fijan una fecha, hay que cumplirla. Apenas estuve cuatro o cinco minutos en la casa, ni siquiera pasé del recibidor. Le comenté unos detalles y quedamos en firmarlo al día siguiente en la notaría.

—¿Un contrato entre empresas en una notaría?

—Alberto Ramos debía transferir poderes a nuestro bufete. Iba a presentarse a las elecciones y quería liberarse de ciertas responsabilidades, ya me entiende.

—Pues no. Por favor, explíquelo mejor.

—Tarde o temprano, algún periodista investigaría los negocios de Alberto y sacaría a la luz cualquier tontería, a esos mentecatos les encanta distorsionar los hechos.

—Supongo que cuando usted se enteró del fallecimiento del señor Ramos, le dio un patatús.

Miquel Grau no disimula su preocupación. La inspectora está hurgando en una herida abierta y él se incorpora para zanjar el tema lo más rápido posible.

—Era uno de mis mejores amigos, además de socio. Teníamos muchos lazos en común, especialmente empresariales. Su muerte ha trastocado mi parte del negocio por completo, así que comprenda por qué estoy tan encima del tema. No pueden imaginar cuánto deseo que aparezcan los culpables y se haga justicia. Luego nos las arreglaremos con la hija.

—¿Dónde está ella?

Marta cambia de tema al ver la actitud colaboradora del abogado.

—Ha abandonado los estudios y creo que se ha mudado al

apartamento de una amiga. No quiere venir aquí.

—¿Y el hermano menor?

—De momento, lo cuida la hermana de Gloria, que vive en Petrer. El niño está alterado; lo que presenció lo ha traumatizado.

Unas gotas del tamaño de monedas hacen su aparición y golpean con violencia el suelo de la terraza. Marta y Silvia agradecen la colaboración de Miquel y se despiden con premura cuando ven la lluvia intensificarse.

En cuestión de minutos, el agua se transforma en granizo y las pelotas de hielo colisionan contra la carrocería y las ventanas del Renault Clio.

—Joder, Silvia, ¿en serio estamos en Alicante?

—Sí, ya ves, de vez en cuando el cielo se enfada.

—Ya decía yo que tanto calor no podía ser bueno. Oye, antes de que se me olvide, ¿por qué no investigasteis qué había en el ordenador de Alberto Ramos?

—Al inspector Soriano le daba igual ese tipo de cosas. Recuerda que he quedado con él mañana a las once.

—Perfecto, y si haces el favor, solicita una orden judicial para confiscar el portátil y los USB de Alberto Ramos. Estoy segura de que encontraremos algo interesante.

15

19:22. Hotel Rambla. Alicante.

Con la tarde desapacible y una avalancha de información sobre el caso, Marta no encuentra un mejor plan que refugiarse en la habitación del hotel y ponerse cómoda frente al portátil.

Mientras el ordenador arranca, aprovecha para revisar el teléfono. Lee un mensaje de Quiroga, quien hasta hace poco fue su compañero en la comisaría de Oviedo. Él pregunta cómo ha ido su primer día. Sin dudarlo, Marta lo llama.

—¿Cómo está mi inspectora favorita? Supongo que ya habrás ido a tomar el sol.

—Anda, calla, guasón. Eso quisiera yo, descansar un poco.

—¿Empezaste fuerte?

—Ya te digo. Hoy ha sido uno de los días más intensos que he tenido.

—Supongo que todo será nuevo para ti. ¿Qué tal con los compañeros?

—Pues he tenido mucha suerte. El comisario es encantador, incluso me ha invitado a comer.

—¡Hostias! ¿En serio?

—Sí, es muy agradable. Y los compañeros también. Estoy trabajando con Silvia, ya te he hablado de ella, y con un informático que parece ser un lince.

—Veo que no me echas de menos…

—Ni siquiera he tenido tiempo para ir al baño. Con eso te lo digo todo.

—Y ¿qué hay del caso?

—Es complicado. Hay mucha información que gestionar. Necesito ponerme al día. Estoy frente al ordenador con un disco duro lleno de datos, fotos e informes. Me van a dar las tantas de la madrugada revisándolo.

—Tú siempre tan currante. Oye, no te olvides de descansar.

—Tranquilo.

—Y de tu amigo asturiano, ¡eh!

—Eso nunca. Sabes que te echo de menos. ¿Por qué no te vienes? Me vendrías de maravilla.

—¿Y qué hago con mi madre? La pobre no deja de preguntar por ti. Dice que eras la chica ideal para mí. Lo peor de todo es que me echa en cara que te hayas ido a Alicante por mi culpa, que soy un bruto y

no sé tratar a las chicas.

—Pobre Modestina… ¿Y a ti qué tal te va con…?

—Perdona, Marta, tengo que colgar. Estoy en un dispositivo y el inspector me hace señas para que arranque el coche. Hablamos otro día. Un besín.

Hablar con Quiroga le arranca una sonrisa. Él era su mayor punto de apoyo en la comisaría y sufrió mucho cuando supo que ella había pedido el traslado a Alicante. No quiere perder el contacto con él, es una de las personas más cariñosas y leales que ha conocido.

Después de introducir la contraseña del lápiz de memoria de Teo Serralba, una docena de carpetas aparecen en la pantalla. Marta no duda en abrir la primera, titulada «Material gráfico». Intuye que después de ver las imágenes y los vídeos, perderá el apetito hasta el día siguiente. Pero no le importa. Ansía ponerse al corriente con el caso y se mentaliza para despertar todos sus sentidos.

Reproduce el primer archivo. Es un vídeo tomado desde la puerta principal de la finca de Alberto Ramos, que muestra el recorrido que hizo Juan Casares, el bombero que descubrió los cadáveres. Aunque fue grabado al final de la tarde, la calidad de la imagen es buena. Los focos portátiles de la Policía iluminan el jardín hasta la terraza que Marta ha conocido esa misma tarde.

Lo que ve en la pantalla no tiene nada que ver con el lugar acogedor y sereno que ella recuerda. La cámara enfoca a unas veinte personas vestidas con monos blancos, gorros, guantes y mascarillas, que en ese momento se apartan hacia la mesa de madera de teca, y dejan al descubierto la escena del crimen. Marta reconoce las palmeras que sirven de soporte para tres personas amordazadas con cinta americana. Tienen los brazos estirados hacia atrás y las manos atadas con una cuerda que da varias vueltas alrededor del tronco.

Las víctimas se mantienen en posición vertical gracias a una nueva atadura en la base de las rodillas.

Marta reconoce a las víctimas. En la palmera de la izquierda está Antonia, la empleada de hogar. La cámara se aproxima y muestra a una mujer de estatura mediana, con rasgos latinos, vestida con una bata negra y un delantal adornado con pequeños cuadrados grises y blancos. No se aprecian signos de violencia. El cuello de la bata luce un blanco impoluto.

Por los altavoces, un hombre advierte que no saquen al niño por la terraza. Repite el mensaje elevando la voz. La escena se vuelve silenciosa y Marta aumenta el volumen, creyendo haber oído el llanto de un niño. Suspira imaginando que el pobre estaría en estado de shock en ese momento.

Alberto Ramos ocupa la palmera central. Su rostro bañado en sangre es irreconocible, lo que evidencia que los perpetradores se

ensañaron con él. Marta se fija en el cabello, que parece húmedo. Este detalle le hace pensar que pudo haber sido torturado con vida. No lleva camisa y se aprecian múltiples heridas causadas por un arma blanca en su torso.

La inspectora siente que las gotas de sudor le bajan por la espalda y camina al baño para humedecerse la cara. Acaba de presenciar un homicidio fuera de lo común y siente náuseas. Intenta vomitar, sin éxito. En casos como este, donde el impacto emocional es tan potente, sabe que necesita desahogarse. Retiene el aire en los pulmones durante un minuto y lo expulsa con fuerza, como si un huracán envolviera a los culpables de tal aberración y pudiera enviarlos al mismísimo infierno.

Al regresar al escritorio, se mentaliza de que la acción se recrudecerá en los próximos minutos cuando la grabación muestre a la tercera víctima. La imagen cobra vida y la cámara enfoca a los restos mortales de Gloria, la pareja de Alberto Ramos. En su pecho se aprecian dos hendiduras que cruzan diagonalmente desde los hombros hasta las caderas. La víctima también recibió cortes paralelos en los brazos, a modo de brazaletes. Los artífices de semejante desmesura se recrearon en desfigurar el rostro de la bella mujer.

Los últimos segundos de la grabación capturan un charco de sangre con huellas de diversos tamaños. Marta mira al vacío por un momento y luego regresa para anotar algo en el bloc de notas del teléfono móvil. Después prosigue contemplando vídeos y fotografías, sin dejar ni un solo instante de negar con la cabeza. Hay material gráfico suficiente para entender la magnitud de los hechos.

La siguiente carpeta tampoco augura nada bueno. El informe forense muestra un documento del Instituto de Medicina Legal de Alicante, firmado por el doctor Luis Villacreces, responsable de las autopsias y a quien Marta ha conocido en el restaurante mexicano. Consta de treinta y siete páginas en las que se describe el procedimiento realizado y las conclusiones obtenidas. Está acompañado de fotografías impactantes.

El forense afirma que hay restos de fosfina en los pulmones de las tres víctimas y que la causa de la muerte de Antonia fue una insuficiencia respiratoria. En cuanto a Alberto y Gloria, es probable que la inhalación de gas les provocara somnolencia y mareos. El forense plantea la hipótesis de que las víctimas fueron envenenadas y posteriormente, después de fallecer en el caso de la empleada del hogar y de quedar inconscientes en el caso de la pareja, fueron trasladadas manualmente hasta las palmeras. Una vez allí, las torturaron hasta desangrarse y fallecer.

Marta encuentra un detalle importante en el informe y lee en voz alta:

—Alberto Ramos, un metro setenta y cinco, y noventa y seis kilos. Gloria Esteve, un metro setenta y uno, y sesenta y ocho kilos. Y Antonia Ramírez, un metro sesenta y tres y sesenta y un kilos…

Los pensamientos de Marta fluyen en voz alta.

—Así que os trasladaron uno a uno hasta el jardín… El asesino solitario debía ser muy fuerte …

La idea de un solo brazo ejecutor pierde fuerza cuando imagina lo difícil que sería trasladar los tres cuerpos, sin vida, desde el interior de la casa, donde es probable que fueran envenenados, y luego atarlos a las palmeras.

El tono de llamada del teléfono la interrumpe, alejándola de sus reflexiones. Duda si atender la llamada de un número desconocido, pero al final accede. Es Óscar, el argentino de la inmobiliaria, preguntando si ha tomado una decisión con respecto al apartamento que vio hace unas horas. Incrédula ante la llamada, Marta le emplaza a hablar al día siguiente.

—A ver, ¿por dónde íbamos?

Marta siente curiosidad por conocer a Yaiza, la hija de Alberto Ramos, y reproduce un vídeo que muestra una sala de interrogatorios con paredes claras e iluminación tenue. La cámara está a la altura del tablero de la mesa y captura a los presentes desde los pies hasta la cabeza. Todos están sentados. En la parte inferior aparece la fecha y la hora. A la izquierda, una joven observa de manera escéptica a la cámara. Por su semblante y vestuario, Marta reconoce que es Yaiza. Lleva maquillaje en los ojos, pestañas postizas, cejas perfiladas, labios pintados en exceso y el pelo largo y liso cubierto por un pañuelo de color ocre. Masca chicle. Cuando gira la cabeza, se ven sus grandes pendientes de aro que golpean sus hombros. Un top a modo de sujetador y un pantalón bombacho estampado componen su atuendo.

Frente a Yaiza se encuentra Silvia Llamazares, acompañada por un hombre. Marta deduce que es el inspector Soriano, su predecesor en la investigación.

Silvia abre un cuaderno y se dirige a Yaiza:

—Cuando quieras, comenzamos.

Yaiza apoya los codos en la mesa y las manos en las mejillas, parece aburrida. Marta se fija en sus uñas postizas: son más largas que sus orejas.

El interrogatorio comienza con varias preguntas básicas destinadas a ganarse la confianza de Yaiza, quien afirma estar sorprendida por lo sucedido.

En ese momento, la puerta de la habitación es golpeada dos veces. Marta detiene el vídeo y comprueba la hora en el teléfono móvil. Son las nueve y media. No espera a nadie y tampoco imagina quién podría ser. Sentada, dirige la mirada hacia la puerta y concluye que debe

haber sido un error, pero los golpes se repiten y decide ir a abrir.

En el pasillo, Silvia sostiene una caja de pizza y un par de refrescos.

—Sabía que estabas despierta.

Marta se muerde el labio inferior, sin ocultar que está sorprendida, y da paso a su amiga, preguntándole a qué se debe la visita.

—Han suspendido la clase de merengue. La granizada ha roto la luna del coche del profe y no puede desplazarse, así que me he quedado sin plan —responde Silvia mientras coloca las pizzas en el escritorio y comprueba que en la pantalla del portátil aparece el interrogatorio a Yaiza—. Parece que te he pillado en plena faena.

Marta cierra el ordenador y lo deja en la cama, junto a la almohada.

—La verdad es que llevo dos horas muy intensas. Me viene bien tomar un descanso. ¿A que no sabes quién me ha llamado? —pregunta Marta, llevándose las manos a la cabeza.

—Por la cara que pones, puedo imaginármelo. ¿Tenía acento argentino?

16

21:38. Hotel Rambla. Alicante.

Marta y Silvia comen pizza entre risas y anécdotas. Marta describe a su amiga la finca de Noel Carreño, lo pija que es aquella familia, y se sorprende al admitir que ha tomado algunas ideas para su futura vivienda. También confiesa que está considerando seriamente la posibilidad de comprar el apartamento que visitaron esa tarde. Piensa que con un suelo nuevo y una mano de pintura, podría mudarse en pocos días.

—Ojalá fuera tan decidida como tú —comenta Silvia.

—¿Sabes una cosa? Necesito estabilidad. Llevo años dando bandazos de un destino a otro. Tan solo me ha bastado un día para conocer a los compañeros y darme cuenta de que voy a trabajar a gusto. El comisario me ha caído bien y creo que es sincero. El proyecto me seduce, liderar una unidad es la hostia, y ni siquiera puedo expresar lo contenta que estoy de tenerte como compañera.

—No te olvides de Teo. Cuando lo veas en acción, vas a flipar.

—Hoy en día, hay más trabajo en la oficina que en la calle. La tecnología es nuestra mejor aliada y tener a un genio en la unidad va a ser un plus. Además, me gusta la ciudad.

—¡Y eso que los malditos granizos casi nos rompen la cabeza!

—¡Ya lo creo! Oye, ya que estás aquí, necesito averiguar cómo moverme por la ciudad.

—El comisario puede asignarte un vehículo. Hay coches y también alguna moto.

—Ya sabes que me encanta ir en moto. De hecho, no traje la mía porque estaba en el taller poniéndola a punto. Creo que llegará pasado mañana en el furgón de la mudanza. En el norte apenas la conduje porque el clima es complicado, pero aquí la usaré a diario.

—Hablando de motos, ¿viste la BMW del chalet de Alberto Ramos?

—La vi en el vídeo, pero esa cuesta una fortuna. No te voy a ocultar que me encantaría dar una vuelta con ella.

Silvia abre una caja de galletas y chocolatinas.

—Tenías abierta la declaración de Yaiza en el ordenador.

—Sí, justo acababa de comenzar. Me han llamado la atención esas uñas tan largas, no recuerdo haber visto unas similares.

—Ahora que hablas de ellas, ¿has leído las diligencias?

Marta niega con la cabeza.

—Solo he visto los vídeos y el informe forense. ¿Ocurre algo con las

uñas?

Silvia asiente con la cabeza mientras mastica la galleta. Marta aprovecha para coger el ordenador y abrir la carpeta con el documento citado.

—El jardín estuvo acordonado el día siguiente al suceso. Los compañeros de la científica examinaron todo en busca de pruebas. Encontraron restos de cabello y dos colillas. El ADN confirmó que una pertenecía Alberto y la otra al abogado. Miquel Grau aseguró que fumaron en la terraza, pero un par de días antes del incidente. Dijo que hacía viento, lo que pudo hacer volar las colillas desde el cenicero.

—¿Y el pelo?

—De Antonia, la empleada doméstica.

—Y ¿qué querías contarme de las uñas?

—Cuando la científica se marchó, Miquel Grau contrató una empresa para limpiar la casa y el jardín. Nos llamó en cuanto un operario encontró un trozo de uña en el césped, justo bajo el charco de sangre. Las fotografías están al final de las diligencias, en el anexo. Fue la última prueba que se añadió.

—Por lo que veo, la uña es del estilo que Yaiza llevaba en el interrogatorio. ¿Le preguntasteis por ella?

—Sí. Más tarde, si te apetece, puedes terminar de ver el vídeo donde confirma que en una ocasión llevó las uñas pintadas de esa manera, pero hacía semanas de eso.

—¿Habéis comprobado sus redes sociales? Tiene pinta de ser alguien que…

—¿Una influencer?

—No lo sé, dímelo tú.

—Deja que te muestre. —Silvia toma el portátil y teclea.

—¿Yaiza Minaj?

—Es su nombre artístico. Se lo puso en honor a Nicki Minaj, la rapera estadounidense.

Las imágenes de Yaiza desfilan en el monitor, en cada una posando con atuendos ligeros y posturas provocativas. Sus uñas kilométricas y ostentosas son su distintivo, y resaltan por su colorido y extravagancia.

—En la universidad la conocen como «la araña». Hemos averiguado que su padre tuvo que intervenir varias veces para evitar que el centro la expedientara por su aspecto transgresor. Su apariencia contrastaba demasiado con la imagen seria que la prestigiosa universidad intentaba proyectar.

—Con esas uñas, dudo que pudiera teclear el ordenador o escribir con un bolígrafo. En fin… Volvamos a lo que nos interesa, ¿qué más sabemos de la uña?

—Mira aquí, en esta foto. —Silvia señala una imagen en la red social—. Fue tomada semanas antes de los asesinatos. Solía visitar a su padre una vez al mes y siempre se quitaba las uñas postizas para evitar sus reproches. Según ella, Alberto Ramos se avergonzaba de su apariencia y cada vez parecían más distantes, como si los lazos que los unían se estuvieran rompiendo.

—Entonces la uña es suya.

—No lo niega. Dice que es muy probable que un trozo se hubiera perdido, aunque lo duda porque solía quitárselas en el baño y las arrojaba al cubo de la basura. Le parece imposible que un trozo de uña terminara en el césped, ante la palmera.

Marta mira pensativa a Silvia y pregunta:

—¿Crees que alguien pudo haberla puesto allí a propósito?

—Es una hipótesis. El inspector Soriano se aferró a ese detalle para incriminarla. Te recomiendo que veas el final de la declaración y el cruce de palabras entre ambos, es algo que no te puedes perder.

—Tengo toda la noche por delante, lo veré más tarde. Volvamos al abogado, me ha parecido… No sé cómo decirlo…

—Es un *chuleta* —interrumpe Silvia—. Hoy ha estado tranquilo porque eres nueva y quería estudiarte, pero de normal es bastante déspota.

—Es evidente que tiene muchos intereses en esa familia.

—Exacto, hay bastante pasta en juego y tener que tratar con la hija es una complicación para él. Además, ¿has visto lo estirado que es? El tío no movió un dedo para ayudar al hombre que estaba cargando las planchas decorativas.

—¡Un momento! —reacciona Marta, contrariada.

Silvia la observa caminar hacia el baño, pero en la puerta da la vuelta y regresa pensativa.

—¿Qué te ocurre? Pareces Sherlock Holmes, solo te falta la pipa.

—Frente a la escena del crimen hay una cámara apuntando hacia esa zona.

—Sí, pero recuerda que el sistema de grabación se detuvo durante cuarenta minutos.

—Lo sé, aunque eso ahora mismo no me importa.

—¿Cómo dices? —La sonrisa irónica de Silvia ocupa el espacio.

—Pienso que si alguien colocó la uña en el charco, el momento tuvo que ser registrado por esa cámara. ¿Podrías conseguir las grabaciones de los días posteriores y los nombres de todas las personas que participaron en la limpieza?

—Joder, Marta. En la vida se me habría ocurrido revisar esa cámara.

—Es muy probable que no veamos a alguien tan tonto como para andar con una uña en la mano y agacharse en el charco, pero al menos

tendremos información. Necesitamos una base sobre la que trabajar, buscar coincidencias… No podemos quedarnos quietas. Además, qué narices, tenemos que poner a prueba a Teo. ¿No decías que es muy bueno con la informática? Pues a darle trabajo.

—No sé si lo sabes, pero ha pedido el día libre.

—Ya hablaré con él.

Silvia observa a Marta Escudero en acción y no se sorprende de que aprobara la oposición de inspectora en su primer intento. Es la primera vez que trabajan juntas y presiente que el nivel de exigencia va a aumentar de aquí en adelante.

—¿Podrías conseguir las grabaciones a primera hora?

—¿Qué dices? Tú estás… Bueno… Quiero decir que hay que hablar con la empresa de seguridad, pero necesitaremos una orden judicial.

Marta no lo piensa ni un instante y se estira para agarrar su teléfono móvil del escritorio.

Silvia se queda paralizada.

—¿Qué vas a hacer?

—Mover el culo.

Al comisario Albízar no le sorprende la llamada de Marta pidiéndole que tramite una orden con urgencia. Había oído que cuando ella se involucra en un caso, el teléfono puede sonar en cualquier momento.

—En un par de horas tendremos la orden —anuncia Marta ante la mirada incrédula de Silvia—. ¿Cómo se llamaba la empresa de seguridad?

—Aparece en las diligencias, pero ¿no le hiciste una foto a la antena?

—Sí, es verdad. —Busca en el teléfono—. Aquí está, RS Protección. Necesitamos esas imágenes cuanto antes. ¿Podrías encargarte de eso?

—¿Ahora?

—Esa empresa está abierta veinticuatro horas. Además, en cuanto les digas que tienes una orden judicial, se pondrán las pilas. Nos vemos mañana en la comisaría.

—Recuerda que hemos quedado a las once en casa del inspector Soriano.

—Por supuesto. Tengo ganas de hablar con él. Ahora me pondré a revisar toda la documentación para ponerme al día.

Silvia agarra su bolso y antes de abandonar el hotel, se retoca el peinado en el espejo.

—Venga, nos vemos mañana. Acuérdate de ver el final del interrogatorio, es lo mejor.

—Ahora me pongo con él. Oye, si quieres, podemos tomar café juntas —propone Marta—. Estaré en la comisaría a las siete.

13 de mayo de 2015

17

8:05. Comisaría provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Marta ha trabajado hasta las cuatro y media de la noche. El caso es tan fascinante y la documentación tan densa, que se mantuvo devorando información mientras el agotamiento le advertía que el miércoles se le iba a hacer interminable.

Y así está siendo. Sola en la oficina y frente al ordenador, escucha música para evitar dormirse sobre la mesa. Lamenta no haber salido a correr, pero cuando a las siete abandonó el hotel apenas tenía fuerzas para pedir un taxi. Ahora intenta leer los recortes de prensa. Es lo único que le queda por revisar, además del programa realizado por Teo con los comentarios de las redes sociales.

No logra concentrarse y recuerda la llamada del comisario a las tres de la madrugada. Había obtenido las órdenes judiciales.

Marta se alegra de contar con Silvia, que se ha encargado de gestionar ambas situaciones. Desde las cinco de la madrugada, una patrulla custodia la finca de los Ramos, a la espera de que el abogado sea informado y acuda a entregarles el ordenador y los lápices de memoria. Por otro lado, Silvia ha viajado a Elche para recoger un disco duro con las grabaciones de todas las cámaras de seguridad de la finca, desde una semana antes de los hechos hasta la fecha.

La luz del teléfono móvil distrae a Marta. En él aparecen varios mensajes de Silvia.

—¡Maldita sea! —se lamenta al recordar que lo había silenciado para dormir un par de horas y devuelve la llamada.

Silvia está desayunando en el bar de la esquina y Marta no duda en salir a la carrera, pero en el pasillo se da cuenta de lo agotada que está. Lamenta no haber descansado más mientras se despereza ante el ascensor. No tiene fuerzas para bajar las escaleras.

La televisión de la Tapería Rodri se escucha desde la acera. El reportero resume la derrota del Real Madrid en la semifinal de la Champions Ligue contra la Juventus.

Silvia está sentada con otra mujer en la esquina opuesta al televisor.

—Buenos días —saluda Marta, a punto de bostezar.

—Te presento a Ángela, trabaja en la sala del 091.

—Encantada. Me vais a perdonar, pero necesito un café como un yonqui su chute. ¡Un café con leche y media de aceite, por favor!

—Anda, que llevamos una nochecita… —dice Silvia.

—Pensaba que entrabais a trabajar ahora —interviene Ángela, que acaba de finalizar su turno.

—¡Qué va! Estamos con un caso que nos obliga a trabajar a deshoras. ¿Y tú? ¿Has tenido lío?

Ángela comienza a reír y desconcierta a Marta. Silvia imagina a qué se debe.

—¿Hoy también os ha llamado ese tipo? ¿Cómo lo llamáis?

—El Astrónomo —responde Ángela, compartiendo la risa con Silvia.

Marta desconoce de qué hablan. Ve llegar al camarero y piensa en lo bien que le va a sentar el desayuno.

—Marta, no lo vas a creer. Hay un tipo que tiene un telescopio y por las noches se dedica a mirar las estrellas. De vez en cuando ve algo moverse en el cielo y corre a llamar al 091, alertando de que un OVNI se dirige a la ciudad.

—Hoy eran dos meteoritos —corrige Ángela mientras toma a Silvia de la muñeca—. Supuestamente uno iba a impactar contra la tribuna del estadio Rico Pérez y el otro en los burladeros de la plaza de toros.

—¡Madre mía! —reacciona Marta—. ¿Y cómo lo manejáis? Porque es una llamada de emergencia.

—Pues el asunto es serio. Esto comenzó hace más de un año. Al principio nos mirábamos entre nosotros sin saber qué hacer, porque nuestra obligación es abrir una incidencia y enviar la patrulla al lugar.

—Entiendo.

—Date cuenta de que sale a la terraza de su ático y se pone a gritar para que la gente se resguarde en el búnker.

—Vaya situación.

—Y eso no es todo. En varias ocasiones ha avisado a la prensa e incluso le entrevistaron en un programa de televisión. Está en tratamiento, pero cada vez que llama nos pone en un aprieto. Al final, conseguimos una autorización para desviar la llamada a un servicio de psicología que está de guardia veinticuatro horas.

Ángela comparte historias mientras el comisario entra al bar y se apoya en la barra. No ha mirado al rincón donde están ellas, así que Marta da un mordisco a su tostada y se levanta con la taza en la mano a saludar a su superior.

—Siento haberte molestado esta noche —le dice por detrás.

—Vaya, si estás aquí —reacciona Albízar—. ¿Es que nunca duermes?

Ella da un sorbo al café y niega con la cabeza.

—Veo que te has metido de lleno en la investigación. ¿Habéis conseguido las imágenes?

—Silvia acaba de traerlas. —Señala hacia el rincón donde está ella —. Y una patrulla espera al abogado de los Ramos para confiscar el

ordenador. Necesitamos a Teo, pero ha pedido el día libre.

El comisario medita la situación mientras observa la información meteorológica en el televisor.

—Ya he hablado con él.

Marta se queda con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Vendrá a las doce y media, así que prepara el ordenador, las imágenes y todo lo que haga falta. Tenemos que atrapar a esos criminales.

—He revisado la información y tengo pendiente una visita al forense. También estoy considerando buscar a la hija de Alberto Ramos. Han pasado unos días desde la entrevista que tuvo con el inspector Soriano y tal vez podamos obtener algo más de ella.

Marta está a punto de contarle que a las once va a visitar a Soriano, pero es probable que él lo desaconseje y prefiere evitar un conflicto.

—Voy a salir a fumar, ¿me acompañas?

Una docena de personas hacen cola en la acera de la comisaría para renovar su DNI. Marta y el comisario están en la esquina opuesta y observan a un coche patrulla que lleva a un detenido hacia los juzgados. La escena es fotografiada por un hombre que luego guarda la cámara en una mochila. Cierra la cremallera mientras dirige la mirada hacia el comisario y camina en su dirección.

El hombre tiene un andar juvenil, viste con vaqueros y camiseta lisa de color azul claro. Se quita las gafas de sol cuando llega al lado de Albízar.

—Comisario, ¿cómo está?

Marta se fija en el cabello rizado y los ojos verdes de aquel hombre que no parece tener más de cuarenta años.

—Estaría mejor si no hubiera leído tu artículo de ayer. No estoy de acuerdo cuando dices que la Policía está en el limbo. Sé que no es tu intención, pero tus palabras generan alarma social.

—¿Todavía no hay noticias? Intento contactar con ustedes, pero es imposible. ¿Podría ponerme al día? Si quiere, puedo escribir otro artículo para tranquilizar a los lectores, aunque necesitaría hechos que lo justifiquen.

—Fran, te presento a la inspectora Marta Escudero. Ella está al frente de la investigación ahora. Os dejo, me esperan ahí dentro.

Ambos observan al comisario cruzar con prisa hacia la comisaría. Marta no sabe qué decir, le ha sorprendido que su superior le presente a un periodista y al instante la deje sola con él.

—Encantado —dice él extendiéndole la mano—, soy Fran Vallejo y trabajo en el periódico *Información*.

Ella le devuelve el saludo y examina su rostro afeitado y definido que le sonríe. No sabe cómo reaccionar y decide despedirse.

—Tengo que trabajar. —Señala al edificio.

—Oh, sí, disculpe. Me gustaría hablar con usted. Solo unos segundos. Cubro el caso de «Las tres palmeras» y me gustaría estar al tanto. Bueno… De lo que se pueda, claro.

Marta le presta atención con una expresión seria y mantiene la distancia.

—Acabo de llegar y creo que no estoy autorizada para hablar con la prensa, así que lo siento.

—¿Nueva en la ciudad?

La barbilla de Marta se eleva ligeramente. Su deber es ignorar a la prensa, pero Fran pregunta con tanta naturalidad, que resulta imposible no responderle.

—Así es.

—Qué curioso. Yo solo llevo dos años en Alicante. Vine a estudiar un máster de fotografía y conseguí un trabajo, luego empecé a colaborar con el periódico y… En fin… Le dejo mi tarjeta. Si le apetece hablar de la investigación, conocer la ciudad o tomar una caña, una copa de vino o un vaso de horchata, llámeme.

—Por favor, no me trates de usted.

—Mejor, gracias.

—Oye, ¿dices que estás cubriendo el caso de «Las tres palmeras»? —pregunta Marta.

La sonrisa se desvanece del rostro de Fran.

—Estuve en Vistahermosa cuando encontraron los cuerpos.

—¿En serio?

—Sí, claro. Escribí una crónica y también tomé algunas fotos.

Al escuchar la última afirmación, el rostro de Marta se ilumina y esboza una leve sonrisa.

—Tal vez un día de estos nos tomemos una horchata.

Él inclina el cuerpo hacia delante, en un gesto de reverencia.

—Cuando quieras. No te molesto más, que tienes que atrapar al malo.

La mirada de Fran queda imantada en Marta, que cruza la calle pensando en el último comentario: «Tienes que atrapar al malo».

18

9:45. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Ocho cámaras componen el circuito de vigilancia de la finca de Alberto Ramos. El disco duro contiene catorce días de grabaciones distribuidas en mil trescientos cuarenta y cuatro archivos de vídeo. Cada fichero equivale a dos horas de registro de una sola cámara.

Marta ha localizado las grabaciones del treinta de abril y sitúa la hora de los hechos entre las cinco y veintitrés y las seis y cinco de la tarde. Cuarenta y tres minutos de grabación que nunca se completaron porque alguien saboteó el sistema para detenerlo. Unos minutos durante los cuales los perpetradores del asalto engañaron a los dueños y a la empleada del hogar, los intoxicaron con un producto químico, los trasladaron hasta el jardín, los ataron a las palmeras y luego se ensañaron con un cuchillo en los cuerpos aún vivos de Alberto y Gloria.

Los asaltantes desaparecieron sin dejar una sola huella y burlando el sistema de cámaras. Marta revisa los planos y la ubicación de las cámaras. Todo indica que los asaltantes detuvieron la grabación desde fuera. Toma un sorbo de su tercer café del día y se levanta de la silla roja para asomarse a la ventana que da al patio interior de la comisaría. Desde allí toma aire y hace trabajar su imaginación, algo se le está escapando y acelera sus neuronas.

El timbre del teléfono nunca suena en el momento oportuno, y rompe la concentración de Marta, que exhala con frustración mientras atiende la llamada. Es Silvia, que le pide que baje para ir a la casa del inspector Soriano.

Marta desconecta el disco duro y lo sostiene en sus manos mientras piensa qué hacer con él. Desconoce los escondites de la oficina y concluye que la mejor manera de custodiarlo es llevándolo consigo en la mochila.

El Renault Clio vibra como si rodara sobre piedras. Sus más de veinte años en circulación han hecho mella en él. Silvia sufre cada vez que debe pasar la ITV, pero le tiene especial cariño porque el coche era de su abuelo. Después de tres intentos, Marta logra abrocharse el cinturón de seguridad.

—¿Tienes el ordenador de Alberto Ramos?

—Sí, lo llevo en el maletero. No veas lo engreído que estaba el abogado. Es un imbécil. Se ha puesto tontorrón y le hemos advertido de que teníamos una orden judicial. Aun así, ha empezado a

despotricar contra la Policía y a preguntar si la idea de revisar el ordenador era tuya. Creo que te tiene manía.

Marta evita hacer comentarios sobre lo ocurrido y decide cambiar de tema.

—¿Conoces a Fran Vallejo?

Silvia detiene el coche en un semáforo y mira a Marta con sorpresa.

—¿A Fran, el periodista?

—Sí, claro, ¿a quién más podría referirme? Tú eres de aquí, seguro que conoces a los periodistas.

—A ese sí. Hemos coincidido varias veces. Se le ve mucho en la oficina tratando de obtener información del comisario. La verdad es que el tío está *buenorro*.

El comentario de Silvia provoca la risa de Marta.

—No me digas que lo has conocido…

—El comisario me lo presentó esta mañana.

—Y qué, ¿tengo razón o no?

—¿En qué?

—¡Vamos, no te hagas la despistada! Ese chico es un bombón.

—He leído sus crónicas sobre el caso. —Marta redirige la conversación—. Y dice que estuvo en Vistahermosa el día de los hechos.

—Puedes hablar de chicos conmigo, eh.

Silvia no ha tenido suerte en las relaciones y quizá por ello esconde su frustración tratando de ayudar a su amiga. Desea profundizar en el asunto.

—¿Te ha tirado los tejos?

—¡Oye! Solo hemos hablado un minuto, nada importante.

—¿Y te ha dado su número?

—¿Su número? Qué va —responde Marta bajando la ventanilla.

—Te estás sonrojando.

—A ver… No me ha dado su número, sino su tarjeta.

Ambas ríen como si hubieran escuchado un chiste. Silvia se acerca a su amiga y le da un amigable empujón con el hombro.

—Venga, basta de chácharas —pone orden Marta—. Me invitó a tomar una horchata y hasta ahí puedo leer. Aunque… No estoy ahora para tomar horchatas, tengo tanto lío…

—Acepta la invitación, te vendrá bien despejarte un poco. Hace unas semanas escribió un artículo que me impresionó mucho. Resulta que una mujer ofreció una rueda de prensa pidiendo ayuda para su hijo. El chaval tenía un problema de crecimiento y necesitaba unos cuidados especiales que el sistema de salud español no podía proporcionar. La única esperanza para su hijo era un tratamiento en Estados Unidos, pero valía un pastón. No sé qué habrá sido de esa mujer y su hijo. La historia apenas apareció en los medios. Estoy

segura de que, si se hubiera hecho mediático, el Gobierno tal vez hubiera intervenido, pero la mujer era una pobre infeliz. En fin… Mira, ya hemos llegado. Soriano vive allí, en ese edificio.

19

11:00. Vivienda de Esteban Soriano. Alicante.

A los dieciocho años, Esteban tenía claro a qué quería dedicarse y fue uno de los aspirantes más jóvenes en superar las pruebas para ingresar en la academia de Policía. Entró en el cuerpo a finales de los años ochenta y ascendió hasta lograr el rango de Inspector. A pesar de su éxito profesional, no ha tenido la misma suerte en las relaciones sociales. Su fuerte sentido de justicia y su tendencia a desconfiar le han llevado a que rara vez sea invitado a socializar en el cuerpo.

Fuera del trabajo, la única persona que lo soporta es su esposa, Susi, quien trabaja en turnos en el Hospital General de Alicante y apenas coincide con él. Viven en San Gabriel, un barrio tranquilo al sur de la ciudad, en una urbanización con piscina.

—Creo que es este portal —comenta Silvia—. Solo he venido un par de veces.

—Un pajarito me ha dicho que tiene mal genio.

—Es cierto. Trabajé con él durante dos años y hay que saber llevarlo. Es complicado porque ni él mismo puede controlar sus arrebatos, pero en el fondo es buena persona. Me llevo bien con él.

—¿Le has dicho que vendría contigo?

Silvia señala la placa de timbres y presiona el pulsador de Soriano.

—No te preocupes, le caerás bien.

El ascensor se detiene en la octava altura, donde les espera Susi, sonriente.

—¿Qué tal lo lleva? —pregunta Silvia después de saludar a Susi con dos besos.

—Fatal. Hoy se ha puesto a cocinar. Está peleándose con unas croquetas. Mira, prefiero dejarlo solo y que al menos se distraiga. Ay, hija, me está volviendo loca.

—¿No trabajas hoy?

—Qué va. He pedido un mes de permiso. ¿Cómo voy a dejarlo solo? Se pondría peor.

—Ella es Marta, mi nueva compañera. No queremos molestar, así que solo estaremos unos minutos.

—Adelante, esperad ahí dentro, iré a avisarle.

El salón conserva muebles de principios de los noventa. Como era habitual entonces, los volúmenes de una enciclopedia se exhiben en una estantería llena de fotos de niños haciendo su primera comunión, mientras una enorme mesa ocupa el centro de la estancia. Marta

observa un rompecabezas con cientos de piezas organizadas en pequeños montones. Le recuerda a su infancia, a los veranos en los que sus padres compraban un puzle enorme para mantener a ella y a su hermana entretenidas durante las vacaciones.

En una esquina de la mesa está la caja del puzle con la imagen de los rascacielos de Manhattan en una toma nocturna. Marta extiende un dedo para alinear el borde inferior del rompecabezas que está ligeramente curvado.

—Oye, nena, ni se te ocurra tocar nada.

La voz autoritaria procede de la entrada a la cocina. Delgado, de piel bronceada y sonrisa brillante, Esteban Soriano camina con pantalón corto y camiseta de tirantes.

Marta retrae su brazo y observa al anfitrión con inquietud, como si la hubieran sorprendido haciendo algo indebido.

—Soriano, ¿cómo estás? —pregunta Silvia, antes de que su compañero se ensañe con Marta.

—¿Esta es la nueva?

—Sí, quería conocerte. Marta, te presento a Esteban Soriano.

Ella se acerca para estrecharle la mano, que él acepta sin entusiasmo.

—Tu mujer dice que no paras de hacer cosas. ¿Ahora te has vuelto cocinitas?

Soriano extiende sus manos temblorosas. Las muestra sin ocultar su descontento. Con una mirada alicaída, explica su cuadro médico y se lamenta de la intromisión del comisario.

—No necesito las manos para hacer mi trabajo, y tú lo sabes muy bien. Estos mequetrefes… —Hace una pausa antes de proseguir—. Tenía la investigación encarrilada y a la *mañaca* de los cojones contra las cuerdas —dice, refiriéndose a Yaiza, la hija de Alberto Ramos.

—La inspectora Escudero ha retomado el caso y, si no te importa, le gustaría hacerte unas preguntas.

Él reacciona con desdén y se dirige hacia una mecedora. No se pronuncia.

Silvia toma la iniciativa de mediar entre ambos e insta a Marta a sentarse junto a ella, en un sofá frente a Soriano.

—Mira, voy a tutearte si no te importa. Sé que esta situación debe ser difícil para ti. Y créeme, también es incómoda para mí. —Marta capta la atención de Soriano—. Lamento lo que estás pasando y soy sincera cuando digo que espero que te recuperes pronto.

Él asiente con la cabeza, manteniendo la mirada desafiante.

—Los compañeros con los que he hablado coinciden en que eres un gran profesional.

—Debería aclarar que yo fui la primera en decirlo —interrumpe Silvia para aligerar la tensión del ambiente.

—Aún me estoy poniendo al día y no quisiera avanzar en la investigación sin tener en cuenta tus conclusiones. He leído que acusaste a Yaiza Ramos por los asesinatos de sus padres y la empleada doméstica. ¿Tan claro lo viste?

El codo izquierdo de Soriano descansa sobre el brazo de la mecedora y apoya la frente en la palma de la mano, pensativo. Se debate si responder a la inspectora o regresar a la cocina a freír croquetas. Está enfadado por su baja médica y, sobre todo, por haber dejado el caso sin resolver. Tiene tanta rabia contenida que decide expresar lo que siente.

—¿Has visto el interrogatorio?

—Sí.

—Esa niña mimada con uñas de bruja es la asesina. ¡Será hija de Satanás! Solo hizo falta verle la mirada. He conocido muchos homicidas, ¿sabes? Y su actitud chulesca hablaba por sí misma. Es tan fría como el hielo. Odiaba a su madrastra y se sentía oprimida por su padre, que no aprobaba ni su forma de vestir, ni las relaciones, ni tampoco sus aficiones. Quería independencia pero manteniendo un estilo de vida lujoso. Su padre estaba forrado y no hacía más que discutir con él, en parte porque él la había dejado en evidencia en varias ocasiones. Pero todas mis sospechas se confirmaron cuando encontramos la uña en la escena del crimen. En ese momento lo tuve claro y no dudé en ir a por ella.

El teléfono de Marta interrumpe a Soriano, que la acuchilla con la mirada. Es Óscar, de la inmobiliaria. Le pide a Silvia que lo atienda y se retira con el teléfono a la terraza.

—Disculpa. Pero no se realizó la detención, ¿verdad?

—Hoy en día dar la opinión se ha convertido en un deporte de riesgo. Hablé con el comisario y le expliqué mi teoría. Quería arrestar a la chica y presionarla. Estoy seguro de que en un par de horas a solas, la habría hecho cantar. ¡Joder! Años atrás habríamos cerrado el caso ese mismo día, pero ahora las leyes están de su lado. Y más esa pija, que tiene pasta para untar a cualquiera que se interponga.

—¿Y qué dijo el comisario?

—Que necesitábamos más pruebas. ¡Pruebas! Pero dime tú, ¿qué más se necesita? ¡Me cago en mis muertos! ¿A dónde vamos a llegar? Mira, yo vengo de una época en la que estas cosas se solucionaban con un informe escrito a máquina con los dedos índices. Le estampábamos un sello bien grande en el centro y eso iba a misa. Pero hoy en día se necesita analizar cada partícula de polvo en un laboratorio para buscar ADN. ¡A tomar por culo con el ADN! El jodido ADN me lo paso yo por el forro de los…

—¡Cariño! ¡Ya está bien! —dice Susi desde un dormitorio—. Cálmate, que te van a escuchar los vecinos.

—Que me oigan, ¿acaso estoy mintiendo?

—Me gustaría saber cómo crees que Yaiza pudo entrar en la casa y desactivar el sistema de grabación de las cámaras.

—Da una vuelta y habla con cualquier vecino. Esa finca siempre tenía las puertas abiertas. Ella vivió allí, es su casa, y conoce todos sus rincones. Su padre quería que heredara los negocios, ¿no crees que le habría enseñado la sala donde están los equipos de seguridad? Esa chica vive conectada a Internet, con cuatro clics encontraría la manera de sabotear los dispositivos. Además, la empresa de seguridad tiene tropecientas denuncias porque sus sistemas son vulnerables.

Marta toma nota mental de todo lo que escucha.

—¿Crees que lo hizo ella sola?

—Eso es lo de menos. Ya te digo que si la tuviera a solas en una sala, apenas necesitaría un rato para hacerla confesar todo. Si es que… ¡Hostias! La muy bruja me hacía carantoñas, se rio en mi cara.

—Ya vi que no pudiste contener la rabia.

—Puedo pasar por alto muchas cosas, pero la impotencia que sentí aquel día… Vamos y vamos. Si no hubiera sido por mis compañeros, le habría estampado la silla en los morros para quitarle las risitas. ¿Tú te crees? Acababan de asesinar a su padre y en lugar de estar preocupada por encontrar al asesino, se cachondeó de mí en mi cara. Si la tuviera aquí delante, la machacaría.

Soriano muestra su agresividad frente a Marta, que mantiene la compostura entendiendo por qué el comisario lo apartó del caso. Está pasando un mal momento, ya sea por su enfermedad o por la frustración de no poder hacer su trabajo como quisiera, pero es evidente que no está en condiciones de regresar al cuerpo de Policía.

Ambos acogen el silencio con alivio. Soriano toma conciencia de su agitación y da varias bocanadas de aire mientras ve a Silvia regresar al salón. A Marta le sorprende que haya tardado tanto, aunque teniendo al teléfono al hombre de la inmobiliaria, la llamada podría prolongarse hasta que el aparato quedara sin batería.

—Tengo curiosidad por Antonia, la empleada doméstica. No se habla de ella en ningún momento. Solo sabemos que es dominicana, que llevaba siete años trabajando para la familia Ramos y nada más.

—Esa mujer vivía con su prima Samanta, que viajó a su país dos días antes del suceso. Intenté ponerme en contacto con ella, pero está en un pueblo donde no llega la señal de teléfono. Luego me apartaron del caso y ahí quedó todo. De todas formas, esa mujer debía ser una santa para soportar a esa familia durante tanto tiempo.

Soriano se queda callado, dudando si dar más detalles sobre su última afirmación. Marta y Silvia lo observan, animándolo con la mirada a que siga hablando. El silencio se vuelve incómodo.

—En los informes no lo mencioné, pero no hace falta indagar

mucho para saber que Alberto era un consumidor habitual de cocaína. El espíritu alegre que mostraba en público se transformaba en agresivo cuando llegaba a casa. Imagino las discusiones y los desprecios que debió presenciar la pobre Antonia. Y tampoco perdáis de vista a Gloria, la señora de la casa. De su casa y de la de otros, porque le gustaba el sexo más que a un anciano las tardes de Telecinco. Vamos, que no lo digo yo, lo dice su historial médico. Apuesto a que también se lo hizo con el doctor.

Soriano mira a sus invitadas y se da cuenta de que está hablando demasiado. Marta aprovecha el momento para hacer una última pregunta.

—Además de Yaiza Ramos, ¿no sospechaste de nadie más?

—¿Y tú? ¿Sospechas de alguien?

—Por ejemplo, del abogado. No parece trigo limpio.

—Ah, te refieres al bueno de Miquel Grau. El tipo es un personaje, pero incapaz de matar a un mosquito. Le conozco desde el instituto. Sus padres lo moldearon para que fuera un hombre duro y ambicioso. Era socio de Alberto en varios negocios que, la verdad, no me parecen muy transparentes. Pero él no es el asesino.

—Estuvo en esa casa horas antes del asesinato.

—Sí, pero pasó la tarde en una reunión.

—¿No se ordenó triangular su teléfono móvil? Quizás mintió.

—¡Ya estamos otra vez con la maldita tecnología! No hace falta, joder. Un hombre como él no sería tan estúpido como para llevar su móvil al lugar donde planea cargarse a varias personas, ¿no lo ves?

—¿Y el GPS de su vehículo? Porque no lo olvides, el cochazo del abogado tiene localizador.

Las manos de Soriano se aferran con fuerza a los reposabrazos del sillón balancín. Marta sabe que él odia la tecnología y nunca la utilizaría en una investigación. También sabe que lo ha enfurecido al dejarlo en evidencia.

—Pero tienes razón —rectifica ella—. Además, Miquel Grau ahora tiene que lidiar con Yaiza por las posesiones y negocios de Alberto.

—Eso va a ser un dolor de cabeza —opina Soriano, con las manos más relajadas.

—¿Qué me dices del dibujo en barro que apareció en el dormitorio principal? ¿Crees que Yaiza se detuvo a dibujar el símbolo del euro? ¿Por qué? O mejor, ¿para quién? Seguro que no lo hizo para que su padre lo viera.

—Creo que la chica ansiaba tanto el dinero que se desahogó dibujando eso. Tal vez fue un mensaje para el abogado, o una forma de celebrar haberse deshecho de su madrastra. Recordad que Yaiza no podía soportarla. Gloria disfrutaba de una vida de lujo a costa de Alberto, porque, dejadme deciros, ella no pegaba un palo al agua. Solo

llevaba a su hijo a la guardería y se dedicaba a ponerse guapa, hacerse fotos y fornicar con cualquiera que le apeteciera. Y ojo, que también compartía con su marido la afición por la cocaína. Y no lo digo yo, lo escribió su médico. Joder, es que… Quizás el tipo no consiguió acostarse con ella y se desquitó registrando las intimidades en su historial médico, porque escribió que tuvo infecciones como la gonorrea, el virus de papiloma…

—Creo que hemos hablado suficiente por hoy —dice Marta, mirando a Silvia.

—Pues nada, Soriano, te dejaremos cocinar. Y nosotras volveremos a lo nuestro, que con este calor no creas que hay muchas ganas de trabajar.

—Hacedme caso y presionad a la niña, ella es la culpable, no lo olvidéis.

Marta se despide con otro apretón de manos.

—No te preocupes, que hablaremos con ella, a ver si la sorprendemos desprevenida.

—Ten cuidado, esa es una bruja muy mala, peor que las de los cuentos.

20

11:53. Cafetería Esperanza. Alicante.

Marta ha tropezado contra el bordillo del jardín. Hablaba con Silvia mientras observaba la piscina de la urbanización de Soriano. Ha tenido suerte y todo ha quedado en un susto. Pide a Silvia que se detenga en algún lugar para refrescarse y tomar algo con mucha azúcar.

Después de mojarse la nuca y la cara en el baño, Marta vuelve a la mesa que tienen en una cafetería, justo debajo al aparato de aire acondicionado.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero llevo varias noches sin dormir bien y ya no me recupero tan rápido.

—¿Qué te ha parecido Soriano?

—Espera, antes de hablar de él, dime qué le has dicho al de la inmobiliaria.

La camarera sirve un par de refrescos con hielo y unas aceitunas.

—He intentado rebajarle cinco mil euros.

—¿Qué has dicho?

—Sí, le he comentado que estás interesada en el apartamento y que te lo quieres quedar, pero que necesitas una rebaja para cambiar el suelo y darle una mano de pintura.

Marta muestra una sonrisa incrédula.

—Estás perdiendo la cabeza.

—¿Sabes qué me ha respondido?

—Espera que tome un sorbo de esto, no vaya a ser que me caiga al suelo de la impresión.

—No puede hacerte un descuento.

—Estos argentinos…

—No, no es eso, o sí, según cómo lo veas. Me ha dejado claro que el precio no es negociable, pero que él se encargará de poner un suelo nuevo y pintar el apartamento. Y lo mejor de todo es que lo va a hacer gratis.

—¿Gratis?

—Dice que es amigo íntimo de un reformista y que mañana terminará unas reparaciones en la misma urbanización. Así que esta tarde tienes que elegir la madera del suelo y confirmar si el blanco de las paredes lo quieres brillante o mate.

—¿Mate? Yo sí que voy a matarte. ¿Pero hablas en serio?

—Ah, y envíale una foto de tu DNI. Ahora mismo está buscando ofertas en varios bancos para gestionarte el préstamo. Le he dicho que calculara hipotecar la mitad del importe, ¿era eso lo que querías?

—Sí… Pero… Silvia, mi cabeza no está ahora para comprar casas.

—No te preocupes, yo te apoyaré en todo esto. Solo tenemos que ir esta tarde a las seis, elegiremos el suelo y él te explicará lo de los bancos. Es muy sencillo.

En este momento, el cerebro de Marta no puede asimilar la historia de ficción que su amiga le está contando, ni dispone de frescura suficiente para razonar. Bebe hasta vaciar el vaso. Necesita unos minutos de tranquilidad y le pide a Silvia que la deje a solas con otro refresco. Espera que el azúcar y la cafeína la revitalicen para poder afrontar lo que resta de día.

Apenas ha pasado un minuto cuando el teléfono de Marta vibra en el bolsillo de su pantalón. Es el comisario.

—Escudero, no estás en la comisaría, ¿verdad?

—Estoy de camino.

—Perfecto. Olmedo te está esperando. Quiero que lo acompañes. Han vuelto a robar en otro chalet.

La noticia despierta a Marta, más que la cafeína que acaba de ingerir. De un salto, se incorpora y va en busca de Silvia, que la espera de pie, junto al coche, bajo la sombra de un árbol.

—Chica, sí que te hacen efecto las Coca-Colas.

—Vámonos, que me esperan en la comisaría. Tengo que acompañar a Olmedo.

—¿Otro robo? —pregunta Silvia mientras arranca el coche.

—Parece que sí. Oye, antes de que nos despidamos, ¿dónde está el ordenador de Alberto Ramos?

—Lo he dejado en la unidad de la científica para que tomen huellas. Seguro que para cuando lleguemos, ya lo tendrán listo.

—Perfecto, porque, según el comisario, Teo estará en el despacho a las doce y media, y quiero que examine el ordenador y las memorias. Revisad toda la información que pueda ser útil. Cuentas, relaciones personales… ¡Ah! Y contraseñas. Nos interesa investigar los correos y las redes sociales de su mujer.

—Pediremos autorización.

—Muy bien. Y hay algo que me ha llamado la atención de Soriano, se nota que es perro viejo.

—Te refieres a los expedientes médicos, ¿verdad? Me di cuenta en cuanto lo mencionó. Te juro que no tenía ni idea.

—Esos datos los obtuvo de forma no oficial, por eso no los incluyó en el informe. Pero me parece una idea fantástica, pídelos también. ¿Te acordarás de todo?

—Si quieres, puedo decirte tu número de teléfono de memoria.

—¿Estás de coña?

—Ponme a prueba. De momento, esta de aquí —dice Silvia señalando su cabeza— funciona bastante bien.

—Entonces voy a abusar un poco más de tu capacidad de memoria. Necesitamos contactar con la prima de Antonia, la que se fue a República Dominicana. No sabemos si ella vio algo extraño en los días previos.

—Eso está hecho. Me pondré en ello en cuanto lleguemos.

—Voy a meter esto en tu bolso, es el disco duro que me diste esta mañana. Sé que lo que te voy a pedir es una locura, pero si tienes algún minuto libre, sería interesante revisar todas las imágenes. Son ocho cámaras…

—¿Qué buscamos exactamente?

—Cualquier comportamiento extraño en la convivencia, cómo los asaltantes accedieron a la casa y cómo diablos terminó una uña en un charco de sangre.

—Si quieres, puedo solicitar refuerzos al comisario.

—Por ahora, no. Mientras menos personas intervengan en la investigación, mucho mejor. Hoy no tendremos tiempo, pero mañana me gustaría visitar al forense. Ah, y también tengo pendiente hablar con la empresa de seguridad… Y, por supuesto, tener un careo con la hija de Alberto Ramos… Uf, me agobio solo de pensarlo, pero bueno, poco a poco. Hablando de Yaiza, sería conveniente investigarla a fondo. Me refiero a que… Cuando me encuentre con ella, me gustaría tener información que la pueda incomodar. Por ejemplo, ¿sabemos algo de su novio?

—La verdad es que no mucho. Ya estamos llegando.

—Déjame ahí mismo. Nos vemos en un rato.

21

12:11 Finca de la familia Durá. Alicante.

Olmedo conduce preocupado. Mientras esperaba a la inspectora Escudero, ha recibido la llamada de su hijo comunicándole que debe abandonar la casa donde vive con su mujer y el niño. En pleno proceso de divorcio, ella ha contratado a una abogada cuya primera recomendación es amenazarlo con una denuncia por malos tratos si no se marcha inmediatamente de casa, así que el chico no tiene otra opción que hacer la maleta.

Marta aprovecha el silencio para tomar notas en el teléfono móvil. A pesar del agotamiento, sigue centrada en el caso de las víctimas de Vistahermosa. Soriano ha comentado que los sistemas de seguridad de la empresa RS Protección son deficientes y muestra de ello es que en estos momentos se dirigen a otra vivienda asaltada, como la de Noel Carreño. Marta no quiere dejar pasar más tiempo sin visitar al responsable de la empresa y programa una alarma para hacerlo esa misma tarde.

Olmedo apaga el cigarrillo en el cenicero y empieza a toser con tanta fuerza que durante unos segundos se inclina hacia delante hasta que al fin logra escupir una flema por la ventanilla.

—Veo que hoy no es tu día.

—Es horrible. Estoy pensando en ir al campo de fútbol y lanzarme al vacío desde la torre de luces.

Olmedo pone a Marta al día de las novedades de su hijo.

—Lo jodido de todo esto es que, siendo policía, no puedo hacer nada. No es que mi nuera me cayera demasiado bien, pero nunca imaginé que llegaría a amenazar a mi hijo. Le decía a diario que lo quería para siempre, tuvo una boda de película y se fue de luna de miel al otro lado del mundo… ¿Para qué todo eso? A los dos años, mírala en qué se ha transformado. ¡Y encima está preñada! Ya te dije que no volvería a tener una relación con una mujer, aunque me lo recetara el médico.

Marta no participa en la conversación. Las palabras de su compañero le hacen recordar alguna experiencia desagradable de su pasado. Se remonta a la adolescencia y a un brusco cambio en el comportamiento de su padre. En este caso, la víctima fue su madre, que no supo alejarse a tiempo del monstruo en el que se había convertido su marido.

—Dice que se va a un hotel. Le he pedido que venga conmigo, pero

insiste en que no soporta el humo del tabaco. ¿Qué te parece la excusa? Para colmo, esta mañana me ha tocado ver un fiambre: un gilipollas pasado de coca. Al tipo no se le ocurrió otra cosa que grabarse con el teléfono haciendo funambulismo en el balcón de un cuarto piso. Imagínate la hostia que se pegó contra el patio del entresuelo.

—Desde luego… ¡Cómo están las cabezas!

—Ojo, el tío lo emitió en directo en una red social. Supongo que quería ser… ¿Cómo se dice? Tredin…

—Trending topic.

—Eso, pues lo ha conseguido. Porque, te digo otra cosa, el vídeo se ha eliminado de su cuenta, pero está circulando por ahí. Todo este asunto de Internet me pilla muy mayor. Menos mal que en cinco años me jubilaré y le darán por saco a todo. Y si no, espera a ver lo que nos encontramos ahora… Han robado a otro milloneti.

—Veo que te diriges a la playa de San Juan.

—Casi, casi. Vamos al Cabo de las Huertas, muy cerca. Ahí apenas hay playa, casi todo son rocas, pero sí unas casitas de aúpa. ¿Sabes qué? A este también le han dibujado el euro en la pared, ¿qué te parece?

Conducen por la avenida de la Costa Blanca. A ambos lados emergen urbanizaciones, algunas de ellas con edificios altos que gozan de vistas al mar. Ante ellos circula un camión de mudanzas y Marta recuerda que a las cuatro ha quedado con Silvia para ir a hablar con Óscar, de la inmobiliaria. Se reprocha por la locura que está a punto de cometer comprando un apartamento, pero enseguida redirige sus pensamientos al presente, al caso de los robos.

—Desde la última vez que nos vimos, ¿hay alguna novedad sobre los asaltos?

—Sí, un par de detalles. El comisario ha abierto un expediente de grado… No recuerdo bien el término. El caso es que todas las pruebas van a parar allí y me ha pedido que prepare un informe de cualquier avance. Y la otra cosa es que se ha referido varias veces a la investigación como «el caso del *ladrón de barro*». Tiene gracia.

—Es curioso. El individuo o individuos roban de todo, menos barro.

—No me creo que no se hayan llevado más cosas. Aunque solo sea una botella de vino.

—Es difícil pensar lo contrario —opina Marta—. Veamos qué nos cuentan ahora.

—¿Has traído bañador?

—¿No me digas que este también tiene piscina?

—¿Qué crees tú? Con el mar a veinte metros y se construye una bañera gigante. No lo entiendo, porque esta gente apenas pasa tiempo en la casa, siempre están de aquí para allá, de comidas y salseo.

—Qué mala es la envidia, Olmedo.

—Ya ves… Mira, es en aquel portón marrón.

Marta abre bien los ojos y se concentra.

—Oye, ese que está en la puerta, ¿no es Noel Carreño?

El inspector también se sorprende al comprobar que frente a él está el hombre que visitaron el día anterior. Luce unos vaqueros y una camisa blanca desabrochada a la altura del pecho, y habla por teléfono mientras apoya uno de sus mocasines en la rueda de un deportivo plateado. Enseguida se pone de pie cuando ve a los inspectores bajar del vehículo y los saluda levantando la mano.

Como Olmedo había anticipado, la fachada de la villa está a unos veinte metros del mar. De camino hacia ella, Marta se pregunta cuántos años tardará el agua en alcanzar la puerta del millonario.

Noel Carreño cuelga la llamada y extiende el brazo para saludar a los inspectores con esa sonrisa forzada que tanto irrita a Marta. Ella vuelve a mirarlo y a notar su parecido con Flavio Briatore.

—Gracias por venir.

—¿No irá a decirnos que le han vuelto a robar? —pregunta Olmedo en tono irónico.

—No, por suerte, no. Pero a mi amigo sí. Esta es su finca. Ayer salió a pasar el día fuera y por la noche descubrió que alguien había entrado a robar.

—¿Y dónde está su amigo? —pregunta Marta Escudero.

—Verán, es una persona muy ocupada que desea olvidar esto lo antes posible. No quiere saber nada del asunto, pero ha accedido a que yo hable con ustedes.

Olmedo desvía la mirada hacia la puerta de la vivienda y se acaricia el mentón. Sigue más preocupado por el divorcio de su hijo que por el dinero que le hayan podido robar a un hombre que no se digna siquiera a mostrarse.

—Su mujer está dentro. ¿Entramos y les explico qué sucedió? —pregunta Noel mientras saca un llavero del bolsillo.

Marta silencia una llamada del agente inmobiliario y ve un mensaje de Silvia informándole de que han adelantado la cita con él a las tres y media. Marta le responde con un breve «ok». Al cruzar el umbral de la puerta, les sorprende un pasillo rodeado por un surtido floral donde destaca el aroma a lavanda y la belleza de varias dalias y gladiolos en un despliegue multicolor.

—¿Las personas que viven aquí tienen nombre? —pregunta Olmedo, sin rodeos.

Noel camina hacia la entrada, en silencio, pensando en la respuesta. Un metro detrás, Marta se fija en cada detalle: el aparcamiento, la jaula con varias aves, la cámara que apunta hacia el rellano por el que caminan, el sonido del agua al otro lado del muro

golpeando contra las rocas… Pero se detiene cuando observa que en lo alto del tejado se erige la misma antena que había en el chalet de Noel Carreño, donde puede leer RS Protección. Emite un suspiro diciéndose a sí misma que visitará la empresa esa misma tarde sin falta.

—Adrián Durá y su mujer Patricia. Él trabaja para una consultoría de Valencia y ella gasta el dinero. —Sonríe sin que Olmedo ni Marta le devuelvan la broma de hombre rico—. Ayer estaban fuera, él en Valencia y ella en Elche. Las imágenes de la grabación se congelaron a las 13:45 y volvieron a funcionar a las 14:01. No había nadie en casa y no sabemos por dónde entraron. Lo más probable es que lo hicieran por una puerta de servicio que hay en la parte de atrás. Síganme.

Bordean la casa en fila india, por una tarima de madera gris que contrasta con una superficie de grava blanca y vegetación decorativa. Pronto ven la piscina con un flotador en forma de cisne girando en círculos. El riego automático humedece la fina capa de césped y Noel se detiene en la esquina de la terraza, ante una puerta.

—¿Ven este agujero? —Señala al suelo donde se aprecia claramente que se ha levantado un trozo de césped—. Suponemos que el material con el que pintaron el símbolo del euro pertenece a este jardín. Los dueños guardaban una llave de esta puerta en esa repisa, escondida debajo del cenicero. Han notado que hay restos de tierra al otro lado. Vamos a entrar.

Es evidente que la familia no suele cocinar. Todo el espacio parece recién instalado, sin un solo rasguño ni indicio de que alguien haya dejado su marca en esos armarios negros de estilo industrial complementados por una isla metálica.

—Ya estamos dentro. ¿Ven esa arenilla en el suelo? Probablemente entraron por aquí y luego giraron por ese pasillo —comenta mientras se dirige hacia allí.

Los inspectores observan el amplio salón con un gigantesco sofá de piel en forma de «u», los papiros decorando las paredes y la estatua esculpida a mano.

—¿Tiene el mismo sistema de seguridad que su vivienda? —pregunta Olmedo después de contar cuatro detectores de presencia, dos teclados y ahora, en la puerta donde Noel acaba de detenerse, un lector de huellas dactilares.

La puerta tiene un tope en el suelo para evitar que se cierre. Noel Carreño la abre mientras responde:

—Básicamente, sí. Aunque aquí, mi amigo tiene un despacho con un lector de huellas donde solo él puede acceder. Es curioso que también lo hayan saboteado. Cuando llegaron aquí, abrieron la caja de seguridad que está escondida debajo de esta mesa.

Marta observa el símbolo del euro dibujado en barro en la pared. Es idéntico al que vio el día anterior en casa de Noel. Luego se agacha

para ver la caja de seguridad.

—Por lo que veo, se abre con dos llaves —indica ella.

—Estaban escondidas en distintos lugares del despacho.

—¿Y las encontraron así, sin más? —desconfía Olmedo.

—Parece que sí. Abrieron el cajón y se llevaron el dinero. Solo el dinero.

Noel Carreño se encuentra con las miradas incrédulas de los inspectores, que aún no pueden creer que, en una propiedad con tantos objetos valiosos, los ladrones no hayan tocado nada. Esta situación supera a Marta, cansada de aguantar a personas privilegiadas a las que la Policía atiende saltándose los canales legales. No estaría ni un minuto más allí si no fuera porque la orden viene del propio comisario.

—¿Y qué hacemos ahora? Sin una denuncia, no podemos enviar a la científica. Y sin ellos, no hay más pistas que un robo que parece repetirse en bucle. ¿Qué diferencia este robo de los anteriores?

El día anterior, Olmedo se sintió violentado cuando Marta hizo un comentario similar en casa de Noel Carreño, pero hoy está de mal humor y respalda a su compañera.

—Estoy pensando lo mismo. Alguien sabotea los sistemas de seguridad de una casa lujosa, entra en ella como Pedro por su casa, desbloquea la caja fuerte como quien abre la nevera para coger una cerveza y se lleva el botín. Para colmo, son tan buenos y tienen tanto tiempo, que se entretienen en pintar un grafiti en la pared. Verá, Carreño, no me importa lo que ordene el subdelegado del Gobierno, el comisario o mi propia madre. Si no hay denuncia o más datos, vamos a perder mucho tiempo que podríamos dedicar a otros asuntos, ¿me entiende?

Noel parpadea más de lo normal y humedece los labios. Introduce la mano en el bolsillo de la camisa y extrae un folio que apoya en el escritorio.

19/4/2015 N. Carreño 70.000 €
24/4/2015 S. Larrosa 48.000 €
30/4/2015 A. Ramos ¿€?
2/5/2015 J. Guerrero 32.000 €
7/5/2015 V. Amorós 60.000 €
12/5/2015 A. Durá 100.000 €

Marta y Olmedo revisan las anotaciones hechas a mano. Dan varias lecturas antes de devolver la mirada a Noel.

—¿Podría aclararnos qué significan estos datos? —pregunta Olmedo, alejando las manos de la mesa.

—Sé que no voy a recuperar mi dinero, pero los robos no cesan y, tarde o temprano, mi nombre saldrá a la luz y se desatará un

escándalo de los gordos. Así que, antes de que esto explote, quiero detenerlo. Ahí tienen las fechas de los robos y la cantidad que se llevaron. Desconozco si hay más víctimas. Todos estos son amigos con los que tengo un contacto estrecho. Me he atrevido a escribir la inicial del nombre y el primer apellido sin sus consentimientos.

Después de la última palabra de Noel, el silencio regresa al despacho. Los inspectores se miran. Marta hace una mueca con la que pide permiso a su compañero para hablar. Olmedo asiente con la cabeza.

—Según estos datos, usted fue la primera víctima. ¿Imagina la razón?

—Le he dado un millón de vueltas. Conozco las casas de los demás y no veo diferencias en cuanto a medidas de seguridad. Tal vez sea porque mi finca esté en las afueras, no sé…

—¿En las demás casas también tienen contratado el sistema de alarma con RS Protección?

—Sí, en todas. Y están tan furiosos como yo. Hemos pedido explicaciones a la empresa. Antes de que se me olvide, les doy este USB con las fotografías de los símbolos del euro hechos con barro de todos los robos. Sé que no es una denuncia formal, pero si pudieran hacer algo, se lo agradeceríamos.

Marta niega con la cabeza y capta la atención de Noel y Olmedo, que la observan expectantes.

—¿Pasa algo? —pregunta Noel, nervioso.

—Si fuera por mí, me iría de aquí de inmediato y volvería con la científica después de que el propietario de esta casa presentara la pertinente denuncia. Pero, ya que estamos, hay algo que no cuadra en mi cabeza y me gustaría que me respondiera con sinceridad. —Marta señala la nota con los datos de las víctimas de los robos—. Aparte de que las cuentas bancarias de estas personas están bastante llenas y que sus sistemas de alarma son una mierda pinchada en un palo, ¿qué tienen en común estas seis personas?

Noel suspira, aparenta estar tan preocupado como pensativo.

—¿Qué tal si salimos al jardín? Necesito un cigarrillo.

Regresan al salón y un olor a café les envuelve. Ven a una mujer de espaldas a ellos, en la esquina de la cocina, abriendo la puerta de un armario. Es alta, con una melena rubia y lisa que le llega hasta la mitad de la espalda. Viste vaqueros ceñidos y una camisa rosa. El cinturón de tipo fajín amplifica su extrema delgadez.

—Carreño y Escudero, les presento a Patricia, la esposa de Adrián Durá.

—Encantados.

Ella tarda un par de segundos en girarse, tiempo que dedica a revolver la cucharilla en una taza.

—Hola —responde con desgana.

El escueto saludo coincide con su semblante serio. Patricia no muestra cortesía y los tres visitantes prosiguen hasta la terraza. Toman asiento en una mesa apartada, a los pies de la piscina, donde nadie puede escucharles.

Noel Carreño y Olmedo encienden sus cigarrillos y los tres observan el coqueto jardín, la gigantesca cama elástica, la barbacoa, el cenador, y Marta se sorprende al identificar la estructura con forma de obelisco que crece en una esquina de la piscina.

—A esta finca le falta un embarcadero, ¿no creen? ¿De qué sirve vivir a orillas del mar sin la posibilidad de subir en un barco? Hay un lugar en la Costa Brava que me encanta. Se llama Empuriabrava y las viviendas tienen acceso a un embarcadero. Es el sueño de cualquiera a quien le guste navegar.

—Y que tenga el bolsillo rebosante, como las personas de las que estábamos hablando —recuerda Marta, con un tono de voz que no disimula el hastío que le produce al tema de los robos.

—Sí, es cierto. Además de tener contratado el sistema de alarma con la misma empresa, todos somos socios del club de regatas y del club de tenis. Nuestras esposas también se conocen y nuestros hijos van al mismo centro educativo. Todos vivimos en propiedades con piscina, jardín y televisores grandes —bromea, sin ocultar su soberbia —. No sé qué más decirles, que nos gustan los toros…

—¿Conoce usted a Miquel Grau?

La pregunta de Marta descoloca a su compañero, que jamás ha escuchado el nombre. Olmedo abre los ojos de par en par y observa a Noel Carreño, que parece haberse quedado helado, con el cigarro a unos centímetros de la boca.

—¿Y usted lo conoce? —Noel devuelve la pregunta, dándole una calada profunda a su cigarro.

—Miquel Grau es el abogado de Alberto Ramos y yo soy la inspectora a cargo de su caso de asesinato, así que, como comprenderá, nos hemos visto unas cuantas veces.

—Ya veo —responde más tranquilo, incluso se permite relajar los hombros antes de apagar el cigarro en el cenicero—. Miquel me lleva varios asuntos, así que lo conozco bastante bien. También trabaja con algunos de estos. —Señala el listado, que vuelve a estar sobre la mesa —. Pero otros, que yo sepa, no tienen relación con él.

—¿Podría averiguarlo?

Noel coge su teléfono y lo pone en su oído. Habla en inglés, quizá pensando que los inspectores no le entenderán. Pregunta a los interlocutores si trabajan con el abogado.

—Ambos coinciden en que lo conocen de oídas, pero que no tienen relación con él.

—¿Cuándo fue la última vez que usted habló con Alberto Ramos?

Noel empieza a reír y lo hace con tanta intensidad que se quita las gafas para secarse las lágrimas.

—¿En serio, inspectora? ¿Ahora quiere usted involucrarme en un caso de asesinato?

Marta desliza su silla hacia detrás y se pone de pie, mostrando su desacuerdo. Está a punto de decirle a Noel que, además de rico y prepotente, también es egoísta. Pero entonces recuerda el consejo de su compañero Olmedo, cuando le recomendó llevarse bien con las personas, incluso con aquellas que no fueran de su agrado.

—Hace unos minutos nos pidió ayuda, y ahora que puede ayudarnos, ¿nos va a dejar en la estacada?

—No, no, no… No lo tome así, disculpe, inspectora. Recuerdo que me robaron un domingo y al día siguiente llamé a Miquel Grau. Me aconsejó que ni se me ocurriera denunciarlo. Dijo que iba a ir a casa de Alberto Ramos a tratar unos asuntos sobre importaciones que también me interesaban a mí. Acepté la invitación y fui a casa de Alberto. Charlamos en el salón. Me vieron preocupado y, después de tratar los asuntos empresariales, acabé contándoles lo que me había pasado, el robo, la pintada…

—¿Había alguien más en el salón?

—¿Por qué pregunta eso?

—¿Puede responderme?

—Sí, bueno… El hijo y la esposa de Alberto estuvieron casi todo el rato en el jardín, la empleada doméstica pasó por allí alguna que otra vez, y… que yo recuerde… creo que la hija estaba recostada en el sofá, eso es.

—Entonces ella los escuchó.

—No creo, porque llevaba puestos unos auriculares de esos que cubren las orejas.

—Gracias. Olmedo, ¿nos vamos?

Noel Carreño se levanta de inmediato. En su semblante no queda rastro del hombre que hace un minuto se reía a carcajadas y se creía superior a cualquier mortal.

—¿Eso es todo? ¿Y qué pasa con los robos? ¿Van a poder avanzar? ¡Díganme algo!

22

13:40. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Dos personas discuten de forma acalorada en el rellano de la comisaría. Una mujer reprocha a una anciana que se está colando, mientras dos agentes intentan mediar para calmar la situación.

Marta esquiva la zona de conflicto y se dirige apresurada al ascensor. Espera que Silvia y Teo tengan noticias sobre el ordenador y el disco duro. Ambos están absortos en sus pantallas. No queda rastro de las montañas de papeles que el día anterior ocupaban la mesa. En su lugar, hay una vela decorativa cuyo aroma a canela provoca una sonrisa en la inspectora.

—Decidme que tenemos avances —saluda Marta, acercando la silla roja hacia la posición de Teo. Se sienta reclinada hacia delante y apoya la barbilla en las manos.

Las dos pantallas superiores están llenas de imágenes que se desplazan a gran velocidad. Debajo, varias ventanas llenas de datos confunden a Marta, que observa a Teo absorto mientras teclea a una velocidad endiablada. Silvia está al teléfono y gesticula con la cabeza. El lápiz que sostiene en la mano derecha no deja de escribir en un folio.

La inspectora Escudero espera a que sus compañeros, claramente concentrados en sus tareas, puedan hacer una pausa para ponerla al día con los avances. Mientras espera, estira el brazo para coger un envase de zumo, similar a los que los niños toman en la merienda. Da un trago y se toma un momento para calmar el ritmo de su corazón. Deja vagar la vista por la oficina y sonríe al encontrar un CD de Héroes del Silencio apoyado en el alféizar de la ventana.

—Jefa, ¿estás preparada?

—¿Ese disco es tuyo?

—Cuando nos asignaron este espacio, tuvimos que hacer limpieza y no te imaginas la cantidad de trastos que tiramos. Sin embargo, por alguna razón, ese CD se salvó de la quema. Los Héroes del Silencio me caen simpáticos, ¿a ti te gustan?

—Venga, vamos al grano, que estoy segura de que Enrique Bunbury no nos va a ayudar a resolver el caso.

Teo señala las dos pantallas superiores.

—Esas son las ocho cámaras de la finca de Alberto Ramos. Las estoy procesando con un software de detección de movimiento. Cada vez que detecta actividad, la guarda en un fichero diferente. De esta

manera podemos enfocarnos y revisar menos información.

—Me parece muy ingenioso.

—Sí, y está trabajando de presente a pasado. Calculo que no tardará más de dos horas en tener los archivos recortados.

Silvia cuelga el teléfono y saluda a Marta.

—¿Cómo va lo del robo?

—Luego os resumo. Sigue, Teo.

—Bien. La científica ha traído el portátil de Alberto Ramos. Encontramos huellas de él y de su abogado. Ninguna más. —Marta asiente para animarlo a continuar—. He volcado toda la información en mi ordenador y estoy examinando el contenido. También las memorias USB.

—¿Algo relevante?

—Sí. Lo más significativo es que alguien encendió este ordenador después de la muerte de Alberto Ramos. En concreto, en tres ocasiones. Al día siguiente, tres días más tarde y apenas unos minutos después de que vosotras visitarais al abogado. Según el rastreo, hizo una copia del disco duro y borró una carpeta. Pero él no sabe que, aunque la haya eliminado de la papelera de reciclaje, los datos quedan almacenados en una especie de estercolero interno y, claro, he accedido a él.

Marta orienta la cabeza hacia Silvia y le guiña el ojo. Es su forma de decirle que tenía razón cuando le adelantó que Teo era un fuera de serie con la informática.

—Sé que no te gusta malgastar papel, pero creo que en esta ocasión no te va a importar. Lo que nuestro amigo, el abogado, borró, no es ni más ni menos que un resumen de la estructura financiera de todos los negocios de Alberto Ramos. Verás las empresas que dirige y en las que tiene participaciones, las filiales, los socios, los apoderados… Y presta atención al nombre que está subrayado en amarillo y aparece en varias ocasiones.

—Miquel Grau, del bufete Morales & Grau —lee Marta—. Qué interesante. Así que lo borró.

—Así es, y en el ordenador hay fotografías tanto familiares como profesionales, además de varios documentos empresariales. Esto es más difícil de analizar porque hay que revisarlos uno a uno —dice Teo, entrecruzando los dedos de las manos y manteniendo la sonrisa que alza sus pómulos.

—¿Y qué hay en los lápices de memoria?

—Nada especial, salvo en este, el de color rojo.

—¿Porno? —pregunta Marta, con seriedad.

—¿Lo preguntas por alguna razón? —reacciona Teo, sorprendido.

—No es por nada en particular, solo que los hombres tenéis fama de tener una carpeta o disco duro dedicado al porno, ya está.

—Pues este hombre lo tenía escondido o lo consumía en línea. Aunque déjame decirte que lo que hay aquí es mucho más valioso que unas mujeres anónimas mostrando sus atributos…

—Al grano, Teo —interviene Silvia, que sabe que su compañero tiende a divagar.

—Hay un archivo encriptado.

—¿Qué significa eso?

—Que solo se puede abrir con una contraseña, como el que te encripté ayer, ¿recuerdas?

—¿Y lo podemos abrir?

—Ya está abierto. No fue difícil. —Teo tose un par de veces, fingiendo modestia—. Es una hoja de cálculo de Excel donde Alberto anotó varias claves personales. Bancos, teclados de alarma, correos electrónicos… Y también el código para abrir la caja fuerte de su casa.

—¡Qué bueno! —exclama Marta, cerrando los puños con fuerza—. Necesitamos mandar a alguien a abrirla.

—Eso iba a decirte —comenta Silvia—. Tendremos que consultar con el comisario. Seguramente necesitaremos otra orden judicial.

—En cuanto puedas, te pones con ello. Nos interesa saber si hay dinero en la caja fuerte.

Silvia y Teo observan a Marta con extrañeza. Desconocen el interés de Marta por saber si hay o no dinero.

—Ah, esperad, veo que no sabéis a qué me refiero. Creo que necesitamos hacer un paréntesis. Acabo de visitar un chalet donde alguien ha entrado burlando los sistemas de seguridad, ha entrado a la casa, ha abierto la caja fuerte y se ha llevado todo el efectivo que había, ignorando joyas y otros objetos de valor. Antes de marcharse, se ha dedicado a dibujar el símbolo del euro en barro sobre la pared del despacho. Lo mismo ha sucedido en al menos cinco fincas en el último mes. Abre esto. —Marta muestra a Teo la memoria USB que Noel Carreño le ha entregado unos minutos antes—. Abre las fotografías. Son los símbolos del euro de todas las víctimas que, además, tienen el mismo sistema de seguridad que el chalet de los Ramos. ¿Entendéis ahora por qué quiero comprobar si hay dinero en esa caja fuerte?

—¿A quiénes han robado? —pregunta Silvia.

—Eso es confidencial.

—¿Cómo dices?

—Te lo acabo de decir. No me hagas más preguntas, que bastante tengo con ir a estos lugares sin que haya denuncias previas. Dejemos las cosas así y evitemos hablar de esto con nadie más, el comisario está llevando este caso en secreto, ¿queda claro?

Ambos asienten en silencio.

—¿Hay algo más? —pregunta Marta consultando la hora.

—Acabo de hablar con Samanta, la prima de Antonia, la empleada doméstica que asesinaron en la casa de Alberto Ramos.

—Ella había viajado a República Dominicana, ¿cierto?

—Así es. —Silvia aparta un mechón de su brillante cabello rojo y acerca la hoja de papel donde ha anotado algunos detalles—. Me ha costado un huevo localizarla. Allí son ahora las ocho de la mañana. Ella está en una casa alejada de la mano de Dios y el comandante del puesto de Policía más cercano me ha hecho el favor de despertarla y acompañarla al cuartel para que pudiera atender mi llamada.

—La mujer se habrá asustado.

—Desde luego. En cuanto le he dicho que la llamaba de la Policía de Alicante, se ha puesto histérica y no dejaba de insistir en saber cómo había muerto su prima. Al parecer, algún amigo logró contactar con ella antes que nosotros. En fin, después de calmarla, he logrado hacerle algunas preguntas.

El teléfono fijo de la oficina suena y Silvia interrumpe la explicación para atender la llamada.

—Marta, es para ti —anuncia cubriendo el altavoz con la palma de su mano.

Marta arquea las cejas, es su primera llamada en la oficina.

—¿Sí? ¿Qué quiere?

El policía de la recepción de la comisaría le informa que el periodista Fran Vallejo solicita unos minutos para hablar con ella. Marta duda. Está concentrada en la conversación con sus compañeros y no quiere interrumpirlos. Sin embargo, recuerda que tiene una alarma programada para visitar la empresa de seguridad de los chalets.

—Pregúntale si puede llevarme a Elche esta tarde, alrededor de las cinco.

Marta cuelga el teléfono sin darse cuenta de la sonrisa juvenil que se dibuja en su rostro.

—¿Sabes que a las tres y media hemos quedado con el tipo del apartamento? —pregunta Silvia.

—Sí, tendremos que despacharlo rápido. ¿Por dónde íbamos?

Silvia mueve el folio con los apuntes.

—Después de contarle a Samanta lo que había sucedido con su prima en la casa de la familia Ramos, se ha lamentado porque no era ella quien debía viajar a su país de origen, sino su prima Antonia. Su madre había enfermado y quería estar con ella en sus últimos días, pero cuando pidió permiso a Alberto Ramos, su mujer, Gloria, intervino de malos modales exigiendo que se quedara.

—¿Cómo puede alguien ser tan cruel? —pregunta Teo, atento.

—Me ha dicho que Antonia estaba pensando dejar el trabajo en la casa de los Ramos. Según le contaba a su prima, esa vivienda era de

todo menos un hogar. La pareja discutía a diario, se decían cosas horribles y llegaban a las manos. Solían reprocharse asuntos de cuernos. Ha señalado que la última vez que habló con su prima, le dijo que Yaiza había ido para presentar a su novio a su padre. Durante la comida, Gloria comenzó a gritarle a Yaiza y esta acabó marchándose con el novio. Antonia le dijo que la señora parecía poseída, quizás bajo los efectos de las drogas. Y, por último, un detalle curioso, le he preguntado si su prima alguna vez le había comentado si Alberto Ramos tenía enemigos y ha dicho que desde su candidatura a la alcaldía de Alicante, se mostraba más tenso y tenía discusiones acaloradas por teléfono e incluso una vez arrojó un vaso al suelo para liberar su furia.

—Interesante —opina Marta—. Buen trabajo, Silvia. Y ahora que mencionas las elecciones, Teo, estuve leyendo los comentarios que se habían publicado en las redes sociales sobre el asesinato de Vistahermosa. Hubo uno que me llamó la atención. Para resumir, venía a decir que a Alberto Ramos lo habían matado los de su propio partido, porque lo veían como un tipo adinerado y soberbio al que se le había antojado entrar en política para vacilar con sus amigos ricachones.

—¿Creéis que los asesinatos pueden estar relacionados con su partido político? —pregunta Teo.

—O quizás con la oposición… Quién sabe —opina Silvia—. Conozco a un par de personas en su partido, si queréis puedo hablar con ellos.

—Buena idea —opina Marta—. No descartemos esa línea de investigación, pero vamos a centrarnos en lo que tenemos delante. Teo, mantenme informada si ves algo extraño en las imágenes. Y, otra cosa más, sabemos que está prohibido hurgar en los correos electrónicos de la gente, pero, ya que tienes la clave del correo de Alberto Ramos, busca cualquier cosa que pueda ayudarnos en la investigación. Sobre todo, nos interesa la relación con el abogado, ese hombre no me gusta nada.

Marta se incorpora.

—Silvia, tengo un encargo para ti. Sí, uno más. —Silvia empieza a conocer la faceta profesional de su amiga y le sonríe sabiendo que tendrá que enfrentarse a algún que otro obstáculo—. Necesitamos la triangulación de los teléfonos de Alberto Ramos, de su hija y del novio de esta. Si es posible, desde un par de semanas antes del suceso hasta ahora. Es muy probable que el juez nos mande a la mierda.

—De momento no ha rechistado.

—Teo, nos vamos, que nos esperan para comprar un apartamento.

23

15:30. Urbanización Marina Sol. Playa de San Juan de Alicante.

Joaquín mueve la fregona de lado a lado, con energía. Es la cuarta vez que repasa la terraza de la cafetería Paraíso. La fuerte lluvia y granizo del día anterior arrastró el barro de la corriente hasta la esquina que ocupa el local en la urbanización. La granizada le sorprendió mientras realizaba unos encargos y cuando regresó encontró los toldos desgarrados. La camarera que estaba a cargo del negocio en ese momento pensó que los toldos serían lo suficientemente robustos para resistir lo que parecía ser una lluvia habitual. Pero el cielo levantino no entiende de lluvias suaves. Cada vez que se enfurece, descarga mucha agua en pocos minutos y causa estragos.

Mientras Joaquín espera a la aseguradora para evaluar los daños, Marta y Silvia toman café en una mesa esquinada. Acaban de terminar el postre y esperan la llamada de Óscar, con quien han quedado para visitar el apartamento. Las amigas, y ahora compañeras de trabajo, han aprovechado la comida para repasar la investigación. Marta está convencida de que hoy recabarán más información y mañana, a primera hora, será el momento de reunir al equipo para comparar los datos.

Mientras tanto, comentan entre ellas que hay dos sospechosos evidentes. El abogado de Ramos acumula razones para ser uno de ellos. Además, la preocupación y nerviosismo que muestra, junto con la manipulación del ordenador, hacen que los investigadores se fijen en él. Por otro lado, está Yaiza, la hija de Ramos: el testimonio del abogado, la actitud que mantuvo durante su declaración y la opinión tajante del inspector Soriano son suficientes para considerarla sospechosa. Aparte de ellos, Marta desea averiguar las disputas que pudiera haber en el partido político y si son tan relevantes como para pensar en un caso de envidia o venganza. Y otra cuestión que le ronda por la cabeza es la relación del ladrón de barro con Ramos y su posible asesinato.

—Silvia, después de ver el apartamento, quiero que regreses a la comisaría y sigas con los trámites. ¿Recuerdas cuáles son?

—Pedir órdenes para abrir la caja fuerte de Ramos, la triangulación de varios teléfonos móviles, averiguar si tenía rivales en el partido capaces de hacerle daño…

—El historial médico de Ramos, de su mujer y ahora también quiero el de Yaiza.

—¿El de la hija?

—Si es una sospechosa, me gustaría saber si padece alguna enfermedad y si toma medicación. Quizás nos llevemos sorpresas.

—Bien pensado —opina Silvia—. También hablamos de recopilar información sobre el novio de Yaiza. ¡Ah! Y recuérdale a Teo que, si puede, investigue el correo electrónico y las redes sociales de Gloria, la mujer de Alberto Ramos.

Alguien silba a lo lejos.

—Mira, por ahí viene Óscar, vamos.

Marta y Silvia se reúnen con Óscar en el apartamento de la sexta planta. Antes de nada, él insiste en que es mejor hacer un esfuerzo económico y decidirse por el ático de la decimoséptima altura, pero Marta le aclara que no está segura de qué hace allí, comprando una vivienda. La oportunidad le ha llegado muy rápido y en un momento en el que la ilusión por tener una casa propia no ha despertado del todo.

El comercial le muestra unos documentos: son las ofertas de tres bancos diferentes donde se aprecia con claridad que los tipos de interés están muy bajos y que es una excelente ocasión para invertir. También le recuerda que la urbanización se encuentra en una zona de alta demanda y que, en un momento dado, si decide marcharse de ahí, siempre puede alquilarla o venderla.

Marta pide unos minutos a solas para inspeccionar el apartamento por sí misma. Pasea por las estancias, abre los armarios de la cocina, enciende los electrodomésticos y comprueba que las ventanas y puertas cierran bien. La cocina y el baño están reformados y el colchón de la cama principal parece cómodo. No se percibe ruido, lo cual es un punto a favor. Tras el ajetreo diario en su trabajo, Marta agradece llegar a casa y tener tranquilidad para poder descansar, algo que no tenía en su antiguo apartamento en Oviedo, donde debajo había una hamburguesería muy concurrida por estudiantes bulliciosos.

Marta no es una mujer indecisa, todo lo contrario, si tiene claro lo que quiere, va a por ello sin vacilar. Acaba de tomar una decisión y un apretón de manos con Óscar sella el acuerdo.

Enseguida aparece un hombre vestido con ropa de trabajo azul que lleva consigo dos maletines. Contienen muestras de madera y pinturas. El contratista estima que tardará una semana en adaptar el apartamento al gusto de Marta, y Óscar le asegura a ella que para entonces ya podrá mudarse.

De regreso a la comisaría, Marta atiende por teléfono al comisario. Este quiere conocer los avances en la investigación y preguntar si puede ayudar de alguna manera. Ella le comenta que necesitan abrir la caja fuerte de Alberto Ramos y solicitar la geolocalización de varias

personas. Aprovecha para preguntar por la visita al chalet esta mañana y ella responde que si pudiera enviar a la científica, tal vez recabarían más pistas.

El comisario Albízar se encuentra en una situación complicada. El subdelegado del Gobierno le está presionando y es consciente de que ninguna de las víctimas va a denunciar los robos. Mandar a la científica implicaría saltarse los procedimientos y arriesgarse a una sanción por desviar recursos a una tarea no reglamentaria. Marta le propone, con el fin de simplificar la situación, buscar huellas en las estancias donde se cometieron los robos y comprobar si existen coincidencias entre ellas, incluyendo también la vivienda de Alberto Ramos.

En el asiento del piloto, Silvia atiende la llamada de Teo. Este les comunica que ha encontrado algo interesante: el momento en que la uña cae y se estrella contra el charco de sangre, al pie de las palmeras.

24

16:50. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta llega a la comisaría a paso ligero y saluda a Fran Vallejo, el periodista que espera apoyado en la fachada. Habían acordado encontrarse a las cinco. Silvia se va a aparcar el coche mientras Marta sube los escalones de dos en dos hasta la sala donde se encuentra Teo.

—Hola, Teo, ¿qué me cuentas? —saluda Marta mientras toma asiento.

—¿Ya habéis comprado el apartamento?

—Sí, luego te cuento, que es una larga historia. Silvia dice que tienes algo.

—Sí, mira ese monitor. Esta imagen es del día siguiente al asesinato en el chalet de los Ramos. La Policía científica se había marchado al mediodía y por la tarde, a las cuatro y media, aparece Miquel Grau, el abogado, acompañado de una furgoneta de la que salen cinco personas. Estos se encargarán de eliminar los restos de sangre y limpiar a fondo toda la vivienda.

—Ya veo.

—Todas van con guantes y monos blancos desechables que también les cubren la cabeza con capuchas. En fin… Todo normal. Tres de ellas se dirigen al jardín y empiezan a cargar cubos, bolsas, cepillos y materiales de limpieza. Otras dos, siguiendo las indicaciones del señor Grau, se enfocan en el salón, por donde ha pasado mucha gente en las últimas horas. Fíjate en lo que pasa ahora. Esta cámara enfoca a la zona de jardín donde están las palmeras. La grabación es de las cinco y dos minutos de la tarde, hay mucha luz y la calidad de la imagen es muy buena. Los dos que estaban en el salón cruzan el jardín y desaparecen hacia al aparcamiento donde está la furgoneta, ahí los puedes ver en otra toma. Y, por otro lado, ¿ves a los otros tres lejos de las palmeras? Están abriendo las bolsas de basura y llenando los cubos con productos.

Marta asiente a medida que Teo explica los movimientos del vídeo.

—Hasta ahora te sigo —comenta Marta, que escucha a Silvia entrar a la oficina—. Ven aquí, rápido.

—Bien —continúa Teo—. Tenemos a dos limpiadores en la furgoneta, a los otros ocupados en esta esquina y al señor Grau en el interior. Observad qué sucede concretamente a las cinco horas, tres minutos y cuarenta y siete segundos.

En la imagen se ve un objeto caer en la base de las palmeras.

—¡Hostias! —exclama Marta—. ¿Esa es la uña?

—Observa ahora. Avanzamos el vídeo a mayor velocidad. Vemos a los limpiadores actuando en la zona. Paramos un momento. Ahí aparece el señor Grau en imagen y habla con un operario. Volvemos a avanzar y un minuto después, ¡caramba! El mismo operario con el que Grau ha hablado unos momentos atrás, descubre un objeto en el charco de sangre y ¡voilà! Es la famosa uña que minutos después nuestro equipo científico recogió completamente limpia en medio de un trozo de papel de cocina.

Silvia toma la palabra.

—Así que esa uña la lanzó el abogado desde el balcón de la habitación de matrimonio.

—Blanco y en botella —afirma Marta.

Teo señala al resto de pantallas.

—No hay ninguna cámara que enfoque a ese lugar, por eso es evidente que solo él pudo hacerlo.

—Gran trabajo, Teo. Siempre he pensado que ese hombre no es trigo limpio. Chicos, seguid a lo vuestro, que me voy a Elche a hablar con los de la empresa de seguridad.

—Que te lo pases bien —dice Silvia en tono socarrón, refiriéndose al hombre que va a acompañar a Marta.

—Si no hay novedad, nos vemos aquí mañana a las nueve.

Fran Vallejo consulta el teléfono en la sombra de un portal. Repasa una página web donde se enumeran los próximos concursos de fotografía a nivel nacional. Le encanta retratar a las personas en sus quehaceres diarios, inmortalizarlas desprevenidas, con autenticidad y sin poses prefabricadas. Hay dos concursos a los que podría enviar varias obras, y los anota en la agenda del teléfono cuando Marta cruza la calle para encontrarse con él. La ve consultar el reloj, llega con diez minutos de retraso. Obsesionada con la puntualidad, lamenta las contadas ocasiones que no cumple con su propia norma. Cruza la calle a la carrera para encontrarse con Fran, vestido con vaqueros y una camiseta negra, con el logotipo del grupo Ramones en el pecho.

—Perdona por la espera. Tenía que cerrar un tema.

—Ya sé quién va a pagar la horchata —bromea él.

—Sí, lo siento. Gracias por aceptar llevarme. Pensé que así podíamos hablar durante el camino. Como te dije antes, necesito ir al Parque Empresarial de Elche. Será una visita breve, te lo prometo.

En pocos pasos, llegan a un vado donde está aparcada una furgoneta Citroën Berlingo de color blanco. Fran abre la puerta.

—Siento no haber venido con un coche más glamuroso, pero es que… Cómo te lo explico… Hace un par de meses tuve un pequeño accidente y el coche terminó en el desguace. Esta furgo es de un colega.

Marta esboza una sonrisa mientras esquiva una botella de agua que hay a sus pies y se asegura de que no haya manchas en el cinturón.

—Tengo una moto, pero me sabía mal llevarte en ella.

—Mira por dónde, yo también tengo moto, me la traerán en unos días.

—Qué bien. En esta ciudad es el medio de transporte ideal, más que nada por lo complicado que es aparcar un coche. Bueno, vamos allá.

Marta baja la ventanilla y antes de que ninguno inicie una conversación, se fija en el brazo de Fran. Luce un tatuaje cerca de la muñeca, en el lado derecho. Se puede leer la palabra *smile* junto a un corazón de color rojo. Está a punto de preguntarle por la historia del tatuaje, pero él toma la iniciativa.

—Esta mañana pasé por la finca de Alberto Ramos y vi a una pareja de la Policía Nacional custodiando la entrada. ¿Hay alguna novedad que se pueda saber?

Marta lo mira y ahora sí sonríe abiertamente.

—Así que ha comenzado la rueda de prensa —dice ella.

—¿Tanto se ha notado?

—Verás, hemos abierto nuevas líneas de investigación y estamos buscando pistas, en fin…

—Sé que no vas a decirme nada que no se pueda saber. Pero quería hablarte de una fotografía que me ha llegado. Creo que alguien de la comisaría se la envió a un conocido y este la reenvió a otro y por mediación de un contacto, pues… Que la tengo en mi teléfono.

—Al grano.

—La cama de Alberto Ramos con un dibujo en forma de euro sobre el cabecero, dibujado en un material marrón, como mierda o…

—Barro, es barro.

—Gracias por aclarármelo. Sabes que la imaginación siempre atrae las cosas negativas y pestilentes.

—Quien cometió el crimen también quiso dejar esa huella. Es un símbolo, todavía no hemos encontrado el significado.

—Vale. Entonces tengo que comentarte algo —dice Fran—. No sé si será primicia para ti, pero puede ser interesante. Resulta que esta mañana, después de verte en la comisaría, fui al club de tenis Montemar, en la Albufereta. Tenía que fotografiar a un joven jugador para la sección de deportes. El tema es que entré al aseo del vestuario y escuché a un chaval al otro lado de la puerta hablando con otro. No prestaba atención a la conversación, hasta que una frase me abrió los ojos. Contaba que habían entrado a robar a la casa de sus padres y se habían llevado mucho dinero y que, como broma, le habían dibujado el símbolo del euro encima de la cama.

Como bien intuía Noel Carreño, el asunto de los robos no tardaría

en salir a la luz y Marta debe contenerse ante Fran para no ser ella quien rompa el secretismo. Por otro lado, piensa que contarle la verdad a Fran puede ser la clave que abra la caja de los truenos y las personas que han sufrido robos se vean obligadas a denunciarlos de una vez.

Fran observa a Marta tomarse su tiempo para responder y deduce que la inspectora está al tanto de lo que acaba de revelarle.

—Así que sabías que alguien había dibujado el símbolo en otra casa diferente a la de Alberto Ramos. Pues el asunto se pone interesante. No te quiero presionar, pero esto va a salir a la luz y me gustaría ser el primero en informar sobre ello. Necesito comprar un coche, así que una primicia le vendría muy bien a mi ruinosa economía.

—Veo que me va a salir caro el viaje a Elche —bromea Marta, desconcertada—. ¿Sabes el nombre del chaval, o su apellido?

—La mochila tenía escrito «Amorós».

Marta recuerda ese apellido. Según el listado que lleva en el bolsillo, el siete de mayo robaron sesenta mil euros a un tal V. Amorós.

—Me encantaría darte información, pero todavía es pronto.

—¿Tiene algo que ver la visita a Elche?

—No te lo voy a decir.

—Entonces, ¿no me vas a dar nada?

—Sí, te voy a invitar a una horchata. ¿Te parece poco premio?

El coche se dirige hacia Torrellano. Un avión sobrevuela a pocos metros de ellos y Fran aprovecha para cambiar de tema. Comenta que está obsesionado con los accidentes de avión. El trauma vino a raíz de ver repetidamente en la televisión el accidente del vuelo Spanair en el aeropuerto de Madrid. Desde entonces, no ha vuelto a volar.

Marta tampoco es amante de las alturas, de hecho, le confiesa que ha descartado comprar el apartamento de la planta decimoséptima, en parte, porque le aterra la idea de asomarse a la barandilla e imaginar qué ocurriría si tuviera un despiste limpiando los cristales.

A Fran le sorprende que, recién llegada a la ciudad, se haya embarcado en la compra de una vivienda y el tema deriva hacia la experiencia de vivir frente al mar, en el paseo de la playa de San Juan de Alicante y la importancia que para ambos tiene el deporte.

El tiempo transcurre veloz. Ambos mantienen una tertulia fluida, como si se conocieran desde siempre, hasta que un letrero enorme en el centro de una rotonda les informa de que han llegado al polígono Parque Empresarial de Elche. Recorren una amplia avenida flanqueada por palmeras en busca del letrero de la empresa RS Seguridad. Una tras otra, se suceden varias fábricas y exposiciones de calzado en un entorno moderno y atractivo que invita a pasear.

—Ahí está. —Marta señala un edificio de fachada negra con varias

antenas gigantes en la azotea—. Espero no enrollarme mucho. Mira, hay una cafetería justo enfrente.

—Nos vemos allí. Buena suerte.

—Gracias. Luego seguimos hablando de zapatillas de correr.

17:45. RS Protección. Elche.

Silvia ha visitado las instalaciones de la empresa de seguridad esa misma mañana y le ha advertido a Marta que el personal estaba muy nervioso. La empresa espera la visita de la inspectora, quien ha acordado reunirse con la dirección para hablar sobre la instalación en la finca de Alberto Ramos.

En la planta baja están el taller y el almacén. Marta sube las escaleras hasta el primer piso, donde una joven vestida con ropa ceñida y maquillada de sábado por la noche la recibe con una sonrisa forzada. Enseguida la lleva por un pasillo hasta el fondo, donde un letrero anuncia que van a acceder a la sala de juntas.

Sentada en el extremo de una gran mesa ovalada, otra empleada consulta la pantalla del ordenador. Está concentrada. La recepcionista tiene que golpear la puerta para llamar la atención de la mujer, quien se levanta de inmediato para recibir a la inspectora.

—Tiene visita, es Marta Escudero.

—Hola, soy Almudena, gerente de la empresa. Encantada de conocerla.

Ambas se estrechan la mano y se sientan. Además del ordenador, en la mesa hay dos teléfonos móviles, uno fijo y varias carpetas repletas de documentos. Al lado de la ventana, sobre un mueble, hay una cafetera y varias botellas de agua. En el centro de la sala, se exhiben tres fotografías de Almudena recibiendo premios de diversas personalidades.

—¿Les han servido las grabaciones que su compañera se llevó esta mañana?

—Tenemos a los informáticos trabajando en ello. Seguro que serán de mucha ayuda —responde Marta.

—Pues usted dirá —dice Almudena mientras cierra el ordenador y lo apoya sobre la pila de documentos.

—Existen varias cuestiones técnicas que me gustaría resolver en relación al incidente en la finca de la familia Ramos. —La gerente asiente, la sonrisa ha desaparecido—. Me pregunto cómo es posible detener la grabación de ocho cámaras de seguridad durante cuarenta minutos. Creo que el señor Ramos tenía un contrato con ustedes para alertar a la Policía en caso de que el sistema fallara.

Almudena atiende expectante. Un tic en su ojo izquierdo indica la tensión que sufre en ese momento.

—Espere un segundo, el jefe de seguridad de la empresa le explicará.

La gerente llama a Rubén, quien entra en la sala un minuto después y se sienta junto a ellas.

—Explícale cómo funciona el sistema de seguridad de la vivienda de Alberto Ramos.

—Estamos estudiando qué pudo suceder, porque no logramos entenderlo. En esa finca, todos los detectores están alimentados por una red cableada, nada de wifis ni ondas que puedan ser saboteadas. La información se centraliza en una habitación donde hay un armario informático bajo llave, con suministro de energía ininterrumpido y un ordenador al que solo puede accederse después de solicitarnos permiso por teléfono y mediante reconocimiento de voz. Para colmo, hacía solo un mes que reforzamos la seguridad del sistema de videovigilancia con una nueva encriptación de la información, que pasa por un sistema de filtrado a través de unos servidores que tenemos en nuestro búnker, en el piso de arriba.

—Supongo que el sistema de alarma estaba desconectado porque la familia se encontraba en casa, pero ¿cuarenta minutos sin imágenes?

—Es inexplicable —responde el técnico, apretando los puños con fuerza—. Si alguien hubiera accedido al ordenador o al servidor, habríamos recibido una alerta, pero no sucedió. Nos enteramos de lo que pasó cuando el abogado se puso en contacto con nosotros, horas después del asesinato.

—¿Podría alguien sabotear el sistema desde aquí dentro?

—¿Se refiere a un infiltrado? Lo hemos revisado decenas de veces, incluso ha venido uno de los diseñadores del sistema, un alemán que conoce los entresijos del software mejor que nadie. Según él, todo intento de manipulación deja rastros y en este caso, la grabación de nuestro servidor se detuvo y se reanudó más tarde sin dejar registro alguno.

Marta pliega los labios y toma aire. Ha llegado el momento de hablar de otro asunto que ninguno de ellos espera.

—La verdad es que su explicación no me ayuda mucho, pero déjenme compartir algo, esto es extraoficial, aunque puede ser igual o más interesante que el caso de Alberto Ramos. Resulta que estoy colaborando con la investigación de una serie de robos que han ocurrido en el último mes en varios chalets de lujo en Alicante y sus alrededores.

Los hombros de Almudena se tensan. Sus pómulos comienzan a enrojecer y trata de disimular su nerviosismo ajustando su melena lisa y morena detrás de sus orejas.

—Tenemos conocimiento de cinco robos en fincas donde sus sistemas de seguridad estaban en funcionamiento. Todas protegidas

con la misma tecnología y también saboteadas con un modus operandi similar.

Almudena se inclina hacia atrás y se levanta para coger unos botellines de agua y bajar un par de grados el termostato del aire acondicionado.

—No tenemos constancia de ninguna denuncia —se defiende la gerente, antes de humedecerse los labios.

—Y no he dicho que la haya. Solo comento que estoy informada sobre estos casos y, después de ustedes, soy la siguiente persona interesada en que esto se detenga de una vez por todas.

El técnico dirige la mirada a su superior. Son momentos de tensión. El silencio cada vez es más sonoro, casi pueden escuchar los pensamientos de ambos, sometidos a una presión enorme.

—Tiene usted razón —dice Almudena, después de tomar un gran suspiro—. Pero no son cinco robos, sino nueve.

Marta Escudero abre los ojos de par en par, sorprendida.

—Este asunto nos está causando muchos problemas —añade Rubén—. En todos los casos, los sistemas de alarma fueron saboteados; los teclados de codificación, los sensores de huellas y las barreras y detectores de movimiento. Accedieron a las propiedades sin romper una sola cerradura y, para colmo, congelaron el sistema de videovigilancia durante menos de veinte minutos.

—¿A qué se refiere con esa última afirmación?

—A veces puede haber interrupciones en la comunicación debido a cortes de energía, a condiciones climáticas inestables, a interferencias de frecuencias y otros factores cuya probabilidad de error es prácticamente nula. Cuando eso sucede, el sistema tarda cinco minutos en reiniciarse y volver a estar operativo. Después de cuatro intentos, se activa una alarma en nuestro sistema que alerta a los operadores que trabajan en el búnker las veinticuatro horas del día. En ninguno de los robos se activó la alarma.

—¿Y cómo explican eso?

Almudena y Rubén vuelven a mirarse y suspiran. Ella se lleva la mano a la frente y limpia la gota de sudor que cae hacia el entrecejo.

—El sistema está fallando en algún lugar —confirma la gerente, visiblemente angustiada—, y nos tiene muy preocupados. A esas personas les han robado mucho dinero y todas han venido a pedirnos explicaciones. La suerte que tenemos, por el momento, es que no van a reclamar daños y perjuicios, porque para eso primero tendrían que denunciar.

Rubén alza el dedo índice.

—Quien esté detrás de los robos sabe muy bien lo que se hace.

—¿Sospechan de algún empleado?

—Mire —dice Almudena bajando la voz—, en esta empresa

trabajan treinta y cuatro personas. Tenemos quince instaladores y diez técnicos que se turnan en el búnker. Es imposible llevar a cabo una auditoría sin despertar sospechas. Estamos investigando a cuatro empleados con los que hemos tenido algún desacuerdo en los últimos meses, pero hasta ahora no hemos encontrado nada.

—¿Y algún exempleado?

—También estamos en eso, pero es más complicado.

—Otra cosa —interviene Marta asintiendo con la cabeza—, he oído de varias fuentes que su sistema de seguridad está desfasado y que en Internet se puede encontrar la manera de sabotearlo. ¿Es eso cierto?

Rubén reacciona de inmediato, la pregunta le molesta.

—Hablar es gratis.

—Sí, pero ¿es cierto que tienen varias denuncias por la mala calidad de sus alarmas?

—Mire usted —interviene nuevamente la gerente—, cuando ocurre un robo en una vivienda o en un comercio, los seguros suelen aconsejar presentar una denuncia contra la empresa de seguridad, incluso si el sistema de alarma funcionó correctamente. Créame, la gente tiende a denunciar por costumbre, pero eso no significa que nuestros sistemas de seguridad sean ineficientes.

—Una última cuestión: ¿en los nueve robos, se congelaron las grabaciones durante el tiempo que duró el asalto?

—Así es —responde Rubén.

—Pero eso no ocurrió en la finca de Alberto Ramos, ¿verdad?

—Correcto. Y eso también nos preocupa. En ese caso, la grabación se detuvo por un lapso de cuarenta minutos y no nos percatamos de nada. Ese agujero en el sistema es el que más nos impacienta.

—Gracias. Por ahora, lo dejaremos aquí. Espero que podamos resolver esto pronto —dice Marta, poniéndose de pie.

—Gracias a usted por su interés —responde Almudena—. Estaremos encantados de cooperar en todo lo que podamos. La reputación de nuestra empresa está en entredicho.

18:15. Vivienda de Ricardo Aguirre. Alicante.

Ricardo creció en una modesta casa en la calle General Espartero, en el barrio de Carolinas Altas. Después de dos relaciones fallidas, regresó al hogar familiar y allí permaneció hasta que, después de las últimas elecciones, fue nombrado subdelegado del Gobierno en Alicante.

Con el nuevo estatus, alquiló una casa lujosa en la calle Jardiel Poncela, en el barrio de Vistahermosa, muy cerca de la casa de Alberto Ramos, donde ocurrieron los asesinatos. Para él es un sueño despertarse cada mañana y ver la ciudad a sus pies. Aunque el mayor lujo de vivir allí es darse un baño en la piscina a primera hora de la mañana, justo antes de que su chófer llegue a recogerlo en el coche oficial.

Con cuarenta y cuatro años, soltero y sin hijos, hay varias mujeres interesadas en él, pero ha tenido tan mala suerte en asuntos de amor que se resiste a dar ningún paso por miedo a sufrir una nueva desilusión. El concejal de Cultura lo invitó a un espectáculo de danza en el Teatro Principal esta tarde, pero sintiéndolo mucho, declinó la invitación. En tiempos de alta presión, como los actuales, solo piensa en regresar a casa, quedarse en calzoncillos, abrir un refresco y tumbarse en la hamaca a leer un libro con la música de Radio Clásica de fondo.

Atiende la llamada de su secretaria, que le recuerda la agenda del día siguiente mientras piensa en el viaje que hará a Palma de Mallorca este fin de semana. Cada año, se reúne allí con varios compañeros de su promoción. El año pasado alquilaron un apartamento frente al puerto deportivo y acabó acudiendo la Policía Local debido a las quejas de varios vecinos por el ruido. El Ricardo de Alicante no se parece en nada al Ricardo que en un par de días se dejará llevar por la risa y las bromas en la coctelería de la azotea del Hotel Cuba.

El coche se detiene y, como de costumbre, se despide del chófer con una palmadita en el hombro. Toma el maletín en una mano y encaja el teléfono entre el hombro y la oreja con la mano libre. La secretaria le recuerda que al día siguiente tiene programada una partida de pádel con algunos empresarios. Se lamenta por ello, ya que no se le dan bien los deportes de raqueta y suele sucumbir en el marcador.

Después de girar la llave, nota un paquete en el suelo que ha sido dejado por encima de la puerta. La caja es marrón y de un tamaño que

podría contener un par de zapatos o unos libros. A primera vista, no ve ninguna etiqueta y tampoco está precintada. Se queda inmóvil mientras atiende la llamada.

La secretaria le comenta que el chófer pasará a recogerle al día siguiente a las ocho y media, y continúa leyendo un correo importante que acaba de llegar de Valencia. Ricardo continúa observando la caja, que está junto a una jardinera, y la desplaza unos centímetros con el pie. Comprueba que apenas pesa y se agacha para poner el maletín en el suelo. La secretaria no deja de hablar y él decide activar el altavoz del teléfono y lo introduce en el bolsillo de la camisa para seguir escuchando a su subordinada.

Al fin, toma la misteriosa caja entre las manos y la agita de un lado a otro. Por el sonido a hueco, parece que solo hay un objeto en el interior y tira de la solapa hacia arriba.

Sus ojos parecen estar a punto de explotar cuando comprueba que en el interior de la caja hay una pequeña pala de jardín con restos de barro.

18:50. Cafetería L'ou Fregit. Elche.

Fran Vallejo revisa el correo electrónico mientras da el último trago del botellín de cerveza sin alcohol. En la televisión, un documental sobre la historia de la minería muestra a obreros con palas llenando vagonetas.

Desde la barra, un hombre señala a la pantalla y, sin soltar el vaso de vino, critica en voz alta que la juventud de hoy en día no sabe lo que es trabajar duro. Elogia la fortaleza y el valor de los obreros que arriesgaban sus vidas en las minas.

De repente, salta de su taburete y camina hacia la televisión, señalando a un martillo neumático.

—Mi padre manejaba uno de esos en una cantera de hulla. Tuvo que exiliarse al norte de Francia. En casa tengo una foto de él en la entrada del pozo, diría que el martillo es idéntico, joder.

Marta acaba de entrar en el bar y presencia el discurso. Fran también observa cómo el hombre explica con emoción lo orgulloso que está de su padre y sus tíos, antes de desviar la conversación hacia temas políticos.

—¿He tardado mucho? —pregunta Marta al sentarse en la silla junto a Fran. Coge un puñado de cacahuetes.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que no, pero no puedo resistirme a los cacahuetes, son mi debilidad.

—¿Te pido una horchata?

—No, déjalo, mejor una tónica.

Marta revisa el teléfono. Tiene un mensaje de Silvia pidiéndole que la llame cuando tenga un momento.

—¿Cómo ha ido la reunión? —pregunta Fran al regresar de la barra.

—La verdad es que ni bien ni mal. Nuestro trabajo se parece mucho al de un programador informático. Puedes estar varios días sin progresar en la investigación hasta que, de repente, se enciende una luz y encuentras la pieza que faltaba en el rompecabezas.

—Me han ofrecido una columna en el periódico de mañana y me gustaría informar sobre los avances en la investigación. Puedo mencionar que hay una nueva inspectora a cargo y… Bueno… Necesito algo más.

—No puedo revelarte nada.

—¿Y qué me dices del símbolo del euro hecho en barro y la coincidencia con un robo?

La inspectora pide silencio. Aunque sabe que no tardará en hacerse público, prefiere que la noticia no entorpezca la investigación y considera cómo podría aprovechar el revuelo que puede formarse.

Le encantaría compartir todos los detalles con Fran y que la exclusiva se difundiera en toda la provincia al día siguiente. Lucha por no revelarle que han robado en las casas de gente adinerada, y que además, se han llevado mucho dinero de origen dudoso. También que ninguno de ellos se atreve a denunciar por temor a quedar en evidencia en sus círculos de alta sociedad. Y, por último, está deseando desenmascarar a la empresa de seguridad, cuyos sistemas, vendidos como infalibles, son vulnerados todos los días.

Marta se muerde la lengua, de manera literal. Toma un puñado de cacahuetes y comienza a masticarlos, evitando el contacto visual con Fran, que percibe el cambio de humor en su rostro.

—¿Te ha molestado que te pregunte? Quizás te he presionado, lo siento.

—No, no es eso. —Marta toma un sorbo de tónica y suspira antes de hablar—. Mi trabajo es complicado. A veces nos toca sonreír a los malos mientras en nuestro interior los maldecimos con rabia. En este caso, pasa algo similar. Desde el punto de vista emocional, lo que más deseo ahora mismo es contarte un par de cosas que merecen ser publicadas, pero aún no es el momento.

—¿Por qué no?

—Primero, porque quedaría en evidencia frente a mis superiores. Te recuerdo que manejo información sensible. Y, por otro lado, no sería beneficioso para la investigación, al menos por ahora. No digo que mañana no pueda llamarte y darte más información, pero ahora mismo no.

—Me gusta que seas así.

La declaración de Fran sorprende a Marta.

—¿Así cómo?

—Me refiero a que tienes un sentido de la justicia muy fuerte.

—No es solo eso, es que realmente detesto las injusticias. Reconozco que a veces soy demasiado recta y es que en mi trabajo siempre caminamos sobre una cuerda floja.

La cara de Fran se queda congelada, algo parece haberle llamado la atención.

—Oye, ¿no sientes la mesa vibrar?

—¿La mesa? ¡Espera! Es mi teléfono.

El móvil, con la pantalla apoyada en la mesa y en modo silencio, vibra con una llamada entrante. Es del comisario y Marta sale a la calle a responder.

—Escudero, ¿dónde estás? —pregunta él, con la voz agitada.

—En Elche. Vine a hablar con los encargados de la empresa de seguridad del chalet de Alberto Ramos.

—Pues déjalo y ven rápido al barrio de Vistahermosa.

—¿Qué ocurre?

—Te lo contaré cuando llegues. Estoy en la calle Jardiel Poncela, frente a un chalet a medio construir. De todas formas, verás mi coche aparcado en la puerta. Date prisa.

Marta se disculpa ante Fran Vallejo y le ruega que la lleve a Vistahermosa. En el camino, consulta el navegador.

—Según esto, tardaremos veinte minutos en llegar.

—A esta hora de la tarde, tal vez alguno más.

—Siento mucho haber estropeado nuestra… —Marta no sabe cómo definir el encuentro que estaba teniendo con Fran en la cafetería.

—¿Merienda?

—Sí, eso. Con las prisas, he dejado el plato de cacahuetes sin tocar, qué mala suerte.

—No te preocupes. Si te apetece, otro día te llevaré a un lugar con más encanto donde también sirvan frutos secos.

—Y de paso, me enseñas las fotografías que hiciste en el chalet de los Ramos, el día que estuviste allí.

—Es verdad. Tengo la tableta ahí, en ese bolso.

—No te preocupes, concéntrate en la carretera, y si puedes pisarle un poco más, mucho mejor.

—¿Te gusta la velocidad?

—Suelo cumplir con las normas, pero deberías verme en una persecución. En esos casos, la adrenalina toma el control y me transformo.

Fran sonríe. Marta observa su perfecta dentadura y el hoyuelo en su mejilla derecha. Él es alegre y le transmite seguridad. Está a punto de sonrojarse cuando se da cuenta de que siente atracción por él, y rápidamente retoma la serenidad reprimiendo las emociones. Uno de sus principios es que los hombres deben ganarse su confianza poco a poco y, aunque hasta ahora Fran ha demostrado ser generoso, transparente y amigable, podría tener intenciones ocultas. Y siendo periodista, con más razón.

Durante cinco minutos, ninguno de los dos se atreve a hablar. Fran conduce por la autovía A-7 que rodea la ciudad de Alicante y a esa hora de la tarde se llena de trabajadores y estudiantes que finalizan su jornada. El navegador de Marta indica que faltan nueve minutos para encontrarse con el comisario. Prefiere no especular sobre el motivo de tanta urgencia y recuerda algo que Silvia le había comentado.

—Mi compañera leyó un artículo tuyo sobre un niño con una enfermedad que no puede curarse en España.

Él asiente y resopla, mientras ella, al notar que el suspiro se alarga unos segundos, duda si ha sido apropiado mencionar el tema.

—El chico se llama Tomás y sufre problemas de salud desde que nació. Acaba de cumplir once años. La relación de sus padres se desgastó con el tiempo. ¿Puedes imaginar lo difícil que debe ser pasar toda la vida de un médico a otro? Ahora vive con su madre, cuya desesperación va a costarle la vida. Hicieron una rueda de prensa, fue terrible.

Fran activa el intermitente para acceder al carril de desaceleración y abandonar la autovía. Parece afectado al recordar esta situación.

—La mujer explicó que su hijo sufre de una enfermedad con solo seis casos reconocidos en todo el mundo. Es un trastorno enzimático que inhibe el procesamiento de azúcares en las células. En España, lo han tratado en Valencia, Madrid y Barcelona. La Seguridad Social española ha logrado mantener la enfermedad bajo control, pero a medida que Tomás crece, su cuerpo sufre más y más. En Europa no existe ninguna terapia capaz de frenarla. El chico tiene paralizado el cuerpo de la cintura para abajo.

—¡Dios mío! —exclama Marta, conmovida.

—Existe la esperanza de viajar a una clínica privada en Estados Unidos y someterse a un tratamiento que acaba de terminar su fase experimental. El problema es que vale una fortuna. Además, el Ministerio de Sanidad ha expresado que el Estado español no puede financiarlo.

—¿Por qué?

—Alegan que el tratamiento es proporcionado por una entidad privada y que no está contemplado en la cartera de servicios médicos de la Comunidad Europea. Dijeron que si se llevara a cabo en uno de los estados miembros europeos con los que existe consorcio sanitario, probablemente lo aprobarían. Pero al tratarse de Estados Unidos, no pueden hacer nada.

—Me parece muy injusto.

—Lo es. Así que la madre decidió iniciar una campaña de crowdfunding para financiar el tratamiento a través de donaciones online. Intentó contactar con varios programas de televisión, pero no le dieron cobertura. Al parecer, esta noticia podría dejar en evidencia al Gobierno y los medios de comunicación están centrados en otros temas de actualidad, como la corrupción, el fútbol y un par de desapariciones que se han convertido en mediáticas.

—¿Cuánto dinero cuesta el tratamiento?

—Calculan que cerca de un millón de euros.

—¡Hostias!

—Pero, para empezar, necesitan la mitad.

—¿Y cuánto han recaudado?

—Hasta el momento, que yo sepa, poco más de cuarenta mil.

El navegador indica que deben girar a la derecha. Marta está conmocionada pensando en el sufrimiento de Tomás y la desesperación de su familia.

—Fran, déjame aquí. —Señala un paso de peatones.

—Está justo a la vuelta, puedo llevarte, no tardaremos nada.

—Mira, te lo agradezco, pero no estaría bien que el comisario me viera aparecer contigo.

Fran se acaricia el cabello y frunce el ceño, sin entender el comentario de la inspectora.

—Muchas gracias por acompañarme, te debo una.

28

19:22. Vivienda de Ricardo Aguirre. Alicante.

Las farolas iluminan la calle, que a estas horas está solitaria. Marta camina apresurada para encontrarse con el comisario, pero a falta de tres parcelas para llegar, decide hacer un alto en el camino. El día está siendo tan intenso que la inspectora se ha olvidado por completo de sus necesidades básicas y decide orinar entre dos coches para no quedar en evidencia en lo que presupone será un encuentro importante.

En cuclillas y apoyada en el parachoques trasero de un Volvo todoterreno, desea que la visita no se prolongue demasiado para así llegar pronto al hotel, está agotada. Decide que esta noche tomará la medicación que la ayuda a conciliar el sueño y enlaza con otro pensamiento que la lleva a recordar que hace varias semanas que no habla con su psicóloga. Mientras abrocha el botón del pantalón, se compromete a enviarle un mensaje para programar una cita.

Un furgón de la Policía Nacional está aparcado frente al portón del número nueve, y al lado, el Nissan Qashqai negro del comisario. Antes de acceder a la finca, Marta se vuelve para ver si alguien está observando, especialmente busca la furgoneta Berlingo de Fran.

—Hola, soy la inspectora Escudero —se identifica a un compañero que custodia la entrada.

Marta dirige la mirada hacia la izquierda, donde un agente de la Policía científica toma huellas en la manivela de la puerta pequeña. A su lado, y de rodillas en el suelo, alguien fotografía una caja.

—Escudero, ven aquí —saluda el comisario Albízar unos metros más allá, desde la esquina de la casa.

La mano de Albízar está cubierta por un guante y también lleva calzas. Le señala dos bolsas de plástico que cuelgan de una barandilla para que ella haga lo mismo con sus manos y pies. En un rincón de la fachada, en lo alto, hay una placa que anuncia la empresa que protege el interior con una alarma. Es la primera vez que Marta ve ese logotipo.

—Adelante, entra —invita el comisario.

Marta cruza el vestíbulo, sigue al comisario a través de la única puerta abierta. De repente, un intenso olor a incienso la envuelve y sus ojos se desvían hacia una docena de velas que rodean una imponente figura de un buda, que crea un peculiar altar en el tabique principal del salón.

Una voz habla por teléfono en la esquina opuesta. El hombre, de espaldas, está apoyado en una enorme estantería repleta de libros ordenados con delicadeza, mientras observa hacia el jardín a través de un ventanal.

El comisario informa a Marta en voz baja.

—Ese señor es el subdelegado del Gobierno. —La inspectora alza las cejas—. Esta es su casa y hoy han entrado a robar. Deduzco que deben ser los mismos que actuaron en los otros chalets, porque han abierto la caja fuerte y han dejado un dibujo en la pared del dormitorio.

—No lo conozco —admite ella refiriéndose al político.

—Se llama Ricardo Aguirre. Es un tipo muy inteligente. Tiene dos carreras y vive aquí desde hace tres años. La casa es alquilada. No tiene pareja, hijos ni mascotas. ¿Te sirve?

—Gracias. ¿Y Olmedo?

—Está ocupado atendiendo un asunto personal con su hijo.

—¿Por dónde entraron?

—Antes de nada, te he dicho que Ricardo es inteligente, pero hoy no activó la alarma. Parece ser que las baterías de la central se agotaron y hace un par de días apareció una señal de fallo. Los técnicos le aconsejaron no activarla hasta que vinieran a repararla. Así que solo tuvieron que sabotear la cerradura. En fin… Una pera fácil para cualquier caco.

—¿Piensa denunciar?

—Este sí. Por eso tenemos a los de la científica empleándose a fondo.

—¿Qué se han llevado?

—Siete mil euros en efectivo.

—¿De la caja fuerte?

—Sí y… Hay otra cosa… El código es 1234. Siempre está tan ocupado que no tuvo tiempo de cambiarlo en tres años.

Marta contiene la risa. Casi se le escapa, de no ser porque su superior se muestra serio, casi tenso.

—Entonces, si no fuera por la pintada en la pared, no relacionaríamos este robo con los anteriores chalets.

—Exacto. Pero aquí han cometido un error. ¿Has visto la caja junto a la puerta de la calle?

—Sí, estaban echándole fotos.

—Dentro hay una pala de jardinería y restos de barro.

Ricardo concluye la llamada y se acerca a Marta, extendiéndole la mano.

—Así que usted es la nueva inspectora. Soy Ricardo, un placer conocerla.

Ella le devuelve el saludo, sus manos cubiertas con guantes de látex

se encuentran. Ricardo aprieta la mano con firmeza, como si hubiera sellado un pacto. Marta se fija en su tez morena y reluciente, el cabello rizado y las gafas con cristales rectangulares.

—El comisario me estaba poniendo al tanto —dice Marta—. ¿Ha visto a alguien extraño merodeando por la zona?

—Para nada. Me paso el día fuera de casa y aquí no entra nadie, salvo una chica que viene a limpiar por las mañanas. Acabo de hablar con ella y dice que se fue a las doce y media, y que todo parecía normal.

—Esa mujer, ¿es de su confianza?

—Es la hermana de otra chica que trabaja en la casa de un vecino, justo al lado. Hablé con ellos y dicen que esta tarde no se han movido de allí y que no han notado nada fuera de lo común.

En ese momento, alguien llama al comisario desde la puerta. Es el hombre que custodiaba la entrada a la finca. Albízar se acerca y ambos conversan de forma discreta.

—Es curioso —dice Ricardo—, nunca imaginé que sería la víctima de un robo.

—Eso pensamos todos, hasta que nos toca —opina Marta, que en el fondo se alegra de que alguien que representa a la ciudadanía experimente la realidad de la sociedad en carne propia—. Además de dinero, ¿se llevaron algo más?

—No, por suerte. Había dejado mi Mac a la vista y en la caja fuerete guardaba un par de piezas de oro, regalos familiares. Pero aparte de eso, no han tocado nada. Ni el televisor, ni el robot de cocina, ni tan siquiera el iPad.

—Veo que no hay cámaras de seguridad.

—No, para nada. Suponía que este era un barrio seguro, pero después de los asesinatos en la casa de los Ramos, me asusté un poco. Aunque, como no tengo objetos de valor, pensé que no entrarían a robar.

El comisario regresa.

—Me dicen que han preguntado en toda la manzana y nadie vio nada. Y, algo más: hay alguien haciendo fotos de manera discreta. Va en una furgoneta y es probable que sea un periodista.

—Mierda —reacciona Ricardo—. Veo que la voz corre como la pólvora.

—La gente se alarma al ver coches de Policía aparcados —comenta Marta, buscando una solución.

—Entonces que aparquen los coches al volver, por favor. Solo me faltaba ver la foto de mi casa en la prensa.

Marta piensa en Fran Vallejo y en la posibilidad de que la haya seguido hasta la casa del subdelegado del Gobierno.

—¿Puedo entrar en el dormitorio? —pregunta a Ricardo.

—Sus compañeros estaban tomando muestras allí. Es por esa puerta abierta.

Marta se asoma. El dibujo en la pared es idéntico a los realizados en las otras casas. Reflexiona sobre quién sería capaz de dejar aquel símbolo y cuál es su verdadero significado. El armario está abierto y dos personas toman muestras en la caja fuerte. Vuelve a preguntarse por qué solo se llevan el dinero y si esto parará en algún momento.

—Ricardo, ¿sospecha de alguien?

—Nadie me ha amenazado, al menos que yo recuerde.

—Deudas, drogas…

—Pare, pare, pare. Oiga, ya le he dicho que no y que quede claro que yo no consumo drogas ni tengo vicios.

—¿Tal vez alguna visita reciente que haya tenido acceso al dormitorio y averiguara la existencia de la caja fuerte?

—Aparte de la mujer de limpieza, nadie. Bueno, los montadores de muebles que estuvieron aquí, pero eso fue hace tres años, cuando me mudé y decidí cambiar la cama. No creo que…

—¿Y personas de mantenimiento? ¿Quizá un electricista o un pintor?

—Si alguien ha entrado en mi casa, he estado presente en todo momento y le aseguro que ninguno ha pisado el dormitorio.

—Muy bien. Dejemos que estos hombres trabajen.

Albízar se une a ellos en el salón y le dice a Marta:

—Escudero, venga conmigo afuera. Tenemos que hablar.

Ella se despide de Ricardo Aguirre y acompaña a su superior hasta la puerta que da a la calle. Albízar enciende un cigarrillo.

—¿Cómo lo ves? —pregunta él.

—Es un robo común, salvo por el dibujo. Ahora solo nos queda esperar que los cacos hayan dejado alguna pista, aunque lo dudo. Son muy meticulosos.

—¿Y la caja con la pala de jardinería?

—Tienes razón, no creo que la hayan dejado a propósito.

Ambos se mantienen pensativos por unos segundos, hasta que Marta retoma la conversación.

—Ahora que veo a los de la científica, quería decirte una cosa. Le dije a Silvia que solicitara una orden para abrir la caja fuerte en la casa de Alberto Ramos.

—Estoy al corriente. La hemos solicitado esta tarde y la tendremos mañana a primera hora.

—Sería interesante que estos compañeros —dice señalando a los colegas que aún recopilan huellas en la puerta— regresaran a la casa de Alberto Ramos y tomasen muestras de la caja fuerte. Tenemos indicios para pensar que el abogado nos oculta algo. Encontramos una secuencia de imágenes donde queda claro que él colocó la uña de la

hija de Alberto en el charco de sangre.

—Cuenta con ello. Me gustaría reunirme contigo mañana para que me pongas al día.

—Estaremos en la oficina temprano.

—Perfecto. Yo me quedaré aquí a esperar a que esta gente termine.

—Hasta mañana.

Marta abandona la casa y toma rumbo hacia la Gran Vía. Por el camino, observa todos los coches en busca de la furgoneta Berlingo blanca. Duda si llamar a Fran para preguntarle si era él quien merodeaba cerca de la casa de Ricardo. Finalmente, decide mantenerse al margen.

El reloj marca las ocho de la tarde. Sus piernas se sienten pesadas con cada paso. Sabe que sería mejor llamar a un taxi en lugar de caminar los tres kilómetros que la separan del hotel. Mientras espera a que la recojan, lee los mensajes acumulados en su teléfono. Tiene dos de Silvia que le recuerdan que quería hablar con ella, una llamada perdida de Óscar, el de la inmobiliaria, y otra llamada de un número desconocido con muchos dígitos.

Decide llamar a Silvia. Tarda un poco en responder y se escucha música de fondo.

—Marta, espera, me pillas en medio de una clase de bachata. Menos mal que dejé el teléfono en una esquina y la pantalla se enciende cuando alguien llama. A ver, ¿me oyes bien?

—Sí, ahora sí. Menuda fiesta tenéis montada. He visto tu mensaje. ¿Pasa algo?

—Prepárate para escuchar lo que hemos averiguado —dice Silvia, recuperando el aliento—. Teo logró acceder al historial de mensajes de WhatsApp de Gloria, la mujer de Alberto Ramos. Hemos visto sus mensajes, fotos y vídeos. Soriano tenía razón, esa mujer se cepillaba a todo aquel que se cruzara en su camino. ¿Adivinas con quién se vio dos días antes de ser asesinada?

—Silvia, ve al grano, que no estás en un programa de cotilleos.

—Se citó con el socio de su marido, el abogado don Miquel Grau, en el hotel Lucentum.

14 de mayo de 2015

6:23. Hotel Rambla. Alicante.

Marta abre los ojos. Sus manos están tensas, las piernas encogidas y el sudor le resbala por la frente. Enseguida se incorpora para sentarse en el borde de la cama y se lleva las manos al rostro. Comienza a llorar. La imagen de unos padres convertidos en zombis y completamente desorientados sigue grabada en sus pupilas. Entonces recuerda qué viene después y las arcadas surgen con intensidad, como si unas bolas de fuego quisieran escapar por su boca. Corre despavorida al baño y allí vomita hasta quedar exhausta.

—¡Se acabó! ¡A la mierda con esto!

Abre el blíster de pastillas y las deja caer una por una en el inodoro. Luego acciona la cisterna maldiciendo la medicación, las pesadillas y el trauma que la acompaña desde que la droga de aquellos padres desalmados acabó con las vidas de Rubén y Paloma, dos ángeles que desaparecieron y se llevaron consigo parte del corazón de Marta. Desde entonces, ella no es la misma.

En el dormitorio suena la alarma del teléfono móvil, que anuncia las seis y media. Marta tenía planeado levantarse temprano para salir a correr y recuperar la carrera que no pudo hacer el día anterior. Después de refrescar la cabeza bajo la ducha y lograr que el episodio de ansiedad se disipe, no lo piensa dos veces y sale del dormitorio vestida con ropa deportiva, con la intención de correr varios kilómetros mientras espera que el sol decida aparecer.

8:00. Tapería Rodri. Alicante.

El camarero sirve el segundo café con leche a Marta. Ella presiente que el día va a ser intenso y necesita mantener la concentración. Atiende las noticias que transmiten en el Canal 24 horas en la televisión del bar y comprueba que todo sigue igual: políticos enfrentándose y desgracias una tras otra.

—Hola, buenos días —saluda Ángela, su compañera que trabaja en la sala del 091.

—Hola, ven, siéntate. ¿Sales o entras?

—Salgo, menos mal. Tengo muchas ganas de ir a casa.

—¿Una noche complicada?

—Unos imbéciles se dedicaron a correr con sus coches por la ciudad sin parar de tocar el pito.

Marta sonríe incrédula.

—¿Los pillaron?

—No tengo ni idea. Pero desde la una hasta las tres y media, atendimos ochenta y cuatro llamadas de personas molestas por el ruido de esos idiotas.

Silvia aparece por la puerta y Marta se incorpora.

—Buenos días, Silvia. Siento no quedarme contigo, pero he quedado con Albízar.

—Voy contigo —dice Silvia—. Espera un momento, que le diga a Rodri que me ponga el café para llevar.

Teo es incansable. Cada mañana es el primero en llegar a la oficina. Cuando sus compañeras acceden, él ya está con los cuatro monitores encendidos, procesando imágenes.

—¿Qué tal tu pequeño, te dejó dormir? —pregunta Silvia mientras coloca el bolso en una silla.

Teo se voltea y les lanza una mirada agotada, acompañada de un gesto de resignación con las manos.

—Albízar estará al llegar —anuncia Marta—. Quedé con él para ponerlo al día. ¿Tenemos alguna novedad?

Silvia levanta su teléfono.

—Hemos obtenido la autorización del juez para abrir la caja fuerte de Alberto Ramos.

—Le dije al comisario que era conveniente llevar a la científica.

—Sí, me escribió para informarnos de que a las nueve estarán allí.

—Perfecto. ¿Te puedes encargar de acompañarlos y averiguar qué

hay en la caja fuerte?

Silvia levanta el dedo corazón en señal de afirmación.

—En este USB están los historiales médicos completos de la familia Ramos. Los conseguí de extranjis…

—Tranquilo, Teo. ¿Hay algo importante en ellos? —pregunta Marta.

—No he podido leerlos. Me he centrado en los mensajes de Gloria.

—Silvia me contó que Gloria se encontró en un hotel con el abogado de Ramos.

—Ahí tienes la imagen de la cámara de seguridad del Hotel Lucentum.

El vídeo muestra a una mujer que, según Teo, es Gloria, junto a Miquel Grau, un hombre con barriga, gafas y el cabello peinado hacia atrás. Ambos entraron en el ascensor y después otra cámara los captó entrando juntos en una habitación de la quinta planta.

—Es interesante. Esperaremos el momento oportuno para dejarlo en calzoncillos, valga la redundancia —bromea Marta, acompañada de las risas silenciosas de sus compañeros.

Sin embargo, las risas cesan cuando el comisario Albízar entra en la oficina sin previo aviso. Como es costumbre, camina hacia la mesa que hay al otro lado del ordenador de Silvia y se apoya en ella de pie.

—Decidme que tenemos algo, por favor —dice Albízar.

Teo y Silvia miran a Marta. Ella se encuentra en el centro de la sala, frente a la mesa que utilizan para las reuniones. Silvia está a su izquierda, Teo enfrente y Albízar a su derecha.

—Bien, empecemos por el final. No tenemos ninguna evidencia concluyente, aunque sí varias pistas en las que podemos seguir escarbando. Seguramente alguna de ellas nos conducirá a alguien a quien podamos señalar con pruebas contundentes —explica Marta.

Albízar suspira ruidosamente e interrumpe la intervención de Marta. Ella lo observa con seriedad, esperando que le vuelva a dar la palabra. Él afloja el nudo de su corbata y se frota el rostro con las palmas de las manos.

—Continúa, Escudero, por favor.

—El abogado de Alberto Ramos esconde algo. Hemos confirmado que colocó una uña de la hija de Ramos en el lugar donde aparecieron los cadáveres. Aún no lo hemos interrogado, pero acabamos de descubrir que días antes del asesinato, se vio con Gloria, la mujer de Ramos, en una habitación de hotel. Además, ha manipulado el portátil de Ramos, borrando algunos archivos que Teo ha logrado recuperar. Es evidente que esconde cosas y debemos esperar el momento adecuado para acorralarlo.

—¿Cuándo será ese momento? —pregunta Albízar.

—Vamos a ver qué hay en la caja fuerte.

—¿Qué importancia tiene ese dato?

Marta titubea y dirige la mirada a Silvia y Teo. Lo que está a punto de decir podría no ser bien recibido por el comisario, pero ellos son sus compañeros y ha llegado el momento de que estén al tanto de los robos en las otras casas.

—Si no hay dinero en la caja fuerte, casi podríamos afirmar que los asaltantes y asesinos del chalet de Alberto Ramos son los mismos que han perpetrado los robos en las otras casas, con las pintadas del símbolo del euro en barro —declara Marta.

El comisario Albízar comienza a toser y lanza una mirada penetrante a Marta. Está a punto de intervenir, pero finalmente se contiene.

—Por otro lado, tenemos a Yaiza Ramos. He visto la grabación del inspector Soriano y me gustaría reunirme con ella para interrogarla, pero me faltan más datos. Teo está buscando información sobre ella y su novio. Necesitamos confirmar su coartada. Es importante ver cómo reacciona ahora, han pasado unos días y tal vez piense de distinta manera. Creo que con una reunión más tranquila podremos conocerla mejor.

—Explícate, por favor —ordena Albízar.

—Estamos esperando a que alguien cometa un error. Por el momento, no hay pruebas concluyentes, pero es solo cuestión de tiempo. El abogado está bajo nuestra mira —explica Marta.

Silvia alza el dedo índice, desea aportar información.

—Tengo una cita con una amiga que trabaja en el partido político de Alberto Ramos. Nos interesa descartar que alguien del entorno haya estado lo suficientemente molesto como para querer deshacerse de él.

Ahora es Teo quien pide la palabra.

—Y yo estoy esperando los datos sobre la triangulación de los teléfonos de Ramos, su mujer, el abogado, la hija y su novio.

—¿El novio de Yaiza? —pregunta el comisario, dirigiéndose a Marta.

—Según ella contó al inspector Soriano, ambos estaban en Pamplona el día del asesinato, pero queremos asegurarnos.

—Muy bien. Entonces pongámonos manos a la obra —dice Albízar mientras anima al equipo con palmadas en el aire.

Marta desea hablar a solas con el comisario, así que se acerca para pedirle si pueden reunirse en su despacho. Pero en ese momento, un compañero vestido de uniforme asoma la cabeza por la puerta mientras la golpea para anunciar su entrada.

—¿Inspectora Escudero? —pregunta, con la mirada perdida, esperando una respuesta.

—Sí, aquí, soy yo —responde Marta, extrañada.

—Hay una chica abajo que quiere hablar con usted.

—¿Quién es?

—Se llama Yaiza Ramos.

El nombre de la hija de Alberto Ramos desconcierta al equipo de Marta y al comisario. Nadie esperaba esa visita y se suceden miradas de sorpresa.

—Acompáñela a la sala de interrogatorios —ordena el comisario— y ofrézcale agua. Bajaremos enseguida.

8:33. Comisaría provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Marta ha pedido a Silvia que la acompañe. El comisario estará al otro lado del cristal, atento al desarrollo del encuentro. La hija del fallecido Alberto Ramos acaba de romper el guion que la inspectora tenía planeado y eso, lejos de preocuparla, le motiva.

De camino hacia la sala, Marta le dice a Silvia que la deje manejar la reunión. Necesitan ganarse la confianza de la chica, más si cabe después del primer encuentro con Soriano, donde acabaron a gritos y las manos del inspector apuntando a la garganta de la joven.

Es la primera vez que Marta accede a la sala de interrogatorios. La tenue iluminación es la misma del vídeo, aunque siente que ha entrado al lugar equivocado, porque no reconoce a las personas que la esperan sentadas una al lado de otra, en un extremo de la mesa y frente a la cristalera opaca.

—Hola, buenos días. Soy la inspectora Marta Escudero —se presenta, extendiendo la mano hacia una mujer de aspecto enfadado y a una joven con apariencia de estudiante de matemáticas—. Ella es mi compañera, la subinspectora Silvia Llamazares.

Las dos parejas se estrechan las manos y toman asiento. Existe algo en ese lugar que incomoda a la inspectora, presiente que no es el clima favorable para una reunión y se levanta de su asiento.

—Disculpad un momento. Olvidé algo.

Marta abandona la sala y enseguida ve al comisario, que aparece a su encuentro por la puerta contigua.

—¿Qué ocurre? —pregunta él.

—Ese lugar parece la antesala de una prisión. Necesitamos un ambiente más agradable.

—¿Agradable? —pregunta el comisario desconcertado.

—Sí, necesitamos más luz.

—No hay problema. Hay unos fluorescentes en los laterales. Los encenderé enseguida.

—Perfecto, pero aun así… —Marta observa alrededor y solo ve un pasillo con tableros de corcho llenos de papeles y carteles sindicales.

—¿Qué te falta?

—¡Tabaco! Eso es, tabaco.

El comisario abre los ojos, sin entender a qué se refiere la inspectora. Introduce la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y saca un paquete de Winston y un mechero Bic de los de toda la vida.

—Sí, déjamelo, perfecto.

—¿Qué más? —continúa preguntando.

—Golosinas.

—¿Golosinas? —El comisario sonríe mientras piensa si la inspectora está en sus cabales.

—¿Te valen caramelos y Chupa Chups?

Quien pregunta es Teo, que acaba de escuchar la pregunta de Marta y asoma la cabeza por la puerta de la sala de control de interrogatorios.

—Me sirve.

—Vengo enseguida —dice Teo mientras sale corriendo por las escaleras hacia los pisos superiores.

—¿Qué pretendes? —pregunta el comisario.

—Que no parezca un interrogatorio. Al entrar, me recordó a una película de espías. Solo falta la silla de tortura. ¿Esa que está ahí dentro es Yaiza?

—Sí. Yo también estoy impresionado. No se parece en nada a la punki de uñas largas que vino la otra vez.

—La que la acompaña tiene pinta de abogada.

—Sí, de abogada enfadada.

—¿Tienes algo que pueda servir como cenicero?

—Espera un momento.

El comisario sale de la sala de control con un cubilete para guardar bolígrafos.

—Esto servirá —dice Marta, quien ve a Teo aparecer con una bolsa llena de chucherías.

—Ahí tienes todo el azúcar que he podido conseguir. Lo uso para contrarrestar el sueño.

Marta le guiña un ojo y regresa a la sala de interrogatorios.

Las tres mujeres muestran gestos de sorpresa al verla dejar el paquete de tabaco y el cubilete a pocos centímetros de las manos de Yaiza, y la bolsa de caramelos abierta en el centro de la mesa. Mientras toma asiento, las luces de los laterales se encienden y el pequeño antro de interrogatorios se transforma en un lugar íntimo y luminoso que invita al diálogo.

—Usted debe ser Yaiza, ¿verdad? —pregunta Marta, fijándose en el rostro con maquillaje discreto, gafas de vista con montura redonda y el pelo corto y suelto repartido a ambos lados.

—Sí, soy yo.

—Encantada. Siento mucho lo que sucedió en su casa. —Yaiza asiente con la mirada agradeciendo sus palabras—. Y usted es…

—Berta Escribá. Soy su abogada.

No era difícil averiguarlo, porque su vestimenta excesivamente formal y un maletín de piel apoyado en una silla cercana la delatan.

—Encantada. ¿Te importa si te tuteo? —pregunta a Yaiza—. Hace dos días me hice cargo de la investigación y ya me he puesto al día. Tenía pensado llamarte para conocerte y ver si nos podías ayudar, pero te has adelantado. ¿Qué tal estás? —Acompaña la pregunta con un tono apacible y una sonrisa amistosa.

—Mejor. El asesinato de mi padre me noqueó. Y más aún por la forma en que ocurrió. Supongo que te lo habrán contado, pero mi encuentro con el otro inspector no fue el más adecuado. Estaba tan nerviosa y desorientada que me metí una raya antes de entrar aquí.

—Yaiza —interrumpe la abogada, advirtiéndole con la mirada que no es necesario dar esos detalles.

—No te preocupes —responde a la letrada—, he decidido actuar con responsabilidad. Tengo que asentar la cabeza de una vez y madurar. Eso es lo que mi padre quería. Ahora sé que él intentaba ayudarme y yo no le hacía caso. Se lo debo a él.

Silvia traga saliva y oculta las manos debajo de la mesa para disimular las ganas de decirle a Yaiza que deje de hacer teatro. Ella estuvo presente en el interrogatorio junto al inspector Soriano y por mucha droga que llevara encima, aquella forma de reaccionar le salía de modo natural, no como ahora, que se nota a leguas que es una actitud forzada y muy poco estudiada.

Marta también advierte el cambio. Ha visto la grabación en varias ocasiones y ahora es evidente que la actitud de Yaiza tiene algún propósito. Desea descubrirlo, así que le cede la palabra para ver qué camino toma la conversación.

—Venimos a comunicaros que a partir de ahora, mi abogada y yo nos haremos cargo de todo lo relacionado con mi padre y mi hermano.

Berta Escribá pide la palabra, apoyando su mano sobre la de Yaiza.

—Hemos hablado con el señor Grau. Al salir de aquí, nos encontraremos con él en la casa. Nos entregará su juego de llaves y quedará desvinculado de la relación familiar. Eso significa que pueden dirigirse a nosotras para cualquier gestión. —Muestra una tarjeta de visita donde se lee «Vallesol Abogados», con los números de teléfono de ambas escritos a mano.

—Perfecto. Hoy, precisamente a las nueve, tenemos…

—Lo sabemos —interrumpe Yaiza—. Miquel Grau nos ha dicho que irán con el equipo de la científica para abrir la caja fuerte y tomar huellas. Nosotras los acompañaremos.

Silvia desenvuelve una piruleta de fresa mientras Marta asiente con la mirada. Guarda en la recámara varias preguntas para hacerle a la joven, pero cree que todavía no es el momento indicado.

—¿Sigues viviendo en Pamplona?

—No, qué va. Después de lo de mi padre, cualquiera se concentra con los estudios. Me han caído muchas cosas de golpe. Mi padre tenía

bastantes negocios y ahora me toca encargarme de ellos. He decidido tomar el control.

—Pensaba que el señor Grau tenía todo bastante controlado.

La inspectora acaba de lanzar la primera piedra suavemente y acerca el paquete de tabaco a Yaiza, animándola a fumar. La abogada tensa la mandíbula. Marta nota la tensión en los dedos de la letrada, que se mueven nerviosos. No parece gustarle que mencionen al abogado de Alberto Ramos.

—Era socio de mi padre e, inevitablemente, ahora también lo soy yo. Lo conozco desde hace muchos años, pero no tengo una amistad con él. Mi padre era bueno en los negocios, mientras que yo soy solo una principiante. Sería ingenuo por mi parte delegar todas las decisiones empresariales en Miquel Grau, así que he decidido tener un equipo independiente que me asesore. Aunque supongo que eso no le importa mucho a la Policía, ¿verdad?

—¿Tu padre te dijo si tenía algún problema con Grau?

—No, ¿acaso lo tenía?

—Solo pregunto.

—Lo último que sé es que estaban preparando algo de cara a las elecciones. Mi padre no quería verse envuelto en escándalos. Iba a traspasarle unos poderes o algo así. Intentó explicármelo, pero no le hice mucho caso. Él no aceptaba mi forma de ser ni vestir. Me hablaba mientras me disparaba con miradas de desaprobación. Odiaba mis uñas.

Marta recuerda las uñas kilométricas que Yaiza lucía en las redes sociales, pero ahora ve que las lleva naturales, con un esmalte discreto. También comprueba que no hay rastro de las pestañas postizas ni de los labios pintados de rojo llamativo.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en casa de tu padre?

Yaiza duda si debe responder o no. Cruza una mirada con Berta, su abogada, y finalmente decide abrir el paquete de tabaco que le ofreció Marta. Lleva jugando con él varios minutos.

La inspectora sabe que Yaiza tuvo una fuerte discusión con Gloria, su madrastra, el día que se presentó en casa para presentarles a su novio.

Todos observan a Yaiza mientras enciende un cigarrillo y exhala el humo con sosiego. Recordar aquel encuentro parece causarle dolor en la herida que todavía está abierta.

—El fin de semana anterior al crimen fui a comer con ellos. Le dije a mi padre que iría con mi novio para presentárselo. A él no le hacía gracia la idea de formalizar una relación, pero llevábamos un mes durmiendo juntos en Pamplona y era estúpido seguir ocultándolo. —Yaiza da una calada mientras rememora lo sucedido—. A su mujer no le caía yo bien, ni ella a mí tampoco, para qué te voy a engañar. No

voy a hablar mal de ella. Lo cierto es que tuvimos un desencuentro, por decirlo de manera suave, y me fui de allí con mi novio.

—¿Volviste a hablar con tu padre después de eso? —pregunta Marta.

—Sí. No había pasado ni una hora cuando me llamó pidiéndome perdón. Por la tarde quedamos con él en una cafetería cerca de la antigua estación de autobuses.

Marta toma nota mental para buscar imágenes de aquel encuentro.

—¿Y no volviste a hablar con él?

—No. Nos despedimos allí y quedamos en volver a vernos al cabo de unas semanas, pero en Pamplona. Quería hablar con mis profes.

—¿Viste algo extraño en la casa cuando entraste después del suceso?

Yaiza da una larga calada y apaga el cigarro en el bote de bolígrafos. Es evidente que sus pulsaciones están aumentando y ya no mantiene la calma del principio.

—Me había tomado media tableta de pastillas. Todavía no sé cómo pude mantenerme en pie. Aquello era una masacre. Había restos de sangre en el jardín y mucha gente yendo y viniendo… ¿Crees que podría haber notado algo?

—¿Qué me dices del símbolo del euro dibujado en el dormitorio?

La joven niega con la cabeza. Comienza a sentirse agobiada y Marta es consciente de ello. Considera detener el encuentro, pero cree que aún puede sacar algo más de provecho.

—No tengo ni idea de qué significa. Seguro que quien haya matado a mi padre ha ganado mucho con ello. —El eco de la afirmación de Yaiza se extiende en el tiempo y se transforma en un silencio embarazoso. Ella misma entiende que sus palabras pueden crear confusión y trata de corregirlas—. Con tantos negocios en juego, es comprensible que alguien de la competencia quisiera quitárselo de en medio. No sé… Además, entrar en política no debe ser algo gratuito. A él le gustaba competir, igual estaba metido en algo turbio, quién sabe. Yo no estaba al corriente de sus chanchullos.

Marta tiene la intención de acompañar a Yaiza en coche hasta su casa para seguir conversando fuera de las instalaciones de la Policía. Sin embargo, hay una pregunta que ha estado deseando hacer y que ya no puede contener por más tiempo.

—Por casualidad, ¿conoces a Noel Carreño?

Citar ese nombre resulta ser una mala idea, ya que nada más escucharlo, Yaiza arrastra la silla hacia atrás y se levanta de un salto, con los ojos cerrados. Aprieta los labios con fuerza, como reteniendo la voz. Da media vuelta y abandona rápidamente la sala.

Marta se queda desconcertada, sin entender qué ha sucedido. La abogada recoge su maletín y sigue los pasos de su defendida. Antes de

irse, se asegura de cerrar la puerta y observa a Marta y a Silvia.

—Noel Carreño intentó abusar de Yaiza hace unos años, cuando ella era menor de edad —explica la abogada antes de marcharse.

10:25. Instituto Figueras Pacheco. Alicante.

Filosofía no es su asignatura preferida. De hecho, espera con desesperación que el reloj marque las diez y media para escuchar la sirena y salir al patio.

Raúl estudia el segundo curso del bachillerato humanístico y aspira a ser guionista, o al menos es la única profesión que se imagina ejercer. Su padre se dedica a reparar electrodomésticos, pero Raúl está convencido de que ese negocio está condenado a desaparecer. Aunque de vez en cuando pasa algunas tardes en el taller familiar, sabe que su talento no radica en los circuitos electrónicos ni en los cables, sino en las palabras y el humor.

Siempre bromea diciendo que eligió estudiar el bachillerato humanístico porque se parece más a «humorístico». Con su innato sentido del humor, le resulta fácil entablar conversación con cualquier persona y en el instituto tiene docenas de amigos.

El timbre suena y Raúl agarra su mochila apresuradamente. Ha recibido un mensaje idéntico a los de días anteriores. Corre hacia la conserjería y pide que le abran la puerta para salir, argumentando que tiene una cita médica. En realidad, se dirige a ganarse trescientos euros.

Todavía conserva el mensaje de texto que recibió en su teléfono hace tres semanas:

Hola, Raúl. No me conoces, pero yo a ti sí. Sé que estás estudiando y que te vendrá bien ganar un dinerillo extra. Necesito que elijas a siete amigos que sean responsables y que también quieran ganarse unos euros. No es nada ilegal, te lo prometo.

Te espera un sobre en el buzón de publicidad del portal en la calle República Argentina, 57.

Desde entonces, ha recibido trece mensajes. Es como si estuviera inmerso en un juego de pistas, siguiendo las instrucciones y dividiendo las tareas entre sus amigos.

Hasta ahora, no ha tenido contacto físico con la persona que le envía los recados. Ha sentido la tentación de llamar al número de teléfono, pero cree que es mejor seguir el juego. Los encargos son lucrativos y tanto él como sus amigos no ven ningún peligro.

En el fondo del buzón, debajo de varios pasquines con ofertas de alimentos y compañías de Internet, encuentra un sobre blanco con su

nombre escrito en la parte frontal. Como de costumbre, al abrirlo, encuentra más sobres enumerados del uno al siete en su interior.

11:50. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La oficina se encuentra sumida en el caos de la mañana. Después de presenciar a Yaiza abandonar la comisaría con la cabeza gacha, Marta decidió quedarse con Teo para revisar la información recibida en las últimas horas. Envió a Silvia con los expertos de la científica al chalet de Alberto Ramos y, de paso, intentar hablar con Yaiza.

Hace apenas diez minutos, Silvia telefoneó a la inspectora. La científica tomó varias huellas en la caja fuerte y esperan tener los resultados después del almuerzo. Por otro lado, lograron abrir la caja, gracias al código que Teo extrajo del lápiz de memoria que encontraron junto al ordenador de Ramos. Para sorpresa del equipo policial, dentro de la caja fuerte encontraron joyas, documentos notariales y la asombrosa suma de sesenta y tres mil euros en billetes de cincuenta.

Marta recibe la información con desilusión, ya que si la caja hubiera estado vacía, se habría cumplido el patrón que se había seguido en los robos anteriores.

Según Silvia, Yaiza la invitó a tomar café en la mesa de cristal de la cocina. En un tono amigable, le contó que tiene intención de vender el chalet y comprar un apartamento en el centro, cerca de guarderías y colegios. Ha decidido hacerse cargo de su hermano y contratar a dos personas para que se encarguen de las tareas del hogar y del cuidado del pequeño. Yaiza piensa que con el dinero que obtenga por la venta del chalet podrá adquirir el apartamento y mantenerse ella y su hermano hasta que él sea mayor de edad.

En medio de la conversación, Yaiza mencionó que planea retomar los estudios de música para dedicarse a ello. Siente ilusión por componer y cree que tiene un futuro en ese campo, al menos eso es lo que le decían sus profesores hace cuatro o cinco años, antes de abandonarlos para unirse a un grupo de hip hop.

Aprovechando la buena conexión entre ellas, Silvia le preguntó sobre la relación de su padre con Noel Carreño. A diferencia de su reacción anterior en la comisaría, Yaiza respondió de manera más calmada, como si ya hubiera asimilado que el tema se volvería a tratar. Comentó que su padre y Noel eran amigos de toda la vida y que ella lo consideraba como a un tío. Llegaron a ser socios en varios proyectos, pero su relación profesional se rompió ocho años atrás, cuando ella tenía catorce años y Noel entró en su habitación mientras

ella se cambiaba de ropa después de un baño en la piscina.

Yaiza aseguró que quedó traumatizada por ese incidente y su madre, que entonces aún vivía, obligó a su marido a romper cualquier relación con Noel Carreño. Aunque retomaron el contacto de repente, semanas después del funeral de la madre de Yaiza. Recuerda que él apareció por el tanatorio y al poco tiempo lo vio jugando al pádel con su padre en el mismo chalet donde unos años atrás había intentado tocarla.

Escuchar esa historia enfurece a Marta, que es muy sensible al abuso a menores, y decide investigar a fondo a Noel Carreño.

Junto a Teo, revisan los antecedentes de Noel y cualquier posible mención en la prensa, pero no encuentran nada sospechoso. A todos los efectos, Noel es un empresario querido y respetado en la ciudad, sin nada que se le pueda reprochar.

Después revisan los historiales médicos de la familia Ramos en su totalidad, incluyendo análisis y exploraciones. Como habían escuchado previamente a la hermana de la empleada del hogar, Alberto, Gloria y Yaiza eran consumidores habituales de cocaína y otras sustancias. Gloria incluso estuvo ingresada durante algunas semanas en un centro de desintoxicación en Alfaz del Pi.

El inspector Olmedo entra con un café en la mano. Marta lo llamó a primera hora para hablar con él en persona.

—Os veo muy concentrados, ¿habéis pillado al fin al asesino de «Las tres palmeras»?

Marta y Teo están concentrados en una pantalla. Han llegado los resultados de la triangulación de los teléfonos de los posibles implicados y cruzan datos en silencio.

—¿Necesitáis dos ojos más? —pregunta Olmedo entre risas—. ¿A estas alturas todavía estáis comprobando la pedrea de la lotería de Navidad? No puede ser… ¿Dónde habéis dejado el periódico? —Busca por encima de las sillas y los archivadores—. Bueno, voy a sentarme.

Marta dice algo a Teo y lo deja encargado de continuar con la exploración.

—Olmedo, ¿qué te cuentas? ¿Todo bien con tu hijo? —pregunta ella mientras se sienta en la silla contigua.

—Calla, calla… No me toques el tema, que estoy que trino. ¿Querías verme?

—Sí —confirma ella—. Es sobre Noel Carreño.

—¿Qué le pasa ahora? ¿Han vuelto a robar a algún amiguete?

—No, no es eso. Sé que lo conoces desde hace tiempo.

—Tampoco te creas…

—Ya sé que no sois amigos, pero ¿podrías hablarme de él?

—Vamos al grano, compañera —dice Olmedo después de dar el último sorbo al café.

—¿Sabes si tiene debilidad por las mujeres jóvenes?

—¿Por qué me hablas así? Somos compañeros, maldita sea. ¿Quieres decir si es pedófilo?

Marta exige calma agitando la mano y observa de reojo a Teo, quien sigue concentrado en su tarea.

—Perdona, pero no quería ser tan directa. He escuchado que hace unos años intentó abusar de una menor.

—No me extraña.

—¿Cómo dices?

—Ese tío tiene muchos contactos, maneja información y eso significa poder. Tú estuviste en su casa, lo conoces. Quién sabe qué tipo de orgías ha montado en esa terraza llena de luces de colores.

—Quiero hablar con él, pero necesito que estés a mi lado —insiste Marta.

—¡Espera un momento! —Olmedo se levanta mientras sonríe de forma irónica—. ¿Vas a preguntarle directamente si ha intentado follarse a una menor? ¡Qué huevos tienes, Marta!

La expresión del inspector no pasa desapercibida para Teo, que deja de trabajar para girarse hacia los inspectores.

—Estamos buscando al ladrón que entró en su casa, ¿verdad? Pues ahora necesito su ayuda. ¿No es justo?

—¿Justo? Tú, siendo inspectora de Policía, ¿hablas de justicia? Esto es una locura. Si a ese tío vas a preguntarle sobre una menor, le estás pidiendo un favor, no lo olvides.

—Perdón —Teo se entromete en la conversación—, ¿podéis bajar el volumen?

Olmedo afirma en silencio.

—Ayer entraron a robar en la casa del subdelegado del Gobierno —prosigue Marta—. Estuve allí. Podría usarlo como excusa para visitar a Noel Carreño. Entonces, le preguntaremos algo relacionado con los robos y, ya de paso, sacaré el tema de la chica.

El inspector la observa como a un caso perdido. Piensa la respuesta mientras asoma la cabeza por la ventana para contemplar el patio interior. Dedica unos segundos a admirar la vista.

—¿Qué opina el comisario sobre esto?

—Está al tanto.

Olmedo consulta el reloj.

—¿Cuándo vamos?

Marta se acerca a la silla roja para coger el bolso.

—Ahora mismo.

12:45. Real Club de Regatas de Alicante.

Noel Carreño les ha reservado un hueco en su apretada agenda. Olmedo conduce con un cigarro en la boca mientras escucha una canción en la radio. Marta atiende la llamada de Óscar, el argentino de la inmobiliaria, que le recuerda que debe hacer una transferencia como señal para el apartamento. Si todo sale bien, tienen previsto encontrarse el lunes en la notaría para firmar la hipoteca.

A Marta aún le cuesta asimilar que pronto tendrá su primera vivienda en propiedad. La intensidad de la investigación no le deja espacio para pensar en asuntos personales. Después de colgar, le cuenta a Olmedo que va a comprarse un apartamento. Él confiesa que desearía tener la edad de ella para poder comprar no solo uno, sino tres. Conoce a varias personas que viven de las rentas de sus propiedades y si fuera más joven, no dudaría en adquirir algunas para ponerlas en alquiler.

—Veo que aquí sois muy especuladores —comenta Marta.

—¿Has escuchado alguna vez eso de «tonto el último»? Tengo dos plazas de garaje alquiladas. Mi coche es viejo y lo dejo en la calle. Conozco un vecino al que le gusta coleccionar cocheras. Si no he perdido la cuenta, tiene once. Aparcar en Alicante es complicado.

—Me lo imagino —dice Marta, observando a su derecha la nueva estación de autobuses—. Hace un rato me han comunicado por mail que el sábado llegará la mudanza.

—¿Mudanza? ¿No estás alojada en un hotel?

—Sí, pero me traerán la moto y cinco cajas con ropa y algunos recuerdos.

—Si necesitas dejarlas en algún lugar, puedo hacerte un hueco en casa. Tengo un dormitorio lleno de trastos de mi hijo, el que se está separando, y todavía hay espacio para más cosas.

—Muchas gracias, pero las dejaré en el hotel. La habitación es grande y además tengo que revisar la ropa. Como siga subiendo la temperatura, tendré que sacar los pantalones cortos.

Olmedo accede al parking de la Plaza Canalejas. Al salir, caminan frente a la sala de exposiciones de la antigua Lonja de Pescado y luego cruzan la calle hacia la acera que rodea la institución que preside Noel Carreño.

—¿Has estado dentro alguna vez? —pregunta Marta a Olmedo.

—Sí, aunque más bien me colé —sonríe mientras se dirigen hacia la

entrada, un pórtico donde hay un guarda de seguridad—. He hecho muchas gamberradas en mi vida y una de ellas fue entrar en este lugar. Aquel día íbamos de boda. Salimos de la iglesia y acordamos encontrarnos para tomar una cerveza ahí delante, en una terraza del centro comercial. Mi hermano y yo dejamos a nuestras mujeres y nos fuimos al parking de donde venimos. Cuando pasamos por aquí, vimos a mucha gente entrando al club de regatas, todos emperifollados… También iban de boda. Mi hermano, que era aún más cabrón que yo, me preguntó si teníamos huevos de entrar y tomarnos unos vinos con esa gente. Adivina qué sucedió.

Olmedo se detiene a unos metros de la entrada y Marta hace lo mismo, atenta y con una sonrisa enigmática en sus labios.

—Nos colamos sin dificultad y fuimos a la barra, al lado del tipo que preparaba los cócteles y junto a la puerta por donde los camareros salían de la cocina con bandejas llenas de canapés.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Qué va. Enseguida perdimos la noción del tiempo. En aquel entonces no había teléfonos móviles, así que imagínate cómo se sintieron nuestras mujeres cuando aparecimos borrachos en el restaurante cuatro horas después. Habían tomado un taxi después de esperarnos en vano. El enfado duró varias semanas.

—Y yo que pensaba que habías sido un chico formal…

—Ya me irás conociendo. Bueno, vamos a ver al pijo este.

El guarda de seguridad los acompaña hasta el vestíbulo, donde una mujer vestida con traje y un pañuelo en el cuello les indica que esperen un momento.

Los inspectores curiosean las fotografías expuestas en las paredes, que muestran la evolución de las instalaciones desde que el club fue fundado en 1889. Olmedo aprovecha para explicar a Marta la transformación que ha experimentado el puerto desde entonces.

—Síganme, por favor —indica la misma mujer que los saludó antes.

El pasillo comunica con el bar, que en ese momento está casi vacío. Solo hay un hombre que toma café y conversa con el camarero. Unos escalones más adelante, llegan a una terraza junto al puerto, donde varios hombres vestidos con ropa de trabajo preparan las mesas distribuidas por el espacio. Otro hombre prueba los altavoces mientras una joven habla por teléfono y señala a alguien que el centro de flores no tiene el color que había pedido.

A lo lejos, Marta y Olmedo observan a Noel Carreño levantando el brazo. La mujer que los acompañaba les indica el camino a seguir para llegar hasta él. Marta sigue los pasos de su compañero mientras admira las vistas privilegiadas del lugar, en un entorno exclusivo, similar a los lugares en los que suele moverse el anfitrión del encuentro.

Noel da unas palmadas a un hombre que está cortando jamón. Su sonora sonrisa resulta impertinente para la inspectora, quien recuerda la visita al lujoso chillout de su chalet.

—Bienvenidos —saluda, estrechando las manos de Marta y Olmedo —. Por favor, prueben el jamón.

Olmedo no duda en tomar un par de lonchas y anima a Marta, que finalmente también accede.

—Exquisito —opina el inspector—. ¿Están preparando un evento?

—Sí. Esta noche recibiremos a doscientas personas. Es un evento organizado por una bodega, van a presentar un nuevo vino. ¿Qué les parece? —Señala un cartel que hay detrás de un atril donde se exhibe la fotografía de la botella protagonista de la jornada.

—La botella es preciosa, pero seguro que sabrá mucho mejor, ¿verdad?

Noel estalla en carcajadas ante la broma de Olmedo. Estira el brazo para alcanzar las gafas de sol que se han caído mientras reía.

—Acompáñenme, vamos a aquel rincón, allí estaremos más tranquilos.

Pasan junto a la chica de las flores, quien ahora examina una copa a contraluz, como si estuviera analizando el color del vino que disfrutarán más tarde. De repente, un aroma invade las fosas nasales de la inspectora y se detiene junto a un macetero de madera aromática. El detalle no pasa desapercibido a la chica de las flores, que sonríe a Marta al verla con la nariz pegada a la madera, como un perro que encuentra un olor familiar.

—¿Qué les trae por aquí? —pregunta Noel, cediendo el paso a los inspectores antes de tomar asiento en las banquetas.

—Venimos a hablar sobre los robos —informa Olmedo.

—¿Hay alguna novedad?

Olmedo le indica a Marta con la mirada que sea ella quien responda.

—No sé si ya lo sabe, pero ayer entraron en la casa del subdelegado del Gobierno.

—¡No jodas! —El rostro de sorpresa de Noel deja claro que acaba de enterarse—. Perdón, es que… ¿En serio?

Extrae tabaco del bolsillo de la camisa y enciende un cigarrillo.

—Así es. ¿Tiene conocimiento de algún otro robo aparte de los que ya conocemos?

—No, ninguno. Me había hecho ilusiones cuando Olmedo me llamó para hablar. De verdad, acabo de llevarme una decepción.

Noel acaricia su barba cana y dirige la mirada hacia un velero donde dos gaviotas corretean por el mástil.

—Ayer visité la empresa de seguridad. —Marta capta la atención de Noel—. Usted nos proporcionó un listado con cinco nombres, seis si

contamos lo ocurrido en casa de Alberto Ramos. La empresa dice que hasta el momento son nueve.

—Y diez si incluimos al subdelegado del Gobierno —apunta Noel.

—No.

—¿No?

—En la casa del subdelegado hay otro sistema de alarma, pero también lo sabotearon. Le robaron y dejaron una pintada de barro.

Noel coge otro cigarrillo y lo enciende con ansiedad.

—Entonces, ¿me está diciendo que los ladrones también están entrando en otras casas con sistemas de seguridad diferentes?

Marta asiente en silencio. Espera a que Noel se muestre más vulnerable para preguntarle por el verdadero motivo de su visita.

—Esto se está haciendo cada vez más grande. No me gusta nada —dice Noel.

—Estamos trabajando en ello. Tenemos a un equipo de informáticos revisando las cámaras y por fin hemos logrado acceder a uno de los lugares de los robos con la Policía científica. El subdelegado ha tenido el valor de denunciar el robo.

El tono utilizado por Marta y la posterior mirada de reproche obligan a Noel a ocultar la mirada tras las gafas de sol.

—Ya les dije que no podíamos…

—Lo sabemos —interrumpe la inspectora, alzando la voz y apoyando las palmas de las manos en la mesa circular—. A pesar de las limitaciones, estamos dejándonos la piel, no lo dude.

—Lo sé, lo sé, y les estoy muy agradecido, créame.

—Cualquier detalle puede ser crucial para resolver el caso. Así que no dude en llamarnos si usted o sus colegas recuerdan algo, por absurdo que parezca.

Noel asiente, pellizcando el vello de las patillas.

—Haremos memoria. Seguro que tendrán noticias mías.

—Muy bien. Antes de marcharnos, quería preguntarle algo.

—Lo que quiera, adelante.

Marta ha preparado el terreno, ha llegado el momento.

—Recordará que le mencioné que estaba al mando de las investigaciones en la casa de Alberto Ramos. —Él asiente con un ligero movimiento de la cabeza—. Tenemos sospechas sobre su hija. ¿Podría hablarme de Yaiza Ramos?

El pecho de Noel se tensa, como si hubiera sentido un escalofrío. A pesar de llevar las gafas de sol, sus cejas delatan que parpadea a gran velocidad. También su boca tiembla ligeramente.

—¿Yaiza? —pregunta como si la inspectora se hubiera equivocado de nombre.

—Sé que Alberto era amigo suyo desde la juventud, así que supongo que conocerá bien a su hija. Estoy recabando datos. ¿Ha

tenido contacto con ella últimamente?

Noel comprueba la hora en su Rolex Submariner de color acero y verde. Humedece los labios mientras inclina la cabeza.

—Sabemos que está muy ocupado y no queremos molestarlo, pero su colaboración sería de gran ayuda, por favor.

Tras la súplica de la inspectora, Noel se levanta y aparta el taburete, arroja la colilla al suelo y la pisa.

—Conozco a Yaiza desde que nació. De hecho, se crio junto a mis hijos. Ambas familias teníamos una gran amistad. Hace varios años que no tengo contacto con ella. Sé que después de la muerte de su madre, atravesó una crisis y se transformó, no solo su apariencia, sino también su comportamiento. Alberto quería que ella heredara los negocios, pero no conseguía enderezarla, no sé si me entienden.

Marta y Olmedo escuchan atentamente a Noel. Esperan que el empresario continúe hablando, pero se ha quedado mudo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

La pregunta de Marta vuelve a despertar la atención de Noel, que reacciona como si le hubieran pinchado con un objeto punzante. Retira las gafas de sol y las introduce en el bolsillo de la camisa.

—No lo recuerdo bien. Quizás fue aquel día que les comenté, cuando fui invitado por el abogado a casa de Alberto. Ella estaba sentada en el sofá mirando su móvil y con los cascos en las orejas. No cruzamos palabra. De hecho, hace mucho tiempo que no habla conmigo.

—¿Algún problema entre ambos?

Noel dirige sus ojos azules hacia Marta, por un instante parece que se pondrá a la defensiva.

—No me gusta mentir, y mucho menos a la Policía. Un día me tendió una trampa. Para resumirlo… Insinuó a su madre que yo intenté abusar de ella. Imaginen la bomba. —No sonríe precisamente de alegría—. Su madre se puso furiosa. No sé qué pretendía Yaiza acusándome, además a mí, que la quería como a una hija. En fin… Ya empezó a causar problemas desde que entró al instituto.

—¿Sabe que también está causando problemas en Pamplona, donde estudia actualmente?

—Aunque no cuente con su aprobación, no he dejado de preocuparme por ella. Hace un par de meses coincidí con Alberto en el auditorio. Le invité a tomar algo y me dijo que su hija lo llevaba por la calle de la amargura, esas fueron sus palabras. Parece ser que a la chica se le había ido la mano con las apuestas y necesitaba dinero. Estaba muy preocupado.

Marta celebra en su interior que la visita comience a ser productiva y aprovecha para indagar en otros asuntos de la vida de Ramos.

—¿Sabe por qué decidió entrar en política?

Noel levanta la mirada. Alguien le reclama desde la esquina opuesta, donde un hombre espera con una carretilla cargada de cajas.

—Los empresarios se meten en política por dos razones. La primera es porque sus negocios no funcionan bien y la segunda es porque buscan reconocimiento social. Alberto Ramos era de estos últimos. Le aconsejé que dejara los mítines y las inauguraciones con risas forzadas a otros. Él poco iba a ayudar a los ciudadanos desde el ayuntamiento. Tenía la posibilidad de crear empleo e incluso donar dinero a algunas asociaciones. Eso le habría dado un reconocimiento más rápido. Incluso le dije que en unos años le dedicarían una calle en la ciudad.

—¿Y qué nos dice de Gloria?

—Que era atractiva y que se la ha cepillado media ciudad y parte de los alrededores.

Los inspectores no esperaban escuchar una afirmación tan grosera. El tono utilizado por Noel está impregnado de odio y misoginia.

—¿Por qué habla de ella de esa manera? —pregunta Olmedo, ante el rostro de repulsa de su compañera.

—Porque esa mujer no servía para nada más. Así de claro. Se lo dije mil veces… Alberto, esa mujer no te conviene… Piensa con la cabeza, no con el pito… Pero no hubo manera. Pasaban los días discutiendo. Era una… Una lagarta. Estaba enganchada a las drogas y también al sexo. —Enciende otro cigarrillo y guarda el paquete en el bolsillo—. Yo quería mucho a Alberto. Joder, fuimos juntos a la escuela. Esa mujer era un cáncer para él y así acabó la cosa.

—¿Cree que ella pudo provocar que alguien decidiera hacerles daño?

—Lo que yo creo es que Alberto estaba metido en algo demasiado grande para él. Quién o qué fue el desencadenante de la brutalidad que les ocurrió, ya no lo sé. Sigan de cerca a Yaiza, una chica como ella, inteligente aunque con problemas mentales, es capaz de cualquier cosa. Pregunten en el sanatorio psiquiátrico del doctor Romero en Murcia. Allí les hablarán de los trastornos de Yaiza.

—¿Cómo sabe eso? —pregunta Marta, levantándose para bloquear el paso de Noel, quien parece querer dar por concluida la entrevista.

—Ya lo dije antes. La quería como a una hija. Fui yo mismo quien recomendó a Alberto que internara a Yaiza en ese lugar.

16:00. Finca de Miquel Grau. Alicante.

Silvia y Marta se dirigen a la vivienda del abogado de Alberto Ramos. Tras suplicarle, la subinspectora ha logrado que el señor Grau les conceda unos minutos. Tienen que desplazarse hasta su residencia en las afueras de la ciudad. Últimamente sufre un cólico nefrítico y esta mañana ha tenido que quedarse en casa.

Teo, Silvia y Marta han compartido un almuerzo cerca de la comisaría, aprovechando para repasar las últimas novedades de la investigación. Silvia ha tenido suerte de entablar una breve conversación con la mujer que ocupa el segundo lugar en las listas a la alcaldía de Alicante, representando al partido que hasta hace unas semanas lideraba Alberto Ramos. Ha sido un encuentro breve. La cercanía de las elecciones apenas deja tiempo para otra cosa más que atender a la prensa y buscar votos en cada rincón de la ciudad.

Nieves, así se llama la política, contó que todavía no se han recuperado de la desgracia. Habían formado un sólido equipo para las listas, todos unidos bajo la dirección de Alberto Ramos. Aunque admitió la existencia de un pequeño grupo que no compartía sus ideas, aseguró que la baja de Ramos no había cambiado mucho las cosas, ya que todos habían ascendido un puesto en la jerarquía.

También se mostró dispuesta a facilitar las grabaciones de las sesiones donde todos los afiliados tenían voz y voto. Según sus palabras, se podía apreciar el buen ambiente y la ilusión por llevar a Alberto como líder del proyecto.

Teo ha estudiado los movimientos de Yaiza, su novio y Miquel Grau en los días previos y posteriores al asesinato en la casa de Ramos. Yaiza y su pareja permanecieron en Pamplona, llevando a cabo sus rutinas diarias, mientras que Miquel Grau pasó unos minutos en casa de Ramos aquella misma mañana. Aparentemente, no hay nada raro en los resultados obtenidos.

Marta les ha contado el encuentro con Noel Carreño y la naturalidad con la que explicó su relación con Yaiza. Ha aprovechado la oportunidad para delegar a Teo la tarea de investigar el paso de la joven por el sanatorio psiquiátrico.

El Renault Clio de Silvia carece de aire acondicionado, así que viajan con las ventanillas bajadas. Mientras comentan que el fin de semana se acerca y podrían preparar un plan, Silvia propone ir hasta Jávea para conocer el parque natural del Montgó. Pero Marta tiene

otro plan en mente: conducir hasta Guardamar para conocer la zona y visitar a su tía.

Circulan hacia el sur de la ciudad por la misma carretera que Fran Vallejo acompañó a Marta hasta Elche el día anterior. La conversación se interrumpe cuando el teléfono de Silvia anuncia que su destino está a la derecha, hacia el lado opuesto del club de golf El Plantío. Pasados unos metros, encuentran una finca con varias filas de palmeras perfectamente alineadas. Marta y Silvia se preguntan si Miquel Grau es el propietario de aquel vivero. En ese preciso momento, una furgoneta abandona la finca y Silvia, con gran agilidad, se adelanta para entrar antes de que la puerta automática se cierre.

El camino está asfaltado y, a pocos metros, a la derecha, se aprecia una pista de tenis seguida de setos que brindan privacidad a la zona de la piscina. Pronto llegan a una vivienda de dos plantas, donde hay un Audi negro aparcado bajo un techo.

Miquel Grau las recibe cubierto por una bata marrón y con un aspecto descuidado. Cojeando ligeramente, las invita a rodear la casa hasta una pequeña terraza que ofrece vistas a una fuente de mármol con cinco caños de agua.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Silvia una vez toma asiento en una silla de hierro forjado.

—Bastante jodido. Los problemas de los riñones son lo de menos. Lo que me preocupa es lo que está haciendo la hija de Ramos.

—Esta mañana nos visitó —informa Marta— y sorprende su cambio de actitud.

—¿Actitud?

—Sí, como si hubiera tomado una dosis de responsabilidad en el desayuno —bromea Silvia.

—Tendrían que haber escuchado todo lo que esa niñata me dijo anoche. Su padre estaba preocupado por ella, pero ahora soy yo quien sufre sus paranoias de primera mano.

Sobre la mesa hay una jarra de agua y tres vasos, junto con una docena de dátiles. Miquel se levanta y sirve agua.

—¿Qué relación tenía usted con Yaiza antes de la muerte de su padre? —pregunta Marta.

—Hola y adiós. Solo eso. Alberto quería involucrarla en los negocios, pero no la veía preparada. Ella solo pensaba en cómo gastar el dinero, no en cómo ganarlo. En mi opinión, todavía no ha superado la muerte de su madre y eso le está afectando —explica Miquel.

—¿Sabe si ha recibido ayuda psicológica?

—Sí, pero no sirvió de nada. Tengan en cuenta que la chica tiene veintidós años y su padre no podía obligarla. Alberto logró convencerla de que acudiera a un médico después de un episodio de locura que sufrió en un restaurante, el día en que Alberto le comunicó

que Gloria estaba embarazada y que pronto se mudarían juntos.

La actitud de Miquel Grau dista mucho de sus encuentros anteriores, donde solía mostrarse prepotente. Se puede apreciar el dolor en sus palabras.

Marta sabe que no pasará mucho tiempo antes de que su actitud cambie, especialmente cuando comience a escuchar las preguntas que trae preparadas.

—¿Estuvo internada en algún psiquiátrico?

—A ver, creo que no debería hablar de eso —responde Miquel, mostrando indecisión.

—¿Por qué no?

—No sé… Es que…

—Que Yaiza esté enferma no significa nada. Somos policías y nuestra labor es unir los hilos —insiste Marta.

—Estuvo en tratamiento durante algunas semanas, pero todo terminó el día que se escapó del centro. A partir de ahí, Alberto cedió ante todos sus chantajes. Eso es todo, no quiero hablar más —revela Miquel, visiblemente incómodo.

—De acuerdo, tranquilo —dice Marta—. Con lo que nos ha dicho, es suficiente. Ah, y ahora que recuerdo, fue usted quien nos avisó sobre una uña que se encontró en el lugar donde se hallaron los cuerpos.

—Sí, así es. La encontró un empleado de limpieza.

—¿Cómo cree que acabó esa uña allí?

La pregunta toma por sorpresa a Miquel, que sacude la cabeza, confundido.

—¿Yo? ¿Por qué me pregunta eso?

—No lo sé. La científica rastreó cada rincón de la casa y el jardín durante doce horas. Es extraño que hayan pasado por alto ese detalle.

—¿Qué quiere que le diga? Supongo que no son infalibles. Tal y como ustedes me dijeron, pedí a los trabajadores que si encontraban algún objeto, me lo comunicaran de inmediato. Eso hice.

Marta acaba de darle a Miquel la oportunidad de admitir que fue él quien dejó caer la uña desde el balcón del dormitorio. Desconoce por qué lo hizo ni tampoco por qué lo oculta. La única opción era incriminar a Yaiza, y considerando la actitud de la joven en las últimas horas, esa posibilidad gana fuerza.

Mientras Miquel se queja con gesto dolorido de un malestar en el costado derecho, a la altura de la cadera, Marta duda si es real o si está interpretando un papel. Parece que al abogado también se le da bien la actuación.

—He sacado cita con el médico. Se me va a hacer eterno esperar hasta mañana a las diez.

Marta decide seguir adelante y cambiar de tema, para ver cómo

reacciona.

—No queremos entretenerlo más tiempo. Pero antes de irnos, me gustaría hablar de Gloria. ¿Qué relación tenía con ella?

—¿A qué se refiere? —La voz de Miquel resuena con tono bronco.

—¿Sabe si tenía enemigos o estaba involucrada en algún asunto oscuro?

—Todo lo que hacía Gloria se resumía en salir, hacerse fotos y exhibirlas en las redes sociales.

—¿Solo eso?

—¿Qué más quiere que le cuente? Yo era socio de su marido, no de ella.

—Y entonces, ¿por qué dos días antes del crimen quedaron a solas en el Hotel Lucentum? —pregunta Marta.

Miquel Grau infla los pulmones como un toro antes de embestir. Su mirada perfora a Marta, que mantiene su semblante severo sin mover un ápice.

—¿Han estado investigándome?

—Solo hacemos nuestro trabajo. Le agradeceríamos su colaboración. Usted es abogado, sabe cómo funciona esto —dice Marta con calma.

—No pasó lo que ustedes piensan. Si creen que me acostaba con Gloria, están equivocadas. Y no será por falta de oportunidades. A esa mujer le gustaba el sexo tanto como a mí el dinero.

—Entonces, ¿cómo terminaron en…?

—Desde hace dos años, utilizo una habitación como oficina. Hay negocios que no pueden llevarse a cabo en restaurantes ni en puticlubs. El hotel es un lugar discreto, o eso creía, antes de saber que han filtrado algunos vídeos.

—Es parte de nuestro trabajo —puntualiza Silvia, que se esfuerza por contener las palabras de reproche que quieren salir de su boca.

—Y hacen un buen trabajo, de verdad. No tengo nada que esconder. Gloria sabía que podría encontrarme en ese lugar. Su marido había estado muchas veces. Se presentó preguntando por mí. Estaba a punto de casarse y quería consultarme un asunto legal.

—¿Podría decirnos de qué se trataba?

—Acababan de hacer la separación de bienes y redactar nuevos testamentos. Vino a preguntar cuándo tendría las copias definitivas del notario.

—¿Acaso tenía prisa?

—Ustedes no lo saben, pero era desconfiada en asuntos económicos.

Una media sonrisa asoma en su rostro sin afeitar. Aunque se esfuerza, le resulta imposible disimular la sensación de victoria que experimenta tras haber capeado el asunto del hotel.

Marta se incorpora. Sabe que es el momento ideal para marcharse, pero le quedaría un sabor amargo si dejara al abogado con la sensación de haber burlado a la Policía.

—Muchas gracias por su tiempo, señor Grau. Estaremos en contacto.

—Para lo que necesiten —responde acompañándolas de vuelta al coche.

Antes de subirse al asiento del copiloto, Marta dirige su mirada hacia Miquel Grau, quien la observa con confianza, con las manos en los bolsillos de su bata. Mantiene la sonrisa que tenía unos segundos atrás. En su interior, anhela que las inspectoras desaparezcan para levantar el brazo y mostrar una sonrisa triunfal.

La inspectora alza el dedo, como una maestra que advierte a su alumno.

—Quizá un día de estos quedemos con usted en la comisaría. Me gustaría mostrarle una grabación en la que se le ve practicando una nueva modalidad de atletismo: lanzamiento de uña sobre un charco de sangre.

Marta cierra la puerta de un portazo y Silvia arranca el Renault Clio. Dejan atrás la figura estática de Miquel Grau. Su orgullo se desvanece ante la prueba que apunta directamente hacia él.

36

17:35. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Miquel Grau ha sumado una preocupación más a su colección. Si no tenía suficiente inquietud por la intromisión de Yaiza Ramos, que pone en peligro sus negocios, ahora se enfrenta a la certeza de que la Policía lo tiene en la mira después de descubrir que intentó manipular el curso de la investigación presentando una prueba falsa. Es consciente de que dicha acción podría acarrear acusaciones de delito.

Mientras tanto, Marta y Silvia celebran su intervención.

—¿Has visto su cara? —dice Silvia—. Le has dejado en pelotas. Eres la pera…

—No podía irme sin decírselo. Ahora sabe que lo tenemos pillado. Aunque, de todas formas, este abogado es de los que les gusta la acción y no se dará por vencido fácilmente. Seguro que nos sorprende con algo más.

—Ha sido genial, menuda cara de gilipollas se le ha quedado.

Contagiada por la emoción, Silvia manipula la radio y pone el CD de *Bachata Hits 2003*. A los pocos segundos, comienza a sonar «Hoy la vi pasar», de Yoskar Sarante.

A Marta le encanta que su compañera sea tan visceral. Desearía dejarse llevar y cantar a dúo el estribillo, pero siente una fuerza que la retiene. Es una lucha constante que mantiene con su pasado. Apoya el codo en la ventanilla mientras consulta su teléfono. Tiene un mensaje de Teo. Le pide a Silvia que baje el volumen para llamarlo.

—Teo, ¿qué tal? —saluda mientras activa el altavoz para que Silvia también participe.

—Jefa, ¿ha ido todo bien?

—Acabamos de reunirnos con Miquel Grau. Ha corroborado que Yaiza sufre alguna enfermedad mental y también nos ha explicado que se reunió con Gloria en el hotel por motivos profesionales. En fin… ¿Por qué sigues en la oficina?

—¿Adivina qué estoy leyendo en este momento? —pregunta Teo con emoción.

Marta y Silvia se miran, preguntándose qué puede ser. Marta responde:

—No tengo ni idea, pero espero buenas noticias.

—He conseguido los informes del sanatorio psiquiátrico del doctor Romero.

—¡Qué cabrón! —celebra Silvia levantando el puño.

—¿Hay algo interesante en ellos? —pregunta Marta.

—Esto podría pertenecer a una novela de Stephen King. Hay intriga en cada párrafo. Enseguida te enviaré el material por correo. Aunque lo mejor de todo no es el informe, adivina quién se nos ha adelantado esta mañana y también ha pedido una copia.

Marta recuerda que Noel Carreño les puso tras la pista del centro psiquiátrico, pero no puede imaginar por qué querría el historial de Yaiza.

—Adelante, sorpréndenos. Tenemos puesto el cinturón —dice Silvia.

—Acabáis de estar en su casa.

—¿Miquel Grau? —reacciona Marta con la sensación de haberse perdido algo.

—Así es. El abogado se hizo pasar precisamente por el representante legal de Yaiza Ramos. Argumentó que, tras el fallecimiento del padre de Yaiza, él se encarga de los asuntos familiares y necesita los informes para entregárselos a un hospital en Pamplona, donde actualmente están tratando a la joven.

—¿Pero qué pasa aquí en Alicante? —se pregunta la inspectora, incrédula—. ¿Acaso en el colegio estudiáis interpretación?

—Recuerda que es abogado y, además, de los buenos —opina Teo —. Sabe cómo moverse. Bueno, chicas, os dejo. Voy a ver a mi pequeño. Marta, el correo acaba de salir. Nos vemos mañana.

Marta y Silvia quedan en silencio, sumidas en sus pensamientos. La música deja de sonar en el Clio. Se detienen en el semáforo de la rotonda del Barco, una de las principales entradas a la ciudad. El teléfono de la inspectora emite una notificación que le devuelve al presente. Es Fran Vallejo invitándola a tomar una horchata y unos cacahuetes. Una media sonrisa se dibuja en su rostro ante la simpatía del periodista.

—Adivina quién me ha invitado a tomar algo —dice Marta, emocionada.

—¿El periodista? —pregunta Silvia mientras Marta afirma con la cabeza—. Eres mala, joder. Llevas solo un par de días en la ciudad y ya has ligado. ¿Cuál es tu secreto? ¿Les enseñas tu pistola y caen rendidos a tus pies?

—Anda, déjalo. El chico es agradable y simpático.

—Y además está buenorro. Yo le había echado el ojo… Solo es que no hemos coincidido aún.

—Puedes venir, si quieres —dice Marta.

—No pienso sujetaros las velas, no, no.

—Oye, no te lo tomes así. Lo digo en serio. No tengo nada con él, solo vamos a hablar un rato.

Silvia pone su mano en la pierna de Marta para calmarla.

—Que no, que es todo para ti. Solo bromeaba. Aprovecha y dale una alegría al cuerpo, estás muy estresada.

Marta decide quedar con Fran Vallejo, pero más tarde. Ahora quiere aprovechar la tranquilidad que hay en la oficina para leer los informes médicos de Yaiza. Es la primera vez que está sola allí y toma asiento en la silla ergonómica de Teo. No se atreve a abrir su ordenador. La torre parpadea con luces de colores, está segura de que algo se está procesando.

Toma un sorbo de la Coca-Cola que ha comprado en la máquina del pasillo y se reclina en el sillón para abrir en su móvil el correo electrónico con los datos del centro psiquiátrico. Hay tres documentos. El primero es la consulta inicial, el segundo es el historial de los catorce días en los que estuvo ingresada en el centro, y el último es el parte de alta voluntaria. Todos están firmados por el doctor Samuel Romero entre los meses de septiembre y octubre de 2012, hace tres años. Haciendo cálculos, Marta deduce que ese periodo coincide con el momento en que Gloria ya vivía en casa de Alberto Ramos y su hija Yaiza, y justo había nacido su hijo o estaba a punto de hacerlo.

El doctor resume que Yaiza accedió al tratamiento bajo su voluntad y que ella consideraba que era su padre quien debía haber acudido por cometer el error de casarse con una víbora. En una entrevista privada con la facultativa, Alberto describió el comportamiento de su hija como delirante y en ocasiones agresivo. Según él, ella no había superado la muerte de su madre y, por lo tanto, tampoco aceptaba que su padre hubiera rehecho su vida con otra mujer. También atribuía su comportamiento a las malas compañías que la habían alejado de la chica responsable y seria que solía ser.

Alberto firmó la autorización para el ingreso de Yaiza en el centro. En un principio, sería solo por una semana, tiempo suficiente para que la conocieran y pudieran emitir un diagnóstico y un tratamiento adecuado.

Según los informes diarios, Yaiza superaba las pruebas y las entrevistas con los médicos sin problemas, hasta que en el cuarto día recibieron los resultados de los análisis de sangre y orina iniciales. Ese mismo día, se realizaron análisis adicionales urgentes y a media tarde confirmaron que Yaiza se estaba medicando en secreto. Ni el doctor ni las enfermeras le dijeron nada, solo aprovecharon el momento en que la joven cenaba en el comedor para registrar su habitación. No encontraron restos de medicamentos ni drogas entre sus pertenencias, por lo que supusieron que los llevaba consigo.

Marta lee el informe y se acuerda de Teo, quien le dijo que parecía una novela de misterio y suspense. La inspectora bebe un trago sin apartar la mirada del documento que tiene abierto en el teléfono.

Al día siguiente, en el quinto día de Yaiza en el centro psiquiátrico,

después del desayuno le informaron de que le habían reservado el spa durante las siguientes dos horas. Ella mostraba resistencia al agua, pero la enfermera argumentó que el doctor le había planificado una jornada dedicada a la relajación. Además del baño, también recibiría un masaje sensorial de cabeza.

Según relata el informe de aquel día, esto ocurrió cuando un empleado de mantenimiento revisó el dormitorio de Yaiza y encontró una bolsa con cocaína y cuatro cajas para el tratamiento de la ansiedad y de la depresión ocultas sobre una placa de escayola desmontable en el baño. Todo permaneció en el mismo lugar tal y como se encontró. El doctor Romero decidió informar a Alberto Ramos. Ahora no solo tenían que enfrentarse a los trastornos emocionales de Yaiza, sino también a un evidente caso de drogadicción.

El informe del sexto día comienza con la descripción de la autorización de Alberto para que actuaran como considerasen conveniente. Acto seguido, el doctor programó una reunión con Yaiza en su despacho. Mientras ambas estaban reunidas, una enfermera y un empleado de mantenimiento recogieron la droga y los medicamentos del falso techo del baño y los llevaron al despacho, donde Romero explicó a Yaiza que en el centro estaba prohibido automedicarse y mucho menos consumir drogas.

Marta sabe lo que viene a continuación y presta aún más atención. Según el informe diario redactado por el doctor, Yaiza se transformó en cuanto comprobó que le habían confiscado las sustancias que la mantenían tranquila. Pensaba que nunca las encontrarían y que en pocos días volvería a estar en la calle con un informe médico favorable, y así lograr que su padre la dejara en paz. Como un animal que defiende a su cría, se abalanzó sobre la enfermera para quitarle la bolsa donde había guardado las sustancias. No dudó en arañarla. La enfermera cedió y salió corriendo a pedir ayuda a seguridad.

Al ver la intención de Yaiza de abandonar el despacho, el empleado de mantenimiento se interpuso en la puerta para bloquearle el paso. Al darse cuenta de que no había forma de escapar, la joven corrió hacia el doctor, quien buscó refugio debajo de la mesa. Yaiza abrió los cajones y cogió unas tijeras. Apoyó el filo de una de las hojas en su muñeca y amenazó al de mantenimiento con cortarse si no se quitaba de en medio. Él se apartó y ella aprovechó para salir a la carrera, pero enseguida fue detenida en el pasillo por un guarda de seguridad que, con un movimiento ágil y preciso, logró que las tijeras cayeran al suelo.

En ese momento, una notificación se sobrepone en la pantalla del teléfono. Es un mensaje de Fran Vallejo informando a Marta que la espera en la puerta de la comisaría. Ella consulta la hora. El periodista

ha acudido quince minutos antes. Lejos de lamentarse, agradece dejar de lado la lectura del informe. Lo retomará en otro momento.

20:45. Playa de San Juan de Alicante.

Marta no esperaba recorrer Alicante en el bus turístico. Fran ha insistido en que era la mejor manera de conocer la ciudad y, de paso, broncear un poco su piel pálida. No les ha importado estar rodeados de turistas que no dejaban de fotografiar los monumentos y fuentes que la guía anunciaba a través de los auriculares. Al contrario, Fran disfrutaba buscando parecidos con famosos. Es un juego que lleva practicando desde pequeño y hoy le ha servido para lograr que Marta se olvidara del trabajo por unas horas.

Ahora están sentados en el paseo de la playa de San Juan, frente a la oficina de turismo y a escasos metros del agua. Marta le ha comentado que en unos días firmará la hipoteca del apartamento, y Fran no ha dudado en acompañarla para mostrarle la zona. A él también le encanta pasear por allí y dice que en varias ocasiones ha llegado hasta Campello. Entre risas, le confiesa que después de caminar ocho kilómetros, siempre ha regresado en autobús.

Fran lleva consigo una mochila en la que guarda su cámara de fotos. Según él, nunca se sabe dónde capturará la fotografía de su vida. Está concentrado en su encuentro con Marta, lleno de intensidad pero al mismo tiempo distendido. Le pide que mire al horizonte mientras la enfoca a través del objetivo, para inmortalizar su silueta al atardecer.

Él se muestra hablador y no duda en contarle divertidas anécdotas sobre algunos de los encargos que ha tenido como fotógrafo.

—Poco después de llegar a Alicante, coloqué anuncios en varias farolas de la ciudad. Una chica me contactó porque quería que le hiciera un reportaje fotográfico para presentarse a un casting de modelos. Quedamos y durante toda la tarde recorrimos varios lugares hasta terminar aquí, en esta misma playa. Tiene una luz especial.

Fran Vallejo deja de hablar. Se sumerge en sus pensamientos, rememorando el pasado.

—¿Me vas a contar qué pasó? —pregunta Marta, trayéndolo de vuelta al presente.

—Sin avisarme de sus intenciones, se desnudó y caminó hacia el agua. Desde allí, me pidió que la capturara con el teleobjetivo. No me importó —sonríe de manera pícara—. La chica llamó tanto la atención que en cuestión de segundos el paseo estaba lleno de curiosos. A mí me daba igual, era ella quien mostraba sus encantos y yo solo la

capturaba mientras jugaba con el agua en pose provocativa.

—¿Y ya está?

—¿Cómo que si ya está? —replica él—. ¿Acaso quieres que te cuente lo que pasó después?

—Pues hombre, ya que estamos…

—No te lo vas a creer —oculta la sonrisa—. De repente, una mujer corrió hacia mí gritando algo que no pude entender. Era su madre.

—¿En serio?

—Muy en serio. La mujer no fue hacia su hija para decirle que regresara y se cubriera, qué va, vino directamente hacia mí para quitarme la cámara.

—¡Vaya lío! —dice Marta imaginándose la escena.

—Ya lo creo. Detrás de ella venía el padre. El hombre cojeaba un poco y no caminaba bien sobre la arena. Yo no sabía qué hacer. Miraba a la chica esperando a que saliera del agua y calmara a su madre, pero en lugar de eso, comenzó a gritarme que me fuera y que ya me llamaría.

Ambos se desternillan de risa.

—¿Y tú qué hiciste?

—Joder, ¿qué podía hacer? Pues salir por patas, como si hubiera robado algo. Dejé allí a la chica para que se las arreglara con sus padres. Yo no quería problemas. Imagina que con toda la gente que había en el paseo y la madre gritando, pronto habría aparecido la Policía.

—No hiciste nada malo.

—Ya, pero esos padres estaban furiosos y quién sabe si habrían terminado denunciándome. Además, yo no tenía claro si la chica era mayor de edad y la estaba fotografiando desnuda. Calla… Menos mal que me fui por patas.

—¿Quedasteis luego?

—Sí, le entregué las fotos unos días después. No intercambiamos ni una palabra. La chica se avergonzaba más por la escena de su madre gritando y amenazándome con el bolso, que por haberse mostrado desnuda en el agua. —Ambos sonríen durante unos segundos, mientras él aprovecha para revisar las fotografías que ha tomado—. Cambiando de tema. ¿Ves a ese hombre de allí? El que está sentado en una silla plegable de playa. Lo he visto varias veces por aquí. Pasa horas observando las gaviotas al final del día. No sé tú, pero a mí me parece un plan genial.

Marta se siente tranquila con Fran. No ve maldad en ese chico de pelo rizado, simpático y con un hoyuelo en la mejilla cada vez que sonríe. Deja vagar la mirada en la inmensidad del horizonte y en silencio se pregunta por qué esa sensación de tranquilidad y confianza es tan efímera. La búsqueda de respuesta desencadena en otra

pregunta: si estará encaminando su vida hacia donde realmente desea estar.

Fran no tiene nada en contra del silencio, de hecho, acaba de decir que le gustaría pasar la tarde observando gaviotas. Pero hoy solo desea aprovechar cada minuto que está con Marta.

—Ya casi son las nueve, ¿te apetece comer algo?

Marta suspira en silencio mientras considera la respuesta.

—Mañana me espera otro día lleno de trabajo. No quiero retirarme tarde.

—Si quieres, pedimos unas porciones de pizza allí enfrente y las comemos de camino. Podemos coger el tranvía.

Marta acepta el plan y mientras regresan al centro de la ciudad, continúan hablando.

—Ayer me quedé intranquilo. ¿Qué fue eso tan urgente que sucedió en Vistahermosa?

La pregunta de Fran no toma por sorpresa a Marta. Sabía que tarde o temprano surgiría el tema del trabajo y decide abordarlo con naturalidad, segura de que Fran no está con ella por conveniencia.

—Hubo otro robo, similar al que me contaste que sufrió aquel tipo del club de tenis.

—¿Otro? ¿Y también le pintaron el euro en barro?

—Sí —confirma ella y da el último bocado a la pizza.

El tranvía se detiene en la parada de la Albufereta. Marta observa el andén y ve a un grupo de jóvenes vestidos con bermudas estampadas de palmeras y camisetas serigrafiadas con la imagen de una enorme jarra de cerveza y un chico ahogándose en su interior.

Uno tras otro, los jóvenes entran en el vagón y se dirigen a un rincón desocupado a pocos metros de Fran y Marta. La inspectora cuenta nueve chicos, entre ellos uno que lleva un sombrero mejicano, un bañador, aletas de buceo y un top con la frase «Same vagina forever». Sus rostros y su forma de hablar revelan que son británicos.

—¿Te gustan las despedidas de soltero?

Marta se sorprende a sí misma al hacer esa pregunta. Es una buena excusa para cambiar de tema y alejarse de los robos, pero al mismo tiempo siente cierta envidia al ver a esas personas divirtiéndose. A veces echa de menos tener un grupo de amigos, como en los tiempos del instituto. En aquellos años, su pandilla lo era todo, casi más importante incluso que su propia familia. No ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pensó en cada uno de la pandilla. Incluso abrió una página en su bloc de notas y anotó los nombres de aquellos amigos. Sin embargo, ya no conserva el número de teléfono de ninguno de ellos, ni tan siquiera el de Eva, a quien durante muchos años consideró su mejor amiga.

—Siempre que yo no sea el protagonista.

—¿Tienes miedo al matrimonio?

—No, no es eso. Al contrario, me gusta el compromiso. Lo que no puedo imaginarme es pasear por la calle haciendo el ridículo mientras los colegas me hacen fotos ridículas que mis hijos verán en el futuro.

La sonrisa de Marta oculta la envidia que siente al darse cuenta de que Fran tiene las cosas claras. Acaba de expresar que se ve formando una familia en el futuro. Mientras tanto, ella sigue a la deriva, tratando de encontrar su camino sin brújula alguna. Al menos, se consuela diciéndose a sí misma que ha sido valiente al mudarse a una nueva ciudad y un tanto impulsiva, o tal vez imprudente, al aventurarse a comprar una vivienda.

—¿Y tú? ¿Te imaginas ahí delante con un velo, un delantal que diga «Game over» y una diadema con un pene…?

—No, por favor, odio esas diademas —interrumpe Marta. Su risa resonante no pasa desapercibida para los británicos, que se voltean y la observan.

—La verdad es que a mí tampoco me parecen divertidas. Prefiero una diadema de demonio, o en tu caso, una gorra de Policía.

—Anda, déjalo. En serio, no me van mucho esa clase de despedidas. Quizás pienses que soy rara, pero preferiría llevar a mis amigos a hacer barranquismo y liberar adrenalina disparándonos con pistolas de bolas de pintura. Luego terminaríamos con una barbacoa y allí, cada cual que se emborrache tanto como quiera.

Fran observa con atención a Marta mientras describe su despedida de soltera.

—Pues sí que eres rara. —Ella le devuelve una mirada incendiaria —. Pero me gusta. Ojalá yo pudiera asistir a esa despedida.

—Nunca se sabe. He dicho que invitaría a mis amigos, y también caben los chicos.

—Gracias, aunque lo del barranquismo, no sé…

—¿No me digas que tienes miedo?

—Tanto como miedo, no, pero no estoy seguro de si me llevo bien con los deportes de aventura.

—No te estoy diciendo que hagas puenting o saltes en paracaídas, pero caminar entre las rocas y lanzarte al río no es tan peligroso. Todo es cuestión de probarlo.

Apenas falta una parada para llegar a Puerta del Mar, la última estación de la línea, situada en pleno paseo de la playa del Postiguet.

—Estoy pensando en sacar algunas fotos de esos tipos y dedicar la noche a escribir un artículo sobre la tendencia de celebrar despedidas de soltero en Alicante.

—Suena interesante.

—Hasta que no me des permiso para publicar sobre los robos o actualizar el estado de la investigación del asesinato de la familia

Ramos, tendré que buscar otras noticias.

—Tranquilo, que estamos cerca.

—No te lo he dicho, pero me presionan en el periódico. Dicen que por qué espero tanto, que el tema está candente.

—Ten un poco de paciencia. —Marta junta las palmas de las manos —. Ya que mencionas a la familia Ramos, teníamos pendiente ver…

—Estoy preparado.

Fran intuye lo que ella va a decir y se anticipa sacando una tableta electrónica de su mochila.

—Eres un fenómeno, siempre estás en todo.

La megafonía del tranvía anuncia que han llegado al final de la línea. Los británicos son los primeros en bajar, cantando una canción parecida a «Del barco de Chanquete, no nos moverán», pero en versión inglesa.

La pareja camina en dirección a la Explanada. El hotel de Marta está a pocos metros.

—Tengo un plan —dice ella al pisar el paseo. A su izquierda hay una heladería—. Te invito a tomar una horchata mientras me muestras las fotografías.

—Menudo planazo. Me encanta. ¿Sabes qué? Esta heladería tiene fama de tener la mejor horchata de la ciudad.

—Pues he tenido buen ojo. Heladería Peret, desde 1923 —lee Marta en el letrero verde que adorna el establecimiento.

Fran enciende el dispositivo mientras el camarero sirve dos horchatas. Un flujo constante de personas caminan por el lugar, turistas que se cruzan ansiosos por disfrutar del agradable clima de la ciudad.

—¿Cómo te enteraste de lo de Vistahermosa?

—Me llamaron del periódico.

—Siempre he tenido curiosidad por saber cómo se enteran de los sucesos. Aunque suene mal, me da rabia. En ocasiones los periodistas llegan antes que la Policía al lugar del incidente.

—Sí, es curioso. Digamos que tienen muchos «informantes». No solo en la Policía, también en los hospitales, bomberos, juzgados… En esta ocasión, creo que fue un vecino, amigo del director del periódico. Enseguida llamaron a varios periodistas y fotógrafos. En ese momento yo estaba en una tienda de electrodomésticos cerca de allí, así que no tardé en llegar.

—¿Me cuentas qué viste?

—Llegué en moto y aparqué cerca. Había un coche de la Policía Nacional, una ambulancia y un furgón de mensajería en la misma puerta. Caminé hacia allí disparando ráfagas de imágenes en modo automático. Ninguna de ellas vale la pena. El descubrimiento era muy reciente. Todavía no habían establecido un perímetro de seguridad, así

que pude acercarme hasta la misma puerta. Un vecino obstaculizaba el acceso, decía que la Policía le había encargado prohibir el paso a todo el mundo. Un grupo de vecinos especulaba en la acera. Hablaban de tres personas muertas. Había mucha confusión. Asomé la cámara y aquí tienes el resultado.

Marta desliza el dedo por la pantalla, pasando las imágenes sin detenerse en ninguna.

—Coméntame qué pasó después.

—Llegaron varias unidades de la Policía y nos alejaron de allí. Los vehículos obstaculizaban nuestra visión, así que hablé con el vecino de enfrente y le pedí permiso para entrar a su casa y echar unas fotos desde su terraza. El hombre estaba acojonado y no puso objeciones a que subiera. Tenía un ángulo perfecto de la entrada a la finca de Alberto Ramos. Podía ver la puerta de acceso interior, el aparcamiento, el perro que no paraba de ladrar y, por supuesto, todo el ajetreo de policías, médicos… Sigue pasando las fotos, hay más de quinientas. Pronto llegó el inspector Esteban Soriano.

—Aquí lo veo. —Marta continúa pasando fotos—. Esto parece un vídeo, pero a cámara lenta. Menudas caras.

—Había mucha tensión. Recuerdo que se escuchaban los gemidos descontrolados del hijo de Alberto Ramos. Desde mi posición se veía la primera planta del chalet, y allí llevaron al pequeño. Pobre. ¿Sabes si todavía está con su tía?

Marta hace una pausa en la visualización de imágenes para saborear la horchata y, al mismo tiempo, dejarle las cosas claras a Fran.

—Recuerda que aquí soy yo quien hace las preguntas.

El tono utilizado por la inspectora podría molestar a Fran, de no ser por el guiño de ojo que ella le dedica.

—Perdona, olvidaba que estoy ante la cabecilla de la UCIC.

—¿Cabecilla? Creo que la horchata te está afectando. No voy a contarte nada sobre el caso hasta que me ofrezcas algo interesante y, por ahora —dice señalando la pantalla donde aparece una nueva fotografía—, no hay nada que me interese.

—En breve aparecerán fotos del abogado. El tipo tardó poco en llegar…

—¿Poco?

—¿A qué te refieres? —pregunta él, analizando el rostro serio de Marta.

—Acabas de insinuar con ironía que el abogado llegó rápido.

—Sí, eso es. Me refería a que cuando hay dinero de por medio, todos corren al acecho, como hienas a la presa.

—¿Qué sabes sobre Miquel Grau?

—No es la primera vez que me cruzo con él. Coincidimos en una

rueda de prensa. Él defendía a un político que aprovechó su cargo e influencia para meter la mano en las cuentas del ayuntamiento. Entre otras cosas, el tipo organizó un evento de su empresa con cargo a la Concejalía de Cultura. Fue descarado. Lo curioso del asunto es que Miquel Grau logró que aquel sinvergüenza saliera absuelto.

—¿Cómo lo hizo?

—Su bufete es uno de los más importantes de España. Tiene jueces y políticos a su disposición. Digamos que es un mafioso más. Por lo poco que he averiguado, fue él quien animó a Alberto Ramos a presentarse como alcalde. Utilizó sus contactos para asegurarse de que el partido lo pusiera como candidato. Ya ves, una persona que ni siquiera era militante hasta entonces.

La afirmación de Fran despierta una alarma en Marta. Según se desprende de sus palabras, Miquel Grau tenía un interés especial en que su amigo y socio alcanzara la alcaldía. Si ocupaba ese puesto, el abogado tendría privilegios para influir en muchos asuntos, como en la asignación de contratos públicos. Tal vez esa fuera su intención inicial, pero Marta recuerda que Alberto tuvo que ceder a Miquel los poderes de sus empresas radicadas en las Bahamas. ¿Y si realmente ese era su verdadero objetivo? Quedarse con esas empresas, que solo ellos sabían que existían. Marta se sorprende de sus propias deducciones.

22:03. Heladería Peret. Alicante.

Fran Vallejo se levanta a saludar a un hombre de mediana edad con ropa deportiva y que, por la forma de dirigirse a Fran, debe trabajar en el periódico. Marta está atenta a su conversación, en la que el desconocido le comenta que en la redacción han descubierto algo importante. El hombre nota la presencia de Marta y baja el tono de voz para que ella no pueda escuchar.

La inspectora desvía la mirada a la tableta y continúa pasando fotografías del chalet de Alberto Ramos. El teleobjetivo captura al abogado firmando documentos junto a los coches fúnebres que trasladan los cuerpos de Alberto, Gloria y Antonia. Miquel Grau muestra preocupación y desorientación, incluso parece que hay brillo en sus ojos, quizás sea alguna lágrima. Marta vuelve a pensar en él y en la visita que le hizo esa misma mañana.

Fran regresa a su silla.

—Ese hombre es Lucio, mi coordinador. Me espera mañana a primera hora. Hay novedades sobre el niño enfermo del que te hablé.

—¿Está empeorando?

—¡Qué va! Todo lo contrario. Parece que podrá viajar a Estados Unidos.

—¿Han recaudado el millón de euros? —pregunta Marta, con entusiasmo.

—No creo, pero me ha dicho que mañana me pondrán al corriente. Bueno, ¿has terminado de ver el álbum?

—Me falta poco, o eso espero —Marta muestra la imagen de un furgón de la Policía Nacional que descarga material en el aparcamiento del chalet.

—Esos son los de la científica. Quedarán unas veinte imágenes. Me bajé a la calle a ver si podía recoger algún testimonio. Intenté hablar con tu colega Soriano, pero ese hombre es más hermético que una cámara acorazada. Menos mal que el comisario es buena gente y al menos accedió a atenderme.

—Lo he visto en un par de fotos.

—Sí, también estuvo presente. ¿Qué tal te llevas con él?

Marta tarda en responder. Termina de revisar las fotografías mientras valora si hablar o no del comisario.

—Parece bonachón —opina ella—. Veo que tú tienes mucha confianza con él.

—Nos respetamos, que ya es bastante.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso los policías te tratan mal?

—Respeto que debáis guardar el secreto profesional, pero hay maneras de mantener la distancia sin faltar al respeto. El comisario es un tipo agradable. Bueno, y tú también. De hecho, eres tan amable que hasta aceptaste tomar una horchata conmigo.

El hoyuelo vuelve a formarse en la mejilla de Fran mientras sonríe, y la inspectora se contagia de su buen humor. Le devuelve la tableta y le da las gracias. Echa un vistazo a la hora y se pregunta cómo pudo pasar el tiempo tan rápido esa tarde.

—Me lo he pasado muy bien —le dice a Fran—, pero estoy agotada y como te he dicho antes…

—Mañana te espera un día duro. Yo también estoy de suerte, acabo de conseguir trabajo.

—Pobre niño, espero que pueda curarse.

—Sí. Y además es un cachondo. Espera, déjame mostrarte una foto suya —comenta mientras maneja el dispositivo—. Tengo una carpeta por aquí con imágenes de la rueda de prensa. Échale un vistazo.

Marta toma el dispositivo entre sus manos mientras Fran le explica que convocó a los medios en el Centro Social de su barrio. Ningún político lo acompañó, solo representantes de varias asociaciones de la provincia.

—Esa de ahí es la madre. —Su rostro agotado refleja su sufrimiento y desesperación—. Se llama Remedios, y él es Tomás. —El chico aparece en una silla de ruedas con una camiseta del Hércules, el equipo de fútbol de la ciudad, y unos auriculares colgando del cuello —. El hombre de al lado es un vecino que les ayuda todo lo que puede. Está en el paro y, aun así, les proporciona comida y lleva a Tomás al médico siempre que es necesario.

—Me dijiste que sus padres estaban separados, ¿verdad?

—Sí.

—Y el padre, ¿no les ayuda?

—Es un obrero. Les ayuda económicamente, pero siempre se mantiene en la sombra. Intenté hablar con él, pero enseguida me mostró la palma de la mano. Creo que aparece en alguna foto, déjame buscar.

Fran desplaza el dedo índice por la pantalla, hay fotografías de la rueda de prensa desde varios ángulos. Se detiene ante una imagen tomada con un objetivo gran angular que capta a todas las personas que hay alrededor de la mesa desde la que hablaron.

Señala al lado izquierdo, donde se encuentra la puerta de entrada y un hombre apoyado en el costado.

—Creo que es este. Vamos a ver…

Amplía la imagen.

—¿Es el padre? —pregunta Marta.

—Sí.

Marta busca el parecido físico con el niño. Como suele ser habitual en los obreros, tiene el rostro castigado por el trabajo duro y las inclemencias del tiempo. Sus ojos, al igual que los de su exmujer, también desprenden tristeza y agotamiento. La inspectora, sin saber la razón, queda cautivada por ellos, como un recuerdo que regresa por fortuna cuando alguien a quien no has visto en años pasa por tu lado.

—¡Hostias! A este hombre lo he visto antes.

Fran se sorprende.

—No puede ser. Ese tipo es un pobre desgraciado y tú solo llevas un par de días en la ciudad.

—Calla, calla. Este… —Marta sacude la cabeza. No puede creer lo que está pensando—. Es imposible.

—Me estás asustando.

—Lo vi cargando placas en el chalet de Alberto Ramos. Se le cayeron varias encima y yo le ayudé a levantarse. ¡Joder! Iba vestido con una camiseta del Leroy Merlin y llevaba una furgoneta.

—¿Y qué tiene de malo?

—Pues que creo que… ¿Me dejas fotografiar la pantalla?

—Claro, lo que quieras —responde Fran, impactado por la reacción de Marta.

La inspectora saca su teléfono y captura la imagen. No puede dejar de escribir frenéticamente, nerviosa, como si acabara de encontrar un tesoro. Luego, acerca el dispositivo a su oído.

—Olmedo, perdona por molestarte a estas horas. Acabo de enviarte una foto al WhatsApp. Mírala y dime si reconoces a ese hombre. —Marta aguarda impaciente. Cruza varias veces la mirada con Fran y posa brevemente la mano en su brazo, pidiéndole paciencia—. Sí, a él me refiero. Ya sé que está un poco borroso. ¿No te resulta familiar? Imagínatelo vestido con un mono de trabajo blanco y una gorra verde. ¿A que sí? ¿Estás seguro? Yo también lo estoy al cien por cien. Mañana te contaré de dónde la he sacado. Quiero pedirte un favor, llama a Noel Carreño, se supone que es su jardinero. Por favor, confírmalo. Ah, y de paso… —Marta se levanta y se aleja unos metros—. De paso pídele que pregunte a sus colegas, a los que les robaron, si conocen a este hombre. ¿Que cómo se llama? Espera un momento. —Marta regresa a su silla—. Fran, ¿sabes su nombre?

—Ni idea. No creo que Remedios lo mencionara.

—Olmedo, no lo sabemos. Averigua todo lo que puedas y llámame, sin importar la hora. Gracias.

Marta cuelga el teléfono. No logra controlar el temblor de su pulgar, que duda sobre qué parte de la pantalla tocar.

—¿Crees que ese hombre tiene algo que ver con los robos? —

pregunta Fran.

—Creo que acabamos de encontrar una pieza clave —dice Marta, pensando en la caja con una pala de jardinería y restos de barro hallada en la casa del subdelegado del Gobierno.

15 de mayo de 2015

39

7:00. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Marta ha convocado a todo el equipo temprano por la mañana. Como de costumbre, Teo está sentado en su silla del futuro, con Silvia y el comisario Albízar a sus lados. Justo enfrente, en la silla roja, Marta repasa unas anotaciones antes de dirigirse a ellos.

—Lamento haberos molestado. Como comprenderéis, esto es importante —anuncia mirando al comisario, quien asiente—. Tenemos a este hombre. —Distribuye copias con la imagen del padre de Tomás, el niño enfermo—. Se llama Román Andújar. Soriano y yo lo vimos en el chalet de un empresario que sufrió el robo de dinero en su caja fuerte y le pintaron el símbolo del euro en una pared. Al día siguiente, Silvia y yo nos encontramos nuevamente con Román en el chalet de Alberto Ramos. Estaba llevándose unos paneles decorativos y tuvo un percance con ellos, así que nosotras le ayudamos a incorporarse.

Todos asienten mientras Marta pasa a otra hoja.

—Estáis al tanto de que se han cometido robos en diversas fincas con características similares y el mismo modus operandi: sabotear el sistema de alarma, acceder a la vivienda, abrir la caja fuerte, extraer el dinero y dejar una firma en la pared con barro. Resulta que en todas estas propiedades trabaja el mismo jardinero, Román Andújar. Según los propietarios, es un hombre cercano, servicial, humilde y habilidoso, capaz de hacer reparaciones eléctricas, arreglos de carpintería y pintura, entre otros. Ha estado trabajando en todas ellas durante más de cinco años, y casualmente, él fue quien les recomendó instalar los sistemas de seguridad de RS Protección. Teo lleva una hora indagando en las bases de datos.

Teo consulta una tableta electrónica y comienza a resumir.

—Veamos. Román nació en Orihuela, pero desde los doce años vive en Muchamiel. Hace un par de meses cumplió treinta y cuatro. En su vida laboral, se puede deducir que siempre estuvo ligado con la electrónica y la informática. Durante tres años trabajó en Argámez Alarmas, la empresa que después cambió de nombre a RS Seguridad. Hace siete años dejó el empleo para dedicarse a su hijo, quien en ese momento estaba visitando médicos constantemente. También comenzó a hacer pequeños arreglos de jardinería para particulares. Con el tiempo, se divorció y, como confirma la información que nos ha facilitado Olmedo, era tan bueno cuidando jardines que recibió numerosas recomendaciones de clientes satisfechos. Actualmente es

autónomo, en su cuenta del banco hay dos mil euros, y tiene una furgoneta, un pequeño piso y un garaje.

—¿Cómo descubriste a este hombre? —pregunta el comisario, compartiendo la curiosidad del resto del equipo, quienes observan a la inspectora con intriga.

—Es el padre de Tomás, un niño con una enfermedad degenerativa que necesita medio millón de euros con urgencia para someterse a un tratamiento experimental en Estados Unidos. Esa es la única posibilidad que tiene para salvarse. ¿De qué sería capaz un padre por la vida de su hijo?

El eco de la pregunta resuena en las paredes de la oficina. Todos reflexionan sobre la situación de Román y su desesperación.

—Robar a sus clientes para salvar a su hijo… —se aventura a decir Teo, pensando en cuánto sacrificaría por su propio hijo.

—Exacto —dice Marta—. Necesita dinero rápido. Quizás por eso no robe joyas ni cuadros. No tiene tiempo para vender objetos de valor.

—Además, estaría corriendo riesgos —opina Silvia.

—Y quiero añadir un dato que me ha facilitado una fuente. —Marta se refiere a Fran Vallejo, quien a las seis de la mañana ya estaba en la redacción del periódico y la llamó para ponerla al corriente de lo que ha descubierto—. La madre del niño inició una campaña de crowdfunding para recibir donaciones y costear el tratamiento. En el último mes, ha logrado reunir quinientos mil euros, lo cual resulta inexplicable considerando la poca visibilidad que los medios de comunicación le han dado al asunto.

—¿Insinúas que el dinero proviene de los robos? —pregunta el comisario.

—Podemos sospecharlo, pero debemos confirmarlo. Esa es la misión de Teo: conseguir el extracto de las donaciones.

—Enseguida me pongo manos a la obra —dice Teo mientras se impulsa en su silla hacia el escritorio, donde se encuentra su equipo informático.

El comisario expande los brazos y apoya las manos en los bordes de la mesa. Observa atentamente a sus subordinados, concentrado en la situación.

—Según los datos que tenemos, estamos tratando con un hombre meticuloso, técnico, ordenado y muy planificador. Eso significa que debe tener extrema precaución para no cometer errores, ya que no ha actuado una ni dos veces, sino en repetidas ocasiones en un corto período de tiempo. Es demasiada presión para un jardinero, por muy hábil que sea. Ahora debemos actuar con discreción, seguirlo de cerca y esperar la oportunidad de atraparlo in fraganti. ¿Has pensado en cómo hacerlo?

La pregunta está dirigida a Marta, quien se alegra de que el

comisario le pida su opinión. Está ansiosa por exponer su plan.

—Como bien has dicho, debemos seguirlo de cerca. Silvia y yo podemos hacer guardia en su calle hasta localizarlo y luego mantener una vigilancia discreta. Sería bueno contar con un equipo de apoyo, todos vestidos de paisano, por supuesto. Además, me gustaría contar con una orden judicial para poder intervenir en su casa y en el garaje, aunque solo la utilizaríamos en caso necesario, por supuesto.

Albízar eleva la mano.

—¿Deberíamos solicitar también el rastreo de su teléfono para triangular su posición?

—Sería una prueba importante si logramos demostrar que estuvo presente en los lugares de los robos en las fechas en que ocurrieron.

—Enseguida llamaré al juzgado —anuncia el comisario—. ¿Algo más?

—Son las siete y diez —dice Marta consultando su teléfono mientras se levanta—. Silvia y yo nos pondremos en marcha para ver si todavía encontramos a Román saliendo de casa. Teo, ¿cuál es su dirección?

—Avenida Periodista Rodolfo Salazar, número cuarenta y dos.

7:25. Avenida Periodista Rodolfo Salazar. Alicante.

Silvia ha estacionado el Renault Clio a escasos cincuenta metros del portal donde vive Román Andújar. Bosteza exhausta. Anoche se acostó tarde debido al cumpleaños de un compañero de piso. El apartamento se convirtió en un improvisado bufé de pizza, cerveza y bolsas de aperitivos variados. Vuelve a bostezar y murmura entre dientes que necesita un café doble.

Hay una cafetería abierta en la planta baja del edificio, llamada El Bulevar. Está demasiado cerca del portal de Román. Marta recuerda a su compañera que no deben exponerse porque él podría reconocerlas. Sin embargo, Silvia insiste en que tiene suficiente material en el maletero para pasar desapercibida.

—Me pondré una gorra, un pañuelo, una chaqueta vaquera que lleva un parche enorme de Metallica en la espalda. Además, con esta cara demacrada, ¿crees que me reconocería?

Marta suelta una sonrisa. El entusiasmo de su amiga merece que se le conceda ese deseo.

—De acuerdo, ve a desayunar allí. Ten el teléfono a mano y, cuando vuelvas, no olvides traerme un café con leche y un cruasán.

Los ojos de Marta también quieren cerrarse. Esta noche le ha sido imposible silenciar los pensamientos que no dejaban de rondar por su mente. Está demasiado inmersa en la investigación como para descansar, eso es lo que se dice a sí misma cuando el sueño intenta abrazarla. Apoyando la cabeza en el cristal, observa la puerta del número cuarenta y dos, sin ver a ninguna persona salir.

Marta enciende la radio. Sabe que si no se espabila, terminará golpeando su cabeza contra el salpicadero. Silencia el CD de música merengue que se reproduce de forma automática y busca una emisora para escuchar las noticias locales.

Después de las señales horarias de las siete y media, la locutora informa que las temperaturas alcanzarán los treinta y cuatro grados y que se mantendrán así durante todo el fin de semana. A continuación, menciona que los aspirantes a la alcaldía han comenzado sus primeras intervenciones. A Marta le aburre la política, así que dirige su mirada hacia la cafetería, esperando que Silvia aparezca con un café y mucha azúcar para revivir su cuerpo.

La siguiente noticia le hace fruncir el ceño. La noche anterior, profanaron varias tumbas en el cementerio de Alicante y saquearon

pertenencias de los difuntos. Calculan que intervinieron en una veintena de ataúdes.

Los cementerios siempre dieron escalofríos a Marta. Su fobia surgió cuando tenía dieciséis años, durante las fiestas locales de la Roda, en Albacete. En una noche de sábado, a las cuatro de la mañana, una de las amigas de la pandilla tuvo la brillante idea de ir al cementerio para fumar los cigarrillos del paquete que había comprado aquel día. Argumentó que no podía llevarlos a casa, porque si sus padres la pillaban, la castigarían sin salir durante varios meses. Así que, después de la frase «a que no hay huevos», las cinco chicas, incluida Marta, caminaron hacia allí, gastando bromas entre ellas.

La absurda visita se convirtió en locura cuando una de ellas saltó la puerta principal. Por aquel entonces, Marta era tímida y responsable, pero sabía que si no las acompañaba al interior, la apodarían como «la caguica». Muy a su pesar, también saltó. Caminaron por la zona de nichos hacia los panteones y allí se sentaron a fumar.

Marta no dejaba de observar a su alrededor. Siempre tuvo un gran respeto por los difuntos. Sus amigas bromeaban diciendo que veían flores moverse y que habían visto sombras en una esquina distante. Lo cierto es que las risas se convirtieron en gritos cuando un hombre con capucha apareció corriendo hacia ellas. Al principio, huyeron juntas en dirección contraria a la entrada. No había muchos lugares para esconderse, así que era sencillo seguirles el rastro de cerca. Llegaron a una puerta metálica y apoyaron una escalera que se usaba para limpiar los nichos superiores. Saltaron al exterior sin mirar atrás. Pronto se separaron para ir directamente a casa, sin saber quién las perseguía.

Al día siguiente se supo que el intruso del cementerio era el hermano de la chica que había propuesto ir allí. Era el típico gracioso al que le gustaba meterse con los demás, y esa anécdota todavía provoca sonrisas entre los vecinos de la ciudad.

Marta decide pensar en otra cosa, pero la periodista de la radio anuncia la existencia de un estafador que se hace pasar por técnico de la empresa de gas, un clásico dentro de los timos que aún se practican.

La puerta del edificio se abre y una mujer empuja un carrito de la compra. Detrás de ella, se ve a un hombre vestido con vaqueros y una camiseta azul marino, sosteniendo una mochila de plástico con el logotipo Titanlux. Marta endereza la espalda, está segura de que el hombre es Román Andújar. Él mira a ambos lados antes de dirigirse hacia su derecha.

La inspectora desbloquea el teléfono para advertir a Silvia que regrese cuanto antes. Román camina en dirección a la cafetería y posa el pie en el escalón.

—No entres, por favor, no entres —dice Marta al verlo apoyar la

mano en la puerta.

Un tono, dos tonos…

Román tira del mango de la puerta, pero se detiene sin entrar. En su lugar, se aparta para dejar pasar a alguien.

Silvia abandona la cafetería cargando un café en una mano y una pieza de bollería en la otra.

Román accede al local después de saludarla.

Silvia camina hacia el coche cubierta con la chaqueta de Metallica, una gorra, gafas de sol y un pañuelo rojo y azul con calaveras blancas alrededor de su cuello. En lugar de entrar en el coche, continúa hasta la primera esquina y gira a la izquierda. Dos portales más adelante, se detiene y llama a Marta.

—Antes de que me digas algo, estate tranquila, que no me ha reconocido.

—De acuerdo —dice Marta—. Hagamos una cosa. Supongo que estará dentro al menos cinco minutos, así que quítate los accesorios y ven al coche. Tengo hambre.

Marta llama a Teo para decirle que han localizado a Román y le pide que averigüe el modelo y la matrícula de la furgoneta.

—Es una Ford Transit blanca, matrícula 0920GMB.

—Perfecto. Oye, ¿has averiguado algo? —pregunta Marta, aprovechando la llamada.

—Tengo los datos de la cuenta de crowdfunding. Los estoy analizando y hay algunas cosas que me parecen sospechosas. Pero todavía está verde la cosa.

—Avísame cuando lo tengas claro. Tengo que colgar. No te olvides de hablar con Albízar.

Marta engulle el cruasán y abandona el coche con el café en la mano, en busca del furgón. Camina a paso vivo por la acera que rodea la manzana de bloques. Al llegar a la calle paralela a la entrada del edificio, recuerda que Teo dijo que el garaje estaba cerca, tres calles más arriba. Se dirige hacia allí sin perder tiempo.

Silvia se queda en el coche para informar cuando Román abandone la cafetería. El seguimiento es la parte del trabajo que más disfruta. Ver sin ser vista, como una espía. Lo negativo es su impulsividad. Le cuesta mucho controlar el instinto de justicia que hierve en su interior. Hace un año la obligaron a asistir a clases de gestión emocional para aprender a canalizar los nervios en situaciones de alta presión.

Román abandona la cafetería y toma rumbo a la izquierda, en dirección al Renault Clio. Silvia lo ve acercarse y, en lugar de esconder la cabeza contra el volante, baja el parasol y comienza a simular que se está retocando el rímel en el espejo. De reojo, observa a Román circular a escasos metros de ella sin inmutarse. Camina con aspecto agotado, las manos en los bolsillos y balanceando el cuerpo con cada

paso.

—Marta, acaba de pasar por mi lado, se dirige hacia arriba por la acera. ¿Dónde estás?

—Acabo de encontrar el furgón aparcado en la calle Lérida, número dos. Es difícil mantenerme aquí sin llamar la atención. Voy a sentarme en un portal un poco resguardado, detrás de un contenedor de ropa usada. No cuelgues.

Silvia busca la ubicación en su teléfono y enseguida se hace una idea de dónde está su compañera.

—No tardará en llegar allí —comenta Silvia.

—Ya lo veo. Mierda, el local está al otro lado del furgón, en mi misma acera. Ha entrado y ha cerrado la puerta. Es un portón azul con un letrero de vado permanente.

—¿Voy hacia allí?

—No, mientras no se suba al vehículo, será mejor esperar. Ten paciencia, ¿vale?

Silvia resopla recordando a su maestra de primaria que solía decirle que la paciencia es la madre de la ciencia. Si no tuviera a Marta en línea, pondría una de esas canciones que le incitan a bailar a todo volumen. Bailar se ha convertido en su mejor terapia para liberarse del estrés que enfrenta a diario.

—¿Ha salido ya? —pregunta impaciente.

—No, tranquila. Fúmate un cigarro.

—Pues te sorprenderá saber que a veces he estado tentada de entrar a un estanco para comprar un paquete. Pero no te vas a creer qué me ha frenado a hacerlo. No tengo ni idea de qué marca elegir. Ríete si quieres, pero no he fumado en mi vida y me da hasta vergüenza entrar y decirle al dependiente: «Oye, dame tabaco para principiantes». —Marta suelta una risa silenciosa al otro lado de la línea. Hablar le sirve a Silvia para evitar pensar en que están siguiendo a un hombre que podría haber robado en diez casas y haber matado a tres personas—. Aunque también he pensado que si me preguntan, podría decirles que el tabaco no es para mí, sino para mi hermana, que…

—Calla, Silvia. Acaba de salir. Va hacia el furgón cargando una caja de herramientas y un bolso que tiene toda la pinta de contener un ordenador. Acaba de abrir el portón, guarda las cosas y lo cierra. Escucha, que va a subirse. Rápido, arranca. No salgas todavía. Espera… A ver si sigue por la calle Cánovas del Castillo… ¡Rápido! Silvia, sal y gira a la derecha. Te espero en la primera esquina. ¡Corre, corre, corre! No queremos perderlo.

El furgón de Román se aleja lentamente mientras Marta espera a Silvia, quien aparece con el coche a toda velocidad y da un frenazo que casi derrapa. La inspectora sube y giran hacia la izquierda. Tienen

el furgón a la vista, a escasos cuarenta metros de distancia.

—Ahora se trata de no perderlo. Si estás nerviosa, puedo conducir yo —dice Marta.

—Estoy bien.

—No hagas ninguna tontería —advierte Marta mientras comprueba que su teléfono está vibrando—. Dime, Teo.

—Tengo novedades.

—Nosotras también. Estamos siguiendo el furgón de Román.

—Genial. Mira, resulta que la cuenta del crowdfunding lleva abierta cuarenta y tres días. Durante los primeros quince días, hubo un total de trescientos ingresos, con una recaudación aproximada de treinta mil euros. Pero atención, que ahora viene lo bueno, porque…

—Ve al grano, Teo.

—Claro, a ver… En los últimos veintiocho días, ha habido un total de doscientos setenta y siete ingresos. Han estado reuniendo un promedio diario de veinte mil euros, así como te lo digo. Entre seis y ocho ingresos por día, con cantidades que varían desde mil trescientos hasta dos mil euros. Digamos que no hay cantidades repetidas. Todo parece estar muy bien organizado.

—¿Sabes quiénes son los donantes?

—Es curioso. La gran mayoría, por no decir todos, han ingresado el dinero en cajeros automáticos y de forma anónima.

—Joder, eso es muy, pero muy raro.

Román ha tomado una curva cerca del Hospital General, pasando por la Gran Vía en dirección al Puente Rojo. Silvia tiene que acelerar y saltarse un semáforo para no perderlo de vista. Resopla al ver un coche acercarse hacia ella, haciéndole señales de luces.

—¿Sabes desde qué ciudades se han hecho las donaciones?

—Tengo que confirmarlo con la empresa que gestiona el crowdfunding, pero hay una columna que se repite en casi todos los ingresos y me temo que «ALC» significa «Alicante», ¿no crees?

—Asegúrate de eso, por favor, y además, haz un listado de los cajeros donde se están realizando los ingresos.

—Quieres vídeos de todos, ¿verdad?

—Teo, veo que empiezas a conocerme.

Román conduce con prudencia, respetando la velocidad y los semáforos. Silvia ha dejado un par de vehículos de separación entre ambos. Está alerta para no tener que repetir la carrera de minutos atrás.

—¿Crees que va a salir de la ciudad? —pregunta Silvia, incómoda con el silencio.

—No tengo ni idea.

Son las ocho y cuarto. Román se desvía hacia el barrio Florida Baja y da varias vueltas antes de estacionar en la calle República Argentina,

en el número setenta y dos, junto a un taller náutico. Silvia pasa por su lado y gira hasta detenerse en un vado.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Silvia.

Marta se mantiene pensativa. No quiere correr riesgos y, al mismo tiempo, sabe que Silvia necesita tomar el aire.

—Ahora me quedo yo en el coche. Ve tú a hacer guardia desde la distancia, ¿te parece bien?

Silvia sale por su puerta sin poner objeción.

Marta tarda en aparcar. Encuentra un espacio cercano al furgón, aunque no lo tiene a la vista. Silvia le informa que Román permanece sentado en el furgón, consultando el teléfono con la ventanilla bajada.

Los minutos pasan sin que Román haga ningún movimiento. El reloj marca las nueve menos diez cuando el hombre sale del furgón y cruza la calle. Camina unos metros por la acera hasta detenerse en el número cincuenta y siete. Silvia lo observa desde la barandilla del Instituto Figueras Pacheco, resguardada por un contenedor de vidrio. Desde allí informa a Marta.

—Se ha detenido. Está mirando a su alrededor. Lleva algo en la mano, parece un papel o un sobre. Rebusca en un buzón, creo que es de publicidad. Acaba de girarse y regresa. Va hacia el furgón. Está subiendo. Cuidado, parece que va a arrancar.

—Aguanta la posición —ordena la inspectora.

Román permanece en el furgón, como minutos atrás, consultando el teléfono y con el brazo izquierdo asomando por la ventanilla lateral.

El tiempo pasa. Cinco… Diez minutos. Nadie se mueve de su posición. La calle está concurrida, especialmente personas que acompañan a los niños al colegio.

—Marta, un chico acaba de pararse en el portal. Oye, está rebuscando en el buzón. ¡Me cago en todo! Acaba de coger algo y regresa por donde vino. Se dirige hacia mi posición. El chico tendrá diecisiete o dieciocho años, es alto, con el pelo rizado, lleva una mochila, gafas de sol y sonríe. Ha guardado el papel en un bolsillo. Tiene pinta de ir al instituto.

—No lo pierdas de vista —ordena Marta.

—Oye, Román acaba de arrancar. ¡Espera! El furgón comienza a moverse, ¿qué hacemos? —pregunta Silvia, nerviosa.

—Nos separamos. Yo seguiré a Román y tú al chaval.

9:10. Centro de Salud Babel. Alicante.

El chico ha entrado a un bar que hay frente al Centro de Salud Babel, a pocos metros del instituto. Silvia llama a Teo para informarle del extraño intercambio que acaba de presenciar en el buzón de publicidad y solicita que envíen una patrulla de apoyo.

—Era un portal cualquiera, Teo. El buzón estaba lleno de pegatinas de cerrajeros.

—Qué curioso. ¿Y sabes algo del chaval? —pregunta él.

—Se ha metido a un bar. Voy a esperar. Que la patrulla me avise cuando esté cerca.

Silvia se apoya en un árbol cerca de la fachada del bar, desde donde tiene una vista clara del acceso. Finge hablar por teléfono mientras apunta con la cámara hacia el lugar por donde el chico de rizos podría aparecer en cualquier momento. Alrededor hay tres mesas ocupadas por personas desayunando al aire libre. Silvia escucha a una pareja comentar que a pesar de lo grande que es la ciudad, las cotorras siempre terminan en el árbol de al lado. Es evidente que la voz de Silvia les incomoda.

Continúa simulando una conversación con un amigo ficticio que acaba de perder su trabajo, mientras observa al chico de rizos acercándose. Sin dudarlo, Silvia apoya el dedo en la pantalla y captura una ráfaga de imágenes. Se desplaza en paralelo a él hacia el paso de peatones. Luego reduce el paso y lo sigue a pocos metros, con el teléfono en la oreja. Segundos después, el chico se detiene ante el timbre del instituto y el sonido del abrepuertas desbloquea la entrada.

Silvia continúa unos pasos por la acera mientras revisa las fotografías que ha tomado. Selecciona la mejor imagen del rostro del chico y la recorta para que quede centrada en la pantalla de su teléfono. Después de esperar unos minutos, pulsa el botón del videoportero del instituto.

—Quiero hablar con dirección —anuncia a través del intercomunicador.

—¿Quién es usted? —pregunta una voz masculina con tono prepotente.

—Vengo de la Consellería de Educación.

Esas palabras son la contraseña habitual para acceder a cualquier centro educativo. La puerta se abre y Silvia entra, dirigiéndose hacia el pabellón principal. Allí la recibe un hombre vestido con ropa de

trabajo gris y una tarjeta de identificación que indica que es el conserje. El hombre la guía por un pasillo hasta llegar a una puerta que tiene el cartel «Dirección». Una mujer morena, con falda con vuelo y camisa de media manga, le recibe con sonrisa protocolaria.

—Buenos días. Soy Almudena, la directora del centro.

Silvia devuelve el saludo y espera a que el conserje las deje solas. Una vez que la puerta se cierra, muestra su identificación.

—Hola, soy la subinspectora Silvia Llamazares, de la Policía Nacional —dice Silvia. La sonrisa desaparece del rostro de la directora—. No he querido decirle nada a su compañero para evitar causar revuelo. Necesito su ayuda. Me gustaría hablar sobre un alumno, este chico.

Silvia aproxima el teléfono a la mesa de Almudena, que lo toma en sus manos.

—¿Es Raúl? —pregunta la directora.

—Dígamelo usted. Yo solo sé que estudia en este centro.

La directora devuelve el teléfono a Silvia, la observa con preocupación y le pregunta:

—¿Se ha metido en problemas?

—No lo sabemos. ¿Podría mostrarme la ficha del alumno?

—Claro, revisemos la información en el ordenador. —Almudena hace clic varias veces, preocupada—. Es un chico muy simpático y buen estudiante. Aquí todos lo conocen, tiene buen sentido del humor y nunca se ha metido en problemas.

Silvia se permite caminar al otro lado de la mesa y situarse junto a la directora, quien señala la pantalla.

—Aquí está.

Silvia lee en voz alta.

—Raúl Mancebo Alonso. Calle Aldebarán, veintidós. Número de teléfono… ¿Podría imprimir la ficha?

—Exactamente, ¿qué información necesita?

—Solo la cabecera —responde Silvia, con rapidez—. Si usted mira un momento hacia aquella planta tan bonita que tiene sobre el archivador, aprovecharé para hacer una foto a la pantalla y terminamos con esto.

—Pero antes, dígame qué ha hecho. Quiero saber si debo preocuparme.

—Llevamos varias semanas investigando a una banda de ladrones, y seguimos la pista de un sospechoso que ha entrado en contacto con Raúl de manera casual. Por el momento, no tenemos nada en su contra, así que puede estar tranquila.

Almudena se levanta y, siguiendo la recomendación de Silvia, se aproxima al archivador donde hay una maceta y arranca un par de flores secas. La subinspectora aprovecha para capturar los datos, que

enviará a Teo Serralba en unos segundos.

—Muchas gracias por su colaboración y, por favor, no comente esto a nadie.

Silvia abandona el centro, sintiéndose satisfecha por haber descubierto la identidad del chico. Ahora solo queda esperar a que Teo descubra algo. Mientras tanto, decide llamar a Marta. Hace media hora que no tiene noticias de ella.

—¿Cómo te va con el chico? —pregunta Marta.

—Se llama Raúl y estudia en el instituto. Acabo de enviarte una foto. He hablado con la directora y dice que es buen muchacho. Tengo sus datos. Ahora está en clase. La unidad de apoyo llegará pronto.

—Muy bien. Manteneos alerta. Quiero que sigas a Raúl. Yo estoy parada en un polígono industrial.

—¿En cuál?

—No tengo ni idea. Sabes que soy nueva en Alicante, pero debe de haber una depuradora cerca, porque huele horrible.

—Estás en el polígono industrial Florida —confirma Silvia.

—Román detuvo el furgón frente a un almacén de saneamientos. Ha estado un rato dentro y al salir ha cargado una caja en el maletero y después se ha metido en el furgón con una mochila negra que tiene toda la pinta de contener un ordenador o documentos. Lleva veinte minutos escribiendo o tecleando, pero no puedo verlo. Voy a seguir vigilando. —El teléfono vibra y Marta observa la pantalla—. Te dejo, que me llama Teo. Hablamos luego. —Atiende la llamada de Teo—. Dame buenas noticias.

—Han ingresado dinero en veintidós cajeros. Y he averiguado algo que debería ser premiado con un ascenso, una recomendación para trabajar en el CNI o…

—Al grano, Teo.

—Los ingresos se realizan de manera cíclica.

—¿Qué quieres decir?

—Me explico. Siguen una secuencia matemática y es probable que acertemos cuáles serán los próximos cajeros donde ingresarán dinero.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Si estuvieras aquí, te lo mostraba en un periquete, pero por teléfono es complicado. Imagina que pones veintidós nombres seguidos, uno debajo del otro. Hoy se hacen cinco ingresos y tachas los cinco primeros. Al día siguiente son siete ingresos y haces lo mismo. Bien, pues ayer fueron siete ingresos, lo que significa que los próximos cajeros a visitar, en orden cronológico, serán el de la avenida de la Estación, el de Correos, el del Bingo Gorrión, el de la avenida Salamanca, el de Alfonso el Sabio…

—Vale, vale. ¡Eres un fenómeno! Déjame pensar qué podemos hacer. Mientras tanto, ¿qué hay de las imágenes?

—Silvia me envió una foto de Raúl. Ahora tengo que revisar los vídeos de los cajeros. De momento, he conseguido seis grabaciones, las demás tardarán un poco más. Pero lo importante es que puedo poner al equipo a trabajar.

—Sigue así, Teo. Lo estás haciendo muy bien. Yo voy a arrancar, Román está en movimiento. Por cierto, ¿sabes si el comisario ha logrado la autorización judicial para rastrear la ubicación de Román?

—La tenemos, pero los datos tardarán en llegar. Al menos hasta mediodía. No todos trabajan tan rápido como yo.

—Te veo enchufado. ¿El bebé te dejó dormir hoy?

—Qué va, jefa. Voy a base de gominolas rebozadas en azúcar, pero es que estas movidas me encantan, creo que nací para esto.

—Bueno, te dejo con tu centro de operaciones. Voy a ver adónde me lleva el jardinero.

Román avanza por la avenida Mare Nostrum y se desvía hacia la carretera A-79. Marta recuerda haber pasado por allí antes, es la misma carretera que conduce al polígono de Elche, donde está RS Protección, y también la finca de Miquel Grau, el abogado de Alberto Ramos.

La inspectora decide tomar distancia con el furgón. A pocos metros, se desvía en la primera salida de la rotonda de la Escuela Deportiva Municipal de Minimotos, en el lado opuesto del Club de Golf El Plantío.

—No me jodas, que vas a la finca del abogado —murmura Marta entre dientes.

Reduce la velocidad y también toma la salida. La carretera se estrecha, es un camino de doble sentido. El furgón se ha alejado unos doscientos metros y Marta levanta aún más el pie del acelerador, convencida de que Román va a entrar en la finca de Miquel Grau.

El furgón se detiene y Marta hace lo mismo en el arcén, se oculta tras una señal que disimula su presencia. No tiene una visión directa de la entrada, así que decide continuar la marcha. A los pocos segundos, pasa junto al furgón y ve a Román manipulando algo cerca del volante.

—¿Qué estará haciendo aquí este hombre? —se pregunta mientras pasa de largo, dejando atrás la entrada a la finca.

Un poco más adelante, se detiene y cambia el sentido. Desde la lejanía, comprueba que el furgón todavía está fuera y Román sigue sentado en el asiento del conductor. Marta se detiene en el desvío hacia una parcela privada, donde puede pasar desapercibida.

Llama a Silvia.

—¿Todavía estás en el instituto?

—Sí, esperando a que salga Raúl. Hay una unidad aparcada cerca, van de paisano y están a la espera de recibir órdenes.

—Muy bien. Avísame en cuanto haya algún movimiento.

—Cuenta con ello. ¿Y cómo te va a ti?

—Román ha conducido hasta la casa de Miquel Grau.

—¿Donde estuvimos ayer? —pregunta Silvia, intrigada.

—Sí. Está parado en la puerta exterior, concentrado en algo a la altura del volante. Esto es sospechoso. ¿Qué pinta este hombre aquí?

—A estas horas Miquel no debería estar en casa —dice Silvia.

—¿Por qué no?

—Ayer dijo que tenía una cita con el médico a las diez.

Marta dirige la mirada al reloj del salpicadero del Renault Clio y cierra los ojos cuando cae en la cuenta.

—Son las diez menos diez. La casa tiene que estar vacía y eso solo puede significar una cosa.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta Silvia, ahora con tono nervioso.

—Llama de inmediato a Miquel Grau y pregúntale qué sistema de seguridad tiene en su casa. Rápido. Y, de paso, averigua si conoce a Román Andújar.

9:56. Finca de Miquel Grau. Alicante.

Rosilda es la empleada del hogar de la familia Grau. Lleva tres años trabajando como interna desde que Virtudes, la esposa de Miquel, sufrió un accidente de coche y ahora necesita una muleta para moverse. Los viernes son días de mercado en Muchavista, y Rosilda aprovecha para hacer la compra semanal y desayunar con un pariente que, de paso, le provee de frutas y verduras.

Por casualidad, Virtudes ha acompañado a Miquel a la cita médica en una clínica privada cercana al Museo Arqueológico. Los dos trabajadores encargados del vivero de palmeras han partido temprano a una urbanización en Santa Pola y no regresarán hasta el mediodía.

La finca va a dejar de estar solitaria. El furgón inicia su recorrido por el camino privado después de que la puerta corredera se haya abierto y cerrado de manera automática. Detrás de la casa hay un espacio donde aparcar sin que el vehículo sea visible desde el camino.

Conoce bien el lugar. Antes solo cuidaba los cipreses y mantenía el césped de la terraza. Sin embargo, ahora visita la finca dos veces por semana, desde que ganó la confianza de Miquel al reparar la depuradora de la piscina y lograr que el agua verdosa recuperara su claridad.

Desciende del furgón. Vestido con un mono blanco y una gorra verde, solo tiene que caminar unos metros hasta llegar al cobertizo donde guardan las herramientas y los productos para el mantenimiento de los terrenos. Justo al lado, a una altura de dos metros, hay una ventana que da al dormitorio del hijo de los Grau. Hace nueve años que se independizó, y desde entonces, Rosilda lo utiliza como cuarto de limpieza para planchar la ropa y almacenar sus productos.

Sonríe al comprobar que la persiana permanece a media altura, tal y como la dejó ayer cuando Rosilda le pidió que revisara el enchufe de la aspiradora.

Abre el maletero y rebusca en la bolsa del almacén de saneamientos. Coge una pala y una pequeña caja. Unos metros más allá, debajo de un limonero, escarba en el terreno y extrae varios puñados de arena arcillosa. Borra sus huellas con la suela del zapato. Antes de regresar al furgón, observa hacia la puerta del camino. No hay nadie y tampoco ve ningún vehículo cerca de la valla que está a su vista. Solo hay dos ciclistas que circulan en paralelo, hablando

entre ellos.

Regresa al asiento del furgón y consulta el ordenador. Son las diez y dos minutos. Repasa el programa y comprueba que todo está en orden. Toma una escalera de mano del maletero y la sitúa debajo de la ventana. Luego se pone unos guantes y guarda unas calzas en el bolsillo del mono.

—Vamos allá.

En el ordenador selecciona una función que desactiva todos los sistemas de alarma de la casa. Sonríe al ver en la pantalla un indicador que cambia de rojo a verde bajo el logotipo de RS Protección. Sabe que dispone de veinte minutos.

Rápidamente asciende por la escalera y, con esfuerzo, levanta por completo la persiana. Da un pequeño empujón y la hoja de la ventana se abre entera hacia el interior. Apoya la caja y la pala en el alféizar y cubre sus zapatos con las calzas. De un salto, accede a la vivienda.

Hace diez minutos que Marta perdió de vista el furgón de Román, desde que entró a la finca de Miquel Grau. Espera la llamada de Silvia mientras su teléfono no cesa de sonar. Es Óscar, el argentino de la inmobiliaria, probablemente queriendo preguntar si ha realizado la transferencia para la compra del apartamento. Ella lo había olvidado por completo y en este momento no puede hablar con él, necesita el teléfono libre para cuando Silvia la llame. Le escribe que esta mañana le transferirá el dinero sin falta. Mientras tanto, observa hacia la finca y le pasan por la cabeza varias opciones, entre ellas la idea de salir del coche y recorrer el perímetro a pie. Da un grito de alivio cuando ve el nombre de su compañera en la pantalla del teléfono.

—Dime, Silvia.

—He logrado hablar con Miquel Grau. Como te dije, está en el médico. Me ha confirmado que Román es su jardinero y ayer fue a revisar la piscina, pero no tiene que volver hasta el lunes. Y, ojo al dato, la alarma está contratada con RS Protección.

Marta llena sus pulmones de aire. Cada vez está más claro que Román es el ladrón de barro. Todos los indicios apuntan hacia él. Piensa si proceder con su detención o esperar un nuevo movimiento.

—Creo que voy a detenerlo —dice Marta.

—¿Tú sola? ¿Estás loca? ¿Y si va armado?

—Tranquila, pediré refuerzos a Albízar. Tú quédate ahí.

Una llamada se cuela antes de que Marta pueda llamar al comisario. Es Fran Vallejo, el periodista.

—Fran, me pillas en medio de un operativo.

—He hablado con la madre de Tomás, el niño enfermo. No tiene idea de quiénes son los donantes. Cuando le he preguntado si su exmarido podía estar relacionado, me ha dicho que él le prometió

conseguir el dinero, que trabajaba para gente muy rica.

—Ahora sí que lo tengo claro.

—¿El qué?

—¿Quieres tu exclusiva?

—Por supuesto.

—Pilla la cámara y vente corriendo. Ahora te mando la ubicación.

Marta no da abasto a marcar en la pantalla. Envía la ubicación a Fran y al comisario, a quien también llama.

—Dime, Escudero.

—Confirmado, el ladrón de barro es Román Andújar. Tenemos muchas evidencias en su contra. Está en la finca del abogado de Ramos, es su jardinero y no debería estar allí hoy. No hay nadie en casa. Ha realizado movimientos sospechosos. Tengo más argumentos, pero no hay tiempo para explicártelos ahora. Voy a interceptarlo cuando salga. Necesito apoyo urgente. Acabo de enviarte la ubicación. Nada de sirenas.

—No te la juegues, Escudero, no te la juegues.

Marta cuelga y duda si debe arrancar el coche o no. El ruido del motor podría alertar a Román, así que descarta la opción. El reloj marca las diez y diecisiete. Si no recuerda mal, en RS Protección le dijeron que la alarma les enviaría una señal en caso de que el sistema fallara durante veinte minutos. El tiempo está a punto de agotarse y evalúa cómo actuar. Tal vez debería bloquearle el paso en la salida, o más adelante, cuando se haya incorporado a la carretera.

Comienza a temer que los refuerzos aparezcan después de que Román abandone la finca. El reloj avanza lentamente y se pregunta por qué ha avisado a Fran, si ha sido un gesto de agradecimiento por ser él quien la llevó a la pista más importante o quizás por atracción, una posibilidad que no descarta. Sea cual sea la razón, necesita avisarle para que no meta la pata y que tampoco corra riesgos.

Busca el contacto en el teléfono y lo llama. Los tonos se suceden sin que Fran responda.

—Venga, Fran, cógelo…

El intento finaliza y repite la acción una segunda y una tercera vez, hasta que un ruido la distrae del teléfono. Fija su mirada en la finca de Miquel Grau y ve una sombra blanca moviéndose entre las palmeras.

—Es el furgón, joder, va a salir.

Marta arranca el Renault Clio y avanza a poca velocidad. Está a doscientos metros de la entrada a la finca. A medida que se aproxima, ve que la puerta automática comienza a abrirse. Los separa una distancia de cien metros. El furgón avanza para cruzar el umbral de la finca, y Marta se aproxima a más velocidad. Ya no hay nada que obstruya su campo de visión, puede ver a Román al volante mirando hacia el lado derecho, justo donde ella se aproxima.

—Sí, no, sí, no, sí, no… —valora en voz alta si interceptarlo o seguir de largo.

En un acto reflejo, nota que alguien viene en sentido contrario en una motocicleta, a unos cien metros de su posición. La imagen de Fran le viene a la mente como un destello y en ese momento, Marta gira el volante hacia la izquierda, contra la rueda delantera derecha de la Ford Transit de Román. Sus miradas se encuentran justo antes del impacto.

Marta logra amortiguar la colisión y rápidamente abandona el Renault Clio con el arma en las manos. Con cautela, bordea el vehículo, sin perder de vista la luna delantera del furgón. Al otro lado del cristal, Román sujeta firmemente el volante, paralizado ante el accidente provocado por la mujer que ahora lo apunta con un arma.

—¡No te muevas! ¡Las manos donde pueda verlas! —ordena Marta mientras se acerca a la puerta.

Mantiene una distancia de seguridad para evitar que una apertura violenta de la puerta pueda arrollarla. Desde esa posición, observa a su alrededor, evaluando la situación. El furgón sigue arrancado y decide que disparará a una de las ruedas si Román intenta escapar. Acaba de escuchar la motocicleta detenerse detrás de ella. Como intuía, es Fran Vallejo, quien no duda en ponerse a cubierto y apuntar con el objetivo de la cámara.

—¡Para el motor!

Román obedece de inmediato.

—¡Ahora abre la puerta!

El jardinero acata la orden y rápidamente vuelve a alzar la mano temblorosa, en señal de rendición.

Marta mantiene su posición de tiro, con el cañón apuntando al cuerpo del Román. Su teléfono móvil está sonando, pero no quiere arriesgarse a un descuido. Sabe que está ante un ladrón, pero también podría ser el posible asesino del chalet de Vistahermosa.

A Román se le ha congelado la voz. De hecho, su mirada también se le ha helado, imantada como una soldadura en los ojos de la inspectora. Ambos parecen dialogar en un silencio solo interrumpido por el rugido de los vehículos patrulla que se aproximan a toda velocidad por el camino.

Fran Vallejo no esperaba presenciar una detención en primera persona, y mucho menos ver el valor de Marta al enfrentarse sola ante un hombre que podría estar armado. No pierde la oportunidad y captura el momento en que llegan los refuerzos y Román desciende del furgón, antes de ser esposado.

10:50. Finca de Miquel Grau. Alicante.

Román está sentado en la parte trasera de un furgón policial, custodiado por dos agentes. El comisario Albízar ha llegado al lugar para supervisar la labor de la Policía científica.

Esperan a Miquel Grau, quien ha abandonado el centro médico en cuanto le han requerido de manera urgente en su domicilio.

—No quiere hablar —informa Marta a su superior—. En el furgón hemos encontrado ochenta mil euros en una mochila. Tiene pinta de haberlos robado ahí dentro.

—¿Por dónde entró?

—No tenemos idea. Aparcó el furgón en la parte trasera, junto al garaje. Las ventanas están demasiado altas para acceder sin una escalera, aunque tiene una en el maletero. Esperemos que nuestros amigos de blanco nos saquen de dudas, porque él —dice señalando el vehículo de la Policía— no está dispuesto a colaborar.

—Querrá averiguar qué pruebas tenemos en su contra. ¿Cómo le va a Silvia?

—Hace diez minutos que he hablado con ella. Raúl, el chico del instituto, ha salido con unos chavales.

—Perdona que te interrumpa —dice el comisario—, pero después me contarás cómo el periodista llegó aquí.

—Sí, todo tiene su explicación. Silvia y los dos compañeros de refuerzo lo están siguiendo. Él va en moto. Teo ha comprobado que Raúl hizo al menos tres ingresos de dinero para la financiación colectiva. Tenemos imágenes, así que deducimos que se dirige a realizar otro ingreso. Silvia tiene orden de detenerlo.

—Buen trabajo, Escudero —le felicita con unas palmadas en el hombro—. Acabo de recordar que el subdelegado del Gobierno me confirmó que Román cuidaba la piscina y nunca sospechó de él.

La inspectora sonríe. Otra evidencia se suma a la lista que señala al jardinero como autor de los robos.

—Ese de ahí es el coche del abogado —anuncia Marta al comisario.

Miquel Grau accede a la finca conduciendo su Audi negro. Un agente le pide que reduzca la velocidad y se detenga en un costado, junto a la pista de tenis. Él baja rápidamente y cierra la puerta con fuerza.

—Agente, por favor, ayude a bajar a mi mujer, que va con muletas —solicita el abogado mientras localiza a la inspectora.

A diferencia del día anterior, Miquel no utiliza un bastón para caminar. Se mueve con paso lento, aunque con dificultad. Su sobrepeso hace que se balancee en cada paso. Además, dista mucho de la imagen que Marta tenía de él en la casa de Alberto Ramos, cuando iba vestido con elegancia y el cabello engominado. Hoy lleva unos pantalones vaqueros y una camisa a cuadros empapada de sudor, al igual que su peinado.

—¿Se puede saber qué cojones pasa aquí? —pregunta mientras se acerca a Marta—. ¿Dónde está el jardinero? ¿No habrá tenido los santos cojones de intentar robarme? Porque se los corto, te lo juro que lo haré.

El comisario da un paso adelante para interponerse en el camino del abogado.

—Por favor, tranquilícese. Necesitamos que abra la puerta de su casa y desactive la alarma. Mis compañeros quieren acceder a la vivienda.

—¿Dónde está ese cretino? ¿Dónde está que lo mato? —Miquel intenta localizar al detenido—. ¡Te mataré, hijo de puta! Como hayas entrado en mi casa, ¡te mataré! ¡Maldito desgraciado!

—Por favor, relájese y acompáñeme.

—Mi mujer, por favor, haga que se siente, no puede estar de pie mucho tiempo. ¿Será posible? La que ha armado el jardinero de los cojones…

Albízar acompaña a Miquel Grau mientras Marta regresa al furgón para hablar con Román.

—Vamos a entrar a la casa. Te doy una última oportunidad. Las cosas empeorarán para ti si no colaboras. ¿Has robado en esta casa?

—No.

Marta se sorprende al escuchar su voz por primera vez.

—Hemos encontrado dinero en tu furgón. ¿Estás seguro de que no lo robaste?

—No.

—Entonces, ¿qué hacías aquí?

—Vine a buscar una herramienta que dejé ayer. Solo eso.

—¿Quién te abrió la puerta?

—Tengo un mando, no es la primera vez que lo uso.

—Y el ordenador, ¿para qué es?

—Es personal, siempre lo llevo conmigo, lo uso para todo.

—Te preguntaré por última vez, ¿entraste esta mañana en la casa de Miquel Grau?

—No.

Marta da la vuelta y se dirige hacia la puerta, que ya está abierta. Se pone guantes y calzas, y espera a que el personal de la Policía científica le permita pasar.

Miquel continúa lanzando insultos al aire, desahogando su malestar al imaginar que alguien pudo haber entrado a su vivienda.

El comisario acompaña a Marta. Ambos guardan silencio mientras un teléfono no deja de sonar. Ella se lleva la mano al bolsillo: es Silvia. Tiene que quitarse el guante para contestar la llamada.

—Dime.

—Acabamos de detener a Raúl. Estaba ingresando dos mil setecientos euros en el cajero de la esquina del Mercado Central. El chico está cagado de miedo, de hecho, se ha meado encima. Nos ha confirmado lo que sabíamos, pero con nombres y apellidos.

Marta acciona el altavoz para que el comisario pueda escuchar lo que Silvia va a decir.

—Alguien lo contacta por mensaje y lo cita a una hora y lugar, casi siempre en el buzón de publicidad de esta mañana. Ahí recoge siete sobres con dinero, todos numerados. Raúl debe distribuirlos entre varios amigos de confianza, y cada uno ingresa el dinero en el cajero asignado y en el número indicado. Los chicos reciben doscientos euros cada vez que lo hacen a cambio de su silencio. Raúl no tiene idea de dónde viene el dinero ni a dónde va.

—Enhorabuena, Llamazares. Localiza al resto de chicos y llévalos a la comisaría. Les tomaremos declaración allí.

—Gracias, comisario.

Marta finaliza la llamada cuando ve a un compañero de la científica indicándoles que pueden pasar.

Tal y como sospechaban, encuentran el símbolo del euro dibujado en barro sobre el cabezal de la cama, idéntico a los encontrados en los otros robos. El técnico informa que no se ha forzado ninguna cerradura ni ventana, y que tampoco hay huellas de pisadas.

—En el furgón hemos encontrado unas calzas usadas, es posible que las haya utilizado aquí, pero como el suelo está limpio, no ha dejado huella —añade.

—¿Hay una caja fuerte? —pregunta el comisario.

—Sí, está dentro del armario. Tampoco hay huellas.

—¿Puede pasar el propietario a comprobar si echa algo en falta?

—No hay problema por nuestra parte; de hecho, hemos terminado.

El comisario sale de la casa en busca de Miquel Grau. Aprovechando la oportunidad, Marta echa un vistazo a las estancias. La decoración es modesta, con paredes pintadas con gotelé, lámparas de techo y puertas y cortinas que cualquier otro millonario habría mandado enterrar hace mucho tiempo. Cerca del dormitorio de matrimonio hay una sala con una mesa de despacho que despierta la curiosidad de la inspectora.

Enciende la luz y se aproxima al lugar donde está el ordenador de sobremesa. A su lado, hay una impresora y algunos documentos. Echa

un vistazo rápido a la entrada y, al no escuchar ruido, supone que no hay nadie en el pasillo. Toma el paquete de folios entre las manos y comienza a revisarlos. Es el mismo informe médico de Yaiza Ramos que Teo obtuvo de la clínica. Detrás de él, aparecen impresos unos correos electrónicos de la abogada de Yaiza, un total de cuatro.

En ese momento, la voz enfadada de Miquel Grau se aproxima y Marta deduce que en breve aparecerá por el pasillo, así que toma esos cuatro folios, los dobla por la mitad y se los esconde dentro de su blusa.

Miquel y el comisario se dirigen al dormitorio de matrimonio y pasan frente al despacho, donde Marta los observa desde el marco de la puerta.

—Ya le he dicho que no tengo nada de valor. Me da igual si ese hijo de puta se ha llevado la tostadora o la tele. Lo único importante lo tengo escondido en la caja fuerte. Está ahí. —Señala hacia el dormitorio—. ¡Me cago en la madre que lo parió! —exclama al ver la pared de su cuarto mancillada por el fango.

De repente, su rostro palidece y se sienta en la cama. Se lleva la mano al cuello y comienza a jadear. Marta y el comisario intercambian una mirada, preguntándose si el abogado está sufriendo un ataque de ansiedad. Ella corre hacia la ventana y la abre. En la mesita de noche hay una botella de agua y se la ofrece a Miquel, quien deja caer un poco en la palma de su mano para frotarse la nuca.

—No es nada, estoy bien —anuncia mientras se dirige hacia el armario.

Miquel Grau desliza la puerta corredera hacia la izquierda y saca media docena de perchas con chaquetas y camisas. Detrás de ellas, oculta una caja fuerte de la marca Fischet que, por su apariencia, debe tener al menos treinta años. Busca entre los pantalones apilados en un estante y saca una llave. Emite algunas palabras malsonantes mientras la inserta en la cerradura.

Marta lo observa de cerca. Se sorprende al ver que un hombre con su poder adquisitivo y con cuentas bancarias repletas de dinero posea una caja fuerte tan antigua, sin rueda ni teclado de codificación.

Con tres vueltas de llave, los bulones de cierre se desplazan y liberan la puerta. Miquel tira de la manija con cautela, poseído por el miedo. Una última frase cargada de rabia precede al tirón final, que revela los tres compartimentos del habitáculo.

En el hueco inferior hay una pila de documentos. Algunos tienen un tono amarillento, lo que sugiere que son escrituras antiguas, quizás de algunas propiedades heredadas. En la leja siguiente hay un cofre de madera hacia el cual las manos de Miquel se dirigen.

—¡Menos mal! —exclama aliviado al ver que varios recuerdos familiares continúan a buen recaudo.

Por último, extrae un sobre de tamaño A3 que hay en la balda superior. No hace falta abrirlo.

—Se han llevado la pasta —dice, volviéndose hacia la inspectora—. Aquí guardaba unos ahorros.

—¿Sabe la cantidad? —pregunta el comisario.

—Ochenta mil euros —revela Miquel sin titubear.

Albízar y Marta vuelven a buscarse con la mirada. La respuesta del abogado confirma sus sospechas y acusa directamente a Román Andújar como el autor material del robo.

12:30. Comisaría Provincial de la Policía Nacional. Alicante.

La edición digital del periódico *Información* se hace eco de la detención del «Ladrón de barro». El reportaje fotográfico es de primera calidad y otros medios se han interesado en adquirir los derechos. Fran Vallejo se ha convertido en la persona más nombrada en la redacción y algunos lo han apodado Peter Parker, en alusión al periodista que encarna a Spiderman y que siempre está presente donde acontece la noticia.

La última actualización del reportaje muestra a Román Andújar entrando esposado en las dependencias policiales. Fran ha sido el único afortunado que además de tomar imágenes con su cámara profesional, también ha grabado un vídeo en su teléfono.

La grúa remolca el Clio de Silvia hacia un garaje que repara la flota de vehículos de la Policía, así que Marta regresa a la comisaría en el Nissan Qashqai de Albízar. Marta le comenta que, de no ser por Fran Vallejo, no habrían descubierto que Román era el autor de los robos. Avisarle fue una forma de devolverle el favor.

Albízar recuerda a Marta que revelar secretos está castigado por el Código Penal, para las autoridades y funcionarios públicos. No obstante, esta vez no tomará medidas contra ella.

—Admito que merezco un expediente, pero ahora te haré una pregunta. Si utilizo el trabajo y la información de un periodista para resolver un caso, ¿no es justo que le devuelva el favor avisándole cuando voy a arrestar al delincuente?

—No voy a juzgar si es justo o no. Como policías, sabemos que nos regimos por unas leyes y reglamentos. ¿Acaso es justo acabar con la vida de alguien que ha matado a otra persona?

Marta tiene clara su opinión, pero no se deja llevar por el impulso y valora la respuesta. En este momento, su objetivo es convencer al comisario de que pase por alto su falta.

—Como bien dices, estamos sujetos a la ley.

Después de aclarar el incidente, comentan que tendrán que rellenar una gran cantidad de papeleo en la comisaría. Aunque antes de eso, deberán interrogar no solo a Román Andújar, sino también a Raúl y sus amigos, quienes deben aclarar sus visitas a los cajeros automáticos.

Marta encuentra a Silvia en el rellano del tercer piso, metiendo monedas en la máquina de café.

—Menuda mañanita, ¿verdad? —dice Marta aproximándose a su

amiga.

—Somos unas máquinas.

—Sí, sí, aunque, hablando de máquinas… Tengo que decirte que le he dado un golpecito a tu coche.

El rostro de Silvia se paraliza y recuerda la imagen de su abuelo hace veinte años subiéndose al Clio.

—Tuve que estamparlo contra el furgón de Román, no tenía otra opción. La grúa se llevó el coche al taller. Lo siento mucho.

Silvia aparta la mirada hacia la máquina de café, que emite un pitido.

—Es una pena, pero a ver si tengo suerte y me indemnizan bien. Es lo que pasa cuando utilizas tu propio coche en el curro.

—Gracias por no tomarlo a mal.

—Lo único es que ahora tendremos que usar tu moto para desplazarnos. ¿La traerán mañana, verdad?

—Sí —responde Marta mientras introduce una moneda—. Y otra cosa, en cuanto entremos en la oficina, voy a hacer la transferencia del apartamento. Tengo al argentino muy nervioso.

—¿Todavía no la has hecho?

—¿Cuándo? Pero ¿no ves cómo vamos? La culpa es tuya por llevarme a ver pisos.

—Vamos, señora propietaria, te espero en la oficina. Teo tiene novedades.

Marta lee un mensaje de Fran en el que le da las gracias. Ella le responde de camino a la oficina, pidiéndole prudencia. Sabe que no hay nada definitivo hasta que la justicia dicte sentencia. Es consciente de que han dado un gran paso, pero no termina de imaginar a Román como el autor del crimen en el chalet de Alberto Ramos. Es algo que espera debatir con sus compañeros, aunque todavía tienen mucho trabajo por delante, especialmente en la sala de interrogatorios, cuando se enfrenten cara a cara con Román.

Silvia curiosea las pantallas de Teo mientras él anota algo en uno de los folios que tiene esparcidos por el escritorio.

—Ya estamos todos —dice Marta, visiblemente agotada, mientras se dirige a la silla roja que ha colonizado como suya.

Teo toma sus apuntes y gira la silla hacia la mesa central.

—Jefa, vaya currada nos hemos pegado esta mañana.

—Y nos espera mucho más —responde ella.

—Antes de meternos en el ajo, quiero contarte algo que no vas a creer. Ha llamado Maruja, que es la hermana de Gloria, la mujer de Alberto Ramos y quien de momento cuida a Berto, el pequeño de dos años.

—Sí, es la tía, ¿la que vivía en Petrer?

—Así es. La mujer está desesperada. Esta mañana recibió una

llamada de la abogada de Yaiza. Al parecer, la chica se hará cargo de su hermano y le ha dado plazo hasta el lunes para devolver al niño.

—¿En serio? —reacciona Marta, llevándose las manos a la frente—. Esta chica es irresponsable. ¿A qué viene tanta prisa?

—Maruja no sabe a quién acudir. Ha hablado con servicios sociales, pero legalmente la custodia le pertenece a Yaiza por ser la hermana del pequeño.

—¿Qué le has respondido? —pregunta Marta, imaginando la angustia de la mujer.

—Que en un principio, nosotros no podemos hacer nada y que la investigación está en curso. También mencionó que Yaiza está desequilibrada. Al parecer, Gloria le hablaba de los problemas que estaba causando a la familia. Maruja no está dispuesta a dejar a su sobrino en manos de esa joven y advierte que tendrán que arrebatárselo por la fuerza.

—Pobre niño. ¿Le preguntaste cómo está?

—No pude. La mujer no paraba de llorar.

El comisario Albízar regresa tras aparcar. Coloca una Coca-Cola sobre la mesa mientras se quita la chaqueta. Observa el teléfono que está sonando.

—¿Alguien me cambia el puesto? —pregunta mientras silencia la llamada—. Recapitulemos. Hemos detenido a un hombre experto en el montaje de alarmas de la marca SP Protección. Lleva años trabajando como jardinero y en tareas afines. Realizaba labores de mantenimiento y pequeños arreglos. Trabajaba tanto para Alberto Ramos como para las otras víctimas que conocemos que han sufrido robos y les han pintado el curioso símbolo del euro en barro.

—Incluiremos al subdelegado del Gobierno y hoy también a Miquel Grau —añade Marta.

—Román conocía a los clientes, sus parcelas, las viviendas e incluso el interior de estas, y gozaba de la confianza de todos ellos. Dicho esto, ¿qué pruebas tenemos para implicarlo?

Teo es el primero en pedir la palabra.

—Algo que no sabéis es que he obtenido los registros de ubicación de su teléfono, y no se encontraba presente en ninguno de los lugares donde ocurrieron los robos en esos momentos. Coincidencia o no, durante los asaltos, el teléfono estaba en su garaje.

—¿Había cámaras de seguridad?

—Según me dijeron en RS Protección, las grabaciones se detuvieron durante los robos —informa Marta—. Teo, ¿y las cámaras de tráfico?

—Iba a ponerme a ello, solo tengo dos ojos.

—¿Y qué hay de la pala en la casa del subdelegado del Gobierno? —pregunta Silvia.

—No tiene huellas y tampoco encontramos nada relevante en aquel

lugar —responde Albízar, con semblante pensativo.

—Pero hoy lo hemos pillado con las manos en la masa, ¿no es suficiente? —insiste Silvia.

—Lo vimos entrar a la finca y salir. Técnicamente, nada indica que haya estado dentro de la casa.

—¿Y los ochenta mil euros?

—Eso es algo que tendrá que explicarnos —aclara el comisario—. A ver, es evidente que tenemos motivos de peso para acusarlo del robo de hoy, pero ¿qué hay de los demás casos?

—Si me permitís —interrumpe Teo—, he elaborado una teoría para demostrar que Román es el responsable de los robos en esas viviendas. Todo lo que os voy a explicar está basado en los datos obtenidos en la cuenta de crowdfunding. Mirad esta hoja. —Muestra tres columnas con datos numéricos—. A la izquierda está la recaudación de cada robo que hipotéticamente podemos atribuirle, y a la derecha están las cifras depositadas en los cajeros de Alicante. Si os fijáis, los totales coinciden, a excepción de veintiséis mil euros que podrían corresponder a las comisiones que Román pagaba a los chavales por realizar el trabajo de ciudadano generoso por una buena causa.

Albízar pide el turno para intervenir.

—De acuerdo con la sugerencia de Escudero, he solicitado una orden para registrar la vivienda y el garaje de Román. Supongo que llegará pronto.

—Hace un rato, Román me comentó que siempre llevaba consigo su ordenador —apunta Marta—. Podríamos confiscarlo. Teo disfrutaría buscando pistas.

Teo toma la palabra.

—Me juego una bolsa de gominolas a que hay una hoja de cálculo en algún lugar. La secuencia de ingresos está muy bien organizada para ser improvisada.

—Escudero, ¿cuándo hablaremos con Román?

—Yo esperaría al registro y, si es posible, iría con el ordenador ya examinado. Necesitamos pruebas sólidas para presionarlo. Lo que sí podemos hacer es interrogar a los chavales aprovechando que aún están asustados. Silvia, ¿puedes encargarte de eso? —pregunta Marta.

—Claro.

—Teo, ¿has descubierto alguna conexión entre Román Andújar y Raúl, el chaval al que le dejaba los sobres en el buzón?

—No he tenido tiempo.

Al escuchar la palabra «tiempo», Marta recuerda que debe hacer la transferencia. No puede posponerla más.

—Chicos, os dejo —dice el comisario—. Voy a ver cómo va la orden de registro y a pedir que traigan ese portátil.

—Avísame cuando la tengas —solicita Marta—. Muero de ganas

por descubrir qué esconde ese hombre en su casa.

13:45. Garaje de Román Andújar. Alicante.

Recién terminada la transferencia, Marta sale de la comisaría con Olmedo. Acaba de gastar sus ahorros en un apartamento que visitó durante apenas diez minutos, en una ciudad donde lleva solo cuatro días. ¿Imprudencia, temeridad, locura? Se reprocha a sí misma que es una estúpida, incapaz de salir a bailar o tomar una copa por la noche, pero atrevida al firmar una hipoteca en lo que dura un suspiro.

Olmedo trata de tranquilizarla. Sigue pensando que hace lo correcto, que la vida es para disfrutarla y que si en algún momento se cansa del piso, siempre podrá venderlo.

—Cambiando de tema, menudos huevos le echaste al arrestar tú solita a ese tipo. No puedo creer que sea el jardinero que vimos en casa de Noel Carreño. Menudo paquete le estaba echando al pobre porque a su mujer le molestaban las florecitas. Lo que el pijo no sabía era que el tipo de la gorra verde le había birlado setenta mil euros. Me parto de risa.

—La calle Lérida está a la derecha. Puedes girar en esa esquina —indica Marta.

—Una vez estuve por aquí, creo que fue en aquel edificio, el de los toldos verdes. Un hombre denunció que le habían robado un mapache. El tío era tan gilipollas que encima se llevó una multa por tener animales prohibidos en casa.

—Es ese portal —señala Marta. En el vado del garaje hay dos furgonetas de la Policía Nacional. Un grupo de curiosos se aglomera ante una cinta que delimita el área de seguridad—. Siempre tengo un dilema interno sobre qué es mejor, actuar con discreción o llegar con las sirenas y luces para despertar a todo el mundo.

—Yo soy de los folloneros —opina Olmedo—. Siempre hay alguien que se acerca dispuesto a contarte alguna anécdota interesante. ¿Cuántos casos se habrán resuelto gracias al chivatazo de algún extraño?

—A ver si alguno de ellos se acerca y nos da la clave.

—Nunca se sabe. Por eso es importante hablar con la gente, como cuando los famosos se alejan un poco de la alfombra roja. Saben que sus seguidores publicarán en las redes sociales lo cercanos y simpáticos que son sus ídolos, solo porque les han dejado fotografiarlos posando con una gran sonrisa.

Olmedo saca la llave del contacto.

—¿Vamos? —pregunta él.

—Sí, yo hablaré con los compañeros. Tú, si quieres, ve a sonreírles y a dejar en buen lugar a la Policía.

—Veo que te vas soltando. Pronto contarás chistes.

Marta cierra la puerta del coche. Como intuía, hay muchas cabezas asomadas por las ventanas y balcones que susurran entre sí. Los vehículos policiales bloquean la entrada al garaje. Solo los vecinos de pisos superiores disfrutan de una vista directa de lo que sucede enfrente. La inspectora muestra su placa identificativa a un compañero que le indica quién está al mando de la operación.

Marta cruza el umbral de la puerta. La estancia es amplia, sobre setenta metros cuadrados. Está abarrotada de herramientas, curiosamente organizadas como si fuera un museo de material de construcción. En el tabique izquierdo hay varios tramos de andamio, una hormigonera y diferentes tipos de palas. Un poco más adelante hay un grupo electrógeno, rollos de tubería de jardinería, cables eléctricos y una estantería con taladros y sierras.

La inspectora dirige la mirada hacia la derecha y ve una estantería que recorre la pared, llena de cajas de cartón con etiquetas en la parte frontal que indican su contenido.

—Eres meticuloso, cabrón —susurra en voz baja, pensando en Román y en el cuidado que ha tenido para no ser descubierto durante los robos.

Al fondo, hay cuatro personas frente a un banco de trabajo, revisando cajas y documentos. Marta se acerca hacia ellos, sin dejar de observar dos máquinas cortacésped aparcadas junto a una puerta, que intuye es el aseo.

—Soy la inspectora Marta Escudero —se presenta con semblante serio. Es la primera vez que coincide con esas personas: un hombre vestido con uniforme, una mujer con mono blanco y otros dos jóvenes que revisan documentos. Duda si ofrecerles la mano, pero se le adelantan.

—Soy el subinspector Merino. —El hombre uniformado de cabeza calva, barba y gafas de vista estrecha la mano de Marta. Acompaña el saludo con un repaso visual que la inspectora corta de raíz.

—¿Qué habéis encontrado?

—Un teléfono móvil apagado.

—Perfecto. Que alguien se lo lleve a Teo Serralba, en la oficina de la OUCIC. ¿Qué más tenéis?

—Comprobar esto nos llevará todo el fin de semana.

Marta desvía la mirada hacia el medio centenar de cajas que ocupan las estanterías.

—Tenéis dos horas.

—¿Dos horas? —reacciona uno de los hombres soltando su libreta y

volteándose hacia la inspectora.

—Veréis, tengo que interrogar al sospechoso hoy mismo y no tengo tiempo. Tranquilos. Si esconde algo importante, no estará a pie llano. Revisad el contenido de los estantes de la tercera y cuarta fila. ¿Lleváis luz negra?

—Sí.

—Entonces ya sabéis, nos interesan las cajas con huellas recientes.

—¿Qué buscamos? ¿Drogas?

La pregunta de la técnica con mono blanco que acompaña al subinspector desconcierta a Marta.

—El sospechoso ha robado dinero en chalets de lujo. Así que buscamos dinero y todo lo que pueda ser utilizado para un robo, como fotos, contraseñas, manuales de cajas fuertes, de alarma, inhibidores de frecuencia…

—Lo tenemos claro, inspectora —interrumpe el subinspector Merino—. Déjalo en mis manos.

Marta asiente con la mirada y levanta los dedos pulgares.

—Sé que es mala hora —dice ella al darse cuenta de que son las dos del mediodía—. ¿Traemos unos bocatas?

—No te preocupes, llevamos barritas energéticas en el furgón. Gracias de todos modos.

—Perfecto. Otra cosa, tenemos que entrar en el piso.

—Hay otro equipo allí. El inspector Gallardo ha ido con el cerrajero.

Marta y Olmedo caminan hacia el piso en la avenida Periodista Rodolfo Salazar. En menos de tres minutos entran a la vivienda, donde el inspector Gallardo les recibe y comparte algunas risas con Olmedo. Ambos pertenecen a la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta. Manuel Gallardo está a punto de cumplir cincuenta años, tiene una complexión delgada, aunque su postura erguida y el pecho hacia delante transmiten fuerza y seguridad en sí mismo. En su rostro moreno, con cabello negro y espeso como la noche, destaca una enorme cicatriz en la frente, sobre la ceja derecha.

—Casi diría que este hombre —dice Gallardo refiriéndose a Román— apenas pasa tiempo aquí. El piso no es grande, pero está prácticamente vacío. Adelante.

En el lado izquierdo del pasillo encuentran tres puertas. En la primera, hay un dormitorio completamente vacío, salvo por una caja en el rincón con la palabra «Wallapop» escrita en rotulador y que contiene una lámpara de techo con cuatro tulipas de cristal. El baño no es muy diferente, con dos toallas, un cepillo de dientes, un peine y una botella de champú en la esquina de la bañera. A continuación, está la cocina, donde solo destaca una sartén y un tenedor apoyados en el escurridor junto al fregadero. No hay nevera ni horno. En los

armarios, solo encuentran un cazo, una botella de aceite y un par de bayetas desgastadas.

—Por no tener, no tiene ni lavadora ni termo. ¿Cómo puede alguien vivir sin siquiera una nevera? —pregunta Gallardo.

—Se han llevado incluso el aparato de aire acondicionado —informa Olmedo desde la galería interior al ver los taladros donde estaban sujetas las escuadras del aparato.

En el salón, hay varios cojines en el suelo, junto a una lámpara de mesa y una docena de libros apilados. Marta se agacha para consultarlos.

—Qué curioso, todos son de la biblioteca de la Universidad de Alicante. Libros de medicina, seguridad informática… Joder, ¡este tío es un genio!

Marta no pierde tiempo y llama a Teo.

—Dime, jefa.

—Antes de nada, van a llevarte el teléfono de Román, quiero que le hagas la autopsia. Y otra cosa, consigue su historial académico, creo que estudia en la universidad. Estoy en su casa y acabo de encontrar un puñado de libros de la biblioteca. Averigua cuáles ha consultado en los últimos años.

—Oído, me pongo a ello. Sepas que acaban de traer su ordenador.

—Perfecto, dale caña, Súper Teo.

—Me mola ese nombre, jefa.

—Venga, al lío, que quiero bajar a la sala de interrogatorio con algo consistente.

Desde el salón, se accede al dormitorio principal, donde solo hay un colchón y un pequeño armario con ropa desgastada.

—Aquí también se llevaron el aparato de aire acondicionado, y mira allí —señala Olmedo—, alguna vez hubo un soporte para la televisión.

Marta observa la ventana, donde también faltan la barra y la cortina.

—Está claro que tiene intención de vender la casa. Se ha deshecho de todo.

—¿No harías lo mismo si la vida de tu hijo dependiera de un tratamiento privado? —pregunta Olmedo—. Vamos, yo vendería hasta un riñón, joder.

La afirmación del inspector resuena en los presentes, quienes dan el último vistazo, pensando en la desesperación de Román, que ha vendido incluso las lámparas para cubrir el costo del tratamiento de su hijo.

—Ya hemos visto todo —concluye Marta mientras regresa hacia la puerta de la casa. De camino, envía un mensaje a Teo para pedirle que compruebe si Román tiene cuentas en sitios de venta de segunda

mano en Internet y si la vivienda está anunciada en inmobiliarias.

Una vez en el portal, Marta llama a Silvia, quien debería haber interrogado a los chicos del instituto.

—Solo me queda uno. Hasta ahora todo va según lo planeado. Los chavales han confirmado nuestra hipótesis al pie de la letra. Ahora tenemos datos precisos, con fechas, lugares y cantidades.

—¿Y qué hay de la relación entre Raúl y Román?

—A Raúl le he mostrado una fotografía de Román y asegura que nunca lo ha visto. Mi intuición me dice que el chico es sincero. Todos están asustados y no paran de preguntar si serán liberados.

—Habla con el comisario y déjalos marchar, salvo a Raúl. Quiero presionarlo un poco. Me parece extraño que accediera a gestionar esos ingresos sin tener idea de quién era el dinero. No me lo trago. Quizás un par de horas en la comisaría le refresquen la memoria.

—Buena idea. ¿Y qué tal van los registros? —pregunta Silvia.

—Acabamos de salir del piso. Román ha vendido hasta los clavos. Imagina el esfuerzo que ha hecho ese hombre para conseguir dinero. En el fondo me da lástima. Ahora estamos liados en el garaje, así que me quedaré aquí. Espero llegar a la comisaría antes de las cinco.

Marta cuelga la llamada y lee una notificación: «Llamada perdida del Centro Penitenciario Alcalá-Meco».

15:30. Garaje de Román Andújar. Alicante.

La hermana de Marta lleva seis años cumpliendo condena por acabar con la vida de su padre. Es un episodio que ha dejado una marca en Marta y del que prefiere no hablar. La relación entre las hermanas nunca ha sido ideal. Que Lara fuera la favorita de papá no ayudó a que Marta tuviera gran estima por su hermana.

Desde que Lara fue sentenciada a catorce años de prisión, las Escudero, como solían llamarlas en el pueblo, no se han vuelto a ver. Sus conversaciones han sido escasas, limitadas a llamadas telefónicas que apenas suman un par de horas. Así que cada vez que ve el número de la prisión en la pantalla de su teléfono, Marta siente un nudo en el estómago.

En la esquina del garaje de Román Andújar, Marta vuelve a ver que la llamada entrante es de Alcalá-Meco y envía a Olmedo que vaya con el inspector Gallardo en avanzadilla. Justo antes de responder el teléfono, hincha sus pulmones de aire y se dice a sí misma: «Venga, serán solo un par de minutos».

—Diga.

—Marta, soy yo. —Al escuchar esa voz, a la inspectora le vienen a la mente varias imágenes, y no son recuerdos alegres—. ¿Me escuchas?

—Sí, te escucho. Es que me pillas en medio de un operativo. —Marta ha perdido la cuenta de las veces que ha usado la misma excusa para terminar la conversación lo más rápido posible.

—Pensé que tal vez te pillaría en el sofá… Por esa costumbre mediterránea de dormir la siesta.

—Estoy a tope de faena. Dime.

Lara está acostumbrada al tono distante de Marta. En varias ocasiones ha intentado mostrar arrepentimiento por sus errores del pasado, pero el orgullo es tan intenso que sigue venciendo a la razón.

—Solo te llamo para decirte que saldré de la cárcel dentro de tres meses.

—¿Tres meses?

La reacción de Marta es de sorpresa, pero su tono no refleja alegría.

—Sí, a mediados de agosto. ¿No te alegras?

—Me sorprende. —La respuesta suena casi a reproche—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ya no cabe más gente y han revisado mi caso… Y ya sabes…

Buen comportamiento, sin antecedentes… Solo tendré que presentarme una vez al mes en una comisaría.

—¿Y qué piensas hacer? —No desea conocer la respuesta. Ver a Lara en libertad significa enfrentar viejos fantasmas que preferiría mantener olvidados. No es el mejor momento, de hecho, sabe que jamás habrá un buen momento para eso.

—Buscar un curro. He pensado en ir a verte. Me da lo mismo comenzar aquí que allí. No tengo nada, así que igual te hago una visita. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

—Lara, tengo que dejarte. Hablamos otro día.

Marta cuelga la llamada. La noticia de la inminente liberación de su hermana la toma por sorpresa. Necesita tiempo para asimilarlo, pero sabe que hoy debe aparcar ese tema y esconderlo otra vez en la caja del olvido, como hace con todo aquello que le causa dolor, y concentrarse en el trabajo, su refugio más preciado.

Todavía hay vecinos merodeando cerca de la cinta de seguridad. Olmedo charla distendidamente con un hombre de cabello canoso, rostro arrugado y que lleva un mono azul de mecánico manchado de grasa. Marta camina hacia ellos cuando vuelve a sonar la melodía del móvil.

—Dime, Teo.

—Acabo de recibir noticias de la universidad.

—¿Y? —pregunta ella emocionada por el tono entusiasta del informático.

—Pues que nuestro amigo es un cerebrito. Tiene tres carreras, varias matrículas de honor, dos másteres y ha consultado más de trescientos libros en la biblioteca durante los últimos siete años.

—Joder, vaya con el jardinero…

—Ingeniero informático y grado en ciberseguridad, y además está a punto de completar otro grado, ¿adivina en qué?

—Venga, Teo…

—En criminología. Lo estudia a distancia.

—Vaya fenómeno. Esto se va a complicar más de lo que imaginábamos. ¿Sabes algo del ordenador?

—Que está más limpio que el suelo del Míster Proper. Está vacío. El tío trabaja con una máquina virtual.

—Háblame en cristiano, por favor.

—Se conecta a un ordenador que está en la nube, en algún servidor informático situado en quién sabe dónde. Recuerda los estudios que tiene este hombre.

—¡Vaya tela! Por eso dijo que siempre iba con él y que lo usaba para todo. Entonces, ¿no podemos sacar nada?

—Podemos enviar el ordenador a Madrid para ver si allí logran encontrar algún archivo oculto, pero llevará unos días. Aunque sigo

pensando que este hombre tiene algún listado en papel. Ni yo mismo confiaría al cien por cien en la informática, siempre llevo un boli a mano.

—Voy a ver qué tal va el registro. Te veo dentro de… ¡Espera, Teo!

—¿Qué pasa?

—¡Hostias, cómo no se me ocurrió antes!

—¿El qué, jefa?

—Resulta que Román tenía acceso a los almacenes de muchas fincas. ¿Y si…?

—¡Eres una máquina, jefa! —interviene Teo, quien acaba de pensar lo mismo que su superior.

—Habla con Silvia y con el comisario Menéndez. Que envíen a alguien a revisar todos los trasteros y almacenes a los que Román tenía acceso. Rápido, por favor.

—Oído, cocina.

Marta se acerca a Olmedo y escucha la conversación que mantiene con el mecánico de coches.

—Es un tío cojonudo, te lo digo yo, que tomo café con él todos los días. Dice que apenas duerme, solo hay que ver las ojeras que tiene. Y casi no come. No sé cómo es capaz de mantenerse en pie hasta el final del día. Sé que quiere vender la casa, lo que pasa es que en estos tiempos le dan muy poco dinero. Este es un barrio obrero y la gente prefiere irse a las afueras a comprar algo nuevo.

La inspectora deja a Olmedo hablando con el hombre y entra en el garaje, donde ahora hay ocho personas buscando en las cajas.

—¿Algún hallazgo importante? —pregunta Marta al subinspector Merino.

Al igual que antes, Merino escanea a Marta de arriba abajo con la mirada, sin disimulo y con una sonrisa socarrona. Se quita las gafas de lectura y muestra un cuaderno a unos centímetros de su rostro. Es una lista de los objetos encontrados que podrían ser interesantes. Los repasa en silencio y luego le entrega el papel a Marta.

Entre los apuntes hay una pata de cabra, una máquina duplicadora de llaves, varios pasamontañas, un juego de ganzúas y lo más llamativo: un maletín con herramientas para descifrar combinaciones de cajas fuertes.

—Además de esto, ¿no hay documentos?

—Mira a aquellos tres de allí, los del banco de trabajo. Están revisando una veintena de carpetas repletas de albaranes y facturas. Pero hasta ahora no tenemos nada relevante.

—¿Habéis buscado si hay algún escondrijo, como puertas o armarios ocultos, una losa suelta en el suelo o un falso techo en el aseo?

Merino amaga la respuesta y luego niega con la cabeza, pensativo.

—Nos hemos centrado en las estanterías…

—Claro, eso es lo que acordamos —dice Marta en tono conciliador.

—Ahora mismo me pongo a ello, dame unos minutos.

Olmedo accede al garaje por primera vez. Hasta ahora se había dedicado a hablar con los vecinos y observa con curiosidad, como si acabara de entrar en una catedral.

—¿Han encontrado algo interesante? —Marta le responde negando con la mirada—. Afuera dicen que Román es un vecino ejemplar: de trato agradable, generoso, trabajador… Saben que está divorciado y que tiene un hijo, pero nunca habla de él.

—¡Inspectora! ¡Inspectora! —grita Merino desde la puerta del aseo. ¡Aquí! Se seca el sudor de su calva y muestra un folio que se despliega en varias partes.

Marta y Olmedo van a su encuentro y ven que Merino sujeta un plano de la ciudad con varios círculos rojos dibujados en él.

—¿Dónde estaba? —pregunta la inspectora.

—El techo del baño es de escayola desmontable. La pieza de la esquina tenía un borde desgastado, así que he mirado lo que había encima.

—¿Qué significan esos círculos?

Olmedo toma el mapa y señala algunos de ellos. Recorre con el dedo varias avenidas hasta que finalmente golpea el papel con el puño.

—¡Lo tengo! Los círculos corresponden a las cámaras de vigilancia de tráfico de la ciudad.

Marta vuelve a suspirar por enésima vez en el día.

16:40. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

El café sale despedido hasta la manga de la blusa. Marta le grita a Olmedo cuatro palabras. Acostumbrado a conducir en solitario, no comprende que no puede beber café con alguien sentado al lado. Mientras llevaba el vaso a la boca, ha tenido que dar un volantazo para no atropellar a un chico en monopatín que ha salido de la nada en un paso de peatones.

—Tranquila, te pagaré la blusa.

Marta frota una toallita contra la manga en un intento de recuperar el color celeste original, pero se conforma con eliminar el marrón oscuro y dejarlo en un gris azulado.

—¿Eso que suena es tu teléfono? —pregunta él mientras baja el volumen de la radio.

Quien llama es Fran Vallejo.

—¿Todo va bien?

—Va tan bien que ni siquiera he tenido tiempo para comer —responde Marta.

—Yo te invitaría, pero la redacción está bastante agitada. Las fotos de esta mañana están causando revuelo.

—Te dije que tuvieras cuidado.

—Sí, pero ¿qué quieres que haga si una docena de medios no dejan de acosarnos preguntando sobre la detención?

—Sigue mi consejo, Fran, no corras.

—Yo no tengo prisa, pero mis superiores quieren seguir alimentando la noticia. No se habla de otra cosa.

La última afirmación desconcierta a Marta.

—¿Qué has contado?

—¿Cómo? ¿Todavía no lo has leído?

—¿Leer qué? —Marta eleva el tono de voz.

—Te envié un mensaje con el enlace a la noticia de la web del periódico. Estamos preparando algo grande para mañana sábado y quieren que sea impactante.

—¿Entonces me llamas para pedirme novedades? Casi me meto en problemas con el comisario porque estabas allí, presenciando la detención en vivo. Me he librado por pelos de un expediente.

—No, no pienses mal. Te llamo para darte novedades. Descubrí algo que creo que debes saber.

Marta se arrepiente de haberle alzado la voz.

—Disculpa, estamos todos un poco alterados. ¿Qué tienes?

—Hace un rato hablé con la exmujer de Román. Dice que, en cuanto vio que había medio millón de euros esta mañana, no dudó ni un segundo y transfirió el dinero del crowdfunding a la clínica en Estados Unidos. De esta forma, el niño podrá viajar la próxima semana.

La inspectora atiende mientras analiza la situación. Consciente de que el dinero al que se refiere Fran procede de actividades delictivas, debería llamar de inmediato al comisario para solicitar una orden de congelación del pago.

—¿Sigues ahí? —pregunta Fran al no obtener respuesta de Marta.

—Sí, te escucho con atención.

—Me ha concedido una entrevista. Ten en cuenta que necesita medio millón más.

—¿Y cómo piensa conseguirlo?

—No lo sé, pero, en lo que a mí respecta, voy a intentar que el caso de Tomás se vuelva mediático y que las donaciones se multipliquen. Quiero que todo el país se conmueva y que las instituciones públicas no tengan más opción que apoyarlos, así como a otras personas en su situación.

Marta guarda silencio durante unos segundos. No se atreve a sincerarse con Fran en presencia de Olmedo. Además, debe decidir qué hacer con la información que tiene: poner al corriente al comisario o hacer caso omiso. Por otra parte, es una carta que podría utilizar para presionar a Román en el interrogatorio.

—Será mejor que hablemos más tarde.

El comisario fuma un cigarrillo junto a la ventana de la oficina, cerca de los monitores de Teo, quien teclea a gran velocidad como si estuviera examinándose de mecanografía.

La aparición de Marta no distrae a ninguno de los dos. Están absortos en sus tareas y pensamientos.

—Buenas —saluda ella en voz baja.

Olmedo sigue los pasos de la inspectora con un café en la mano.

El comisario Arturo Albízar da la última calada y apaga la colilla en la repisa de la ventana. Hace horas que se quitó la chaqueta y también la corbata. La camisa está remangada hasta los codos y tiene dos botones desabrochados en el pecho. Marta se hace una idea de lo peludo que es su jefe; el vello parece querer escapar de la camisa, como raíces que se expanden en busca de agua.

—Escudero, necesitamos interrogar a Román. No sé si estás al tanto, pero tu amigo periodista le ha dado de comer a las fieras y la prensa nos tiene acorralados. No hace falta que te diga que ya me han presionado varias veces para agilizar el asunto. Estos políticos de

pacotilla… Malditas elecciones.

Marta no sabe qué han publicado en el periódico, pero no es momento para averiguarlo. Necesitan recapitular toda la información y asegurarse de que podrán presionar a Román.

—Teo, ¿has comprobado el mapa que te envié? —pregunta Marta evitando responder a su superior.

—Sí, y como sospechábamos, los círculos rojos representan los semáforos de tráfico. Esa información no es pública, solo la tiene la Policía Local, Tráfico, la Policía Nacional, el Ayuntamiento…

—O sea…

—Pues que es fácil de obtener, jefa. Además, si Román tiene algún conocimiento de seguridad informática, fue pan comido descubrir la ubicación de las cámaras.

—¿Dónde está Silvia?

—Fue a casa de Alberto Ramos —afirma Teo—. Quiere revisar el almacén de trastos del jardín. Así es como todos llaman a ese lugar. Se nota que a los ricachones les da alergia tocar las herramientas. Todos dicen que hace años que no entran ahí, que hay arañas y huele a humedad.

—¿Todos?

—Sí. Tenemos varios agentes inspeccionando los trasteros de Noel Carreño y sus amigos, los que figuran en el listado que nos proporcionaron.

—¿Han encontrado algo?

—Nada interesante. Pero los agentes coinciden en que todo está muy ordenado.

—Román es muy curioso… Deberías haber visto cómo tenía el garaje. Esa cabeza es increíble.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el comisario, mostrando preocupación.

—Es extremadamente inteligente, vamos… Un cerebrito. ¿Habéis visto su historial académico? ¿Y la clase de libros que lee? ¿Y lo cuidadoso que ha sido para no dejar pistas?

—Le pillamos en la masa con ochenta mil euros. —Albízar eleva la voz.

—Sí, pero no podemos asegurar que los haya robado. No hay pruebas de que haya entrado en la casa de Miquel Grau. De hecho, no podremos retenerlo por mucho tiempo si no conseguimos pruebas contundentes. Por curiosidad, ¿ha pedido un abogado?

Albízar sonríe y chasquea los dedos sobre la mesa. Es la primera vez que Marta lo ve preocupado.

—Dice que no ha hecho nada y que no necesita defensa.

—Menuda frialdad. Le dije a Silvia que mantuviera a Raúl en la comisaría. Quiero hablar con él. Oye, Teo, ¿sabemos si tiene

parentesco con Román?

—Sus apellidos no coinciden. Lo único que se me ocurre es preguntar a los padres de Raúl si lo conocen.

Marta busca la opinión del comisario con la mirada.

—¿Por qué no? —responde él—. Además, seguramente estarán preocupados por el chico.

—Si queréis, puedo encargarme yo —dice Olmedo con una sonrisa, aunque en realidad busca una excusa para salir a fumar.

—Acompáñalo a una sala de interrogatorios y que llame a sus padres. Lleva una foto de Román Andújar, a ver si logran identificarlo.

Teo proporciona la imagen y cuando Olmedo se va, el informático toma la palabra.

—Jefa, pedí permiso al comisario para llamar a un colega que se dedica a la ciberseguridad. Se llama Chicho y es un hacker, pero de los buenos. Trabaja buscando agujeros en la seguridad de las empresas, en sus webs, y cosas así. Me gustaría que echara un vistazo al ordenador de Román, a ver si puede acceder a la máquina virtual. Mi colega está más al día que yo en estos temas.

—Cada vez me gustas más, Teo.

Él sonríe como un niño al que le ofrecen una golosina.

—He revisado el teléfono que Román llevaba encima y con el que se comunicaba con Raúl. Es una tarjeta prepago comprada en un comercio marroquí, sin servicio de Internet, solo la usaba para enviar mensajes de texto, nada más. La quitaba y la volvía a poner cada vez que la necesitaba, así que olvidémonos del rastreo.

—¿Y qué hay de su teléfono personal?

—Pues algo similar al portátil, o sea, nada. Tiene contactos profesionales en la agenda, escasas conversaciones en WhatsApp y todas las búsquedas en Internet están relacionadas con el trabajo. Solo sé que desde el teléfono también accedía a una máquina virtual.

—¡Qué hombre más precavido! —dice Marta lamentándose al encontrarse con una nueva puerta cerrada.

—Recuerda que es ingeniero informático y tiene un grado en ciberseguridad. Vamos… Yo lo ficharía como compañero —sonríe con tono burlesco.

Marta toma asiento en la silla roja. Necesita relajarse unos minutos y aprovecha el silencio que reina en la sala para revisar el teléfono y abrir la noticia que le envió Fran Vallejo. Con solo leer el titular, Marta supone que su amigo periodista no se ha andado con rodeos: «El Robin Hood de Alicante detenido in fraganti mientras daba el último golpe». La inspectora no logra avanzar en la lectura, porque el nombre de Silvia Llamazares se superpone en la pantalla.

—Dime, Silvia. —El comisario se aproxima y se cubre el oído indicando a Marta que quiere escuchar la conversación—. Oye, te

escuchan Albízar y Teo, que también están en la oficina.

—No vais a creer lo que me ha pasado con la niñata de mierda —refiriéndose a Yaiza Ramos—. En cuanto le dije quién era, puso la música a todo volumen, como si en el jardín se celebrara la verbena del barrio. No quería abrirme la puerta. Insistí varias veces. Un vecino se acercó a preguntarme qué sucedía. El hombre acababa de regresar de viaje y no podía creer lo que le habían contado sobre el asesinato de Alberto Ramos y su familia. Volviendo a Yaiza, la llamé por teléfono hasta que me cansé y le envié un mensaje diciéndole que me atendiera o solicitaría una orden de registro al juez. Entonces apagó la música y se dignó a abrir.

—Joder con la mosquita muerta —dice Teo.

—Estaba colocada. No podéis imaginarlo. Menos mal que el novio apareció por allí. El tipo está cachas. Si no, yo misma habría tenido que cargarla al hombro para meterla en casa. —Albízar y Marta cruzan miradas. Ambos recuerdan al hermano menor de Yaiza y lo que le espera si finalmente ella consigue la custodia—. El novio también iba cargadito de alcohol. Sé que es viernes por la tarde, pero esta gente no me da buena espina.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Marta.

—Un almacén más limpio y ordenado que mi habitación. De hecho, no dudaría en contratar a este tío si alguna vez se ofrece como limpiador. Las herramientas y los productos estaban colocados como si estuvieras en un pasillo de El Corte Inglés, ¡flipa! Pero ahora viene lo bueno… Me ha acompañado un novato, pero, joder, el tío tiene olfato para esto o mucha coña, ya me entendéis.

—Venga, Silvia, ve al meollo…

—Le llaman Fuentes y su padre es fontanero, sé que suena a chiste. —Sonríe—. A veces le echa una mano. El caso es que se le ha ocurrido buscar la depuradora de la piscina y la encontramos detrás de unos cipreses. Hay una puerta metálica en el suelo que oculta unas escaleras que conducen a un pequeño habitáculo donde hay varias bombas de agua, cloro y otros trastos. En un rincón hemos visto unos manuales y dentro de ellos encontramos unos folios escritos a mano guardados en una funda de plástico.

—Silvia, por Dios, me estás poniendo nerviosa —dice Marta con el puño cerrado.

—Fechas, siglas, números…

Teo interrumpe.

—Eso podría ser el libro de mantenimiento de la piscina, con fechas de cambio de filtros, niveles de cloro, pureza, pH, alcalinidad…

—¡Qué va, Teo! Nada de eso —dice Silvia—. Aquí aparecen franjas horarias, códigos… Hay muchas siglas… Creo que son nombres y direcciones. No estoy segura, pero estos apuntes no tienen nada que

ver con el mantenimiento del agua.

—Envía fotos —ordena Marta.

—Lo haré enseguida. Y en cuanto a Yaiza, ¿qué hacemos?

—Dile si puedes entrar al baño y toma nota de cualquier cosa fuera de lo normal. —La inspectora mira de reojo al comisario, dudando por un instante si decir lo que tiene en mente—. Y si puedes, grábalo.

El comisario desvía la mirada hacia Marta, como un resorte, y está a punto de decirle algo, pero en el último momento se muerde los labios.

—Me pondré a ello. En un minuto os enviaré las fotos.

17:35. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Olmedo trae malas noticias. Los padres de Raúl aseguran desconocer quién es Román Andújar, y lo peor de todo es que la madre ha amenazado con presentar una denuncia si no liberan a su hijo.

—Se ha puesto furiosa, ¡vaya carácter tiene! Me ha recordado a las broncas que me echaba mi madre cuando descubría que me había comido el chorizo que iba a usar en las lentejas.

Albízar y Marta suman un nuevo desengaño a la lista. A pesar del traspié, confían en que las anotaciones que Silvia ha encontrado arrojen luz sobre la investigación antes de interrogar a Román Andújar.

El teléfono de Marta suena con una melodía que personalizó anoche. Es el trino de unos pájaros, asignado al contacto de Óscar, el argentino de la inmobiliaria. Duda si responder, pero la mirada del comisario la anima a hacerlo. Aprovecha para salir de la oficina y estirar las piernas, cree que le vendrá bien airearse.

—¿El lunes a las once y cuarto? —reacciona Marta cuando Óscar la cita en la notaría.

También le informa que los obreros han terminado de colocar el suelo de madera y harán un esfuerzo para que el piso esté pintado mañana. Marta piensa que tal vez ella sea la excepción, ya que siempre ha oído decir que la gente tiene muchos problemas con las reformas. Todo está sucediendo tan rápido que todavía no asimila que está hablando de su futura vivienda.

Se refugia en un rincón al fondo del pasillo, apoyada en una esquina junto a un ventanal con el cristal abierto. Desde allí observa la entrada de la Tapería Rodri y el vado de estacionamiento donde Fran la recogió ayer en la Citroën Berlingo. El recuerdo de Fran la impulsa a desbloquear el teléfono y buscar el artículo que había dejado de leer.

—Chica, ¿qué haces ahí?

Desde la puerta de la oficina, Silvia la saluda con la mano en alto.

Marta guarda el teléfono y se acerca a su amiga.

—El argentino acaba de llamarme. El lunes tengo que firmar el préstamo.

—¡Qué guay! —dice Silvia emocionada—. Eso hay que celebrarlo. He oído que mañana hay una quedada de universitarios para hacer paellas, podríamos…

—Silvia —la interrumpe Marta sujetándola del brazo—, gracias,

pero no. ¿No ves en qué estamos metidos? ¿Crees que estoy para ir de paellas con tus amigos? Tenemos a un hombre detenido, regresa a la realidad.

Silvia la observa con seriedad, como el juez que analiza la intervención de un abogado. Cuando Marta termina de hablar y suelta su brazo, Silvia toma aire y se queda pensativa. Antes de que Marta dé el primer paso hacia la oficina, le muestra la palma de la mano, pidiéndole que se detenga.

—Sé que estás bajo mucha tensión y lo importante que este caso es para ti. También sé que estamos en un momento crucial. Hemos currado duro y soy consciente de eso. Pero no quita que podamos trabajar con buen humor… A veces peco de ser infantil y de decir chiquilladas, lo sé. Por favor, ve al baño un momento y mírate al espejo. Parece que te hayan metido un melón por el culo.

Silvia gira la manivela de la puerta y entra a la oficina. Nunca antes había hablado así a Marta. Como buena amiga, sabe que a veces hay que decir las cosas de frente, incluso las que no se quieren escuchar. Solo espera que la inspectora reaccione por su propio bien y por el bien de sus compañeros, que también llevan varios días bajo presión.

Las palabras de Silvia resuenan en Marta como una sentencia. No es la primera vez que recibe un toque de atención debido a su frialdad, pero no puede evitarlo. Desearía actuar de otra manera, ser más empática e incluso regalar una sonrisa de vez en cuando. Sin embargo, los demonios internos vuelven a aparecer: la soledad, el dolor y el miedo a no estar a la altura y decepcionar a alguien…

Pero ¿qué hay de ella misma?, se pregunta Marta. Entonces, camina hasta el baño y obedece a su amiga. Se despoja del caparazón y se enfrenta a su reflejo en el espejo, sintiéndose insegura y vulnerable. No se ve capaz de enfrentarse al interrogatorio con Román porque en el fondo sabe que él es más inteligente que ella.

La sensación de angustia oprime su cuello, pero es incapaz ni de tan siquiera derramar una sola lágrima. El bloqueo es más poderoso que el deseo de destruirlo. Se ha acostumbrado a vivir con esa sensación de desasosiego que oculta a los demás bajo la imagen de inspectora respetable y comprometida. Pero en su interior, la realidad es otra. Allí se esconde la Marta que camina desnuda y oculta sus complejos e inseguridades, la que se refugia en la ley para sentirse útil y ayuda a los demás para aparcar la verdad que se niega a afrontar: un enorme vacío interior.

En un acto de valentía, vuelve a fijar la mirada en el reflejo de su rostro. Le incomoda encontrarse con unos ojos cansados y pesados, cejas fruncidas que muestran inseguridad y una postura encorvada que evidencia su intención de ocultarse y protegerse a sí misma.

Dos golpes en la puerta la desconectan de su introspección. Abre el

grifo para refrescarse el rostro.

—¿Se puede? —Se escucha una voz masculina, aunque el ruido del agua dificulta su audición.

—Este es el aseo de mujeres —responde ella mientras seca sus mejillas con las palmas de las manos.

—Ya lo sé.

La voz ahora es más cercana y Marta echa un vistazo al espejo. Descubre al comisario Albízar detrás de ella, apoyado en el marco de la puerta.

Marta busca el dispensador de papel y, con torpeza, logra arrancar un par de trozos mientras se pregunta qué hace su jefe en ese lugar, invadiendo su intimidad, o al menos lo que ella considera su espacio personal.

Albízar no vacila y se aproxima al lavabo a refrescarse ante la mirada de sorpresa de Marta, quien le alcanza papel para que se seque.

—Tenemos un problema complicado por delante, compañera —dice él, conduciendo el papel por la base de su cuello—. Todos tratamos de mostrarnos duros, yo el primero, ¿sabes? —Le dedica una sonrisa cómplice—. Forma parte del oficio, o al menos eso hemos aprendido en nuestro entorno. —Se toma unos segundos para arreglarse el flequillo—. Cuando fuiste niña, ¿eras feliz? ¿Sonreías?

Las preguntas del comisario sacuden a Marta como una onda expansiva. No las esperaba. Pero lo peor de todo es que golpean en lo más profundo de su ser, en un pasado que mantiene cerrado con doble llave y que odia abrir. La mirada de Albízar es cercana y tierna, como la de un abuelo para Marta. Ella apoya la espalda en la pared, abatida y sin fuerzas para defenderse, atrapada en los recuerdos que una y otra vez se esfuerza por dejar atrás. En ese momento, una imagen se escapa de la caja del olvido: ella sonriendo a carcajadas mientras observa a sus abuelos haciendo mímica. Puede escuchar los sonidos que imitaban a un gorila y a un perro, y también ver cómo su abuelo dejaba caer la baba por la comisura de sus labios, y cómo su abuela representaba la postura del gorila con los brazos colgando hasta las rodillas. Parecía más un zombi que un primate.

Absorta en sus pensamientos, Marta se deja llevar por la emoción y una sonrisa se dibuja en su rostro. Cierra los ojos y, poco después, las lágrimas brotan y preceden a un inmenso sollozo. El comisario abandona el aseo, dejando a Marta a solas, para que pueda desahogarse y liberar las emociones contenidas.

La actividad en la oficina no cesa. Teo revisa los ocho folios con anotaciones encontrados en la piscina, mientras las imágenes se muestran en los cuatro monitores. Silvia y el comisario lo acompañan a cada lado, tratando de encontrar alguna lógica en aquel enigma de

números y letras. Por su parte, Olmedo atiende una llamada telefónica junto a la ventana, con un cigarrillo en los labios.

Después de llorar y desahogarse en el aseo, Marta Escudero regresa con una actitud renovada, sonriente. Ha decidido dejar a un lado la rigidez militar. Se anima a dar una palmada en la espalda a Teo.

—¿Se sabe algo del código de la caja fuerte? —pregunta ella.

—Hay un sinfín de siglas: AF, TRS, V6J7… —apunta Teo.

—Espera un momento —interrumpe Silvia—. ¿Has dicho una caja fuerte? Joder, me pareció leer algo relacionado con… Con… Espera, mierda, ¿dónde estaba? —señala la pantalla—. Coño, Marta, la marca de la caja fuerte de Alberto Ramos, ¿cómo se llamaba? Eran tres letras… Be, te…

—¡BTV! —exclama Marta.

—Eso es. Las vi antes juntas. Venga, Teo, a ver si las encuentras.

—Ahí están —señala el comisario.

—Eso es. ¿Podría referirse a la caja fuerte? —pregunta Silvia.

Teo amplía la imagen.

—Déjame ver… Aquí hay un código.

—¿Puede ser el de la caja? —pregunta Marta—. Teo, tú mismo descubriste el código en el ordenador de Alberto Ramos.

Teo dirige el ratón hacia un monitor y selecciona carpetas, hasta que abre un documento y amplía un párrafo en el que aparece el código de apertura de la caja fuerte de Alberto Ramos.

Los presentes desplazan la mirada de un monitor a otro y comprueban que sus esperanzas se convierten en realidad.

—¡La madre que lo parió! —reacciona Silvia—. El tío sabía la clave, o sea que…

Nadie se atreve a hablar. Analizan el nuevo descubrimiento y eso los lleva a señalar a Román Andújar como sospechoso de los asesinatos en la finca de los Ramos.

Olmedo cuelga el teléfono y rompe el silencio.

—Acaba de llamarme el inspector Gallardo para decirnos que han encontrado un inhibidor de frecuencia en el garaje de Román.

18:30. Comisaría provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Dos cámaras enfocan a Román Andújar. Con aspecto cansado, apoya sus manos esposadas sobre la mesa. La inspectora accede a la sala de interrogatorios y lo encuentra de la misma manera en que lo vio hace unos días en la casa de Alberto Ramos: con magulladuras en el rostro y unas ojeras de tono azulado que resaltan en su tez morena y desgastada.

El comisario acompaña a la inspectora, sosteniendo una carpeta que en realidad está llena de folios en blanco. Han dedicado unos minutos a preparar la estrategia. Teo les ha ayudado a recopilar todos los datos que señalan a Román como el autor de los robos, aunque en realidad todavía no cuentan con ninguna prueba contundente que les permita mantenerlo detenido por mucho tiempo.

La estancia es silenciosa y está iluminada como un quirófano. El detenido observa a la inspectora con atención mientras ella toma asiento sin mediar palabra. Marta silencia su teléfono móvil y lo coloca sobre la mesa, pegado al lateral. A su derecha, hay una cristalera opaca y detrás de ella, Silvia y Olmedo se preparan para presenciar el interrogatorio. Marta les ha dado varias instrucciones, entre ellas que toquen a la puerta a los siete minutos después del inicio de la reunión y que interrumpan si Teo les informa de algún descubrimiento importante que puedan usar en el careo.

—Volvemos a vernos… —dice Marta—. Creo que es la tercera vez, ¿no?

Román apenas esboza una mueca. Observa a Marta con seriedad. Sus manos están entrecruzadas y firmes, sin ningún temblor que denote preocupación.

—Soy el comisario Arturo Albízar y queremos acabar pronto con esto. Lo detuvimos en la finca del señor Miquel Grau porque, según las pruebas, usted entró en su vivienda y robó dinero de la caja fuerte, que luego encontramos en una mochila dentro de su furgoneta.

—No fui yo.

Su tono refleja seguridad en sí mismo, respaldado por su postura erguida y mirada penetrante.

—Pues resulta que al señor Grau le faltan ochenta mil euros.

—¿Ha denunciado el robo?

La pregunta sorprende al comisario, quien titubea. Al igual que las demás personas afectadas por los robos, Miquel Grau tampoco se

atreve a presentar una denuncia debido a la dudosa procedencia del dinero.

—Por supuesto que ha denunciado.

—¿Podría mostrarme la denuncia?

—Incumpliría en una falta.

—¿No la lleva consigo? —Señala con la mirada la carpeta con el escudo de la Policía Nacional impreso en el anverso.

—¿De dónde proviene el dinero que tenía en la furgoneta?

—Si me han investigado, sabrán que tengo un hijo enfermo que necesita tratamiento. He estado vendiendo todo lo que puedo para reunir dinero: electrodomésticos, muebles, ropa, cuadros, herramientas… Incluso recojo enseres que la gente tira a la calle y los llevo a la chatarrería. Los ochenta mil euros de los que habla provienen de ahí, y también de donaciones de personas en ocho iglesias de la zona.

Marta presta atención al detenido. El argumento está tan bien preparado que cualquiera podría creerle, incluso ella, de no ser porque está segura de que miente. La impotencia la embarga al no tener una sola prueba que silencie el discurso victimista de Román. Una lucha interna surge en Marta, entre la policía y la persona. El hombre frente a ella se ha convertido en un héroe, alguien dispuesto a vender todo lo que posee e incluso a delinquir por darle una oportunidad de vida a su hijo. Pero enseguida ordena sus pensamientos y regresa a su papel como inspectora. Decide intervenir.

—Dado que ya nos conocemos, me permito tutearte. Sabemos que Tomás necesita un tratamiento.

Escuchar el nombre de su hijo le emociona. Su pecho se infla antes de responder.

—Es difícil recaudar un millón de euros. Y más siendo un humilde jardinero. Los recursos son limitados, está claro. Lo que creo que debe ser complicado en tu situación es trabajar rodeado de personas con… Digamos, solvencia económica. ¿No has sentido la tentación de buscar en sus cajones?

—Mi padre siempre trabajó en el campo plantando alcachofas. Tenía un patrón al que odiaba. Regresaba a casa enfadado todos los días y mi madre le reprochaba por ceder a sus presiones. Recuerdo que un día le sugirió que debería ir al almacén por la noche a robar maquinaria o cualquier cosa. Mi padre le respondió que nunca debes morder la mano de aquel que te da de comer. Aquella frase se me quedó grabada. ¿Saben qué? Mi padre fue un hombre muy honrado.

—¿Tu padre tenía un hijo enfermo? —pregunta Marta.

—No. Mi hermano y yo estábamos sanos.

—¿Y crees que tu padre habría robado a su patrón si tu vida dependiera de ello?

—Es tarde para preguntárselo. Murió hace unos años. Supongo que mi hermano habría arrimado el hombro para ayudarme.

Es la primera vez que Román responde con evasivas, y eso alegra a Marta. Lo que la sigue sorprendiendo es la frialdad y seguridad en sí mismo con que responde.

Olmedo abre la puerta y pide a la inspectora que salga un momento.

—¿Ya han pasado los siete minutos? —pregunta ella en el pasillo.

—No, no se trata de eso. Es que está aquí la madre de Raúl, el chaval del instituto.

—¡Hostias! ¿La que amenazó con denunciar si no lo liberamos?

—Esa misma. Quiere hablar contigo.

—¿Ahora? —pregunta Marta, señalando la puerta de la sala de interrogatorios.

—Creo que deberías hacerlo. Está nerviosa.

Marta abre la puerta de la sala y se acerca al comisario.

—Han llegado los resultados —le informa mientras observa a Román, quien se mantiene impasible.

Hay una sala de denuncias disponible en ese momento, y acompañan a Manuela, la madre de Raúl, hasta allí.

—Soy la inspectora Marta Escudero y él es el comisario Arturo Albízar. Cuéntenos.

—Verán… Ay, es que hasta me da vergüenza lo que les voy a decir, pero no puedo guardármelo, y menos ahora que mi hijo está involucrado.

—Tranquila, respire —dice Marta al ver que Manuela empieza a temblar.

—Vamos a ver cómo lo explico. Madre mía, si mi marido se entera, me mata.

—No se preocupe, esto quedará entre nosotros.

—Antes, cuando mi hijo hizo la videollamada y me mostraron la foto de Román, les dije que no lo conocía de nada. —Manuela se lleva la mano a la mejilla derecha—. Bueno, mentí. Lo siento, lo siento mucho…

—Relájese, señora. —Ahora es Albízar quien le ofrece un paquete de pañuelos.

—A ver… —La mujer se santigua dos veces—. Román y yo trabajábamos juntos en una empresa de seguridad. Yo era la oficinista y él un técnico. El caso es que… Pues… Tuvimos una pequeña aventura y… Vamos, al poco tiempo nació Raúl.

Marta recuerda un detalle:

—Román tiene treinta y cuatro años y Raúl tiene dieci…

—Sí, ya lo sé. Yo le llevaba diez años. Estaba recién casada y mi marido trabajaba fuera. Solo venía los fines de semana y Román se

insinuó. No sé en qué estaba pensando. El caso es que no sé quién es el padre de Raúl. Solo sé que poco después de que naciera, Román me preguntó si aquel hijo era suyo. ¿Qué iba a decirle? ¡Dios mío! Pues que no. Después intenté tener más hijos con mi marido, pero no funcionó. Así que ahora no sé qué pensar. Dejé el trabajo poco tiempo después y nunca más supe de Román, hasta hoy. ¡Casi se me paró el corazón!

—Ya está, Manuela, ya está —dice Marta, acariciando el brazo de la mujer.

—¿Qué le ha hecho a mi hijo? ¿En qué lío lo ha metido?

A Marta le bombardea una frase que Román pronunció hace unos minutos y que ahora cobra todo el sentido: «Supongo que mi hermano arrimaría el hombro para ayudarme». Precisamente eso es lo que ha hecho, involucrar a Raúl y obligarlo a colaborar para mantener a su hermano con vida.

—No se preocupe, su hijo se irá a casa con usted ahora mismo —sentencia Marta, asintiendo con la cabeza y mirando fijamente al comisario—. Hay un aseo enfrente, recompóngase y olvide lo que nos ha contado. No se preocupe por nada más, nos ha sido de gran ayuda.

Antes de regresar a la sala de interrogatorios, Marta le pide al comisario que la deje a solas con Román.

—Ya estoy aquí. Tenemos buenas noticias —dice Marta mostrándose optimista, como si tuviera un as bajo la manga—. El comisario vendrá después.

Román no se deja intimidar. Marta sabe que está frente a un hombre con una mente privilegiada.

—Antes de volver a hablar del dinero, me gustaría preguntarte sobre lo sucedido en la casa de Alberto Ramos. Tengo entendido que trabajabas allí: de hecho, hace unos días te ayudé a cargar unas placas en la furgoneta, ¿lo recuerdas?

—Es una lástima, porque Alberto era un gran hombre. Teníamos amistad y también con Antonia, la empleada doméstica.

—¿Mantenías algún tipo de relación con la esposa?

—Gloria solo se dirigía a mí para darme órdenes. No tenía un trato especial con ella.

—Pero sí con Alberto.

—Correcto.

—¿Qué crees que sucedió el día de los asesinatos? —pregunta Marta.

—La verdad, no sabría qué decir… Estuve allí por la mañana y no vi nada fuera de lo normal.

—¿Te caía bien la familia?

—¿A dónde quiere llegar?

—Investigo los asesinatos y he entrevistado a todas las personas

cercanas a la familia, solo faltas tú.

—De acuerdo. Alberto era amable conmigo y muy generoso. Ambos éramos hinchas del Real Madrid y solíamos hablar de fútbol. Antonia hacía una tarta de manzana exquisita y siempre me guardaba un trozo para dármelo cuando me veía. El niño era encantador. Solía mirarme mientras pasaba el cortacésped y se reía, su sonrisa era contagiosa. Gloria siempre estaba consultando el teléfono y apenas hablaba conmigo, ya se lo he dicho antes.

—¿Y qué me dices de Yaiza?

—La hija mayor vivía fuera y apenas la veía. Creo que venía algunos fines de semana. La última vez que coincidí con ella, estaba sentada en una hamaca del jardín, escuchando música con los auriculares y tarareando alguna canción. No recuerdo cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que hablamos.

—Supongo que conoces bien la finca. ¿Cómo crees que los criminales evitaron ser grabados por las cámaras de seguridad?

—Mire, no ande con rodeos. Estoy seguro de que me han investigado. Trabajé en una empresa de seguridad hace años, la misma que instaló los sistemas en la casa de Alberto Ramos. ¿Está insinuando que fui yo quien saboteó las cámaras y mató a esas tres personas?

Román habla con tanta naturalidad y convicción que desconcierta a Marta.

—Si ese es el caso y deseas confesar, nos ahorrarías mucho tiempo. Llevamos varios días sin dormir.

—No creo que nadie merezca ese castigo. Ya le dije antes que tenía una buena relación con Alberto Ramos.

—Estoy segura de que tenía mucho dinero en la caja fuerte, ¿verdad?

—No tengo ni idea de lo que tenía o dejaba de tener. Antes le comenté que era un hombre generoso. De hecho, no dudó en darme veinticuatro mil euros en cuanto le conté el problema de mi hijo. Puede comprobarlo en la cuenta pública que abrimos para recibir donaciones. Su ingreso fue el primero. Así que deje de decir bobadas. Yo jamás le haría daño a Alberto Ramos, jamás.

Silvia aparece por la puerta y le pide a Marta que salga. Se nota que está emocionada.

—¿Qué te pasa?

—Acaba de llamar Yaiza. Dice que su novio ha entrado al cuarto de herramientas y que ha encontrado un cuchillo dentro de una bolsa encima de la repisa. El cuchillo está lleno de sangre.

18:55. Comisaría provincial de la Policía Nacional. Alicante.

El comisario decide personarse en el chalet de Alberto Ramos y pide a Silvia que lo acompañe. No pierden tiempo y llaman a los compañeros de la Policía científica. El cuchillo podría ser la prueba que revele al asesino de Vistahermosa.

Marta le pide a Olmedo que se quede detrás del cristal, mientras ella continúa con el interrogatorio y que no la interrumpa bajo ninguna circunstancia. Está decidida a tener un enfrentamiento cara a cara con Román, una partida de ajedrez entre dos personas analíticas. Él juega a la defensiva y la inspectora está lista para atacar sin piedad.

Regresa a la sala de interrogatorios con las mangas de la camisa recogidas, no por calor, sino para ocultar la mancha que el café de Olmedo causó en su codo izquierdo.

—¿Por dónde nos quedamos? —pregunta Marta mientras toma asiento—. Ah, sí, por la cuenta de donaciones. He oído hablar de esa cuenta, de hecho, la hemos estudiado de arriba abajo. —Observa el rostro de Román, que no muestra ningún cambio después de escuchar la afirmación—. Ayer se superaron los quinientos mil euros. No puedes imaginar cuánto me alegra. También estoy al tanto del problema de tu hijo y considero heroico el sacrificio que estáis haciendo por él. Hace un momento me dijiste que conoces la identidad del primer donante, Alberto Ramos. Por casualidad, ¿no conocerás a algún otro donante?

—La gente dice que va a ayudarte, pero nunca sabes si lo harán, ni cuándo ni cuánto van a aportar. Lo cierto es que al menos hemos logrado la primera parte del tratamiento.

—De verdad, Román, te hablo con sinceridad cuando te digo que me pareces un hombre valiente. ¡Olé tus narices! Estuve en tu casa y también hablé con varios vecinos. Eres incansable. También sé que tienes material de cerrajería, un inhibidor de frecuencias, formación profesional en dispositivos de alarmas y estudios en informática y ciberseguridad. Vamos, eres como un MacGyver del siglo XXI.

—Soy un manitas y se me dan bien los estudios. —Permanece serio y atento, evitando las provocaciones de Marta. No sonríe y su actitud no es arrogante.

—Tenemos constancia de robos en al menos ocho chalets durante el último mes y medio. Todos coinciden en que son propiedades de personas adineradas, con cajas fuertes y medidas de seguridad de la

empresa RS Protección. ¡Ah! Se me olvidaba. Todas tienen hermosos jardines y, ¡oh, qué casualidad!, tú eres el jardinero.

—Que trabaje en esas casas no me convierte en ladrón.

—¿Y qué me dices de los apuntes con el código de la caja fuerte que tenías escondidos en la caseta de la piscina de Alberto Ramos?

Román permanece inmóvil, sin alterarse ante la fuerte acusación de Marta. Ella no puede creerlo, es como si estuviera disparando contra un objeto que repele las balas.

—No tengo ni idea de qué apuntes me habla. ¿Acaso ha verificado si la letra es mía?

Marta choca de nuevo contra un muro. El jardinero siempre está un paso por delante. Nadie en la unidad se ha molestado en comprobar si la letra coincidía con la del detenido. Todos han dado por sentado que era suya.

—¿La comprobamos ahora mismo?

—Cuando usted lo desee, inspectora.

Marta abandona la sala y se detiene frente a la puerta del ascensor. Tiene ganas de gritar. El juego está resultando más difícil de lo que había imaginado y Román comienza a sacarla de sus casillas. Olmedo asoma la cabeza.

—Marta, ¿te ayudo?

—¿Qué haces ahí? No puedes abandonar la antesala. Necesitamos a alguien vigilando.

—Déjame unos minutos con él. Le llevaré papel y bolígrafo. Tú ven aquí y quédate vigilando. Te vendrá bien descansar.

Marta acepta la propuesta y accede a la antesala, donde se controla la grabación del interrogatorio y se encuentran unos pulsadores de alarma en caso de problemas con los detenidos. Revisa su teléfono y lee un mensaje de Fran Vallejo pidiéndole que lo llame, que es importante. Sin dudarlo, Marta hace la llamada.

—Fran, ¿qué ocurre?

—Estoy en casa de Remedios, la madre de Tomás. ¿Recuerdas que te comenté que me había concedido una entrevista? Bueno, pues la mujer está abatida. Resulta que esta mañana hizo la transferencia de dinero para el tratamiento de su hijo, pero hay un problema: necesita la firma del padre para que la transacción se realice.

—Román está detenido, ya lo sabes.

—Por eso. Mira, Remedios tiene amistad con el director del banco. De hecho, está aquí conmigo y dice que podría solucionarlo, pero su responsabilidad no le permite omitir la autorización. Solo si ve la firma del padre estampada en un documento, dará su aprobación.

—Maldita sea, Fran, queréis colar la pelota en mi tejado. Sabes que no puedo hacerlo.

—Es por el chico, Marta, es por una buena causa…

—Hoy ya me he metido en problemas al avisarte del lugar de la detención. ¿Quieres que me caiga un expediente?

—No, yo solo…

—A ver, déjame pensar… —Las neuronas de Marta están en ebullición. Busca cómo utilizar esta nueva situación a su favor—. Fran, trae al director del banco a la comisaría lo más rápido posible, pero no te prometo nada.

Al otro lado del cristal, Olmedo habla con Román. Le pide que escriba unas líneas, en concreto, la receta de la paella. También le pide que acompañe las cantidades con números y que al final firme y anote su DNI.

Marta llama a Teo para ver si hay novedades, pero los apuntes no han arrojado ningún avance. Está perdido en un mar de siglas y cifras, agotado mentalmente.

—Ven un momento a la sala de interrogatorios con los apuntes, vamos a comprobar si coincide con la caligrafía de Román.

En pocos minutos verifican que la persona que escribió los códigos no es Román. Teo plantea la teoría de que aunque no los haya escrito él, podría haberlos utilizado. Olmedo, por su parte, advierte que si Román es tan inteligente, quizás sea capaz de modificar su forma de escribir. Hay personas con esa habilidad.

Marta debe descartar esa prueba, o al menos no volver a mencionarla frente el jardinero. Lo observa a través del cristal de seguridad mientras piensa en cómo plantearle la propuesta que tiene en mente.

—Olmedo, quiero que detengas la grabación.

—¿Que qué?

—Sí, lo que acabas de oír. Tengo una baza y la voy a usar. Además, tiene que ser ahora mismo, sin la presencia del comisario. Volveremos a grabar más tarde, ¿de acuerdo?

—Tú eres la que manda.

Teo va a la entrada de la comisaría a esperar a Fran Vallejo y al director del banco. Marta respira hondo y abre la puerta de la sala de interrogatorios con determinación. Una vez dentro, comprueba que los indicativos rojos de las cámaras están apagados.

—Román, siento mucho lo que te voy a decir porque, aunque no lo creas, estoy de tu lado. Ahora mismo no nos graba nadie y lo que digamos quedará entre tú y yo. Sé que has cometido varios robos, incluyendo la casa de Carreño, Larrosa, Ramos, Guerrero, Amorós, Durá y hasta le diste el palo al subdelegado del Gobierno. Además, lo hiciste por una buena causa. El problema es que soy policía y mi trabajo es descubrir la verdad. Pronto tendré en mis manos las pruebas que confirmarán que robaste el dinero y lo utilizaste para la campaña de crowdfunding de tu hijo.

El detenido mantiene la cabeza alta, sin pestañear. Marta aproxima la silla unos centímetros y habla de nuevo, esta vez con un tono de voz más suave.

—Ha surgido un problemilla con la transferencia. Los quinientos mil euros continúan en la cuenta del banco. —Ahora sí, Marta aprecia que la nuez de Román se desplaza para tragar saliva—. Verás, el comisario no está al tanto de la transferencia. Si se entera, te aseguro que congelaría ese dinero de inmediato. Eso significa que ni tú ni yo dormiríamos tranquilos esta noche. Quiero ayudarte, Román, pero el precio será alto.

Los ojos del jardinero se enrojecen y sus mejillas se tensan debido a la mandíbula apretada.

—Usted dirá.

—He coincidido antes con Raúl Mancebo Alonso. Sé quién es y lo que significa para ti. —Román cierra los ojos por un momento y presiona los labios entre sí—. El chico no se enterará de nada y saldrá en unos minutos, pero solo si colaboras. También sé que tu objetivo es recaudar otros quinientos mil euros para cubrir el costo total del tratamiento de Tomás. La mala noticia es que no podrás hacerlo porque irás a la cárcel. Pero la buena noticia es que te convertirás en el foco de todo el país y en poco tiempo tu hijo podrá completar el tratamiento.

—No prometa aquello que no pueda cumplir.

—Te vas a hacer famoso. De hecho, ya están hablando de ti. ¿Sabes cómo te han apodado? El Robin Hood de Alicante. Solo necesito tu declaración.

—Me está chantajeando. Es un farol.

—No me conoces bien. Fíjate si estoy tan comprometida con esta causa, que incluso te daré la oportunidad de resolver el problema de la transferencia para que mañana a primera hora el dinero esté en Estados Unidos.

—Usted ha visto muchas películas.

—Muchísimas, es cierto. Me encantan, especialmente las que tienen finales felices. Mira, ahí fuera está el director del banco con un documento que debes firmar para autorizar la transferencia. Tengo dos condiciones para dejarlo pasar. La primera es que te declares culpable de los robos en las fincas que ya conoces, así como de los asesinatos en la casa de Alberto Ramos. La segunda condición es que lo hagas antes de que llegue mi jefe, porque si se entera, nos enviará a ti y a mí directamente al calabozo, pero no a estos, sino a los de los juzgados.

Alguien golpea la puerta y Marta se incorpora para abrir. Es Teo, acompañado de Fran y del banquero. La inspectora le indica a este último que se asome.

—¿Lo conoces? —pregunta Marta a Román. Él asiente, emocionado —. Entrégueme el documento que debe firmar y espere sentado en aquel banco.

Marta se aproxima a Román, apoya los papeles en la mesa y le coloca el bolígrafo en la mano. Él firma en ambas autorizaciones. Después, la inspectora regresa a su silla. Acaba de dar jaque mate. Antes de reanudar la grabación para inmortalizar la confesión de Román, le pregunta:

—Tengo curiosidad por saber algo: ¿por qué dibujas el símbolo del euro en barro?

—Hay un proverbio chino que dice que el barro se endurece al fuego, mientras que el oro se ablanda.

20:45. Tapería Rodri. Alicante.

La pequeña terraza está llena de gente. En esta época del año, es tradición comer caracoles en salsa, y todas las mesas han pedido una ración. Rodri sirve dos jarras de cerveza a Silvia y a Marta. Las chocan antes de dar el primer sorbo, ese que recorre el cuerpo y arrastra los problemas. El comisario se ha quedado ultimando las gestiones necesarias para enviar a Román al juzgado, y Teo se ha marchado hace una hora a pasar tiempo con su bebé.

Hoy tienen una razón para brindar; de hecho, Silvia está eufórica. No deja de hablar del buen equipo que forman, del seguimiento, la detención, el registro y también del interrogatorio.

—Sigo sin entender cómo lograste que confesara. ¿En serio crees que él mató a Alberto Ramos, a su mujer y a la empleada doméstica?

Marta sigue pensando en el asunto; está confundida. Coge cacahuetes del plato para abrir el apetito.

—Que haya admitido su culpabilidad no significa que sea realmente culpable. Puede cambiar su declaración en cualquier momento, y si no encontramos pruebas de peso, tarde o temprano será absuelto. Me mosquea la repentina aparición del cuchillo. Explícame otra vez cómo fue la secuencia con Yaiza, desde primera hora de la mañana.

—A ver, me presenté allí sin previo aviso y toqué al timbre. Tardó en contestar, tuve que intentarlo cinco o seis veces. Le dije quién era y que quería entrar al cuarto donde el jardinero solía guardar las herramientas. Me pidió que esperara un momento. A todo esto, la música estaba a todo volumen, se escuchaba desde la calle. Al final, me respondió que volviera otro día. Insistí argumentando que era importante, que sospechábamos que había algo oculto allí. De nuevo me pidió que esperara. Pasaron ocho o diez minutos, fue desesperante. Volví a insistir y entonces apagó la música y salió a abrirnos. —Descansa para dar un trago de cerveza—. Sin lugar a dudas, estaba colocada. Su mirada lo decía todo, y ni hablar de cuando comenzó a caminar. Menos mal que el novio estaba cerca y la acompañó al sofá.

—¿Cómo es el novio? —pregunta Marta.

—El chaval se llama Julen y tiene buena planta, debe de pasar muchas horas en el gimnasio. La barba le hace parecer más mayor. Es un tipo de pocas palabras. Solo dijo que no tenía idea de dónde se encontraba el cuarto de las herramientas. Buscamos en las

inmediaciones de la piscina y descubrimos una puerta cerrada con llave. Nos proporcionó un llavero y logramos abrir. Nos dejó a solas a Fuentes, el novato, y a mí. Realizamos una exploración exhaustiva, pero, joder, ni el compañero ni yo sabríamos decir si llegamos a mirar en la estantería. En fin, el tema es que no encontramos nada allí, y fue entonces cuando Fuentes descubrió la sala de bombas y aparecieron los apuntes. Ah, no pude grabar dentro de la casa porque Yaiza no me dejó entrar. Dijo que podía mear en el aseo de la piscina. —Silvia encoge los hombros—. Fui al baño y nos marchamos. Ahí quedó todo. Lo curioso fue la llamada de Yaiza a las siete menos diez. No sé cómo explicarlo… La noté muy emocionada, quizá estaba sobreactuando. Dijo que su novio había entrado a buscar un destornillador para arreglar el ordenador, y al bajar una caja de plástico de una estantería, vio la bolsa con el cuchillo.

—¿La dejó ahí o la sacó del lugar?

—¿Qué crees tú? La llevó a la mesa del jardín y allí estuvo hasta que el comisario y yo llegamos minutos después. Desde el primer momento, han asegurado que desconocían la existencia del almacén de las herramientas y también del cuarto de la depuradora de agua.

—¿Después de tantos años viviendo en esa casa vamos a creer que Yaiza desconocía esos lugares? —opina Marta, abriendo un cacahuete con los dientes.

—Eso mismo pienso yo, y también el comisario.

—Le dije a Teo que investigara al novio de Yaiza, pero no creo que haya tenido tiempo. Quiero que se ponga con ello mañana a primera hora.

—Tu móvil está vibrando.

El teléfono de Marta descansa sobre la mesa, con la pantalla encendida.

—Dime, Fran.

Al escuchar el nombre del periodista, Silvia le dedica a Marta una sonrisa burlona. La inspectora no quiere distraerse y, excusándose con el ruido del bar, sale a la calle.

—Antes de que me digas algo —dice Fran—, sé que el padre de Tomás va a pasar a disposición judicial.

—Yo alucino —reacciona Marta—. ¿Cómo te has enterado?

—Ya te dije que tenemos chivatos en todos los sitios, incluso en los juzgados. ¿Por qué crees que siempre hay cámaras cuando un detenido sale o entra?

—¿Y qué quieres saber?

—Nada que no puedas contarme.

—Ya te dije que el comisario me ha echado un paquete de los buenos.

—Estoy ultimando el artículo de mañana. Me han dado dos páginas

a color, alucina. No quiero meter la pata con la información y, mucho menos, dejarte en mal lugar. ¿Es cierto que Román ha confesado ser culpable del asesinato en Vistahermosa?

Marta no esperaba que Fran sacara el tema del crimen, al menos no en ese momento. Se toma unos segundos para considerar la respuesta.

—Ha confesado ser el autor del crimen y de los robos. Pero entre tú y yo, y quiero que lo mantengas en secreto, mejor dicho, te exijo que así sea, lo hizo para que el caso se vuelva mediático y su hijo pueda recaudar el dinero que necesita. Así que tú verás cómo enfocas la noticia.

—¿Crees que saldrá absuelto?

—No, al menos por los robos. Él sabe que tenemos pruebas contundentes en su contra, pero ninguno de nosotros creemos que sea capaz de matar. No es una persona resentida y su única meta es salvar a su hijo. ¿Sabes que creo que Román es superdotado?

—¿De verdad?

—Sí, pero hablar del tema me llevaría un buen rato.

—¿Te apetece quedar?

La invitación de Fran toma a Marta por sorpresa. Le había prometido a Silvia que, después de terminar la cerveza, iría al hotel a descansar.

—Estoy agotada y mañana tenemos que estar en la oficina a las ocho. Lo siento mucho, ¿lo dejamos para otro día?

—Claro, pero me interesa conocer esos detalles sobre Román. Sería genial tener más información para darle más sustento al artículo.

—Mira, puedo llamarte dentro de un rato y te contaré hasta donde pueda, ¿te parece bien?

Cuando regresa al bar, Marta no puede ocultar el sentimiento que está creciendo dentro de ella, y Silvia lo detecta de inmediato.

—Ese chico te hace tilín.

—Anda ya, no digas tonterías.

—Tía, eres mi heroína. En menos de una semana en la ciudad, compras una casa, te echas novio y resuelves un caso que pasará a la historia. ¿Qué más se puede pedir?

Marta podría responderle que, a pesar de las cosas buenas que están sucediendo, todavía siente un vacío interior. Pero la falta de confianza en sí misma le impide abrirse, ni siquiera con Silvia, a quien mira a los ojos y le responde:

—Tener una amiga tan especial como tú.

16 de mayo de 2015

Diario *Información* de Alicante.

El Robin Hood de Alicante confiesa los robos.

En la tarde de ayer, las autoridades detuvieron a R.A. tras cometer al menos una docena de robos en la ciudad de Alicante. Este hábil jardinero confesó ser el responsable de los delitos y afirmó que su único objetivo era salvar la vida de su hijo, según fuentes policiales. Tras su arresto, se revela un sorprendente currículum académico del hombre apodado como el «ladrón de barro».

Durante el último mes y medio, R.A. aprovechó la ausencia de los propietarios para ingresar en sus viviendas y sustraer dinero de las cajas fuertes. Antes de marcharse, dejaba su firma distintiva dibujada en la pared: un símbolo del euro hecho de barro. Sin embargo, detrás de estos aparentes actos delictivos se esconde una motivación desesperada: recaudar fondos para financiar un costoso tratamiento médico que podría ofrecer esperanza de vida a su hijo.

Tomás, un niño de once años, padece una enfermedad sin cura en España ni Europa. La única solución posible es someterlo a un tratamiento experimental en una clínica estadounidense. Los padres del pequeño, pertenecientes a una clase humilde y con escasos recursos económicos, abrieron una cuenta de crowdfunding para recibir donaciones. Desde un principio, la iniciativa fue ignorada por las autoridades públicas y las entidades privadas, que no ofrecieron tan siquiera apoyo mediático.

No obstante, hace unas semanas algo cambió. La cuenta comenzó a recibir cuantiosas donaciones de forma regular y periódica. La Policía siguió el rastro de estas aportaciones hasta identificar al responsable, revelando así que R.A. destinaba el botín de los robos en un intento desesperado por salvar la vida de su hijo.

Ayer fuimos testigos en vivo de la detención de R.A. mientras salía de una lujosa finca tras perpetrar otro robo. La Policía lo arrestó y lo sometió a interrogatorio hasta altas horas de la tarde, momento en el que finalmente confesó su participación en los delitos.

Hemos tenido la oportunidad de hablar con varios vecinos que describen a R.A. como un hombre trabajador, humilde y cercano. Pocos sabían que estaba vendiendo todas sus posesiones, incluyendo su casa, para recaudar fondos para su hijo enfermo. La desesperación lo llevó a cometer actos delictivos en las lujosas fincas de sus

adinerados clientes, quienes, por razones desconocidas, no han denunciado los hechos.

¿Se trata de un héroe o un villano? Lo cierto es que R.A. ha logrado que su hijo esté a punto de iniciar la primera etapa del tratamiento. Su exmujer nos ha expresado su satisfacción y espera que la sociedad abra sus corazones y ayude a evitar que el caso de su hijo, y el de tantos otros, caiga en el olvido. Nos insta a ponernos en su lugar y sentir la impotencia que conlleva encontrarse con puertas cerradas mientras la vida de tu hijo se desvanece lentamente.

La cuenta de crowdfunding seguirá abierta hasta alcanzar el millón de euros necesario para el tratamiento de Tomás. Desde este periódico, animamos a nuestros lectores a ver la entrevista disponible en nuestra plataforma digital.

R.A. comparecerá ante el juez esta mañana. Además de los robos mencionados, la Policía ha encontrado pruebas que indican su posible implicación en los asesinatos de «Las tres palmeras», ocurridos hace unas semanas en el barrio de Vistahermosa. Es curioso que R.A. estuviera a cargo del mantenimiento de la propiedad y que se hayan encontrado evidencias que lo señalan como sospechoso. Sin embargo, los organismos encargados de la investigación solicitan cautela, ya que el caso está bajo secreto de sumario.

Informa: Fran Vallejo.

9:10. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

La casa de Alberto Ramos guarda un oscuro secreto. El cuchillo, cuidadosamente limpiado, no muestra ninguna huella que pueda delatar al culpable. Ni siquiera la bolsa de plástico en la que estaba guardado ofrece pistas. Los análisis de la Policía científica confirman que las manchas de sangre en la hoja pertenecen a las tres víctimas. Una vez más, la Policía Nacional se enfrenta a una prueba estéril. El arma del crimen pertenece al menaje de cocina de la propia vivienda.

En la oficina, el equipo trabaja a pleno rendimiento desde las ocho de la mañana. Pese a ser sábado, la inspectora solicitó al comisario que citara a todo el equipo, incluido a Olmedo. Hoy se ha unido Chicho, un amigo de Teo que trabaja en una compañía de seguridad informática y es especialista en ciberseguridad. Lleva una hora tratando de encontrar alguna brecha en el ordenador de Román, por pequeña que sea, que les permita acceder al disco duro virtual donde almacena su información personal.

Siguiendo las indicaciones de Marta, Silvia y Teo tienen la tarea de investigar al novio de Yaiza. En la unidad no habían considerado a este hombre como sospechoso, pero la escena del día anterior, cuando él y Yaiza afirmaron haber encontrado el cuchillo de manera sorpresiva, ha despertado una alarma en la mente de Marta.

Mientras el comisario intenta localizar a Luis Villacreces, el autor de la autopsia de los cuerpos y redactor del informe forense, Olmedo sale a buscar café para el equipo. Marta se desveló pasada la media noche y decidió revisar la documentación que Teo le había entregado días atrás. Entonces recordó que le debía una visita al doctor con el que coincidió en el restaurante mexicano. Al leer el informe, descubrió un detalle que se le había pasado por alto y que ahora, con la detención de Román Andújar, podría cobrar sentido.

—Es extraño que no coja el teléfono —dice el comisario, mientras hace otro intento de llamar.

—¡Estamos de suerte! He conseguido unos churritos —interrumpe Olmedo al entrar a la oficina cargado con varias bolsas y una caja de zapatos llena de vasos con café.

—Hola, Luis, ¿me escuchas? —pregunta Albízar por teléfono, a la vez que señala a Marta—. Perdona por avisarte a estas horas, pero es importante. ¿Recuerdas a la inspectora que te presenté el otro día? Tiene una duda sobre la autopsia de los Ramos. Vamos a activar el

altavoz para que todos podamos escucharnos.

El comisario coloca el teléfono en la mesa central. Marta toma la silla roja y se sienta frente al dispositivo. Pide silencio al resto de compañeros.

—Hola, Villacreces, soy Marta Escudero. Lamento la hora.

—Pensé que me llamabas para darme trabajo y resulta que quieres hacerme una entrevista. Si lo hubiera sabido, me habría afeitado —dice Luis con su característico sentido del humor—. Bueno, a ver, ¿qué pasa con el informe? Te advierto que a veces se me olvida poner tildes —sonríe—. Qué se le va a hacer… Es complicado recordarlas mientras hago cicatrices. En fin, perdona por la broma, pero si alguien con mi profesión no se despierta con humor, mejor que apague y que se vaya a buscar otra cosa.

—Te agradezco el chiste. Después de la semana que hemos tenido, nos viene bien. Lo que quiero comentarte está relacionado con la sustancia que encontraste en los pulmones de las víctimas. Mencionas que es fosfina y que las víctimas podrían haberse adormecido después de inhalarla. ¿Es común…?

—¿Encontrarla en las autopsias? Es la primera vez que me topo con ella. Pero en el último congreso al que asistí, hablaron de que deberíamos tenerla en cuenta porque se estaba popularizando. Es una sustancia muy accesible que se encuentra en productos comunes utilizados para fumigar y como veneno para ratas.

Marta desvía la mirada hacia su compañera.

—Silvia, ¿recuerdas si alguien revisó los productos de limpieza?

—Sí, pero no encontraron nada sospechoso. Hicieron fotografías de todos. Lo único que no se revisó fue el almacén de herramientas donde estábamos. Es cierto que había envases de muchas clases. Quién sabe si…

—Tenemos que comprobarlo, ¿de acuerdo? —ordena Marta a Silvia —. Villacreces, estoy de nuevo contigo. En el informe, planteas la hipótesis de envenenamiento y el posterior traslado de las víctimas al jardín. ¿Crees que pudo realizarlo una sola persona?

—Todo es posible en esta vida, pero si no recuerdo mal, Albízar me comentó que las cámaras de seguridad dejaron de grabar durante cuarenta minutos. Dicho esto, si consideramos a un solo autor, no solo debería ser lo suficientemente fuerte para mover los cuerpos inertes hasta las palmeras, sino que, viendo cómo estaban atados, sería complicadísimo hacer los amarres con solo dos manos.

—Afirmas que la empleada doméstica murió antes de ser trasladada al jardín.

—De hecho, si me preguntas en qué lugar fueron envenenadas las víctimas, te diría que en el cuarto de limpieza, cerca de la cocina.

—Es la primera vez que escucho eso, ¿verdad? —pregunta el

comisario.

—Son solo mis especulaciones. ¿En qué lugar si no encerrarías a tres personas para envenenarlas? No se me ocurre otro en la planta baja. Desconozco si los del mono blanco revisaron ese lugar. Aunque después de un tiempo con la puerta abierta, la habitación se habría ventilado.

—En ese caso, ¿cómo es posible que no quedara ningún rastro del producto?

—No deja residuos tóxicos. Son unas pastillas que, al entrar en contacto con la humedad, desprenden un gas. Solo era necesario colocar varias de estas pastillas en la rejilla de ventilación y activar el aire acondicionado.

Marta niega con la cabeza, algo no le cuadra.

—Perdona que te interrumpa. ¿Cómo encerrarías a tres personas en aquel cuarto? Y lo más importante, ¿cómo las retendrías?

—Lo primero que se me ocurre es usar la fuerza, amenazarlas con un arma. Una vez dentro, bloquearía la manivela y activaría el aire acondicionado, que liberaría un olor similar al ajo o pescado podrido. En poco tiempo, no sabría decirte si tres o cuatro minutos, perderían el conocimiento.

—Hay dos detalles que tenemos que valorar —anuncia Marta—. Primero, según tu hipótesis, alguien debería haber colocado el producto previamente en la rejilla de ventilación, y segundo, habría tenido que desactivar las cámaras de seguridad antes de acceder a la finca.

—Creo que todos tenemos el mismo nombre en mente —comenta el comisario.

Voces procedentes del pasillo los distraen. Se aproximan con rapidez y pronto ven cómo la puerta de la oficina se abre de par en par.

—¡Que me dejes pasar, joder! Como si el tío no me conociera —dice apartando a un agente que intenta detenerlo.

Quien aparece de una manera tosca y agitada es Esteban Soriano, el inspector que está de baja y que hasta hace unos días dirigía la unidad. Sostiene un periódico enrollado como una antorcha.

—Tranquilo, Soriano, cálmate —dice el comisario acercándose para apaciguar los ánimos—. No se preocupe —le dice al oficial—, yo me encargo.

—Joder, llevo veinte años trabajando aquí y ahora me prohíben el paso. Y dale con que le enseñara la placa de las narices. Como si no me supiera el camino. Desde luego…

Los presentes lo observan sin saber qué sucede. Marta toma el teléfono del comisario y se despide de Luis Villacreces agradeciéndole la información.

—¿Qué miráis? ¿Acaso no me conocéis?

Olmedo se mantiene al margen, cauteloso, dudando si ofrecerle café y churros. Por experiencia, sabe que Soriano es difícil de tratar y que en cualquier momento puede estallar, así que decide quedarse quieto, sujetando firmemente la bolsa de entre sus manos.

—¿Cómo estás? —le pregunta Albízar, posando la mano en su hombro.

—¿Cómo quieres que esté, comisario? Estoy jodido, para qué te voy a engañar. Y mucho más después de leer esta noticia. —Apoya el periódico en la mesa y abre la página donde aparece el reportaje de Fran Vallejo. Señala el círculo de color rojo que rodea el último párrafo de la crónica—. ¿Alguien puede explicarme qué significa que el jardinero sea el asesino de Vistahermosa?

Soriano sabe que su intromisión está fuera de lugar, especialmente considerando que está de baja. Pero no ha podido contener su rabia al leer que quieren cargar el muerto a una persona inocente.

—Creo que deberías calmarte, estás muy alterado. Vamos, siéntate y hablemos con tranquilidad —sugiere el comisario, señalándole una silla al lado de Marta—. Los demás, seguid con vuestras tareas.

Después de soltar un gruñido de desacuerdo, Soriano accede a tomar asiento. Marta se fija en su aspecto y supone que salió de casa con lo primero que encontró. Su cabello está despeinado y su barba descuidada, muy diferente a como lucía el día que Silvia y ella lo visitaron en su casa.

—Sé que no es la forma adecuada de actuar, pero me quedé con ganas de demostrar que esa niñata fue la culpable. ¡Hostias, se veía a kilómetros de distancia!

Olmedo reparte los cafés. Le sirve uno a Soriano con la esperanza de silenciarlo por un momento. Su fanfarronería ha cargado el ambiente de tensión. Observa al comisario, sin entender por qué todavía no le ha pedido que se marche.

—Y bien… ¿Qué sugieres que hagamos?

Nadie esperaba la reacción del comisario, y mucho menos Marta, quien frunce el ceño al darse cuenta de que su superior acaba de invitar a un hombre que está fuera del servicio a participar en el operativo.

—¿Recuerdas la prueba del algodón? —pregunta Soriano—. Pues eso mismo: el algodón no engaña.

10:15. Vivienda de Maruja Esteve. Petrer.

En la oficina, nadie se ha atrevido a debatir la idea de Soriano. El comisario ha prestado un coche patrulla a Silvia, que acompaña a Marta y a Soriano durante un trayecto silencioso. Los tres se dirigen hacia la localidad de Petrer, a media hora en coche de la capital.

La inspectora cruza varias miradas con Silvia. En los ojos de su compañera hay una petición de paciencia. Silvia es quien mejor conoce a Soriano y, considerando el estado actual de la investigación, no pierden nada por escuchar a un veterano como él. En un primer momento, a Marta le molestó la intrusión del inspector en la oficina, presentándose con unos modales que ningún superior habría consentido. Pero Albízar es diferente a los demás comisarios. Silvia le advirtió que era alguien que permitía trabajar y confiaba en su equipo. Recuerda las palabras de Olmedo cuando le aconsejó llevarse bien incluso con el diablo. Por ahora, Marta no catalogaría a Soriano como un diablo, pero sí como alguien con un temperamento fuerte y, al mismo tiempo, con mucha experiencia y sabiduría.

—Solo he estado una vez en Petrer y fue un completo lío —dice Silvia mientras toma la salida de la autovía—. Fui con una amiga a las fiestas de Moros y Cristianos. Resulta que Petrer y Elda han crecido tanto que se han fusionado, hasta el punto que es difícil distinguir dónde comienza una y termina la otra. Según las indicaciones de Teo, debemos ir a la avenida de Madrid, la calle que todos consideran la frontera entre las dos localidades. En aquel entonces, no teníamos navegadores en los teléfonos.

Desde el asiento trasero, Soriano suelta una carcajada irónica que roza lo impertinente.

—Toda mi vida he llegado a los sitios sin teléfono ni mierdas de esas. ¿Qué pasa ahora, que no sabéis hacer nada sin consultar el móvil? Menuda sociedad de inútiles estamos creando.

Silvia había olvidado la aversión de su compañero hacia la tecnología, pero afortunadamente, lo toma con humor.

—Tienes razón. Mi bisabuelo solía decir que se viajaba muy bien en burro y que no había accidentes de tráfico.

Marta no puede contener la risa. Está tentada a contar más avances tecnológicos, como el ascensor o la propia impresora que ha impreso las fotografías que Soriano sostiene en la mano. Pero prefiere no provocar a la fiera después de comprobar lo fuerte que ruge.

Maruja vive enfrente de la estación de autobuses, en un edificio donde hay un conocido restaurante. Desde que su hermana Gloria falleció en la vivienda de Vistahermosa, Maruja cuida a su sobrino de dos años. Berto presenció la muerte de sus padres y desde entonces pasa los días llorando. Su tía lo lleva a un psicólogo especializado en traumas infantiles. En los últimos días, parece estar un poco mejor. Al menos permite que su tía lo abrace y ha empezado a jugar con un vecino tres años mayor que él.

En el ascensor, Marta da instrucciones a sus compañeros.

—Soriano, déjame hablar primero, si no te importa.

Él asiente con un gesto ligero, indicando que esperará su turno con paciencia.

Menos de una hora después de recibir la llamada de Silvia, Maruja siente alivio al verlos llegar. Está convencida de que vienen a ayudarla a luchar por la custodia de Berto. El plazo límite para entregar al niño a Yaiza es el lunes y la desesperación la consume.

—Gracias, muchas gracias por venir —dice Maruja al abrir la puerta—. No saben cuánto me alegra. Ay, Dios mío, qué alivio sentí cuando me llamaron. Pasen, pasen y siéntense. Tengo café, ¿cómo lo prefieren? También hay rollos de anís, los hice yo.

—No se preocupe, acabamos de desayunar. Siéntese, por favor —responde Marta.

—Un momento, voy a cerrar la puerta de la habitación. Berto está dormido. El pobre no deja de tener pesadillas. Ay, cómo no va a tenerlas. En fin, ¿han avanzado en algo? Hoy me llamó una compañera de trabajo diciendo que leyó en el periódico que atraparon al culpable. ¿Es por eso que vienen?

Marta y Soriano están sentados en el sofá. Silvia se acerca a Maruja y le toma la mano para transmitirle calma.

—La investigación sigue en curso. Esta semana hemos avanzado bastante. Es cierto que tenemos un sospechoso detenido, pero estamos esperando los resultados de algunas pruebas para poder acusarlo de manera formal —explica Marta.

—Ay, Señor, espero que terminen pronto con esto y que el culpable pague por ello. Pasará muchos años en la cárcel, ¿verdad?

—Puede estar segura de que sí, señora. Hoy hemos venido a ver a Berto. Sé que puede parecer extraño, considerando que es un menor y que está pasando por una situación complicada, pero necesitamos hablar con él. Será rápido.

—Antes de perder a sus padres, era un niño dicharachero, pero ahora apenas consigo sacarle más que un sí o un no. ¿Quieren que lo despierte?

—Sí, por favor.

Silvia acompaña a Maruja al dormitorio. Suben la persiana y ven a

Berto acurrucado, abrazado a un peluche de la Patrulla Canina. Está rodeado de almohadas y sillas para evitar que se caiga.

—Cariño, despierta. Han venido unos amigos a verte.

Maruja lo toma en brazos. Los ojos del niño son rebosan inocencia. Bosteza y observa a Silvia con extrañeza. No suelta el peluche, que parece brindarle calidez y seguridad.

Después de recibir caricias de Silvia, los tres regresan al salón mientras Maruja le susurra una melodía infantil al pequeño. Berto se queda boquiabierto y avergonzado al ver a dos desconocidos sentados en el sofá. Marta le dedica una sonrisa burlona, mientras que Soriano permanece inexpresivo, como si estuviera frente a un asesino en serie. Berto siente una extraña atracción hacia el rostro impasible del inspector y no deja de observarlo, como si le resultara familiar.

—Cariño, estas personas son mis amigos. ¿Quieres sentarte conmigo?

—Pan —dice el niño, provocando sonrisas en todos los presentes, excepto en Soriano, concentrado en el pequeño como si lo estuviera estudiando.

Cuando Maruja le da un trozo de pan al niño, Soriano se inclina hacia delante y apoya los folios en la mesa para alinearlos.

—Muy bien. Vamos a mostrarle unas fotografías al niño. Quiero advertirle, señora, que puede resultar perturbador tanto para usted como para el pequeño, pero necesitamos comprobar algo. Será rápido. Con su permiso, mi compañera lo grabará en vídeo. Queremos observar la reacción de su sobrino.

Soriano y Marta intercambian una mirada antes de proceder. Con el teléfono en alto, Marta le guiña un ojo a Soriano.

—Hola, Berto. Me llamo Esteban. Voy a enseñarte algunas fotos. Quiero que me digas si conoces a estas personas, ¿de acuerdo?

Soriano voltea la primera página, revelando una imagen de Peppa Pig, un personaje animado que suele gustar a los niños. Berto sonríe al ver al cerdito rosa montado en bicicleta. La siguiente imagen es de Miquel Grau, el abogado de Alberto Ramos, alguien que debería resultarle familiar al pequeño. Berto muestra indiferencia.

—Y a este, ¿lo conoces?

Antes de mostrar la imagen a Berto, Soriano la enseña a Marta para que quede registrada en la grabación. Luego la eleva para que Berto pueda verla de cerca. El niño vuelve a sonreír, reconociendo el rostro de Román Andújar, el jardinero.

—Muy bien, pequeño. ¿Este hombre es tu amigo?

Berto no responde, pero su sonrisa lo dice todo. Silvia y Marta intercambian una mirada. Acaban de confirmar que Román no es el asesino de los padres del niño.

Marta comienza a sentir miedo de lo que puede suceder a

continuación. Soriano voltea la siguiente fotografía con rapidez y la muestra al niño, quien borra la sonrisa y luego mira a su tía. Finalmente, Soriano voltea la página para que la cámara capte que se trata de una fotografía del rey de España, Felipe VI, a quien Berto probablemente nunca haya visto antes.

—¿Te gusta el juego, Berto? —pregunta Soriano mientras toma el siguiente folio en sus manos. El pequeño asiente con la cabeza, parece estar divirtiéndose—. Y ahora, dime si conoces a esta chica.

El rostro del pequeño Berto se congela cuando el inspector levanta el papel. Sostiene con fuerza su peluche y comienza a temblar. Soriano rápidamente coloca el último folio al lado del anterior, a una corta distancia del niño. Sus ojos se vuelven vidriosos y parece querer retroceder, reflejando su angustia interior. Busca consuelo en el cuello de su tía, pero pronto sus gemidos de angustia se convierten en un llanto inconsolable. Marta se pone de pie, preocupada, y no puede apartar la mirada de Soriano, quien al verla levantada, gira los folios para que la inspectora grabe las fotografías de Yaiza Ramos y su novio, Julen Andueza.

10:15. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Julen Andueza tiene veintitrés años y es natural de Tudela. En esta ciudad navarra, su padre es copropietario de una empresa de ultracongelados con presencia en una docena de países. Con dos hijas que ocupan puestos de responsabilidad en la empresa, el padre de Julen deseaba que el sucesor del imperio fuera su hijo varón. Por ello, lo envió a estudiar a la mejor escuela de negocios de España, donde conoció a Yaiza Ramos.

—Chicas, sentaos porque esto es solo el principio —anuncia Teo, apoyando la mano en Chicho, su amigo hacker—. Mi colega ha logrado colarse en su correo electrónico, Facebook, WhatsApp, cuenta de Amazon y el histórico del navegador. Sabemos hasta que tiene un tatuaje de una flecha en la ingle izquierda, ¿queréis verlo?

—No, Teo, gracias —responde Marta—. Venimos de descartar a Román como sospechoso, y la reacción del niño apunta a su hermana y a ese tal Julen.

—Lo que vamos a contaros es muy fuerte, pero que muy fuerte.

—Serralba, por favor, ve al grano —ordena el comisario mientras enciende un cigarrillo junto a la ventana.

—Sabíamos que Yaiza y Julen vivían juntos en Pamplona, pero desconocíamos que compartían piso con otro chico llamado Marcos. ¿Recordáis que rastreamos sus móviles y mencioné que sus movimientos fueron rutinarios antes y después del asesinato de Vistahermosa? Resulta que la parejita nos la coló con queso. Es complicado explicar cómo hemos conseguido estas imágenes. —Teo busca complicidad en la mirada del comisario—. Pero si miráis esa pantalla, veréis a la pareja subiendo a un autobús la noche anterior a los asesinatos, alrededor de las once. Y aquí los tenéis, nueve horas después, en Alicante.

—¿Estás seguro de que son ellos? —pregunta Marta al ver sus cabezas cubiertas con capuchas.

—Espera, que te voy a mostrar la portada de la revista *Hola*. —Teo desplaza una imagen y la amplía—. Ahí tienes la foto. Es una captura de la cámara que graba la salida de la estación. ¿No es genial? Los pilló de pleno.

—Son ellos, ¡la hostia! Y ¿qué hay de los teléfonos?

—Durante ese día y el siguiente, siguieron la misma ruta que su amigo Marcos, es decir, que pudo llevarlos consigo en la mochila de

estudios.

—Así que estuvieron en Alicante —reflexiona Silvia.

Teo vuelve a emocionarse y capta la atención de sus compañeros.

—Sí, pero eso no es todo. Estos jóvenes de hoy en día no usan efectivo, así que revisamos los movimientos de las tarjetas de Yaiza y Julen. Resulta que Yaiza no pagó nada durante esos días, pero Julen… Julen olvidó que todo queda registrado: máquina expendedora, taxi, McDonald's, droguería, tabaco, helados, otro taxi y Burger King. Todo pagado con su tarjeta.

—Vaya, qué divertidos estáis —opina Olmedo—. Debería haber aprendido informática.

—Si me lo permitís —interviene Chicho—, hay varios detalles interesantes. Accedimos a la cuenta de Amazon de Julen y encontramos algunas compras que podrían ser relevantes. Las hemos resumido en este montaje. —Abre una pestaña en la pantalla y muestra varias imágenes de productos que Julen compró durante la semana previa al asesinato.

—A ver… —dice Marta acercándose al monitor—. Mono ligero y desechable, máscaras, cubrezapatos, guantes, gorros, varios tipos de cuerda, cinta americana…

—Y prestad atención al historial de búsquedas. —Chicho lo muestra en otro monitor.

Marta vuelve a leer en voz alta.

—«Dormir a una persona con gas», «fosfuro de aluminio», «traje de policía científica para la escena de un crimen», «mejor cuerda para atar a una persona»… ¡Esto es increíble! —exclama la inspectora, impresionada por el trabajo informático. Sin darse cuenta, busca con la mirada al inspector Soriano para ver si de una vez por todas ve las ventajas del uso de la tecnología, pero recuerda que se fue a casa tan pronto regresaron de la visita a Petrer.

—Buen trabajo, chicos —les felicita el comisario apretando los puños.

—Recapitulemos —dice Marta—. Yaiza y Julen planean asesinar a los padres de ella, y en Pamplona cargan una mochila con utensilios comprados en Amazon. Dejan los teléfonos en el bolso del compañero de piso para evitar el rastreo y se suben a un autobús destino a Alicante. Llegan el jueves, a las ocho de la mañana. En la estación toman un taxi, comen, toman helados y… ¿Entraron a una droguería, me pareció escuchar?

—Sí, posiblemente para comprar un producto que contuviera fosfina —apunta Silvia.

—Después… ¿Se dirigieron a la casa?

Marta se queda en silencio. Acaba de toparse con la pregunta que le lleva persiguiendo durante toda la investigación: ¿desactivaron las

cámaras desde el exterior o accedieron al interior por un punto ciego en el circuito de grabación?

Teo comparte una mirada cómplice con Chicho. Ambos sonríen, como si tuvieran preparada una sorpresa.

—¿Qué estáis tramando? —pregunta Silvia.

—Silvia, ¿recuerdas al vecino que viste ayer en la puerta de Yaiza? —pregunta Teo.

—¿El que había estado dos meses en Estados Unidos?

—El mismo.

—Oh, Marta, tú no sabes nada —dice Silvia—. Resulta que el hombre me vio tocando al timbre de Yaiza y se acercó a preguntarme si era policía. Dijo que estaba conmocionado, que tenía una estrecha relación con Alberto Ramos y se ofreció para ayudarnos de cualquier manera. Le pedí su teléfono y le pregunté dónde vivía y si tenía cámaras de seguridad. Resulta que su chalet está en la esquina de enfrente, muy cerca, y tiene una cámara en el interior que apunta hacia la puerta de entrada, pero también captura un trozo de calle que da a la finca de los Ramos.

—Pues ayer recibí un correo con la grabación de ese día, bueno, y de los tres días anteriores —informa Teo—. El tema es que se fue a correo no deseado y no me di cuenta hasta hace una hora.

—¡Serralba! —interrumpe el comisario, impaciente—. Menos explicaciones y ve directo al meollo, por favor.

—Perdona, comisario, es que vamos por partes, reconstruyendo la secuencia de los hechos…

La mirada incendiaria de Albízar silencia las justificaciones de Teo.

—Recordad que el día del crimen, el abogado acudió a la casa de Alberto Ramos para firmar unos contratos. Según la grabación de la cámara que hay en la entrada del chalet de Alberto, en el lateral izquierdo, Miquel Grau entró en la finca a las cinco menos veinte de la tarde. Pues mirad lo que captó la cámara del vecino de enfrente. —Señala al monitor y reproduce la grabación.

Dos personas cruzan la calle hasta la esquina de la finca de Alberto Ramos. La cámara apenas graba una pequeña fracción, ya que el noventa por ciento de la imagen está ocupada por la puerta y el aparcamiento interior del vecino. Teo amplía la imagen, y a pesar de la falta de nitidez, se puede distinguir que por su envergadura y características físicas, podrían ser Yaiza y Julen. Ambos llevan mochilas a sus espaldas.

—Desaparecen de la imagen, quizás estuvieran pensando por dónde entrar, pero a los veinte minutos sucede esto. —Teo reproduce otro fragmento de la grabación en la que se ve el Mercedes de Miquel Grau, que se detiene en la puerta. Él baja a tocar el timbre—. Mirad qué sucede cuando se abre la puerta y el abogado reanuda la marcha

hacia el interior de la finca.

El vehículo obstruye el ángulo de visión de la cámara. Yaiza y Julen aprovechan para colocarse en el lado derecho del coche y, de cuclillas, caminan escondidos en el lateral.

—Suponemos que corrieron hasta ocultarse detrás de unos setos que hay próximos a la puerta de entrada de la casa, y allí esperaron un momento de tranquilidad para abrir la cerradura sin ser descubiertos. Sabían muy bien lo que hacían.

—Es evidente que lo tenían planeado —opina Marta—. El lugar por el que entraron está en el ángulo muerto de la otra cámara que enfoca al aparcamiento y no capta la entrada a la casa.

Marta busca la mirada del comisario.

Albízar consulta su reloj. Después de unos segundos, reacciona:

—Será cuestión de llamar al juez de guardia.

11:45. Finca de la familia Ramos. Alicante.

—Toda medida de precaución es poca teniendo en cuenta que nos enfrentamos a un asesino.

Es la primera advertencia que da el comisario Albízar a la veintena de agentes que forman el operativo para detener a Yaiza y a Julen. Dos furgones de las fuerzas especiales han aparcado en la calle de abajo. Los policías se dirigen en dos grupos hacia la finca de Alberto Ramos. Uno de ellos está equipado con escaleras para saltar desde la fachada norte, a espaldas de la entrada principal. El otro grupo acompaña a Silvia, que lleva un chaleco antibalas oculto bajo su chaqueta, y se dispone a tocar al timbre.

Hoy no se escucha música en la calle y no hay nadie alrededor, como si todo el vecindario supiera que la Policía está a punto de entrar en el domicilio donde hace unas semanas alguien acabó con la vida de sus vecinos.

Silvia presiona el pulsador durante varios segundos. Todos se mantienen expectantes. Tienen órdenes de detener a la pareja y usar la fuerza si es necesario.

Marta le indica a Silvia que vuelva a llamar. La subinspectora obedece. Esta vez mantiene presionado el pulsador el doble de tiempo.

Se escucha un grito proveniente del interior. Por su tono agudo, suponen que es Yaiza. A Marta le sorprende que el perro no ladre. Recuerda al pastor alemán gruñéndoles la primera y única vez que visitó la casa.

Silvia vuelve a insistir y enseguida obtiene una respuesta.

—¿Qué coño pasa?

Quien responde de manera grosera e histérica es Yaiza. Está jadeando.

—Soy Silvia Llamazares, de la Policía. ¿Podemos hablar?

—Estoy en la cama con un dolor de cabeza que te mueres. ¿Puedes venir otro día?

—Me gustaría explicarte algo, se trata de la investigación.

—¡Llama a mi abogada y déjame en paz!

Silvia suspira tras escuchar cómo Yaiza corta la llamada.

Un hombre abre la puerta del chalet de enfrente y se asusta al ver el despliegue que hay en la finca vecina. Marta le ordena con gestos que regrese a su casa. Nervioso, coge al perro en brazos, que comienza a ladrar.

Marta indica a Silvia que vuelva a insistir.

El timbre suena durante diez segundos, tiempo suficiente para irritar a cualquier persona y mucho más a alguien como Yaiza, que ha demostrado perder los estribos con facilidad.

Un sonido metálico procede del interior y comienzan a escuchar pisadas que se aproximan con rapidez. Enseguida descubren de quién se trata cuando la puerta de acceso peatonal se abre y aparece Julen, vistiendo solo unos bóxers, descalzo y con una expresión que delata que se ha bebido toda la bodega de su difunto suegro.

—¿Qué quieres? —pregunta observando a Silvia como si le estuviera perdonando la vida.

Ella mantiene una sonrisa amable mientras comprueba el cuerpo fibroso y trabajado de Julen. Se fija en el brazo opuesto al que sujeta la puerta y que oculta la mano en la espalda, a la altura de la cintura.

—Necesito hablar con Yaiza. Tengo noticias.

—Ella no se encuentra bien. Habla con su abogada. —Su voz desprende olor a alcohol.

—Es sobre el cuchillo, creo que tenemos al asesino.

—Qué bien, pues entonces, más razón para que hables con la abogada.

—¿Puedo entrar y contártelo a ti?

Julen balancea la cabeza, un movimiento leve que preocupa a Silvia. Observa atentamente el brazo que él oculta en la espalda, consciente de que han pasado más de diez segundos pensando en su respuesta.

—¿Qué me dices? He venido sola. Será solo un momento.

Las palabras de Silvia parecen surtir efecto y Julen modifica su posición para permitirle el paso. Ella le agradece mientras pone un pie en el interior. De manera disimulada, intenta ver qué oculta Julen en el brazo, pero él lo esconde deliberadamente mientras también la escruta, buscando si lleva armas en la cintura.

Antes de que Julen pueda darse cuenta, Marta Escudero aparece por detrás y se abalanza sobre él. Le sujeta firmemente el brazo que tiene apoyado en la manivela de la puerta y lo bloquea con fuerza. Silvia rápidamente busca el brazo contrario y descubre que Julen sostiene una botella de whisky en la mano.

—¡Quieto! —ordena Marta al percatarse de la resistencia del joven. Entre ambas logran desequilibrarlo y derribarlo. Silvia lo retiene boca abajo mientras Marta le coloca las esposas. Luego, dirige su mirada hacia la fachada y observa que la puerta está abierta. Un poco más arriba, en la ventana del dormitorio de Yaiza, ve el rostro de la chica apretando los dientes con fuerza. Sus ojos están abiertos y desprenden ira. Enseguida desaparece.

Marta saca el comunicador del chaleco y lo activa.

—Equipo uno, adelante. Sospechoso en la primera planta, repito, sospechoso en la primera planta.

Todo ocurre a un ritmo endiablado. Escucha voces por el auricular.

—Aquí el oficial Ortiz, objetivo encontrado. Mujer con herida importante en la muñeca. Solicito asistencia médica urgente, repito, enviar SAMU de inmediato, está perdiendo sangre.

Marta despega del suelo y a la carrera se dirige hacia la vivienda. En un abrir y cerrar de ojos, llega a la primera planta, al dormitorio de Yaiza. La ve recostada en la cama, apenas consciente, mientras un oficial aplica presión con una toalla para detener la hemorragia.

—Hemos llegado a tiempo —informa alguien que entra con un puñado de gasas y esparadrapo—. La hemos neutralizado justo cuando iba a clavarse las tijeras en el cuello.

—Tranquila, Yaiza, todo va a salir bien —le dice Marta, apoyando las manos en las piernas de la joven—. Respira tranquila y mírame, mantente despierta, es importante.

Yaiza dirige la mirada hacia la mesita de noche, donde hay un retrato de ella junto a su madre. Después de unos segundos, cierra los ojos.

12:50. Finca de la familia Ramos. Alicante.

La puerta de la finca se ilumina con las luces parpadeantes de una ambulancia. Una enfermera atiende la muñeca de Marta, que se ha hecho un pequeño esguince al detener a Julen.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Marta a Fran Vallejo, quien se acerca con su cámara a averiguar cómo está.

—No sé si te lo dije, pero también tenemos chivatos en el SAMU. Vine volando en cuanto supe que la ambulancia se dirigía aquí. ¿Estás bien?

—Creo que después de lo ocurrido hoy, necesitaré unos días de descanso —dice Marta, señalando el vendaje que la enfermera acaba de colocarle.

—Así tendrás tiempo para decorar el apartamento. Si necesitas ayuda, avísame. —Fran le guiña el ojo y se marcha hacia el lugar donde el comisario se dispone a atender a la prensa.

Silvia ayuda a Marta a incorporarse y juntas caminan hacia la casa. Dentro de la parcela, al amparo del bullicio de los medios y de los curiosos que abarrotan la calle, se encuentran con Miquel Grau, el abogado de Alberto Ramos, y Berta Escrivá, la abogada de Yaiza. Ambos discuten acaloradamente y se juran encontrarse en los juzgados. Marta evita cruzarse con ellos y sigue los pasos de Silvia, quien se dirige al jardín. Las voces desaparecen a medida que se acercan a la piscina en forma de guitarra. Sin embargo, descubren una escena impactante: el cadáver del perro en el fondo del agua.

—Le cortaron el cuello —informa Silvia.

—Malditos desalmados.

Silvia tira del brazo de Marta, alejándola de esa desagradable visión.

—Espera a ver lo que hay dentro de la casa.

De camino hacia la terraza, atraviesan el lugar donde todo comenzó. Las tres palmeras se alzan majestuosas, inconscientes de la barbarie que se desató a su alrededor. En la mesa hay restos de comida, latas de cerveza vacías y un cenicero rebosante de colillas y cáscaras de pipas. Unos pasos más adelante, acceden al salón, y lo que Marta contempla le recuerda a una de sus últimas intervenciones en Asturias. Fue en una vivienda donde los padres habían perdido la cordura víctimas de las drogas. Jamás antes había sido testigo de tanto caos, con el mobiliario destrozado, objetos rotos y un desorden propio

de las secuelas de un tornado.

Recuerda perfectamente la mesa de cristal en el centro del salón y que debía valer una fortuna. Ahora yace hecha añicos en el suelo y con varias cajas de pizza sobre ella. Un poco más allá, en la esquina, observan el piano transformado en un almacén de drogas. A simple vista, descubren una bolsa con una sustancia blanca en su interior y restos de la misma en la tapa del teclado. El cubo de basura de la cocina ha terminado allí, repleto de pañuelos ensangrentados y varias jeringuillas.

—En esa banqueta encontramos un ordenador portátil. Suponemos que pertenece a Julen. Hace un momento, se lo llevaron a Teo para examinarlo. Me han comentado que el chico estará en el hospital durante varias horas. Es posible que podamos interrogarlo a media tarde.

—¿Se sabe algo de Yaiza?

—La han metido al box de críticos, en Urgencias. Ha perdido bastante sangre.

La cocina ya no es el lugar de revista de decoración que Marta visitó días atrás. Parece que una familia de primates con ganas de diversión haya pasado por allí.

—¿Cómo podían vivir en este antro? —se pregunta Marta en voz alta.

—Varias personas nos advirtieron que Yaiza estaba enferma.

—Sí, pero lo peor de todo es que quería traer a su hermano consigo. ¿Te imaginas a un niño de dos años caminando en este campo de minas?

—En la planta de arriba hay más de lo mismo —informa Silvia—. Si te apetece, podemos ir a comer. Nos merecemos un homenaje.

Antes de abandonar la casa por la puerta principal, Marta se detiene frente al cuarto en que esta misma mañana hablaron con Villacreces, el forense. Abre la puerta y observa varios montones de ropa sucia esparcidos sobre los electrodomésticos, la tabla de planchar y el armario de productos de limpieza. La habitación no dispone de ventana, por lo que enciende la luz y dirige la mirada al techo, donde hay dos rejillas: una de climatización y la otra de extracción de aire.

—¿Sabes si ha mirado alguien ahí arriba? —pregunta Marta.

—No lo sé, pero buscaré al compañero de la científica para que examine las rejillas.

—Fíjate en la puerta. —Anima a Silvia a entrar—. Esas marcas de abajo tienen pinta de ser patadas. Salgamos.

Revisan el marco de la puerta y descubren marcas a ambos lados que indican que alguien pudo haber utilizado un objeto para hacer palanca en la manivela y bloquearla.

Silvia acaricia las hendiduras, incrédula.

—Joder, con el forense. Menuda intuición tiene el tío.

La comida resulta menos tranquila de lo esperado. Al ser sábado, los restaurantes tienen todas las mesas reservadas. Al final optan por tomar unas tapas en una conocida franquicia vasca, rodeadas de bullicio. Entre pinchos y raciones, Marta y Silvia apenas tienen tiempo para hablar, ya que sus teléfonos no dejan de sonar.

—No hemos elegido un buen día para salir a comer —comenta Marta mientras extiende la mano para tomar una chistorra de la bandeja del camarero.

—¿Cómo que no? Siempre es un buen momento. El problema es que no podemos apagar los teléfonos. Oye, Teo acaba de confirmarme que Julen Andueza ya está en la comisaría. Albízar quiere vernos allí de inmediato. Por cierto, ¿con quién hablabas antes? Se te veía contenta.

—No empieces, Silvia, por favor.

—¿Era el periodista?

—No. Esta vez era un tipo alegre, con buena planta y sonrisa perenne.

—Lo que yo decía, el periodista.

—Que no… Era Óscar, el de la inmobiliaria. Dice que el apartamento está listo y que puedo pasar esta tarde a verlo.

—Qué lástima… Estaremos liadas…

—Ya lo sé. He quedado para firmar la hipoteca el lunes a las nueve y media de la mañana.

—Joder, tía, qué envidia me das —dice Silvia, pinchando la última patata frita del plato.

—¿Envidia? Fuiste tú quien me metió en este lío.

—Aún no te lo he dicho… —Silvia se limpia los labios antes de continuar—. Estoy muy contenta de tenerte aquí. Ayer me emocioné cuando me dijiste que me considerabas una amiga especial.

—Y lo eres. No puedo decir lo mismo como policía, pero…

Marta deja claro que es una broma y emite varias carcajadas mientras se levanta a dar un abrazo a Silvia.

15:50. Oficina de la Unidad Central de Inteligencia Criminal. Alicante.

Silvia no veía tantos periodistas en las inmediaciones de la comisaría desde la detención del exdirector general de una conocida caja alicantina.

En la oficina encuentran a Teo sudoroso, vistiendo una camiseta de tirantes. Cerca de él, Olmedo raspa el último pedazo de bizcocho.

—Siento mucho no ofreceros —dice, volcando las migas del plato en la palma de su mano—. Acabamos de ver al comisario en la televisión. Menuda habéis liado.

Silvia se aproxima a Teo con dos trozos de papel de cocina y le seca la frente.

—Te veo entretenido con ese portátil. ¿Y tu amigo?

—Chicho se llevó el ordenador de Román a su laboratorio. Dice que allí tiene herramientas tecnológicas capaces de acceder al disco duro virtual. Mientras tanto, aquí ando con el juguete de Julen. ¿Sabíais que al chaval le gusta la informática? De hecho, podríamos reclutarlo. Hizo un programa cojonudo para desactivar las cámaras en la casa de su suegro.

Marta interviene con voz emocionada.

—No me digas que tenemos…

—Todo, tenemos todo, jefa. Ese chaval es inteligente pero muy ingenuo. Nos ha servido las pruebas en bandeja. Casi podríamos utilizar este archivo de Word para completar nuestro informe.

—Déjame ver —dice Silvia.

—Ve leyendo mientras yo bajo a buscar a Albízar —comenta Marta, sintiéndose más confiada después de escuchar las noticias de Teo.

Julen Andueza toma un sorbo a la Coca-Cola que el comisario le ha dado. El chico tiene síndrome de abstinencia y necesita cafeína y azúcar para controlar los nervios. Albízar acompaña a Marta a la misma sala donde ayer interrogaron a Román.

El chico tiembla nervioso, como si estuviera en las etapas avanzadas de Parkinson. Baja la cabeza para evitar el contacto directo con los agentes de Policía. Marta toca con el codo al comisario y se lleva dos dedos a los labios, fingiendo fumar. Él saca el paquete de tabaco del bolsillo y lo coloca sobre la mesa.

—Julen, soy la inspectora Marta Escudero y él es el comisario Arturo Albízar. Supongo que te han leído tus derechos, pero quiero recordarte que estás detenido por el asesinato de tres personas en el

chalet de Yaiza Ramos.

Cuando Julen escucha el nombre de su novia, gira la cabeza hacia un lado, veloz, como si estuviera poseído por un demonio.

—¿Te apetece un cigarrillo? —pregunta el comisario, mientras enciende uno para captar la atención del joven—. ¿Lo quieres? —Lo acerca a los labios de Julen.

Julen tose varias veces y deja de temblar de manera tan abrupta.

—Es tabaco de hombres. Supongo que tú fumarás otro tipo de hierba. Pero es lo que hay, amigo —comenta el comisario para calmar los ánimos.

—Antes de entrar en detalles, debemos decirte que Yaiza ha intentado quitarse la vida.

Las primeras lágrimas aparecen en los ojos de Julen. Sus manos esposadas vuelven a temblar. Con una mano toma el cigarro y, al mismo tiempo, acerca el refresco con la otra.

—Por suerte, permanece estable. Está ingresada en la UCI —agrega el comisario.

—Sabemos que matasteis a los padres de Yaiza y a la empleada doméstica —informa Marta—. Tenemos tus pedidos en Amazon, imágenes subiendo a un autobús en Pamplona, bajando en Alicante, entrando a hurtadillas en la finca… ¿Sigo? —La inspectora espera unos instantes mientras con gesto serio observa a Julen—. Al parecer, se te da bien la informática. Ahora mismo hay un compañero revisando cada fichero de tu ordenador y, joder, Julen, eres meticuloso, aunque demasiado generoso: nos has servido el informe en bandeja. Como ves, tenemos material para encerrarte en la cárcel hasta… por lo menos… mitad de siglo.

El cigarro de Julen se ha consumido y deja caer la colilla al suelo.

—Yo no tengo la culpa. Fue idea suya. Odiaba a su madrastra. Es cosa suya…

—Uy, uy, uy… ¿En serio crees que vas a librarte inculpando a Yaiza? Lo veo difícil. Una cosita, ¿cómo se lo tomará tu padre en cuanto se entere?

—¡Dejad a mi padre en paz!

—¿Quieres que le llamemos nosotros o prefieres echarle narices al asunto y afrontarlo tú mismo? Porque déjame decirte que alguien tendrá que informarle.

Julen rompe a llorar cuando toma conciencia de que sus actos tendrán repercusiones más allá del círculo cercano de su novia. No quiere ni imaginar el tsunami que se desatará en su familia y en el entorno cuanto descubran que su hijo es un asesino.

—¿No pensaste en las consecuencias antes de cargarte a esas personas? —pregunta el comisario, mostrando poca compasión.

—Calla un momento, joder, que me estás rayando —dice Julen

entre lágrimas, negando con la cabeza.

Marta le pide calma al comisario. Observa el indicador de las cámaras encendido y revisa su teléfono móvil. Está atenta a cualquier notificación de Teo, Olmedo o Silvia desde el exterior.

—Un compañero me informa de que Yaiza está estable en la UCI. Vamos a descubrir la verdad y preferimos escucharla de tu boca. No sé si sabes que tu cooperación será considerada por el juez. —dice la inspectora, entrelazando los dedos y dirigiendo una mirada solidaria a Julen—. Además, te vendrá bien para liberar esos monstruos que te consumen por dentro y que solo consigues acallar con drogas. Hoy marca un antes y un después en tu vida. Cuanto antes lo aceptes, mejor será para ti.

Las palabras de Marta parecen calmar al chico. Al menos ha dejado de llorar y recupera el aliento. Señala el paquete de tabaco.

—Gracias —dice Julen cuando Albízar le coloca un cigarrillo en los labios—. Lo más gracioso de todo es que yo no necesitaba nada de esto. Mi padre está forrado y tenía un puesto asegurado en la empresa. Si es que… ¡Soy un gilipollas! —El cigarrillo sale volando y Julen extiende las manos esposadas para cogerlo—. Todo comenzó hace un par de meses. Yaiza tuvo una fuerte discusión con su madrastra y me dijo que no la soportaba, que quería cargársela. En fin… Pensé que era un calentón, pero la idea comenzó a tomar forma y, sin darme cuenta, me encontré estudiando los sistemas de seguridad de la finca un día que fuimos a comer. Fue emocionante. Nos creímos como esos espías de las pelis… Planeando el golpe perfecto. Pero todo se nos fue de las manos. Ese día, el padre no debía estar allí. Le había dicho a Yaiza que estaría en Valencia en una reunión del partido. Al final, se convirtió en una auténtica masacre… Una carnicería.

Julen tiene la mirada muerta. Seguro que en su memoria recrea algunos de los momentos vividos aquella tarde en el chalet de Alberto Ramos.

—Yaiza iba cargadita. Le dije que no se metiera nada, pero no me hizo caso. Estaba muy enganchada. No sé cuántas veces le dije que había tocado fondo y que necesitaba ayuda. Pero no me hizo caso y a saber qué se metió en el cuerpo. Ahora pienso que para hacer algo así uno debe de estar completamente pasado de rosca, y nosotros lo estábamos, ella llena de odio y yo… de… ¿amor? —Julen da una extensa calada al cigarrillo—. ¿Se puede hacer algo así por amor? Tal vez lo que buscaba era mostrarle mi lealtad. A estas alturas, da igual. —Intenta dar un sorbo al refresco, pero está vacío.

—Te traeré otro —dice el comisario antes de salir de la sala.

—¿Vas a contarnos qué paso ahí dentro?

Marta cree haber roto la resistencia psicológica de Julen y no se anda con rodeos. Él suspira, levanta las manos para secarse las

lágrimas y deja a la vista el antebrazo con el nombre de Yaiza tatuado en el codo.

Albízar regresa con una lata y la coloca cerca de Julen.

—Sabíamos que sobre las cinco de la tarde, Antonia terminaría su jornada y saldría caminando. Intenté desactivar las cámaras desde mi portátil, pero tuve problemas para acceder a los servidores. Entonces, vimos llegar al abogado y no lo pensamos, nos colamos y nos escondimos detrás de un seto. Desde allí lo vimos entrar a la casa y salir a los pocos minutos, sin que nadie lo acompañara. Entendimos que había ido a ver a la mujer de Alberto. Cuando se marchó, entramos con las llaves de Yaiza. Sabíamos que no había cámaras apuntando hacia allí. Fuimos directamente a la planta de arriba y nos escondimos en la habitación de Yaiza. Ella tenía la llave del cuarto de telecomunicaciones y entré para conectar mi ordenador mientras pensábamos qué hacer. La idea era encerrar a Gloria en el cuarto de la limpieza y hacerle respirar un producto químico.

—Pero… —Marta lo anima a ir al grano.

—Como decía, todo se jodió cuando Yaiza bajó para entretener a Gloria, como si hubiera llegado por sorpresa, mientras yo me disponía a colocar el producto en el conducto de ventilación. Yaiza creyó que Antonia ya se había ido, pero se encontró con ella, con Gloria y también con su padre. En fin… Consiguió distraerlos llevándolos al jardín y les contó una milonga. Mientras tanto, yo trepé por la lavadora, abrí la rejilla y coloqué unos gránulos de un producto químico.

—Fosfina —interrumpe el comisario.

—Dejé una prenda en el suelo frente al cuarto. Era nuestra señal. Después regresé a la sala de telecomunicaciones y encendí el aire acondicionado. Yaiza vio la camiseta en el suelo y engañó a Antonia, Alberto y Gloria para que entraran, fingiendo que un olor extraño provenía de allí. Yo los vigilaba desde las escaleras, y cuando Yaiza salió, cerré la puerta y la apalanqué con dos cepillos de barrer que encontré en un armario que Antonia tenía arriba junto a los productos de limpieza.

Julen cierra los ojos al recordar aquel instante.

—Adelante, estás haciendo lo correcto —le dice Marta.

—Recuerdo claramente los gritos y los golpes en la puerta. Yaiza y yo aguantamos con fuerza la manivela. Parecía que los palos de escoba iban a ceder, pero todo duró apenas dos o tres minutos. Los gritos fueron desapareciendo y entonces corrí a desconectar el aire acondicionado. Cuando regresé, Yaiza estaba desquiciada, completamente fuera de sí. Me dijo que abriera la puerta, pero le insistí en que debíamos irnos, que no era buena idea ver aquello. Pero en un arrebato de histeria, ella misma la abrió. Al principio le costó

porque había un cuerpo justo detrás de la puerta, el de su padre. Tuve que ayudarla a arrastrarlo. ¡Joder! Ella comenzó a gritar, estaba fuera de control. Le pedí que se calmara porque su hermano estaba durmiendo la siesta en el salón. ¡Mierda! Deberíamos habernos largado corriendo. Pero ella quería asegurarse de que estaban muertos y les tomó el pulso.

El grito de Julen retumba en la sala de interrogatorios. Se golpea la cabeza varias veces contra la mesa.

—¡Ya está, joder! No puedo más. ¡Ahora no puedo! ¿No veis que me estoy volviendo loco?

—De acuerdo, Julen —dice Marta—. Vamos a parar un poco. Tómate eso —le acerca el bote de Coca-Cola y abandona la sala.

Albízar sigue a la inspectora hasta el pasillo.

—¿Por qué has detenido el interrogatorio? —pregunta él—. Todo iba de puta madre.

—Tenemos su declaración grabada. ¿No era lo que queríamos? Creo que todos necesitamos un descanso. Dejémosle relajarse un poco. Me vendrá bien un refresco y a ti un cigarro.

Antes de llegar a la máquina expendedora, Silvia aparece con el teléfono en alto.

—Escuchad. —Su mirada augura que no trae precisamente buenas noticias—. Me acaban de llamar del hospital. Yaiza ha fallecido.

16:25. Comisaría provincial de la Policía Nacional. Alicante.

Yaiza Ramos ha perdido mucha sangre y ha sufrido dos infartos en cuestión de minutos. A pesar de los esfuerzos de los servicios médicos, no se pudo evitar su trágico desenlace.

Los miembros del equipo están conmocionados. No imaginan cómo reaccionará Julen cuando le den la noticia. Incluso Teo ha tenido que contener la emoción con la que pretendía informar a sus superiores de que su amigo Chicho ha logrado acceder al disco virtual de Román Andújar. Allí se encuentran las pruebas de los robos planificados e infinidad de información sobre las cajas fuertes de las víctimas, planos y otros datos clave para su implicación formal.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Silvia.

—Terminar lo más rápido posible —opina Marta.

El comisario apaga el cigarrillo en la ventana de la oficina y plantea:

—Regresemos a hablar con Julen. Será algo rápido y, si te parece bien, Llamazares, vendrás a darnos la noticia cuando Escudero te haga una señal desde detrás de la silla, ¿de acuerdo?

El teléfono de la inspectora lleva vibrando varios minutos. De camino a la sala de interrogatorios, ve que son llamadas de Fran Vallejo y le contesta. Se ha enterado de la muerte de Yaiza y quería saber si Marta está al corriente. Ella le dice que sí, pero que en este momento no puede atenderle.

—Estas compañías telefónicas son pesadísimas. Ya no respetan ni los sábados —comenta Marta al comisario. No quiere imaginar cómo reaccionaría él si supiera que el periodista y ella están compartiendo información.

El comisario y Marta acceden a la sala. Ahora es ella quien encuentra difícil mirar a los ojos de Julen. Puede imaginar el dolor que sentirá cuando le den la triste noticia, pero antes que nada, debe ser profesional y avanzar con el interrogatorio, al menos hasta cerrar varios cabos sueltos.

—¿Estás mejor? —pregunta la inspectora.

Julen encoge los hombros. No tiene respuesta.

—Tengo curiosidad por saber cómo desactivaste las cámaras.

—¿RS Protección? —reacciona Julen mofándose de la empresa—. En mi última visita me conecté al sistema desde la CPU del cuarto de instalaciones y descargué el software que gestiona la grabación. Luego

fue divertido modificarlo en casa con un colega al que le mola el tema hacker. Según él, las medidas de seguridad del programa estaban obsoletas. Saboteó el reconocimiento por voz, la encriptación y no sé qué más cosas. Así que pudimos bloquear la grabación a nuestro antojo sin que saltaran las alarmas.

—En las anotaciones que encontramos aparece el código de la caja fuerte.

—Está resumido en un lenguaje que yo mismo inventé. Sacamos una copia del disco duro del ordenador del padre de Yaiza y logramos el código de la caja fuerte. No teníamos intención de abrirla, pero, como os decía, fue divertido conseguirlo.

—¿Quién dibujó el símbolo del euro?

—Yaiza escuchó decir a un colega de su padre que le habían robado y que después le habían dibujado el euro en barro. Lo vio de lejos en la pantalla del móvil mientras hablaban. A última hora, justo cuando nos largábamos, se le ocurrió dejar la firma en la habitación. Estaba muy alterada, así que lo dibujé yo.

—Julen, vamos a avanzar. De momento, no vamos a entrar en detalles sobre lo que hicisteis con las tres personas en el jardín. ¿De verdad pensabais que no os íbamos a descubrir?

—Limpié a fondo y escondí el cuchillo debajo del colchón de la cama de Yaiza, mientras ella entretenía a Berto mostrándole dibujos en la tele.

—¿El niño presenció todo?

—Mira… Ya no sé qué vio o dejó de ver. Me aseguré de dejar todo limpio y Yaiza se quedó con él. Pregúntaselo a ella cuando se recupere.

Marta sabe que nunca obtendrá respuesta y traga saliva antes de continuar.

—Regresemos a los días posteriores.

—Fue un puto infierno, así de claro. Yaiza pasaba el día colocada. Discutió varias veces con el abogado de su padre. Además, le rayaba el tema de su hermano, de la herencia, de mil historias más… Se arrepentía cada minuto de no haberse cargado también al pequeño. La ayudé a buscar una abogada. Le pidió que se comportara y dejara de drogarse. Lo consiguió algunos días, pero el mono es el mono y últimamente ya no era solo cocaína, también se pinchaba otras mierdas. Era cuestión de tiempo que metiéramos la pata.

—¿Qué me dices de los apuntes en la depuradora del agua?

—Fue pura casualidad que los encontrarais. Los escondí el día que nos mudamos al chalet. Pensé que nadie buscaría nada allí. Además, es un puto jeroglífico que solo yo puedo entender.

—¿Y el cuchillo?

—Cuando tu compañera vino y se llevó los papeles, nos dimos

cuenta de que sospechabais del jardinero, así que se me ocurrió poner el cuchillo en su cuarto de herramientas y así dar por concluida la investigación. De verdad, pensé que era una idea cojonuda. Uno se cree un genio cuando está bajo los efectos del alcohol, ¿verdad?

Ni el comisario ni Marta corresponden la sonrisa que Julen acaba de dibujar en su rostro. Han obtenido la información que necesitaban para completar el rompecabezas y ahora es momento de poner punto y final. Marta se lleva la mano a su espalda y finge sentir una molestia en esa zona.

—Julen —dice el comisario, frunciendo el ceño—. Es probable que dentro de unas horas te lleven a testificar a los juzgados. Sería conveniente que hables con tus padres y te aconsejo que te acompañe un abogado.

—Van a hablar mucho de ti allí fuera. Ve mentalizándote —añade Marta, deseando dar por terminada la reunión. Se voltea al escuchar la puerta abrirse.

Silvia observa al comisario y a Marta y luego dirige su mirada hacia Julen.

—Perdón por interrumpir, pero es importante.

Como habían planeado, ha llegado el momento de dar la noticia que destrozará el corazón de Julen, y Silvia asume la responsabilidad de comunicarla.

23 de mayo de 2015

Diario *Información* de Alicante.

De la peseta de Lola Flores al euro del joven Tomás Andújar.

En 1987, la icónica cantante Lola Flores recurrió a la solidaridad de los españoles cuando Hacienda le impuso una sanción de 96 millones de las antiguas pesetas. La artista buscaba el respaldo ciudadano para saldar su deuda. En una comparecencia dijo que si cada español contribuía con una peseta, ella podría hacer las paces con el fisco. Casi tres décadas después, nos encontramos con un caso similar, aunque con una motivación completamente diferente.

Tomás Andújar es un joven alicantino de once años. Padece una enfermedad degenerativa que solo puede mitigarse mediante un costoso tratamiento experimental en una clínica estadounidense. Concretamente, dicho tratamiento tiene un valor de un millón de euros. La familia inició una campaña de recaudación a través de una plataforma de crowdfunding, la cual en un principio no recibió apoyo social. Sin embargo, semanas más tarde, nos encontramos con la sorpresa de que la cuenta había recaudado la mitad del monto económico necesario. Este logro coincidió con la detención de R.A., el padre de Tomás.

La noticia ha generado una gran controversia, no solo por haberse recaudado el dinero necesario, sino porque la gran mayoría de los fondos proviene de los robos perpetrados en las inmediaciones de la ciudad. R.A., quien trabajaba como jardinero para varias familias adineradas, robaba a sus clientes para financiar el costoso tratamiento de su hijo.

Como resultado de este acontecimiento, el joven Tomás pudo viajar a Estados Unidos. Los medios de comunicación han difundido ampliamente su historia y la de su valiente padre. Incluso las principales cadenas de televisión han organizado programas especiales para recaudar fondos en apoyo a esta causa. Los políticos de Alicante también han aprovechado la oportunidad para mostrar su respaldo al joven y a todas las personas que sufren enfermedades similares. A pocos días de las elecciones locales y autonómicas en todo el país, los partidos políticos han hecho pública su intención de aumentar el presupuesto destinado a la investigación médica y a los recursos para los enfermos dependientes.

Hoy anunciamos con gran satisfacción que la cuenta de Tomás ha

superado ampliamente el millón de euros. La madre del joven ha comunicado que el excedente será donado a Sense Barreres, una asociación comarcal comprometida con la discapacidad y las enfermedades raras.

La historia de Tomás dejará una marca imborrable en nuestra memoria, ya que nos ha llevado a reflexionar sobre la humanidad, la ética, el sacrificio y otros valores que a menudo damos por sentado hasta que la vida nos confronta con ellos. R.A., el padre de Tomás, cumplirá varios años en prisión por los robos perpetrados a personas que no se atrevieron a denunciar. La identidad de las víctimas continúa siendo un tema candente en las conversaciones de la ciudad, en ellas suenan los nombres de varios empresarios, pero hasta ahora todo son especulaciones.

Informa: Fran Vallejo.

23:15. Apartamento de Marta Escudero. Playa de San Juan de Alicante.

La detención y puesta a disposición judicial de los culpables marcaron el final de unas jornadas de duro trabajo para el equipo de Marta Escudero. Sin embargo, todavía quedan algunos cabos sueltos, como las respuestas que el abogado Miquel Grau dio el pasado sábado cuando fue llamado para testificar. Negó vehemente haber dejado caer una uña de Yaiza desde el balcón del primer piso. Pese a que la grabación de las cámaras de seguridad evidencian que fue él, como abogado se ha defendido argumentado que esa suposición jamás sería aceptada como prueba en un juicio. Lo que sí es firme es que tendrá que enfrentarse a problemas con Hacienda debido a las sospechosas transacciones de empresas en los últimos meses.

Los días siguientes, Marta aprovechó para comprometerse con el banco durante los próximos veinte años y así estrenar su nuevo estatus como propietaria de un hermoso apartamento con vistas al mar. El mismo lunes en que firmó la hipoteca, recibió la visita del personal de mudanza que traía sus pertenencias desde Oviedo. En una esquina del camión se encontraba su añorada motocicleta.

Hoy ha convocado a sus compañeros en su nuevo hogar para celebrar la resolución del caso y agradecerles la cálida bienvenida que le han brindado. Teo se presenta con su mujer y el bebé, del que no se separa ni un solo instante. Desea recuperar el tiempo que no pudo pasar con él la semana anterior, y todos juguetean con el pequeño.

Marta se emociona cuando su compañero le pone al bebé en sus brazos y todos empiezan a halagarla, haciendo comentarios jocosos sin saber cómo se va a sentir la otra persona. Varios recuerdos, momentos trágicos y personales, afloran en la memoria de la inspectora. La última imagen que le viene a la mente es la de Berto abrazando su peluche. El niño crecerá sin padres ni hermanos. Afortunadamente, piensa Marta, será criado por su tía, que parece una buena mujer.

Silvia es la encargada de endulzar la celebración. Afirma que no existe fiesta sin música, y al ver lo vacío que está el apartamento, decide regalarle unos altavoces a Marta. La sorpresa llega a las nueve y media, cuando comienzan a percibir vibraciones provenientes del tabique que separa su vivienda de la del vecino. Marta les comenta que al lado vive un hombre soltero que vive de la música electrónica, y que por las noches se dedica a pinchar discos y retransmitir en

directo por Internet. Ella le ha llamado la atención varias veces, pero él se disculpa invitándola a pasar y tomar unas copas juntos.

Todos ríen al comprobar que la inspectora se toma con humor la existencia del vecino ruidoso. La consuela saber que él pasará el verano trabajando en Ibiza y que ella al menos disfrutará de unos meses de tranquilidad. El comisario Albízar sorprende a todos marcándose un baile con Silvia. Está irreconocible sin su chaqueta y corbata. Después de varias cervezas, les confiesa que él trabajó en la radio cuando era adolescente y que solía ganarse un sueldo poniendo música en las fiestas de su pueblo los fines de semana. Ha venido acompañado de su esposa, quien apenas entró para saludar y enseguida se marchó a casa de su hija para pasar un rato con la nieta. Ha prometido apuntarse a la próxima celebración que organicen.

Olmedo es el más reservado de todos. Aunque siempre muestra su buen humor hablando con su acento andaluz característico, hoy parece ausente. La separación de su hijo está en una situación complicada. Pese a que en los últimos días parece que ambas partes se han puesto de acuerdo, Olmedo no puede abstraerse del dolor. Tras la imagen de persona segura y chistosa, se esconde un hombre sensible de lágrima fácil, sobre todo cuando se trata de asuntos familiares. Ha hecho buenas migas con Marta, que está al corriente de su situación. Ella le insistió en que fuera a la fiesta, aunque solo fuera a tomar un par de cafés. Así que, después de cumplir con sus compañeros, Olmedo abandona la celebración, excusándose en que necesita tomar unas pastillas para los nervios.

Son cerca de las diez y media y solo queda Silvia, quien ayuda a Marta a recoger.

—Solo nos faltó el inspector Soriano —dice Marta mientras vierte los restos de la mesa en el cubo de la basura.

—¿Ves? Al final le has tomado cariño.

Marta no oculta que su amiga está en lo cierto y le mira sonriendo.

—Puede que sea el hombre más gruñón que he conocido en mi vida, pero es fiel a sus principios y eso me gusta. Aunque no me imagino trabajando con él.

—Ahí te doy la razón.

—No entiendo por qué es tan reacio a utilizar la tecnología. Si no fuera por las cámaras de seguridad y los ordenadores, dudo que hubiéramos resuelto los casos.

—Sí, pero desde el primer momento acertó al señalar al culpable. Lo tenía clarísimo. Un día te contaré varios casos que resolvió sin utilizar un solo ordenador. Parece mentira, pero tiene un instinto agudo, aparte de un carácter complicado.

Suena el telefonillo de la calle. Silvia ve cómo los pómulos de Marta se elevan cuando escucha quién es.

—Estoy segura de que no es Soriano —dice Silvia con sarcasmo.

—No, qué va —sonríe Marta—. Es Fran.

Silvia corre hacia la percha para coger su bolso.

—Me voy por las escaleras. Os dejo a solas —se despide de Marta mientras le da un beso.

—Nos vemos el lunes.

Marta cierra la puerta y también corre, pero hacia el baño. Mirándose en el espejo, recuerda cuando tenía dieciséis años y estaba perdidamente enamorada de un chico del pueblo. Siente ese hormigueo en el pecho. Fran le ha ayudado a montar varias estanterías y el mueble del baño, así que le ha preparado una sorpresa.

De repente, suena la puerta. Todavía no han instalado el timbre, permanece guardado en una caja a la espera de que Fran tenga un momento libre y venga con el taladro y la caja de herramientas.

Marta dibuja su mejor sonrisa y cuenta uno, dos, tres…

Al otro lado de la puerta encuentra a Fran, también sonriente pero con una expresión algo extraña.

—¿Te has cortado el pelo?

—Sí, el calor comienza a apretar. ¿Acaso no te gusta?

Ella observa sus rizos, ahora más cortos de lo habitual, y luego se fija en sus ojos verdes.

—¿Me vas a dejar entrar? —pregunta él al ver a Marta parada como una guarda de seguridad—. Aunque no lo creas, esto pesa —añade mientras eleva una bolsa de un conocido supermercado.

—¿Para qué traes nada, bobo?

Fran se detiene ante la única mesa que hay en la casa, que ahora está en el centro del salón. Extrae una botella y una bolsa que muestra a Marta, orgulloso, como si acabara de capturar dos buenos ejemplares.

—¿Horchata y cacahuetes? —pregunta ella, dejándose llevar por el buen humor de Fran.

—¿Y esa música que suena por ahí? —señala Fran hacia el tabique del salón.

—Es mi vecino, el DJ, que ya ha comenzado con el *chunda chunda*.

—Podríamos insonorizar el tabique, solo que…

—Anda, olvídate de obras. Además, dice que pronto se irá a Ibiza. Pero cuando pille al argentino de la inmobiliaria, le voy a cantar las cuarenta.

Fran vuelve a introducir la mano en la bolsa.

—Cierra los ojos —le pide a Marta.

Ella obedece. En la oscuridad, por un instante, toma consciencia del momento de felicidad que está experimentando y se deja llevar por las emociones, intrigada por descubrir la sorpresa que Fran le tiene preparada.

—Ya puedes abrirlos —dice Fran, sosteniendo un sobre de color rojo envuelto con un lazo—. Me hacía ilusión darte esto.

Marta toma el sobre, sin tener ni idea qué contiene. Aprieta los labios con cierto nerviosismo. Hace mucho tiempo que nadie tiene un gesto así con ella, y siente que su corazón late con fuerza.

—Te voy a matar —dice para disimular el ligero temblor de sus dedos.

Por fin, desata el lazo verde y abre el sobre. Descubre que contiene varios documentos.

—¿Fotos? —reacciona al vaciar el contenido del sobre en su mano.

La primera imagen muestra un primer plano de Marta apuntando con su pistola a Román Andújar en el momento de su detención.

—Joder, parece sacada de una película. Mira la cara del pobre hombre.

Apoya la fotografía sobre la mesa y examina la siguiente. Aparece ella junto al comisario en la finca del subdelegado del Gobierno. La captura ha sido tomada con un teleobjetivo. Marta orienta la mirada hacia Fran, con incredulidad.

—Así que eras tú el de la furgoneta blanca que hacía fotos…

Él asiente con la cabeza y alienta con su mirada a ver la siguiente captura. El semblante de la inspectora varía por completo al contemplar a un hombre con gorra y gafas de sol, montado en un furgón Ford Transit blanco.

—¿Este no será…?

—Sí, es él —confirma Fran, sin saber cómo reaccionará Marta al descubrir que Román Andújar había sido captado en las inmediaciones de la casa del subdelegado del Gobierno.

—Pero esto fue antes de que tú… Cuando me enseñaste las fotos de la rueda de prensa en la heladería…

—Sucedió el día anterior. La experiencia me ha enseñado que cuando estás cubriendo un caso, cada persona y cada acción pueden ser importantes, así que fotografío todo. Cuando digo todo, me refiero a absolutamente todo: lo que se mueve y lo que no. Cuando revisé las imágenes en casa, sentí que el rostro de Román me resultaba familiar, pero no logré ubicarlo hasta que tú lo señalaste en la foto de la rueda de prensa.

—Es increíble. Lo teníamos justo ahí, bueno… Estaba en tu ordenador desde hace semanas…

Marta deja de hablar al tener una idea que solapa lo que iba a decir.

—Semanas que le permitieron el tiempo necesario para conseguir el dinero y salvar a su hijo —concluye Fran la frase.

Ella asiente mientras observa la siguiente imagen y comienza a reír. Ríe tanto que una pequeña lágrima asoma en sus ojos, y enseguida la

seca con la mano.

—¿Quién hizo esta foto? —pregunta mientras muestra la imagen a Fran. En ella aparecen ambos en la parte trasera de la ambulancia, cuando el enfermero atendía el esguince que Marta acababa de sufrir al detener a Julen, en la finca de Alberto Ramos. El fotógrafo capturó el momento exacto en que Fran acaricia su mano vendada antes de despedirse.

—Tengo colegas a los que les gusta capturar buenos momentos. ¿No crees que es preciosa?

La emoción es tan intensa que Marta intenta canalizarla, contenerla como tantas otras veces ha hecho, privándose de expresar los sentimientos. Pero sabe que no tardará en desbordarse, y como en su profesión, valora si dejarse llevar o ser cautelosa.

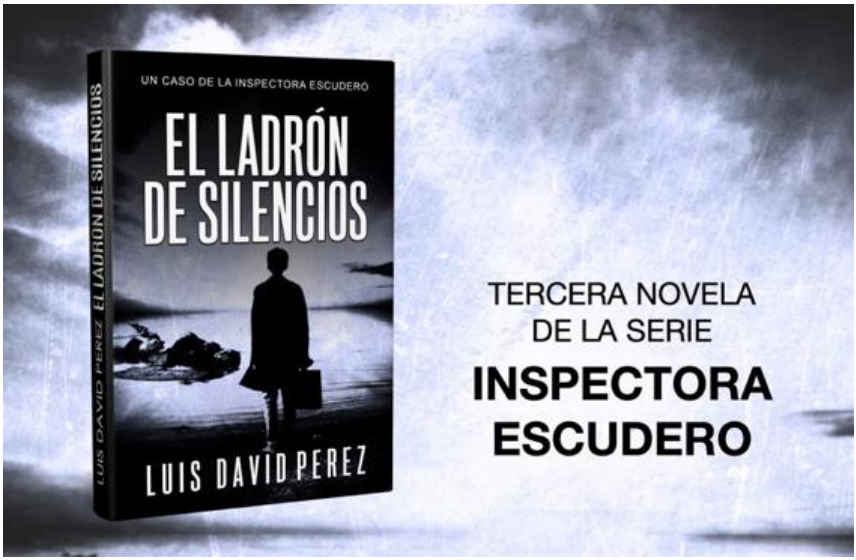
—Queda una, ¿verdad? —pregunta Fran.

Marta dirige su mirada hacia la última imagen. No es una fotografía, sino una frase escrita a mano sobre un papel de seda: «En ocasiones, las personas especiales se encuentran en los lugares más peligrosos. Desde hace diez días, adoro el peligro. Fran Vallejo».

¿Te ha gustado la novela?

Te animo a dejar una reseña. Estoy seguro de que ayudará a futuros lectores.
Escribir valoración

Forma parte de mi Club de lectores VIP y llévate una novela gratis
Apuntarse al Club



El ladrón de silencios.

Consíguela pinchando AQUÍ

Alicante. Agosto de 2015.

La inspectora Marta Escudero se dispone a celebrar su cumpleaños con su hermana, recién salida de prisión. Sin embargo, el destino tiene otros planes para ella, cuando un cuerpo aparece sin vida en la playa de Muchavista.

La lucha de poder entre bandas, donde la violencia se paga con violencia, sacudirá los cimientos de la tranquilidad en una ciudad colmada de turistas. Los incidentes pondrán en alerta al equipo de la UCIC, alarmado por la magnitud y crueldad de los mismos.

Mientras tanto, el mundo personal de la inspectora se tambaleará ante amenazas que la acechan. Toda ayuda será poca para desentrañar el sombrío misterio que se esconde tras la víctima de la playa.
¿Podrá Marta Escudero enfrentar sus demonios personales y detener la marea de caos antes de que todo se desmorone.

Otras novelas del autor:

La promesa de Ruth
El testimonio

Bilogía Eduard Morillo:
La voz de las cenizas
La llama del poder

Serie inspectora Escudero:
El ladrón de miedos
El ladrón de barro
El ladrón de silencios